

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

El antimilitarismo revolucionario

**en la línea de continuidad
teórica y política del marxismo**

Noviembre de 2020

6

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del «socialismo en un solo país» y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia – el partido de clase –, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimentismo o aventurerismo «lucharmatista»; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

**¡Lean, difundan, sostengan
la prensa internacional del partido!
¡Suscríbanse!**

- Il comunista -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 2 €; £ 2; 5FS / **Suscripción:** 10 €; £ 10; 25 FS; **Suscripción de solidaridad:** 20€; £ 20; 50 FS.

- Le prolétaire -

Periódico bimestral

Precio del ejemplar: 1 €; £ 1; 3FS; 350 CFA. / **Suscripción:** 7,5 €; £ 10; 30FS; 1'500 CFA. / **Suscripción de solidaridad :** 15 €; £ 20; 60FS; 3'000 CFA

- Programme communiste -

Revista teórica

Precio del ejemplar: : 4 €; £ 3; 8FS; 1'000 CFA.; América latina: US\$ 2; USA y Cdn: US\$ 4 / **Suscripción:** El precio de 4 ejemplares. / **Suscripción de solidaridad:** 40 €; £ 20; 80FS; 16'000 CFA.; América latina: US\$ 10; USA y Cdn: US\$ 40

- el proletario -

Órgano del partido comunista internacional

Precio del ejemplar: Europa : 1,5 €, 3 FS; América latina: US\$ 1,5; USA y Cdn: US\$ 2.

- Proletarian -

Suplemento al «le prolétaire»

Precio del ejemplar: 1 €, £ 1, 3 CHF.

CORRESPONDENCIA

España: Apdo. Correos 27023 - 28080 Madrid

Italia : Il Comunista - C.P. 10835 - 20110 Milano

Francia : Programme - B.P. 57428 - 69007 Lyon
Cedex 07

Suiza : La dirección se modificará pronto. Para contacto, escriba a la dirección de Lyon.

E-MAIL

elprogramacomunista@pcint.org

leproletaire@pcint.org

ilcomunista@pcint.org

proletarian@pcint.org

**El sitio Internet
del partido comunista internacional
www.pcint.org**

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -el periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de la que se ha tomado.

EDICIONES «EL PROGRAMA COMUNISTA»

Suplemento en español a la revista teórica del Partido Comunista Internacional, «programme communiste» no ISSN-0033-037 X.

- ÍNDICE -

• INTRODUCCIÓN -----	3
• ANTIMILITARISMO REVOLUCIONARIO -----	7
• 1848 - 1871	8
• La falsa alternativa actual: ¿ejército profesional o ejército de conscritos?	9
• Antimilitarismo revolucionario y antimilitarismo anarquista	11
• Lucha contra el antimilitarismo reformista	11
• La experiencia rusa: 1905, la insurrección como arte	13
• El PSI y el antimilitarismo en la primera preguerra	15
• La bancarrota de la II Internacional	16
• Por el derrotismo revolucionario	17
• La conferencia de Zimmerwald	17
• Contra el desarme	19
• El grupo "Die Internationale" y la polémica sobre el folleto «Junius»	20
• La Izquierda en Italia ante la guerra mundial	22
• La revolución rusa	24
• Los años de la guerra civil	26
• La Tercera Internacional y el antimilitarismo revolucionario	27
• Adhesión formal del PCF	29
• Actividad antimilitarista del PCdel y su Federación Juvenil	29
• El estalinismo y la segunda guerra mundial	30
• Conclusión	33
• APÉNDICE -----	35
• Apéndice	35
• Engels, Anti-Dühring: Teoría de la violencia	36
• Hacia la primera guerra mundial	38
• Internacional Socialista, Congreso de Stuttgart, agosto 1907	39
• Moción sobre militarismo y conflictos entre naciones	40
• Internacional Socialista, Congreso de Basilea, noviembre de 1912	41
• Manifiesto sobre la guerra	42
• Sobre el II Congreso Internacional Socialista en Basilea (La Voce, 8/12/1912)	44
• Contra la guerra mientras la guerra dure (L'Avanguardia, 25/8/1912)	45
• Entre paz y guerra (L'Avanguardia, 17/11/1912)	46
• La guerra de los Balcanes (L'Avanguardia, 1/12/1912)	47
• Los crímenes del nacionalismo (L'Avanguardia, 6/7/1913)	48
• Dinero al soldado (folleto, 1913)	49
• Sobre el tema de la neutralidad: ¡A nuestros puestos! (Avanti!, 16/8/1914)	53
• Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea. (Lenin, 24/8/1914)	55
• La guerra europea y el socialismo internacional (Lenin, finales de agosto de 1914)	57
• Guerra y socialdemocracia rusa (Lenin, 1/11/1914)	59
• El socialismo de ayer ante la guerra de hoy (L'Avanguardia, 25 / 10-16 / 11/1914)	62
• Por el antimilitarismo activo y operante (Il Socialista, 22/10/1914)	69
• Socialismo y «defensa nacional» (Avanti!, 21/12/1914)	70
• Socialismo, patria y guerras de defensa (¡Avanti!, 1/1/1915)	72
• El enemigo principal está en casa (K. Liebknecht, mayo de 1915)	74
• El proletariado y la guerra. La izquierda de Zimmerwald («il comunista», n. 142, febrero de 2016) / Lenin, Proyecto de Resolución y Proyecto de manifiesto, 5-8 / 9/1915	75
• La actitud del Partido frente a la guerra y la paz (Nápoles, 18/5/1917)	79
• Militarismo y capitalismo. Nuestra tesis (Il Domani, 2/6/1917)	80

Introducción

«En la época imperialista, el militarismo es consecuencia directa de la competencia entre los Estados. La conquista de nuevos mercados conlleva el aumento de la producción para el mercado exterior, y a su defensa armada. En la fase decadente del capitalismo (que no corresponde en sí a una fase de debilidad), la enorme producción empuja a cada país a la frenética búsqueda de nuevos mercados o a la sustracción de aquellos existentes a las exportaciones de otros. El capitalismo internacional se arma, y al hacerlo encuentra una salida ulterior a su orgía productiva. El militarismo impregna con su huella a toda la sociedad, los ejércitos se convierten en fines en sí mismos, se ligan a la producción y reflejan su curso. La guerra se convierte en elemento obligatorio de la existencia de la sociedad burguesa, cuya máxima expresión de eficiencia y potencia se manifiesta precisamente en lo que constituye en su conjunto el punto de llegada y el punto de partida de su marcha cíclica», esto escribíamos en el artículo «Armamento, un sector que jamás ha estado en crisis» (1); y agregábamos: «El creciente militarismo significa una compenetración entre ejército, gobierno e industria, donde se intercambian hombres y programas dentro de un esquema que va mucha más allá de la voluntad de todo ministro, partido, o cualquier órgano ejecutivo en general. Así, en periodos de crisis, se acentúa la tendencia de la industria a acaparar las órdenes de compra, o incluso a suscitar, presionando a individuos y sus programas, una 'necesidad' ligada a su misma exigencia de producir»; pero las armas y sus sistemas están hechos para ser utilizados, deben ser consumidos para poder continuar su producción y venta. ¿Qué mejor consumo que la guerra?

Al poner en relieve estos aspectos no habíamos descubierto nada; simplemente hemos condensado una conclusión coherente con todo lo que la teoría marxista ha sostenido siempre, y que desde el *Anti-Dühring* de Engels ha puesto en lúcida evidencia. Combatiendo la posición anarquista que considera el militarismo como un fenómeno que se basta a sí mismo, desligado de aquella compenetración entre ejército, gobierno e industria arriba nombrada, y por lo tanto, como un fenómeno que se puede corregir y reformar dentro mismo de la sociedad capitalista y contra el cual desarrollar una lucha que consiste en actos individuales determinados por «voluntades conscientes» singulares, a esto el marxismo pro-

pone la concepción materialista y dialéctica de la historia de la sociedad humana según la cual, tal como Engels ha hecho hincapié, «el militarismo sucumbe a la dialéctica de su propio desarrollo», un desarrollo determinado por las mismas exigencias del desarrollo capitalista; por tanto en el ámbito de la competencia encarnizada mundial entre Estados, desarrollada sobre la base de la producción hiperfrenética típica del capitalismo, hiperfrenesí que se tropieza cíclicamente con las crisis de superproducción, durante las cuales cae pues la valorización de los capitales.

¿Conduce el capitalismo necesariamente a la guerra entre Estados? No, la guerra entre Estados es el resultado inevitable de procesos económicos y sociales del capitalismo muy complejos y que desarrollan contradicciones cada vez más agudas, contradicciones que se acumulan en el tiempo hasta llegar a un punto de ruptura: en el capitalismo, la paz, afirma Lenin, es una tregua entre dos guerras. Pero con el desarrollo del militarismo, paralelo al desarrollo de la industria armamentística, el Estado burgués se pertrecha no solo para afrontar la lucha de competencia en el mercado mundial contra los otros Estados burgueses, sino también para responder a la tendencia inexorable del capitalismo a su concentración y a la centralización del control social, militarizando a toda la sociedad. Por otra parte, el desarrollo de la industria armamentística desarrolla también, en el plano económico, una función subsidiaria con respecto a las otras mercancías que tratan de darle una salida a sus mercancías.

El militarismo es uno de los componentes del imperialismo, pero no el único. La historia de las crisis y guerras capitalistas demuestra que el poder burgués no es capaz de encontrar una solución – política o económica, ninguna – que permita de una vez por todas superar toda posible crisis, toda posible guerra. En la sociedad capitalista, así como son *inevitables* los estallidos de las crisis económicas y financieras, igual de *inevitable* es la guerra: y es exactamente con el propósito de enfrentar en la mejor posición de fuerza concentrada posible esta «inevitabilidad», que el poder burgués desarrolla el militarismo, a través del cual se asegura la continuación de su política, como afirma Clausewitz, del uso de medios pacíficos al uso de medios militares.

Contra el militarismo burgués, el marxismo ha definido una línea de lucha política y social, que parte del principio que habíamos tomado más arriba: el capitalismo no resolverá jamás sus crisis, sino desa-

rollando factores de crisis más generales y violentas, disminuyendo por esta razón, los medios para prevenirlas (*Manifiesto, 1848*).

Una de las contradicciones del imperialismo, que es la fase más desarrollada del capitalismo, consiste en hacer prevalecer de manera absoluta el capital financiero sobre el capital industrial, por tanto, a superar los límites «empresariales» y «nacionales» del capital industrial, abriendo enormes laceraciones en los sagrados confines de cada «patria». Pero cada burguesía nacional no puede sobrevivir si no hunde sus raíces en el mercado nacional y si no defiende sus intereses nacionales con el Estado nacional; el principio mismo de la propiedad privada requiere límites bien precisos, límites que deben ser defendidos de otras propiedades privadas. Y los límites del Estado nacional burgués son los confines dentro de los cuales las propiedades privadas existentes de los capitalistas que forman la clase burguesa nacional se defienden de las propiedades privadas de los capitalistas de otras burguesías nacionales. La burguesía, tal como sostiene el *Manifiesto* de 1848, está siempre en lucha, lucha contra las burguesías extranjeras, lucha contra fracciones rivales dentro de su clase (capitalistas, industriales y terratenientes, todos contra todos), lucha contra el proletariado de cuya explotación extrae su verdadera riqueza. Le sería imposible llevar a cabo esta lucha si no tuviera en sus manos la verdadera fuerza de control social cual es el Estado nacional, organismo que es, al mismo tiempo, fuerza militar concentrada y capitalista colectivo de la potencia de inversión capitalista por muy grande que esta sea; incluso en el caso de las multinacionales – que además no son sino empresas que tienen una base económico-financiero en un determinado país, cuyo Estado tiene la tarea de defender sus *intereses internacionales*, y de los que depende una numerosa serie de empresas colocadas en diversos países como largos tentáculos, gracias a los cuales puede extraer plusvalor y super ganancias de su compleja actividad – la acción del Estado burgués no cambia de fundamentos, permanece siempre como el defensor supremo de sus intereses, en patria como en ultramar.

Y es precisamente la irresistible carrera mundial por la valorización del capital lo que empuja a cada capitalista a identificarse con la defensa de los intereses del capitalismo *nacional*, y a contar con el Estado nacional, no solo como el mejor defensor de sus beneficios, sino también como el más decisivo agente de defensa de sus *intereses internacionales*. En la época imperialista, la lucha de competencia mundial atañe a todos los capitalistas, grandes, medianos o pequeños, todos por igual, ya que participan quierase o no, en una gran red que va más allá de los límites particulares de cada empresa, sin importar su tamaño. «En su desarrollo incesante, mientras más incrementa la producción, más agudiza los factores que generan las crisis de superproducción; más satura la superproducción a los mercados, más aumentan los niveles de tensión económica, finan-

ciera y política, y más se aproxima el punto de ruptura de los equilibrios que, mediante la fuerza, los Estados tratan de mantener al menos entre sí. Pero la «Paz» que los Estados logran obtener de esta manera, no impide que en el resto del mundo, sobre todo en aquellas regiones donde históricamente han nacido los mayores factores de conflicto económico y político, el conflicto bélico será la situación más «normal», como es el caso de Medio Oriente, desde el fin de la Segunda Carnicería Mundial hasta hoy.

Con el desarrollo de los factores de crisis, se difunde y desarrolla también inevitablemente el militarismo, y no solo en los grandes países que dominan el mercado mundial, sino en todos los países del mundo; y cada vez más frecuentemente, en particular en los países de capitalismo atrasado, es precisamente el ejército quien personifica la fuerza más organizada del Estado, quien representa la más segura maquinaria de control social y de defensa de los intereses burgueses nacionales; sea pues como fuerza de control y de represión internas, bien sea como fuerza militar contrapuesta a otros Estados, en caso de conflicto armado o de guerra verdadera.

Sin embargo, es necesario poner en claro un aspecto no secundario de la cuestión: la guerra no surge automáticamente de las crisis, ello no quita que el militarismo aumente en intensidad como si andara a contra sentido. Además, militarismo no significa «dictadura militar», esto último puede volverse necesario a la clase burguesa en determinados periodos en los cuales la democracia política, con todos sus oropeles electoralistas y parlamentarios, ya no consigue asegurar el control de las grandes masas proletarias, y estas, huyendo de este control, tienden a plantearse el problema desde el punto de vista de clase. El militarismo es la forma que toma la política burguesa cuando, en general, la democracia no logra ya nutrir la vida económica, política y social del país, no logra ya revestir las contradicciones sociales más agudas con aquel manto hecho de ilusiones y esperanza que frenan una rabia social que tiende a sumarse, fragmentándola en mil pedazos y esparciéndola en el ámbito de la vida individual.

El militarismo – como siempre ha mantenido nuestra corriente, haciendo hincapié en una tesis clásica del socialismo internacional no degenerado en revisionismo – *es un mal común a todos los Estados burgueses* por cuanto es consecuencia del régimen capitalista y de la frenética competencia industrial y comercial (2). El militarismo golpea a los Estados democráticos y a los Estados no democráticos, y no solo aquellos en los que todavía subsisten vestigios de viejas dinastías feudales, autocráticos, sino también aquellos países democráticos avanzados. «*Las condiciones del militarismo, tal como es hoy bajo todos sus aspectos, técnicos, políticos, económicos y morales, son en rápida síntesis los siguientes: desarrollo intenso y racional de la gran industria moderna; gran potencialidad financiera de la máquina estatal; organización administrativa que permita explotar los re-*

cursos de la nación (conscripción obligatoria, sistema tributario moderno); posibilidad de obtener la concordia y el concurso de la casi totalidad de sus ciudadanos, lo cual presupone un régimen político liberal y la implementación de reformas sociales» (3). Pero esto nos lleva a subrayar que la democracia significa más militarismo, más potencial bélico (4).

Que la guerra se adhiere a la democracia, lo demostramos, una vez más, a través de los balances dinámicos generados por la actividad de nuestro partido. «Las lecciones de la primera gran guerra universal comienzan a ser imponentes, pero todavía habrá que esperar todo un ciclo para que sobrevenga una nueva gran guerra y convulsione los continentes, hasta que los engaños de las supersticiones oportunistas puedan ser evitados. El binomio caro a la banal retórica burguesa, que asocia despotismo de potencia guerrerista, autocracia, invencibilidad, dibuja a los modernos Estados liberales del capitalismo como pacíficos y desarmados, como inadaptados a la guerra a ultranza, reciben un clamoroso desmentido con el desarrollo del primer conflicto. Francia, Inglaterra, la misma Italia, y luego la intervención americana, países que se ufanan de tener libertades y gobiernos parlamentarios, atraviesan la guerra prácticamente intactos, y con ventajas y conquistas. La primera en ceder será Rusia, seguida de las 'feudales' Alemania, Austria, Turquía que, bastante más que en la primera, habían adoptado la técnica moderna industrial con fines bélicos» (5). Por tanto, en los frentes de guerra de 1914-18, una primera sentencia es emitida, «son los corderitos democráticos que hay que aplastar, destripando a los Estados despóticos con zarpas de acero» (6).

¿Y qué sucede en el segundo conflicto mundial? La historia repite la misma sentencia. «Las potencias estatales fascistas de Alemania e Italia han sido derrocadas y aniquiladas junto al Japón imperial, por la soberbia superioridad militar de los ejércitos que enaltecen el pabellón de la Libertad. Se enfrentan el Japón atomizado con la intacta América; y todavía hay heridas ocasionadas a Alemania en su potencial humano e industrial y su final laceración con el súbito deterioro de los aparatos de Francia e Inglaterra, cuyo territorio no conocerá jamás la eficiencia aniquiladora que barrió a Dresde de la faz de la tierra. Se sacan las sumas tomando en cuenta también los millones de cadáveres rusos: la única potencia burguesa en salir experimentada y herida de la Segunda Guerra Mundial, y en el campo de los Estados vencedores, es la única potencia no democrática en cuanto a régimen político interno. Los bigotes de Stalin no aguantan una confrontación con las sotanas de Marianne...» (7).

¿Cuál es entonces el «secreto» de los regímenes democráticos con respecto a los no democráticos?

Que el Estado burgués en régimen democrático tiene la posibilidad de desplegar una mayor eficiencia bélica, en la medida en que actúa de manera que potencie al mayor grado «tanto la preparación de la guerra como la capacidad de resistencia de la nación en guerra» (8); esto significa que el éxito del enfrentamiento bélico no solo depende del potencial económico puesto en juego, sino también de la profunda colaboración interclasista con la que las fuerzas oportunistas atan a las masas proletarias a la clase burguesa dominante, gracias a cuya colaboración la fuerza de resistencia durante la guerra crece tan desmesuradamente que prepare a su vez el terreno para la reconstrucción posbélica, desarrollándose de este modo durante un largo periodo de conservación burguesa.

Considerar pues que el régimen democrático favorezca la paz y, por ello, sostener su defensa contra toda tendencia a sustituirlo por regímenes de tipo fascista, no puede significar sino jugar el rol de la conservación burguesa, poniéndose de parte de la clase dominante y de sus intereses de clase.

La clase burguesa también ha aprendido alguna lección de su historia y de las luchas revolucionarias del proletariado y sabe que, en la perspectiva a largo plazo, la clase proletaria se verá empujada, debido al extremo empeoramiento de sus condiciones de existencia, a rebelarse contra un poder que no se muestra capaz de amortiguar las consecuencias sobre esta de los golpes de la crisis social y que demuestra al contrario, que solo defiende sus privilegios contra el mismo proletariado, sometiéndolo a un despotismo cada vez más duro en las fábricas y puestos de trabajo, y a un despotismo social «militarizando» su vida cotidiana, preparándolo de hecho a la guerra burguesa y a sus inevitables masacres.

La clase burguesa dominante sabe que es en tiempos de paz que debe preparar al proletariado para la guerra. El fin de la llamada «guerra fría» entre campos mundiales contrapuestos, uno occidental capitaneado por Estados Unidos, y otro oriental capitaneado por Rusia, según la fantasía ideológica de Su Majestad la «Democracia», debía por ley abrir un largo periodo de paz entre los Estados y entre los pueblos. Que esto no haya sucedido, era fácilmente predecible para los marxistas, lo que hoy se ha vuelto evidente para todo el mundo. No hay día que pase sin que no se registren acciones bélicas en cientos de lugares en el mundo; y estas guerras continuas, de baja o alta intensidad, según los factores de choque que se hayan acumulado en el tiempo, sin embargo han representado y continúan representando una válvula de escape para los capitales de Estados más potentes que existen y que a su vez son los mayores productores de armas en el mundo. La función subsidiaria de la industria armamentística de la que ya hemos hablado, sigue desarrollándose gracias a esta terrible continuidad de la política de guerra; una política que todavía no ha empujado a las grandes potencias imperialistas a entrar directamente en conflicto armado para remodelar un orden

mundial según las relaciones de fuerza completamente diferentes de aquellas existentes hasta ahora, pero que no obstante han desarrollado una función económica de un modo de producción que escapa *inexorablemente* al control y a la voluntad de la clase burguesa que lo representa, y que sin embargo saca de este sus privilegios.

La respuesta al desarrollo de los armamentos y al aumento del militarismo, no podrá ser jamás ni la democracia, ni el desarme, ni una política de limitación de la fuerza militar dirigida a la «defensa» exclusiva del país de los «agresores» externos. Ni mucho menos la llamada «guerra contra el terrorismo» que ha tomado la semblanza de un «enemigo» que es externo e interno al mismo tiempo, gracias al cual cada Estado burgués justifica su reforzamiento militar (gastando cifras colosales) y una política de blindaje social al interior.

El capitalismo es congénitamente agresivo: ha agredido en el plano económico para destruir no solo los modos de producción precapitalistas ocupando su lugar, desarrollando la economía con medios técnicos e innovaciones tecnológicas cada vez más revolucionarias, sino para ampliar el mercado hasta abarcar todo el globo terráqueo, que es el lugar donde se concretiza la valorización del capital, verdadera finalidad del capitalismo. Ha agredido y sigue agrediendo en el plano político y militar, a través de Estados nacionales, a otros Estados que no se pliegan a su inexorable desarrollo y que no se someten a los intereses de los Estados más potentes. El impulso objetivo del capitalismo no es el de «defenderse», sino el de «agredir»: se agrede al mercado, se agrede a la competencia, se agrede al enemigo; se puede vencer o perder, pero la burguesía no puede ser diferente a lo que es, y que el *Manifiesto* de 1848 ha definido con exactitud histórica como clase social que lucha en permanencia, contra clases de la sociedad precapitalista, contra otras fracciones de su clase, contra las burguesías extranjeras, contra el proletariado. Lucha para conquistar y para defender lo que ha conquistado. La paz, la armonía, el lento fluido natural de la vida no son para la burguesía; esta es presa permanente del frenesí hiperproductivo y de la despiadada búsqueda de ganancias, y es por esto que la opresión, la represión, la guerra, son las características *naturales* de su dominio de clase sobre la sociedad.

La lucha contra la guerra y, por tanto, el *antimilitarismo de clase* que el proletariado está llamado a conducir históricamente, jamás podrá tener la mínima perspectiva de éxito si no se inscribe en el cuadro de la lucha anti-burguesa y anticapitalista en la cual este se reconoce como clase cien por ciento antagónica a toda la clase burguesa, fascista o democrática.

Por supuesto, el militarismo no es un fenómeno específico del capitalismo; cada sociedad dividida en clases ha expresado su propia forma de militarismo correspondiente al modo de producción existente y a los intereses de las clases dominantes. Y es un he-

cho bien conocido, como señaló Karl Liebknecht, que el capitalismo ha desarrollado su propia forma específica de militarismo que de hecho corresponde a la defensa de un modo específico de producción: es la *masa* de la producción que, en la dinámica del régimen burgués, impone hasta cierto punto la destrucción en *masa* de instalaciones, medios de producción, productos y hombres «excedentes»; por esta razón, la guerra en el capitalismo, ya no es conducida por ejércitos veteranos y profesionales, voluntarios o mercenarios, tal como los ejércitos feudales, en los que el señor feudal ponía en riesgo su propia vida, sino que involucra a toda la masa del pueblo. El militarismo burgués, por razones que tienen que ver con el íntimo mecanismo de la economía capitalista, se caracteriza por la *conscripción obligatoria*, por fuerza de la cual la guerra moderna puede reabsorber en su vórtice *hasta el último gallardo* de la población; conscripción obligatoria que es sinónimo de reclutamiento y armamento *generalizado* de todo el pueblo» (9). Pero Liebknecht escribía: «*A la fase del desarrollo del capitalismo corresponde en el mejor de los modos al ejército fundado en la conscripción general, y que si bien es un ejército surgido del pueblo, no es un ejército del pueblo, sino un ejército contra el pueblo, o un ejército que es cada vez más manipulado en esa dirección*» (10).

Es muy cierto que en los recientes desarrollos del militarismo imperialista se ha hecho camino la tendencia a reemplazar por ejércitos profesionales a las tradicionales formas basadas en la conscripción obligatoria. Las clases dominantes burguesas pueden peregrinar cuanto quieran sobre semejante solución como si fuese la solución más conveniente; mas no pueden ni podrán jamás adoptarlas completamente y en forma permanente: «*Están y estarán obligadas en los hechos a recurrir en sus guerras – y mucho más en las guerras generalizadas – al armamento general de todo el pueblo, única forma de reclutamiento que pueda responder eficazmente a la exigencia de liquidación (exterminio) a vasta escala de recursos materiales y humanos que la guerra moderna acarrea consigo*» (11).

Ante la inevitable necesidad de la clase burguesa de hacer participar a todo el pueblo en la guerra, llevarla a su preparación y desarrollo, por tanto, a armar a las masas proletarias y campesinas que son lanzadas a masacres repetidas en los frentes de guerra, allí existe una contradicción que la burguesía no logra fácilmente resolver de manera exclusiva a su favor. Los proletarios forman el grueso de cada ejército, son transformados en soldados, instruidos en el manejo de las armas y habituados a los enfrentamientos armados. Pero esta formación puede volverse en su contra. Los proletarios pueden tornar esta formación en contra de la burguesía y no contra el proletariado del ejército «enemigo». Semejante cambio de dirección no ocurre automáticamente, ni en virtud de una propaganda pacifista o extremista, sino que se apoya en los puntos de ruptura abiertos

por las mismas destrucciones y las mismas masacres de la guerra. En Italia, en octubre de 1917, la «huelga militar» que fue la Ruta de Caporetto, hizo notar una clara oposición de los proletarios a la guerra, lo que correspondía con un periodo en que el proletariado urbano, empujado por sus condiciones de vida terribles, darán vida a una serie de manifestaciones que culminarán en los movimientos de agosto de 1917 en Turín, verdadera acción de guerra de clase – tal como puede leerse en el subtítulo «La izquierda en Italia frente a la guerra mundial» de este opúsculo – acciones que hubiesen podido desarrollarse en dirección de la revolución proletaria (como sucedió en Rusia) si también en Italia hubiesen madurado las condiciones no solo objetivas, sino también subjetivas (influencia determinante del partido de clase y superación de las ilusiones democráticas por parte del proletariado) que habrían permitido al proletariado elevar su lucha del nivel de la defensa «de clase» al de la ofensiva revolucionaria, pasando por la fragmentación del ejército y la organización de clase, legal e ilegal, guiada por el partido revolucionario.

Este cambio de dirección no ocurrió en Italia, tampoco en Alemania y, intentado en Hungría, no logró mantener sólida la ruta revolucionaria emprendida inicialmente; lo que demuestra que la persistente intoxicación democrática y la acción cotidiana del oportunismo camaleónico en las filas proletarias son obstáculos mucho más duros que los que aparecieron en la época a los mismos bolcheviques.

Nuestra corriente de Izquierda comunista ha aprendido las lecciones fundamentales de todo el curso degenerante y degenerado del oportunismo, en los vestidos del anarquismo de la primera oleada, en los vestidos del socialdemocratismo y en el traje del estalinismo, y del postestalinismo de la tercera oleada del oportunismo.

Pues bien, en los artículos que siguen, y que forman el opúsculo que aquí presentamos, hay una serie de referencias a la línea roja que liga la lucha antimilitarista de clase de los partidos revolucionarios en el periodo de las guerras coloniales a comienzos del siglo Veinte, a los Congresos de Basilea y la Izquierda de Zimmerwald, a la lucha de Luxemburgo y Liebknecht contra el militarismo alemán, a la lucha de los bolcheviques y la Izquierda Comunista; una línea que siempre ha tenido como característica definida la perspectiva de la revolución proletaria y de la conquista revolucionaria del poder político, en cuya perspectiva no podía sino ejercerse la acción

disgregadora que el proletariado realiza contra el ejército burgués, la lucha contra su burguesía nacional en la paz como en la guerra, y la lucha independiente de clase a fin de preparar al proletariado al asalto revolucionario por la conquista del poder guiado por su partido de clase revolucionario. Una línea política que se condensa muy bien en la famosa consigna de Lenin: *transformar la guerra imperialista en guerra civil*, cosa que el proletariado ruso, guiado por el partido bolchevique de Lenin logró, mostrando la vía a todos los proletarios del mundo, pero que el proletariado europeo no pudo lograr, a pesar de la persistente actividad antimilitarista y revolucionaria, especialmente en Alemania e Italia.

No faltan tampoco las críticas a las posiciones clásicas del oportunismo que adoptan las tesis pacifistas, desarmistas y nacionalistas burguesas, reduciendo el tema de la lucha contra la guerra y contra el militarismo, a un hecho solamente ideológico y de «consciencia individual», algo que, frente a la inminencia del estallido de la guerra, es prácticamente sepultada con las cuestiones llamadas «reales» que la burguesía dirige de nuevo a la «agresión» por parte de otros Estados, a la defensa de las «sagradas fronteras», a la defensa de la «libertad», la «democracia», la «civilización»... ●

(1) Cfr. el n 2 de *Quaderni del programma comunista*, junio de 1977, pp. 19-20, y p. 25.

(2) Ver «¡Lo que se hace evidente», un artículo publicado en *Avanti!*, 17.9.1915, ahora en la *Historia de la Izquierda Comunista*, vol. I p. 290.

(3) *Ibid.*

(4) Cfr. *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, Ed. *il programa comunista*, pág. 106 (párrafo 26, «La guerra se adapta a la democracia»).

(5) *Ibid.*, p. 105.

(6) Ver *nuestro antimilitarismo de clase y de guerra*, Reimpresión del comunista, 1994, p. 31.

(7) *Ibid.*

(8) *Ibid.*

(9) *Ibid.*, p.33.

(10) Ver K. Liebknecht, *Militarismo capitalista*, en "Scritti politici", Ed. Feltrinelli, Milán, 1971, p. 81.

(11) Cf. *Antimilitarismo di classe y guerra*, cit. p. 33.

A continuación publicamos el trabajo de partido aparecido en 1978, en el para entonces periódico del Partido Comunista Internacional, «**il programma comunista**», en los números 2, 3, 4, 5, 7, 10, 11, 12 y 14, bajo el título "**antimilitarismo revolucionario**". Este trabajo se completa en este opúsculo con la publicación de una serie de textos que demuestran la continuidad teórica y política de la corriente marxista revolucionaria que ha atravesado a través del tiempo por las diversas formas-partido, corriente representada de manera particular por los bolcheviques de Lenin y la corriente de la Izquierda marxista de Italia, corriente que, en 1921, fundó el Partido Comunista de Italia, que siempre luchó por la intransigencia teórica y política del marxismo en cada situación, dentro del Partido Socialista Italiano, en el cual se formó, y dentro de la Internacional Comunista, desde su constitución en adelante, contribuyendo de forma significativa a las 21 condiciones de adhesión a la misma, hasta la lucha primero contra toda forma de entrega teórica y política y contra toda forma de oportunismo que primero la debilitará, y luego la hará descarrilarse del camino correcto sobre el cual la había puesto Lenin y los comunistas revolucionarios del mundo en 1919, tomando la vía del nacionalcomunismo, teniendo a Stalin como su campeón absoluto.

Es sobre la tradición marxista revolucionaria nunca traicionada y sobre la base de los balances históricos y políticos que solo con el correcto manejo de la teoría marxista es posible hacer, que la corriente de la Izquierda comunista de Italia sobrevive al desastre mundial del estalinismo y a la derrota del movimiento comunista internacional, conformando las bases teóricas, programáticas, políticas y organizativas para la reconstitución de aquel partido comunista mundial, que fue el objetivo de todos los comunistas revolucionarios a partir de Marx y Engels.

Seguimos adhiriendo a esta corriente, a través de la milicia en el Partido Comunista Internacional en todo su accidentado recorrido hasta su crisis explosiva de 1982-84 y, luego, en el trabajo de reconquista de su patrimonio teórico y político y la reorganización ulterior y hoy activa todavía.

Dada la enorme cantidad de textos que pueden ser asociados a la gran cuestión de la guerra y el antimilitarismo de clase, por fuerza hemos tenido que hacer una selección para dar a este opúsculo la posibilidad de contener los textos más representativos del bolchevismo en tiempos de Lenin y de la corriente de izquierda marxista en Italia. Por tanto, nos hemos limitado a los textos que hacen referencia a los Congresos de la II Internacional, los más importantes desde este punto de vista, y a los textos de las dos corrientes citadas en los años 1912 a 1917, algunos son más que suficientes para subrayar no solo su continuidad con la línea que de Marx a Lenin y a la Izquierda Comunista de Italia, sino también la indispensable ligazón a estos con las posiciones correctamente marxistas a las cuales adherir de manera intransigente en todo el periodo ulterior a la derrota del movimiento revolucionario comunista de los años Veinte del siglo pasado, hasta hoy y por el mañana que anuncia – en el desarrollo del capitalismo inevitablemente – la cercanía de factores de crisis que llevarán a un tercer conflicto imperialista mundial. ●

Antimilitarismo Revolucionario

«El militarismo domina y devora a Europa. Pero este militarismo arrastra consigo el germen de su propia destrucción. Por una parte, la competencia recíproca de cada Estado la obliga a empeñar cada año más dinero para el ejército, la marina, los cañones, etc. Y por la otra, a dar un carácter de seriedad cada vez mayor al servicio militar obligatorio para todos, y con esto, en definitiva, familiarizar a todo el pueblo con el manejo de las armas y hacerlo capaz de hacer su voluntad hasta cierto punto frente a los señores de la casta militar que ejercen el comando. Y este momento se presenta, apenas la masa obrera y campesina poseen su voluntad. En este punto el ejército de los príncipes muta en ejército del pueblo, la máquina se rehusa a servir, el militarismo sucumbe a la dialéctica de su desarrollo... Pero ello significa hacer saltar en añicos al militarismo desde adentro y, con ello, a todos los ejércitos permanentes» (1).

Desde 1878, año en que Engels escribe las pági-

nas cristalinas del Anti-Dühring, hasta hoy, la burguesía imperialista ha multiplicado por cien su presupuesto militar que hoy alcanza cifras inimaginables, y el morbo del militarismo, limitado solo a Europa hasta fines del siglo pasado, hoy infecta al mundo entero. Lenin decía que, por su naturaleza, el imperialismo tiende a militarizar a toda la sociedad; y, en los momentos de crisis económicas y sociales más agudas, este fenómeno llega a su apogeo. Hoy, en que el mundo se encuentra nuevamente próximo a un conflicto planetario – única verdadera solución ofrecida a la burguesía para salir de la crisis y dar vida nuevamente a otro ciclo infernal de producción y reproducción del capital, que luego se convierte en la sola razón de vivir del modo de producción existente – el militarismo se agudiza cada día más, y toma velozmente la delantera sobre toda la estructura económica y social de todos los países.

(1) Engels, *Anti-Dühring*.

Una vez más se plantea al proletariado la alternativa *o guerra o revolución*, como confirmación de lo que siempre ha sostenido el comunismo: que, tanto en su fase juvenil revolucionaria, como en su fase senil, el capitalismo determina la guerra, y los periodos interbélicos – de paz imperialista, entiéndase constelados por decenas de conflictos locales concerniendo a millones de proletarios – no son sino periodos de preparación a los enfrentamientos cada vez más inexorables (2).

Pero el imperialismo saltará por los aires solo desde adentro, esta es la enseñanza que nos ha dejado Marx, Engels, la gloriosa revolución de Octubre: es la misma máquina imperialista que debe atascarse bajo la acción de los proletarios que se rebelan contra los insoportables efectos del militarismo que se rehusan a degollar a placer por el simple motivo de vestir divisas diferentes. Y es tarea del partido de la revolución mundial el desencadenar y guiar la lucha para detener la guerra imperialista como solo puede ser detenida, es decir, transformándola en guerra civil.

Para cumplir con esta tarea, es necesario que el partido luche sin cesar contra toda forma de oportunismo, viejo o nuevo, de «derecha» o de «izquierda», que inevitablemente buscará poner o mantener al proletariado al servicio de la burguesía, la nación, el Estado, la Patria, la Democracia, cuidándose ésta de llamarlo a luchar por sus intereses, por su fin último: la revolución socialista. En suma, el partido debe «armar al proletariado del deseo de armarse». Y es en esa óptica que debe ser visto el presente trabajo sobre el antimilitarismo revolucionario, sobre la actividad de propaganda y agitación que el partido revolucionario, fuerte de su teoría y de las lecciones de más de un siglo, debe conducir *dentro del ejército burgués*, esto es, dentro de la organización anti proletaria por excelencia.

1848 - 1871

En junio de 1848, los proletarios parisinos intentan por primera vez tomar «al cielo por asalto»; la respuesta de la burguesía es inmediata; tanto fue incierta y vil cuando dirigía la lucha contra los vestigios del viejo mundo, como hoy se muestra resuelta y feroz reprimiendo al proletariado. Engels, al analizar la batalla final, nota cómo el enfrentamiento habría podido tener un desenlace diferente si hubiese sido posible lanzar una acción revolucionaria en los choques con el ejército burgués. «Cuarenta mil de ellos han combatido, durante cuatro días, contra fuerzas cuatro veces superiores, y por un milagro no logran vencer. Por un pelo y se apoderan de París, hubiesen tomado el municipio, instaurado un gobierno provisional y duplicado su número con los que venían de los barrios conquistados y de la guardia móvil, que solo esperaba una chispa para cambiar de bando» (3). Este mismo concepto será citado muchas veces por Engels, sobre todo en sus escritos llamados militares.

En los años posteriores a la revolución europea de 1848, Marx y Engels volverán muchas veces sobre la cuestión de los ejércitos y su reestructuración. Por un lado, se trataba de develar la inanidad de las prédicas sobre el desarme, la paz y la posibilidad de imponerlas a los Estados burgueses, por cuanto las guerras son la consecuencia directa del modo de producción capitalista, y hasta tanto el capitalismo subsista la guerra no será eliminada; por otro, se trataba de mostrar cómo el proletariado podía y debía utilizar a favor de su revolución, contra todo propósito de la burguesía, el hecho objetivo de que el tipo de ejército basado en el servicio militar obligatorio para todos aumenta cada vez más el número de obreros que aprenden el manejo de las armas, por tanto, técnicamente preparados, desde un punto de vista militar, para enfrentarse a la clase enemiga y, estando constituido en su gran mayoría por proletarios, es en todo caso un arma de doble filo, extremadamente peligrosa para la clase dominante al menos en periodo pre-revolucionario, sobre todo si, en fases precedentes, se ha sabido organizar una hábil e intensa obra de infiltración y propaganda subversiva en sus filas. «A propósito de la lucha por la existencia y las declamaciones de Dühring contra la lucha y las armas, subrayar la necesidad de que un partido revolucionario sepa también luchar. Por ello el servicio militar obligatorio juega a nuestro favor y debería ser utilizado por todos para aprender a luchar, especialmente por aquellos cuyos conocimientos les permite la formación militar de oficiales como voluntarios» (4).

Incluso, la institución del servicio de reclutamiento entra en el desarrollo contradictorio, dialéctico y nada lineal del modo de producción capitalista. Tomemos como ejemplo al ejército francés. En 1848, con la ley Gouvion - Saint Cyr, Francia, que hacía ya veinte años tenía ejército de conscritos, organiza el

(2) Es necesario recordar que lo que los comunistas siempre han negado, en *línea de principio*, no es la posibilidad de evitar la guerra imperialista, sino la de evitarla por medios pacíficos propalada por la misma burguesía y los reformistas. En 1956, escribíamos en el *Dialogo con los muertos*: A la tesis del XX° Congreso sobre la posibilidad actual de evitar la guerra, nosotros respondemos no que la guerra misma es *inevitable* en sentido absoluto, sino que no puede ser evitada por un movimiento vagamente ideológico de proletarios y clases pobres medias, sobre el cual pasaría una turbina sin encontrar ninguna resistencia. LA GUERRA GENERAL ES, POR LO TANTO, HISTÓRICAMENTE *EVITABLE*, A LA SOLA CONDICIÓN DE QUE HAYA UN MOVIMIENTO DE LA PURA CLASE ASALARIADA QUE SE LE OPONGA, Y QUE ESTE LA BUSQUE NO PARA *REEMPLAZARLA POR LA PAZ*, SINO PARA DERRIBAR, CON ESTA PAZ RECIEN NACIDA, AL VIEJO E INFAME CAPITALISMO» (pp. 94-95).

(3) Obras Completas, vol. IX. p. 164.

(4) Engels, *Material preparatorio para el Anti-Dühring*.

clásico ejército profesional (5). Es solo después de la guerra contra Prusia, y la posterior instauración y derrota de la Comuna que se adopta el ejército basado en la conscripción obligatoria. En honor a la lógica, en base a la experiencia de la Comuna, no se ve el interés inmediato que pudiese tener la burguesía francesa en reestructurar a su ejército: llamar a las armas a todos los ciudadanos, y especialmente a los proletarios del campo y la ciudad, por un periodo más o menos largo, significa volver permeables a las instancias, necesidades, doctrina proletaria al organismo que es el primero entre todos a ser llamado en caso de tener que mantener el Statu quo, esto es, defender los intereses de la burguesía.

Pero fue precisamente la guerra franco-prusiana que cierra un ciclo y abre otro: a partir de las guerras entre Estados subentran las guerras entre pueblos; las guerras entre ejércitos profesionales, que solo interesaban marginalmente a la población de una nación, *definitivamente* se convertían en guerras que involucraban prácticamente a toda la población, y que por tanto exigían el reclutamiento en masa. Es por esto que la burguesía, teóricamente interesada en mantener, por motivos internos, al proletariado alejado de las armas, se ve obligada ante la necesidad de expansión externa, a insertarlo definitivamente en el ejército, a iniciarlo en el manejo de las armas mismas que un día se tornarán en su contra y decretarán su muerte: enésima confirmación de que el modo de producción capitalista, a la par de todo otro modo de producción, con su desarrollo, da nacimiento a las fuerzas que determinan su destrucción

LA FALSA ALTERNATIVA ACTUAL: ¿EJÉRCITO PROFESIONAL O EJÉRCITO DE CONSCRITOS?

Muchos afirman hoy que toda la visión teórica del marxismo con respecto al ejército y la guerra, y la consiguiente lucha que los comunistas han llevado contra y dentro de ambos, está completamente superada. El motivo lo han hallado en el hecho de que son los ejércitos profesionales, y no los de los conscritos, los preferidos por los señores de la guerra.

Pero esta se presenta como una falsa alternativa. En efecto, hoy es absolutamente impensable una guerra mundial llevada a cabo por soldados profesionales solamente; significaría regresar a las guerras feudales en las que dos ejércitos se enfrentaban colocados en formación uno frente al otro en el sentido estricto del término, en un ángulo del mundo extremadamente localizado, y donde el primer ejército que daba la espalda al enemigo perdía. La guerra feudal tenía su mira puesta principalmente en la defensa del desarrollo de las fuerzas productivas extremadamente limitadas todavía. La guerra imperialista que, en cambio es producto del desarrollo de las fuerzas productivas, va tras la conquista de otros mercados adonde colocar sus mercancías, que es también un medio de resolver los problemas que acarrea la superproducción, típicos del capitalismo

senil, con la destrucción masiva de trabajo muerto y trabajo vivo.

Por tanto, plantear la eventualidad de que las guerras modernas puedan ser hechas solo con limitados ejércitos profesionales significa creer que el imperialismo pudiera reducir sus contradicciones, que los diversos imperialismos pudieran continuar, e incluso resolver sus rivalidades, sin por tanto llegar al enfrentamiento armado y utilizar la superioridad militar dada por la participación de toda la población al choque directo. En suma significa retornar a las posiciones de Kautsky acerca del super-imperialismo, clamorosamente desmentido por el desarrollo dialéctico del presente modo de producción.

Muy distinto es la creación por parte de la burguesía de cuerpos especiales formados por solo mercenarios que no solo tienen una función con vista a un enfrentamiento interimperialista, sino que sirven sobre todo al mantenimiento del orden y a la represión contrarrevolucionaria dentro de cada país. No es casual que cuando el termómetro de la lucha de clases tiende a subir – y hoy tenemos sus primeras señales – asistimos a un florecimiento de estos cuerpos especiales. Es evidente que difícilmente el proletariado pueda hacer algo dentro de estas formaciones para disgregarlas, y por esto deberá enfrentarse a este en un plano puramente militar: al menos en los países capitalistas más avanzados seguro serán precedidas por una larga y sanguinaria guerra civil, y esta verá en frente las filas del proletariado en armas guiadas por su partido y, en el frente opuesto, entre otros trastos de la conservación burguesa, a los «Freikorps» de diversos tipos y de triste memoria movilizados para reprimirlo.

Con 1871, definitivamente se cierra para Europa el ciclo de guerras progresivas de la burguesía, y el marxismo revolucionario se coloca en el terreno de las luchas exclusivamente proletarias contra la burguesía. *«Que después de la guerra más envolvente de los tiempos modernos, el vencido y el vencedor fraternicen para en común masacrar al proletariado, este hecho sin precedentes prueba no, como piensa Bismarck, el aplastamiento de una nueva sociedad al surgir, sino la descomposición completa de la vieja sociedad burguesa. El más alto impulso de heroísmo del cual la vieja sociedad es capaz todavía es la guerra nacional: pero ahora esta ha demostrado que no es más que una simple mixtificación de diversos gobiernos, la cual tiende a retardar o enterrar la lucha de clases, pero es echada a un lado apenas esta lucha de clases se transforma en guerra civil. El dominio de clase no puede ya enmasca-*

(5) A pesar de su ejército profesional, Francia se vio obligada, ya que el alistamiento voluntario no proporcionaba el número de reclutas requerido, a instituir una forma limitada de reclutamiento obligatorio que involucraba a unos 40 mil hombres escogidos entre la clase anual sujeta a la convocatoria.

rarse bajo un uniforme nacional; todos los gobiernos nacionales se federan contra el proletariado» (6).

Luego de la fase de unificación nacional viene un largo periodo que por comodidad hemos llamado «intermedio idílico del mundo capitalista» que se prolongará hasta 1914, es decir, hasta el estallido de la primera masacre mundial, y que se caracteriza por la penetración del modo de producción capitalista en todo el globo, y a nivel militar por la llamada «pax britannica», sinónimo de paz armada entre las metrópolis del capitalismo, y de guerra permanente contra los pueblos de color. Y es precisamente en este periodo que el militarismo se convierte en la correa de transmisión de la vida económica y social del capitalismo, y desarrolla cada vez más claramente, además de una acción externa de conquista, también una acción interna, no menos importante, de lucha contra el proletariado, el cual, ahora liberado de todo deber con la revolución burguesa, se coloca como clase completamente autónoma, con un partido propio y un programa a realizar: la destrucción del modo de producción capitalista y la instauración de la dictadura de clase, camino obligado hasta el comunismo.

El militarismo, hoy más que consciente de tener como tarea histórica la de defender y facilitar la primera ley del capitalismo, es decir, la ganancia, interviene cada vez más a menudo con creciente vigor contra toda tentativa, incluso mínima, de defensa por parte del proletariado de sus intereses de clase.

De este modo, el ejército formado por conscritos es utilizado para sabotear las huelgas, reprimir manifestaciones proletarias. Basta recordar la represión contra los desempleados en enero de 1874 en Nueva York, la represión de la huelga de ferroviarios en julio de 1877, en Maryland, el grandioso esquirolaje militar emprendido contra la huelga general de ferroviarios húngaros en enero de 1903 y en 1904 respectivamente, y luego la masacre de Fourmies, el 1º de mayo de 1891, de Chalon-sur-Saône en 1899, de Trieste en 1902, y la lista podría ascender al infinito.

Una palabra en particular debe decirse para la joven burguesía italiana, que se distinguió particularmente al otorgar "las balas del rey" al proletariado. Aquí hay un resumen de las principales masacres que tuvieron lugar en Italia entre junio de 1901 y mayo de 1906: *Berra*, 6/27/1901, 2 muertos y 10 heridos; *Patrignano*, 5/5/1902, muerto 1, heridos 7; *Cassano*, 5/8/1902, muerto 1, heridos 3; *Candela*, 8/9/1902, muertos 5, heridos 11; *Giarratana*, 13/10/1902, muertos 2, heridos 12; *Galatina*, 20/4/1903, muertos 2, herido 1; *Piere*, 5/21/1903, muertos 3, lesionado 1; *Torre Annunziata*, 31/8/1903, muertos 7, heridos 10; *Cerignola*, 17/5/1904, 5 muertos, 40 heridos; *Bruggera*, 4/9/1904, 3 muertos, 10 heridos; *Castelluzzo*, 9/11/1904, muerto 1, heridos 12; *Sestri Ponente*, 15/9/1904, muertos 2, heridos 2; *Foggia*, 18/4/1905, 7 muertos, 20 heridos; *S. Elpidio* 15/5/1905, 4 muertos, 2 heridos; *Grammichele*, 8/16/1905, muertos 18, heridos 20; *Scarano*, 21/3/1906, muertos 1, heridos

9; *Wall*, 3/23/1906, muertos 2, heridos 4; *Turín*, 4/4/1906, muerto 1, heridos 6; *Calmiera*, 30/04/1906, muertos 2, heridos 3; *Cagliari*, 12/5/1906, muertos 2, heridos 7; *Nebida*, 21/05/1906, muerto 1, herido 1; *Sonnezza*, 5/21/1906, muertos 6, heridos 6; *Benventare*, 24/5/1906, muertos 2, lesionados 2 (7).

En suma, en el giro de 5 años, el regio ejército italiano realizó 23 masacres de proletarios ocasionando 78 muertos y 199 heridos. Del resto, todas las burguesías de los países capitalistas avanzados se sirven habitualmente del militarismo para mantener «dócil» a la clase obrera: «*Los ejércitos modernos, cuando no se ocupan en la rapiña colonial, sirven exclusivamente para defender la propiedad capitalista*» (8).

La lucha contra el enemigo interno es tan importante para la burguesía como la lucha contra el enemigo externo. El ejército, compuesto en su gran mayoría por conscritos, obreros y campesinos pobres en uniforme, sirve para esta función. Pero el joven proletario, quien por un periodo más o menos largo sirve a la «patria», es preparado para esta tarea con la inadmisibles vida de cuartel, con métodos aberrantes que van del aislamiento a la disciplina y obediencia totales. La reacción del movimiento obrero internacional es inmediata. En el Congreso de París (1891), así como en los que seguirán después, la Internacional pone de relieve las características del militarismo como necesario resultado del capitalismo, la imposible separación entre capitalismo y guerra, confirmando una vez más la necesidad, por parte del proletariado, de conquistar el poder e instaurar el socialismo, única garantía de paz.

Pero es solo a partir del Congreso de París de 1900 que el antimilitarismo se ha vuelto pragmático y es reconocido como forma de la lucha de clase. «*Los partidos socialistas deben empeñarse en todas partes en educar y organizar a la juventud con miras a la lucha contra el militarismo y deben desarrollar esta tarea con el máximo de energías*».

El antimilitarismo es, pues, reconocido tan indispensable como la defensa cotidiana de las reivindicaciones obreras: se convierte en parte fundamental de la autodefensa proletaria contra el Estado burgués. Además de las federaciones juveniles de los partidos socialdemócratas, están los sindicatos que desarrollan una amplia agitación en este sentido, igualmente los movimientos anarquistas que hacen de ella su bandera.

(6) Marx, *La guerra civil en Francia*. Para un análisis más profundo de la guerra franco-prusiana y posteriormente de la Comuna, invitamos a los lectores a la serie de artículos sobre la *Cuestión Militar*, aparecidos en nuestro bimestral (*il programma comunista*, NdR) en los años 60', y en particular los nn. 3, 4, 5, 11, 12, 13 - 1966.

(7) «*Le mouvement socialiste*», mayo-junio y agosto-septiembre de 1906.

(8) Lafargue, en «*L'Humanité*», 9 de octubre de 1906.

ANTIMILITARISMO REVOLUCIONARIO Y ANTIMILITARISMO ANARQUISTA

Hemos dicho que los anarquistas han hecho suya la bandera de la lucha antimilitarista, y es necesario decir que logrará tener un séquito nada despreciable, y a menudo superior al de los partidos marxistas. Sin embargo, el antimilitarismo anarquista es completamente distinto al marxista. En efecto, el anarquismo considera el militarismo como un fenómeno completamente autónomo, lo considera esencialmente como un «mal» *en sí*, y ve la lucha en su contra como una serie de actos individuales, determinados por cada voluntad consciente. Así, es presto a apoyar y teorizar cada acción individual, prescindiendo de las reales relaciones de fuerza y de las posibilidades objetivas del proletariado, terminando por resolver toda su acción antimilitarista en vacuos llamados pacifistas contra toda clase de guerra, en lugar de acciones concretas en el sentido de la organización del proletariado en función anticapitalista. Polemizando con Hervé, uno de los más altos representantes del antimilitarismo anarquista en el campo socialista, Lenin escribía en 1907: *«El tristemente célebre Hervé, que ha generado tantos rumores en Francia y Europa, ha defendido un punto de vista semianarquista sobre esta cuestión, proponiendo ingenuamente ‘responder’ a cualquier guerra mediante la huelga y la insurrección. No comprendía, por un lado que la guerra es un producto necesario al capitalismo, y que el proletariado no puede rechazar su participación en una guerra revolucionaria, ya que similares guerras son posibles y han estallado en la sociedad capitalista. Por otro lado, no comprendía que la posibilidad de ‘responder’ a la guerra depende del carácter de la crisis que la misma guerra provoca. Es de estas condiciones que depende la selección de los medios de lucha, selección que además debe consistir [y este es el tercer punto de las incomprensiones y estulticias del herveísmo] no como una mera sustitución de la paz por la guerra, sino en la sustitución del socialismo por el capitalismo. Lo importante no es solamente impedir el estallido de la guerra, sino utilizar la crisis que esta genera para acelerar el abatimiento de la burguesía, pero detrás de todas las absurdidades semianarquistas del herveísmo se encuentra algo prácticamente justo: darle un empuje al socialismo en el sentido de no limitarse solo a los medios de lucha parlamentaria, de desarrollar en las masas la conciencia de la necesidad de métodos de acción revolucionaria en conexión con la crisis que la guerra porta inevitablemente consigo, en el sentido de difundir por fin una más viva conciencia en las masas de la solidaridad internacional de los obreros y de las falsedades del patriotismo burgués»* (9).

Esto quiere decir que al rechazo individual al uso de las armas, a un pacifismo permanente y omnipre-

sente, a la exaltación del gesto individual perteneciente al anarquismo, los socialistas oponen la visión científica del modo de producción capitalista y de aquel fenómeno inherente tal como el militarismo, que solo puede ser erradicado junto al capitalismo, es decir, al último ordenamiento de la sociedad dividida en clases; dirigen su propaganda sobre todo a las clases que son necesariamente enemigas del militarismo, esto es, al proletariado industrial y agrícola, no obstante sin traspasar esta revuelta a los pequeños campesinos y a los pequeños burgueses en general; consideran la lucha antimilitarista no lucha individual sino lucha de clase, por lo cual son conscientes que los gestos individuales de rebelión, aunque no se condenen a priori en tanto que síntomas de la inestabilidad social o valerosos actos de rechazo (a la guerra), no se pueden sin embargo identificar ya como medios para abatir el militarismo. El instrumento con el cual los marxistas combaten el capitalismo en todas sus formas es el partido revolucionario, es la larga preparación revolucionaria; incluso consignan como huelga general contra la guerra o transformación de la guerra imperialista en guerra civil tienen valor solo si, de un lado, existen situaciones reales de disgregación del militarismo, del otro, a sus espaldas está un partido revolucionario en capacidad de guiar al proletariado contra el Estado burgués.

Lenin en sus broncas contra el anarquismo no ahorra tampoco al socialismo parlamentario, legalitario y reformista según el cual *«las vastas organizaciones económicas y políticas de la clase obrera permean y conquistan las instituciones con medios legales, preparando una gradual transformación de todo el engranaje económico»*, y que conducirá a los partidos de la Segunda Internacional a la gran traición de 1914.

LUCHA CONTRA EL ANTIMILITARISMO REFORMISTA

Así, la lucha que la izquierda marxista lleva a cabo contra los oportunistas no es menos vehemente que la condena contra los anarquistas. La Internacional, en su mayoría, se desliza cada vez más hacia posiciones reformistas y pacifistas. La necesidad de conquistar el poder con medios violentos es poco a poco negada, abandonando con esta la dictadura del proletariado como forma de poder político perteneciente a la clase obrera. Términos que parecían no tener ya nada que ver con el proletariado, vuelven a ser pescados y recuperados como suyo por los partidos de la II Internacional. Así el concepto de patria, definitivamente muerto para los revolucionarios de 1848, son renovados, y el potente grito de guerra de Marx y Engels «Los obreros no tiene patria», es transformado por Jaurés en una simple *boutade* (chiste) apasionada: «El proletariado no se encuentra fuera de la patria. Cuando el Manifiesto comunista de Marx

(9) Lenin, *El Congreso socialista de Stuttgart*.

y Engels formuló en 1847 la famosa frase, repetida muy a menudo y explotada de mil maneras, 'los trabajadores no tienen patria', solo se trataba de una boutade apasionada, una réplica completamente paradójica, además de infeliz [sic!], a la polémica de los patriotas burgueses que denunciaban el comunismo como destructor de la patria [...] La fórmula del Manifiesto significa la sustitución de una serie de revoluciones abstractas y artificiales a la profunda evolución revolucionaria que Marx a menudo ha definido con tanto vigor». Más aún, « un poco de internacionalismo nos aleja de la patria y mucho internacionalismo nos retorna a ella. Un poco de patriotismo nos aleja de la Internacional; mucho patriotismo nos lleva a ella» (10).

De estas posiciones a las de sostener la obligación por parte del proletariado de defender «la patria» contra toda «agresión», el paso es breve. «El ejército así constituido tiene como objetivo exclusivo de defender contra toda agresión la independencia y el suelo del país. Toda guerra es criminal si no es manifiesta y realmente defensiva, si el gobierno del país no propone al gobierno extranjero con el cual tiene el conflicto de regular el conflicto mismo mediante un arbitraje» (11).

Y es Rosa Luxemburg quien responde a estas posiciones intentado restaurar la doctrina integral del marxismo contra las desviaciones oportunistas: «Está muy claro que este exceso de celos en el cumplimiento del deber patriótico comprometería a las organizaciones de lucha del proletariado y les impondría objetivos y deberes que les son total y fundamentalmente extraños y que deberían por lo tanto ser rechazados categóricamente en el interés de la lucha de clase». Retomando más lejos el discurso sobre la diferencia entre guerra defensiva y ofensiva: «Aquí encontramos como base de toda la orientación política esta famosa distinción entre guerra defensiva y guerra ofensiva que antaño jugó un gran papel en la política extranjera de los partidos socialistas que, en función de las experiencias de las últimas décadas, deberían ser pura y simplemente alejadas... Abandonarse a la ilusión de que las fórmulas jurídicas puedan estar tan solo un poco por encima de los intereses y el poder capitalistas, es la política más nociva que pueda llevar a cabo el proletariado» (12)

Poco tiempo antes, Lenin había atacado duramente a aquellos socialdemócratas alemanes, como Vollmar y Noske, para quienes no era necesaria ninguna actividad específicamente antimilitarista, por cuanto la guerra es «el inevitable compañero de ruta del desarrollo capitalista», que por tanto los proletarios tienen la obligación de empuñar las armas, precisamente como los burgueses, en vista de este desarrollo. «La posición de Vollmar, Noske y los elementos del 'ala derecha' que piensan también así es vileza oportunista» (...) Si el

militarismo es criatura del capital y desaparece con el capital, como ellos han sentenciado en Stuttgart, especialmente en Essen, no es siquiera necesaria una específica agitación antimilitarista, que no tiene razón de ser. Pero – se objetó en Stuttgart– incluso la solución radical de la cuestión obrera o la cuestión de la mujer, por ejemplo, es imposible mientras subsista el régimen capitalista, y sin embargo somos partidarios de una legislación obrera, de la extensión de los derechos civiles a las mujeres, etc. La propaganda específicamente antimilitarista debe ser desarrollada con tanta más energía cuanto más se hacen frecuentes los casos de ingerencia de las fuerzas armadas en las luchas entre capital y trabajo y cuanto más evidente se vuelve la importancia del militarismo no solo en la lucha actual del proletariado, sino también en el futuro, en el momento de la revolución social» (13).

Sin embargo, la mayoría de la Internacional acampaba bajo las posiciones de Jaurés, es decir, buscaba solo «impedir» el estallido de una guerra general, a pesar de las posiciones de la Izquierda que luchaba por hacer que la guerra sea el punto de partida de la revolución. Y el esfuerzo incesante de la Izquierda para reafirmar y salvaguardar la ortodoxia marxista contra toda desviación de derecha y contra el centrismo no fue en vano. En el Congreso de Stuttgart de 1907, Lenin y Luxemburg lograron hacer pasar en la *Moción sobre el militarismo y los conflictos entre las naciones*, una enmienda de gran importancia: «en el caso de que estalle la guerra, ellos [los socialistas] tienen el deber de meterse en el medio para hacerla cesar lo más pronto posible y de utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para agitar a los estratos populares más profundos y precipitar la caída del dominio capitalista». Luego en el *manifiesto de Basilea* (1912) se recordaba que los proletarios habrán de considerar criminal toda participación en la guerra imperialista; que la guerra habría determinado inevitablemente una enorme crisis económica, política y social, y que era un deber de los partidos socialistas utilizar esta crisis para abatir el poder capitalista.

Pero, a pesar de los esfuerzos de la Izquierda marxista, la mayoría de las secciones nacionales, de ahora en adelante totalmente dentro de la espiral del centrismo y el oportunismo, cada vez más basaban toda su política práctica y la acción cotidiana en el reformismo.

(10) Jaurés, *L'Armée nouvelle*, 1911.

(11) Jaurés, op. cit.

(12) Luxemburgo, *Recensione de l'Armée nouvelle de J.* in «*Leipziger Volkszeitung*», 9 de junio de 1911.

(13) Lenin, *El militarismo militante*.

LA EXPERIENCIA RUSA: 1905, LA INSURRECCIÓN COMO ARTE

La gran enseñanza de la revolución rusa de 1905 fue el de poner en plena luz de qué manera el partido revolucionario debía preparar práctica y políticamente la insurrección. «*La insurrección es un arte y la regla principal de este arte consiste en la ofensiva llevada con extrema audacia y con decisión inflexible*» (14). *ú á*

Después de esta experiencia, el partido bolchevique se preparará constantemente, incluso en los años de la más despiadada represión zarista, «*con vistas a la insurrección general armada*», dándose una organización militar interna y organizando a los proletarios bajo las armas, a través de la propaganda y la agitación antimilitarista. Antes de 1905 la acción antimilitarista del POSDR no iba mucho más allá de llamados dirigidos al ejército «*de no disparar contra los obreros*» en caso de manifestaciones proletarias como las del 1º de mayo.

Pero en 1905, después de la derrota del ejército y la marina contra Japón, y su inevitable disgregación, el partido había comenzado a intervenir masivamente dentro de este, logrando crear un embrión de organización. Lógicamente este trabajo pudo desarrollarse en pleno, sobre todo en los cuerpos como el de la artillería y la marina, formados principalmente por proletarios. Bajo el desenvolvimiento de los eventos – disgregación del ejército de un lado, avance de la revolución del otro – el partido bolchevique pudo dar nacimiento a más de un ejemplo de efectiva, aunque insuficiente en muchos aspectos, unión entre masa proletaria y tropas, primer paso hacia la creación del ejército revolucionario.

En el verano de 1905, hubo un acontecimiento de gran importancia: la insurrección a bordo del acorazado de «Potemkin» – donde los bolcheviques desempeñaron un rol de primer plano – en estricta conexión en el mismo momento con la insurrección de Odesa. «*Bajo el impacto del curso espontáneo de los acontecimientos, madura y se organiza a nuestra vista la insurrección armada de todo el pueblo. No ha transcurrido aún tanto tiempo desde que la única manifestación de la lucha del pueblo contra la autocracia eran las revueltas, es decir, los disturbios inconscientes y desorganizados, espontáneos y a veces salvajes. Pero el movimiento obrero, que es el movimiento de la clase más avanzada, el proletariado, no ha tardado en salirse de esa fase inicial. La propaganda y la agitación conscientes de la socialdemocracia han surtido efecto. [...] La lucha se ha propagado, convirtiéndose en insurrección. El ignominioso papel de verdugos de la libertad y de esbirros de la policía desempeñado por las fuerzas armadas del zarismo no ha podido menos de irles abriendo poco a poco los ojos a ellas mismas. El ejército ha empezado a vacilar. Primero han sido casos sueltos de insubordinación, de alborotos entre los reservistas, de pro-*

testas de oficiales, de agitación entre los soldados y de negativas de compañías o regimientos sueltos a disparar contra sus hermanos, los obreros. Luego ha venido el paso de una parte del ejército al lado de la insurrección. La inmensa importancia de los últimos sucesos de Odesa consiste ni más ni menos en que allí se ha incorporado abiertamente por primera vez a la revolución una gran unidad militar del zarismo: todo un acorazado.» (15).

El paso del ejército, o al menos una parte, al lado de la revolución, es un hecho extremadamente importante, pero insuficiente todavía. Lenin, siempre en el mismo artículo, afirma que se debe crear un ejército de la revolución, porque solo con su propio ejército la revolución puede vencer a las fuerzas contrarrevolucionarias. «*De las tropas mismas salen destacamentos del ejército revolucionario. La misión de esos destacamentos estriba en proclamar la insurrección, proporcionar a las masas la dirección militar necesaria en la guerra civil, lo mismo que en toda otra guerra, crear puntos de apoyo de la lucha abierta de todo el pueblo extender la insurrección a los lugares vecinos, asegurar [primero al menos en una pequeña parte del territorio del Estado], la libertad política completa, emprender la reorganización revolucionaria del podrido régimen de la autocracia, desplegar al máximo la obra revolucionaria de los de abajo, que en tiempos de paz actúan poco, pero que salen a primer plano en las épocas de revolución. Sólo cuando hayan comprendido estas nuevas tareas, sólo cuando las planteen con audacia y amplitud podrán los destacamentos del ejército revolucionario obtener una victoria completa y servir de apoyo al gobierno revolucionario. Y el gobierno revolucionario es en esta fase de la insurrección popular algo de necesidad tan imperiosa como el ejército revolucionario. El ejército revolucionario se necesita para batallar y dirigir militarmente la lucha que las masas del pueblo despliegan contra los restos de las fuerzas armadas de la autocracia. El ejército revolucionario se necesita porque los grandes problemas de la historia se pueden resolver únicamente por la fuerza, y la organización de la fuerza en la lucha de nuestros días es la organización militar*» (16).

Lenin plantea pues el problema de la insurrección como un problema inmediato al cual el partido revolucionario debe dar una respuesta igualmente inmediata. Tarea que no es ciertamente fácil, no solo por la situación objetiva, sino también por la acción desarrollada por los oportunistas, por ejemplo los

(14) Lenin, *Las lecciones de la insurrección de Moscú*.

(15) Lenin, *El ejército revolucionario y el gobierno revolucionario*.

(16) Lenin, *op. cit.*

mencheviques, que buscan conducir a todo el movimiento revolucionario al centro de una conciliación con la burguesía, no por azar tomando actitudes extremistas y afirmando la necesidad de «crear» nuevos incentivos capaces de provocar otros levantamientos. Lenin rebate: *«No son ‘nuevos incentivos’ los que nos hacen falta, respetable Mnilov, sino la fuerza militar; la fuerza militar del pueblo revolucionario (y no del pueblo en general), que está formado por: 1) el proletariado y el campesinado armados; 2) los destacamentos de avanzada compuestos por los representantes de estas clases; y 3) las unidades del ejército dispuestas a pasarse a la causa revolucionaria. Todo eso en conjunto constituye un ejército revolucionario. Hablar de una insurrección, de su fuerza, de la transición natural hacia ella, y no hablar del ejército revolucionario, es un absurdo y crea confusión, tanto mayores cuanto más avance la movilización del ejército contrarrevolucionario»* [...] *La consigna de la insurrección es la consigna que decide el problema de la fuerza material, y la fuerza material en la civilización europea moderna es solo la fuerza militar. Esta consigna no puede ser lanzada cuando las condiciones generales para la insurrección no están maduras, hasta que no se haya manifestado de manera precisa el fermento de las masas y su preparación para la acción, hasta que las circunstancias exteriores no hayan llevado a una crisis evidente. Mas a partir del momento en que esta consigna ha sido proclamada, sería vergonzoso retroceder; retornar a la fuerza moral, retornar todavía a una de las condiciones del desarrollo de la base para las insurrecciones, regresar todavía a una de las ‘transformaciones posibles’, etc., No, si la suerte está ya echada hay que abandonar todas las evasivas, hay que explicar sin ambages ni rodeos a las más amplias masas cuáles son en estos momentos las condiciones prácticas para una revolución victoriosa»* (17).

Por lo tanto, rechazo a toda actitud putschista, al mismo tiempo que rechazo a toda acción que tienda a debilitar la fuerza y el impulso revolucionario y llegar a un compromiso con la clase que detenta el poder. Y este discurso, como subraya el mismo Lenin, es válido no solo para Rusia, donde todavía la revolución democrática debe vencer, sino también para el resto de los países europeos hoy por hoy totalmente imperialistas.

La revolución de 1905 llegó a su apogeo en diciembre de ese mismo año. Ahora la insurrección envolvía a todas las principales ciudades, tocaba a centenares de miles de obreros, y al mismo tiempo arrastraba del lado de los insurgentes a una parte no desdeñable del ejército. Pero fue precisamente en esta jornada que se jugó la suerte de la revolución, esta fue aplastada porque las fuerzas de la autocracia podían contar con un ejército suficientemente fuerte y organizado todavía, a pesar de la acción revolucionaria desarrollada en su seno.

Es todavía una vez más Lenin que asume de nuevo cuáles son las enseñanzas que el partido revolucionario debe sacar de 1905 con respecto a la influencia sobre el ejército y la preparación militar: *«La segunda [enseñanza] concierne al carácter de la insurrección, a la manera de hacerla, a las condiciones en las cuales las tropas se pasan al lado del pueblo. Sobre este último punto, entre el ala derecha de nuestro partido está extendidísima una opinión muy unilateral: la de que es imposible luchar contra un ejército moderno; es preciso que el ejército se haga revolucionario. De suyo se comprende que si la revolución no gana a las masas y al ejército mismo, no se puede ni pensar en una lucha seria. De suyo se comprende que el trabajo en el ejército es necesario. Pero no hay que figurarse este cambio de frente en la tropa como un acto simple, único, resultante de la persuasión, por una parte, y de la comprensión, por otra. La insurrección de Moscú demuestra con evidencia lo que esta concepción tiene de rutinaria y muerta. La vacilación de la tropa, en realidad inevitable en presencia de todo movimiento verdaderamente popular, conduce, cuando la lucha revolucionaria se hace más aguda, a una verdadera lucha por ganarse el ejército. La insurrección de Moscú nos muestra precisamente la lucha más implacable, más furiosa, entablada entre la reacción y la revolución, por conquistar el ejército. Dubásov mismo ha declarado que sólo 5.000 hombres, de los 15.000 de la guarnición de Moscú, eran de confianza. El gobierno retenía a los vacilantes por las medidas más diversas y más extremas: se les persuadía, se les adulaba, se les sobornaba, distribuyéndoles relojes, dinero, etc.; se les emborrachaba con aguardiente, se les engañaba, se les aterrorizaba, se les encerraba en los cuarteles, se les desarmaba, se les arrancaba por la traición y la violencia a los soldados considerados más inseguros. Y hay que tener el valor de reconocer franca y públicamente que en este aspecto el gobierno nos ha dejado atrás. No supimos utilizar las fuerzas de que disponíamos para sostener con tanta actividad, audacia, espíritu de iniciativa y de ofensiva una lucha por ganarnos el ejército vacilante, como la que el gobierno ha emprendido y realizado con éxito. Nos dedicamos y nos dedicaremos todavía con mayor tenacidad a ‘trabajar’ ideológicamente al ejército; pero no seríamos más que unos lamentables pedantes si olvidásemos que en el momento de la insurrección es precisa también la lucha física por la conquista del ejército»* (18).

Y es precisamente en base a estas enseñanzas que el partido bolchevique, después de la revolución de febrero de 1917, pudo revitalizar su organización

(17) Lenin, *La última palabra de la táctica «iskrista»*.

(18) Lenin, *Las lecciones de la insurrección de Moscú*.

militar, desarrollar esta acción revolucionaria dentro del ejército que hizo posible Octubre y la posterior victoria contra los ejércitos blancos.

EL PSI Y EL ANTIMILITARISMO EN LA PRIMERA ANTE-GUERRA

También en Italia, como en otros países y sobre todo en Francia, el movimiento obrero estuvo influenciado de modo nada indiferente, primero por el anarquismo, y luego por el anarcosindicalismo, los que han inspirado durante un largo periodo su actividad antimilitarista, con todos los errores y carencias combatidas por Lenin como hemos visto, por Luxemburg, Liebknecht (19), y en general, por la Izquierda marxista internacional.

El PSI, aun reafirmando, bajo el rastro de la Internacional, los ejes del antimilitarismo revolucionario, en sus primeros años de vida no logró organizar una eficaz campaña de propaganda y acción antimilitaristas. Fue con la formación de la Federación nacional juvenil del Partido Socialista Italiano (1907) que el antimilitarismo revolucionario adquiere su justa importancia dentro del movimiento obrero italiano. Ya en su primer Congreso (Bolonia, 25 de septiembre de 1907), este ocupó una parte importante, algo que nunca se había verificado, en los congresos del partido «adulto». En el II Congreso, que tuvo lugar un año después, se reafirmó que era necesario «un trabajo preparatorio, a fin de que esté presto para impedir la guerra recurriendo a todos los medios... en conformidad con las deliberaciones del Congreso de Stuttgart» (20).

En el momento de la difícil empresa imperialista contra Trípoli (1911), el movimiento proletario y la organización juvenil del partido se alinean de manera resuelta contra la guerra: hubo numerosas manifestaciones antibélicas y durísimos enfrentamientos de calle, en particular en Emilia y en Romaña. Sin embargo, el Partido y las organizaciones sindicales (casi completamente en manos de los reformistas), no lograron, pero sobre todo no quisieron, lanzar la huelga general contra la guerra, que solo pocos días antes del desembarco en Trípoli, «*Lotta di classe*», [el periódico del PSI], de Forlì había amenazado: «*La furia heroica de los belicistas profesionales se está calmando. El lenguaje de los nacionalistas ha bajado de tono. El 20 de septiembre ha pasado sin que las tropas italianas hayan ocupado Trípoli. ¿La llamada opinión pública cobra sentido? Al parecer. En cualquier caso, los tripolínófilos de la opinión pública no son más que una cantidad despreciable frente a los millones de trabajadores italianos que no votan porque no son electores, que no leen porque son analfabetos, están ausentes de la vida política, pero se oponen instintivamente a las empresas coloniales africanas. La matanza de Abba Carima todavía está muy viva en la memoria de la gente. Para muchos, la aventura de Trípoli debía ser una 'diversión' que distrajera al país de sus problemas internos complejos y muy graves a ser resueltos.*

No iremos a Trípoli por el momento, pero en la eventualidad de una ocupación a corto o mediano plazo, el proletariado italiano debe estar listo para desatar la 'huelga general'» (21).

Pero fue después de la guerra contra Trípoli que el esfuerzo antimilitarista de la izquierda revolucionaria del PSI crece notablemente. La guerra general, ya cada vez más inminente, obligaba a los revolucionarios a luchar con mayor vigor contra el militarismo y el resurgimiento de formas de nacionalismo que servían para enmascarar el fetiche «patria». La institución del «Dinero al Soldado» es el esfuerzo más eficiente realizado en este sentido. A comienzos de 1912, la iniciativa originada orgánicamente por la Federación Juvenil del PSI se ramificó rápidamente por todo el territorio nacional. El opúsculo intitulado precisamente *Dinero al Soldado*, editado por F.I.G.S. del PSI en 1913, fija de manera precisa cuál debe ser la acción antimilitarista. En la primera parte se trazan los caracteres fundamentales del militarismo, además se reafirma que este es la emanación del capitalismo, teniendo como objetivo la defensa de todos sus intereses, tanto «internos» como «externos», y el modo cómo la «defensa de la patria» no es más que la pantalla detrás de la cual la burguesía esconde sus intereses, esto es, «*la violenta defensa del capital contra los anhelos de los trabajadores, la necesidad de satisfacer la insensata avaricia de los comerciantes, proveedores, industriales que viven del militarismo (sustrayendo así los dineros destinados a las masas hambrientas, para otros fines más civilizados), sobre todo la afirmación del artificial sentimentalismo patriótico en los obreros que tiende a sustraerlos de los efectos de la propaganda revolucionaria, y hacerlos olvidar, lanzándoles borracheras contra el llamado extranjero, la lucha contra el verdadero enemigo, vecino, terrible, despiadado que se anida dentro de las fronteras de la 'patria' y que se llama 'patrón'.*

En la segunda parte se pasa a analizar directa-

(19) Liebknecht, *Militarismo y Antimilitarismo* in *Escritos Políticos*.

(20) Cfr. *Storia della Sinistra Comunista*, vol. 1, p. 59 y siguientes.

(21) Cfr. *Storia della Sinistra Comunista*, vol. 1, bis, p. 27. A este propósito, he aquí lo que escribía Lenin sobre la guerra italo-turca: «¿Qué es lo que ha provocado la guerra? La codicia de los magnates de la finanza y los capitalistas italianos, que necesitan de un nuevo mercado, de progresos del imperialismo italiano. ¿Qué resultó de esta guerra? Una perfeccionada matanza de hombres, civiles; una masacre de árabes con armas 'modernísimas'... Cierto es que Italia no es ni mejor ni peor que los otros países capitalistas, todos igualmente gobernados por la burguesía, la cual no se detiene delante de ninguna matanza, si lo que está en juego son nuevas fuentes de ganancias». De *El fin de la guerra entre Italia y Turquía*, in *Obras Completas* (it.), vol. XVIII, pp. 322-323.

mente la actividad y la propaganda antimilitaristas, y la institución del «Sueldo al soldado», que debe servir sobre todo a mantener el vínculo entre cada proletario en uniforme (sobre todo si es militante revolucionario) y el partido de clase. El folleto termina recordando que el partido tiene la obligación de portar adonde haya proletarios, la propaganda revolucionaria: «Unámonos para mostrar a nuestros enemigos que el socialismo no retrocede y no se rinde, sino que renace más fuerte y seguro de todas las insidias, y oímos que en esta sociedad vil y en disolución, en todas partes, incluso en el corazón de sus últimas defensas, el sonar de una nueva diana, y donde reaparecen los rebeldes cada vez más numerosos y determinados».

En un artículo casi contemporáneo, Amadeo Bordiga recordaba a los diputados socialistas que el antimilitarismo debe ser una declaración de guerra; en suma, debe preparar al proletariado para el enfrentamiento directo contra la burguesía:

«Exijamos que el partido haga del antimilitarismo algo serio, no esperamos nada del pacifismo almidonado y cristianizado, relleno con frases acerca de la 'santidad de la vida', la 'bien entendida grandeza de las naciones civilizadas', y cosas por el estilo. Y tampoco el antimilitarismo patriotero, de hacerse el garibaldino (que ya ha caído en bancarrota con la Matanza de los Balcanes) con su proyectico para la nación armada. Pidamos a los diputados socialistas un programa antimilitarista de clase, que sea la expresión de la firme voluntad del proletariado a no dar más las armas y la fuerza a sus explotadores, de no ser más el asesino de si mismo, el herrero de sus cadenas. Un antimilitarismo civil, no la criminoso, que sea la declaración de guerra de clase a la burguesía que ha empujado a los trabajadores contra sus hermanos, como en Rocca-gorga o en Tripolitania; que sea la expresión de la voluntad obrera de no dejarse masacrar más en el interés de los capitalistas» (22).

Sin embargo, a pesar de la vigorosa acción desarrollada por los marxistas en el seno del partido, tampoco el socialismo italiano se salvó de la catástrofe de la II Internacional, que a lo máximo que llegó fue a la vil fórmula de «mi adherir, ni sabotear» la guerra.

LA BANCARROTA DE LA SEGUNDA INTERNACIONAL

El 4 de agosto de 1914 fue uno de los días más negros para el movimiento proletario internacional: los parlamentos de los partidos socialdemócratas francés y alemán votaron por la guerra y por los créditos militares a sus gobiernos respectivos. Los partidos socialistas más fuertes se alinearon al lado de sus burguesías, sosteniendo la necesidad de la defensa de la patria, llamando a los proletarios a la *Santa Alianza*, empujándoles a masacrarse en el interés de su enemigo directo: la burguesía. El socialismo internacional fue golpeado por un enorme sentido de extravío: en solo un día se cancelaron años de pro-

paganda y acción antimilitaristas, se renegaron decenas de resoluciones tomadas en los Congresos tanto de la Internacional como en cada uno de los partidos nacionales, que condenaban de la manera más resuelta todo apoyo a la guerra imperialista e imponían no solo buscar de impedirla por todos los medios, sino también de «utilizar con todas las fuerzas la crisis económica y política generada por la guerra para agitar a los estratos populares más profundos y precipitar la caída del dominio capitalista». Y en este extravío general, pocas y sofocadas fueron las resistencias dentro de los partidos francés y alemán – el mismo Liebknecht, el gran revolucionario que luchó toda su vida contra el capitalismo, por un sentido errado de la disciplina, votó el 4 de agosto al lado de aquellos que pocos años después serán sus asesinos – y a nivel internacional la mayoría de los partidos socialdemócratas seguirán su ejemplo. El estallido de la guerra había signado la definitiva descomposición de la Segunda Internacional.

Buscar las razones de esta catástrofe haciendo recaer las responsabilidades en los jefes o por la traición de algún individuo no sería de marxistas. El 4 de agosto estuvo madurando desde hacía tiempo: el largo periodo «idílico» del capitalismo había permitido el nacimiento del oportunismo en el seno de la Internacional, es decir, de corrientes pequeño-burguesas, evolucionistas que veían en el capitalismo mismo la posibilidad de evolucionar hacia formas sociales superiores sin necesidad de la intervención revolucionaria del proletariado para determinar el abatimiento del dominio de la burguesía. La idea de que el capitalismo pudiese transformarse, *motu proprio*, en socialismo ya estaba enraizada por razones objetivas en la mayor parte de los partidos socialistas.

Igualmente anti-marxista sería pretender que, si las fuerzas sanas de la II Internacional hubiesen luchado con más vigor teórico contra toda mínima apariencia de oportunismo, la desviación oportunista y el fracaso de la II Internacional hubieran sido evitados. Esta forma de proceder, es decir, culpar a la falta de rigor o a las lagunas teóricas el surgimiento y desarrollo del oportunismo, significa de hecho subestimar o incluso negar las relaciones económicas y sociales reales del oportunismo, no ver que las deformaciones teóricas están determinadas por el desarrollo dialéctico de la sociedad: en suma, recaer en el viejo error idealista. Esto, lógicamente, no quiere decir que el partido revolucionario deba desinteresarse del rigor programático y teórico, todo lo contrario, sino que el oportunismo *no se deja frenar* por fórmulas o frases, y está dispuesto a utilizar, en su acción contrarrevolucionaria, todo cuanto le sirva, llegando a aceptar – ¡en palabras, por supuesto! – hasta «principios» que les son totalmente ajenos, para luego desearlos a la primera oportunidad o, mejor todavía,

(22) Cfr. *L'inquisizione militare*, in «L'Avanguardia», 2 de marzo de 1913.

transformarlos en íconos inofensivos. El centrismo, teniendo a Kautsky como su mayor exponente, dio en este campo prueba de gran habilidad.

Un fenómeno social como el oportunismo, esto es, el paso práctico hacia el campo adversario, no puede ser corregido a golpe de resoluciones, sino que es combatido en todas sus formas y en todos los campos, incluyendo el del enfrentamiento armado. «¿Existen datos concretos que nos muestren cuál era el punto de vista que, en vísperas de la guerra actual y en previsión de la misma, sustentaban los partidos socialistas en cuanto a sus tareas y a su táctica? Existen, indudablemente. Se trata de la resolución aprobada por el Congreso Socialista Internacional, celebrado en 1912 en Basilea [...] Esta resolución, resumen de numerosísimos escritos de agitación y propaganda contra la guerra publicados en todos los países, es la exposición más exacta y completa, más solemne y formal de los puntos de vista socialistas sobre la guerra y de la táctica socialista frente a la guerra. No se puede dar otro nombre que el de traición al sencillo hecho de que ni uno de los hombres prestigiosos de la Internacional de ayer y del socialchovinismo de hoy – ni Hyndman, ni Guesde, ni Kautsky, ni Plejanov – se decide a recordar a sus lectores esta resolución, y, o bien la silencian por completo o bien citan (como Kautsky) los pasajes secundarios de la misma, pasando por alto todo lo sustancial. Por un lado, las resoluciones más ‘izquierdistas’ y archirrevolucionarias; y, por otro, la abjuración o el olvido más desvergonzado de estas resoluciones: he aquí una de las manifestaciones más patentes de la bancarrota de la Internacional y, a la vez, una de las pruebas más palpables de que únicamente ahora pueden creer en la ‘enmienda’ del socialismo y en la ‘rectificación de su trayectoria’ con meras resoluciones [...] Los partidos socialistas no son clubs de debates, sino organizaciones del proletariado en lucha, y cuando varios batallones se pasan al enemigo, se les debe llamar traidores, sin ‘dejarse llevar’ por discursos hipócritas acerca de que ‘no todos’ comprenden ‘de igual manera’ el imperialismo, de que, por ejemplo, el chovinista Kautsky y el chovinista Cunow son capaces de escribir tomos enteros sobre esto, de que el problema ‘no ha sido suficientemente debatido’, etc., etc. (23).

POR EL DERROTISMO REVOLUCIONARIO

Ante la traición de los socialistas alemanes, franceses, austríacos, belgas, rusos, etc., que culmina con la entrada de los jefes parlamentarios en los gobiernos de la Santa Alianza, la tarea de los pocos socialistas que se mantuvieron sobre bases revolucionarias fue la de denunciar el carácter imperialista de la guerra en curso, de desenmascarar definitivamente el oportunismo contrarrevolucionario (especialmen-

te sus formas centristas, pacifistas, más peligrosas que aquellas abiertamente socialchovinistas), de reunir a nivel internacional, sobre las bases del antimilitarismo y el derrotismo revolucionarios, a todos los militantes de vanguardia que se mantuvieron sobre posiciones de clase, para arrojar los fundamentos de la nueva Internacional totalmente comunista y revolucionaria. Por consiguiente, era necesario romper definitivamente con el cuerpo putrefacto de la II Internacional y continuar la larga marcha a través del hilo rojo del partido revolucionario. Pero romper con la vieja Internacional no significaba renegar de toda la experiencia del movimiento proletario mundial. No se trataba de descubrir nuevos principios, ni de «renovar» y «adaptar» la doctrina revolucionaria a los últimos acontecimientos, sino de retomar y reafirmar los principios comunistas que incluso en la Internacional se mantuvieron con vida gracias a auténticos marxistas. De esta manera, Zinoviev, en polémica con la izquierda holandesa, en su artículo *La Internacional y el problema de la Internacional. ¿Renunciamos a nuestra herencia?* (1916) «Sosteniendo la necesidad de crear una III Internacional, ¿renunciamos definitiva y totalmente al legado de la II Internacional? La tarea de los revolucionarios marxistas consiste en demostrar que, durante sus 25 años de existencia, dos tendencias esenciales se combatieron con éxitos y derrotas alternativamente: el marxismo y el oportunismo. No queremos invalidar toda la historia de la II Internacional. No renegamos lo que esta tenía de marxista. Un cierto número de teóricos y ‘líderes’ han renunciado al marxismo revolucionario. En los últimos años de vida de la II Internacional, los oportunistas y el ‘centro’ obtuvieron la mayoría en su confrontación con los marxistas. Pero, a pesar de todo esto, la tendencia revolucionaria marxista siempre existió en la II Internacional. Ni por un instante habíamos pensado en renunciar a nuestra herencia (24). Por tanto, lucha contra el oportunismo pero, al mismo tiempo, contra toda forma de sindicalismo, infantilismo de izquierda, intelectualismo pequeñoburgués y anarcoide que, aunque se condene el oportunismo, se vuelve a caer en él queriéndolo combatir mediante «innovaciones» y «revisiones» teóricas.

Pocos días después del estallido de la guerra, mientras que, en París, Plejánov convidaba a los proletarios franceses a alistarse en el ejército, Lenin presentó una serie de tesis sobre la guerra y las tareas de los revolucionarios, a los pocos compañeros bolcheviques reunidos entre el 6 y el 8 de septiembre en Berna. Estos pocos puntos serán la base de toda la actividad de Lenin y los internacionalistas de to-

(23) Lenin, *El fracaso de la II Internacional*, *Obras Completas* (it.), vol. 21, pp. 186-187, 190 / *Obras Escogidas*, Tomo V, pp. 98-99, Ed Progreso, Moscú.

(24) Lenin-Zinoviev, *Contra la corriente* (it.), vol. II, p. 245.

dos los países que desarrollará posteriormente (25). El primer punto afirma el carácter burgués, dinástico e imperialista de la guerra en curso; los tres siguientes son una condena sin apelo de los jefes socialdemócratas que cayeron en la espiral del socialchovinismo; la quinta tesis recuerda que todos los argumentos adoptados por los países beligerantes para justificar su participación en la guerra son absolutamente falsos e inaceptables para aquellos que se dicen socialistas; la sexta precisa las tareas de los revolucionarios rusos, y señala que para las clases explotadas del imperio zarista, el mal menor sería la derrota total del ejército ruso que oprime a los polacos, ucranianos y a muchos otros pueblos del imperio. Finalmente en la última tesis se fijan las consignas para los socialistas de todos los países: lucha a fondo contra el centrismo pacifista, el socialchovinismo y los gobiernos burgueses; necesidad de hacer propaganda en todas partes, principalmente en el ejército, de la revolución socialista, y por tanto de la organización ilegal del proletariado con este objetivo, necesidad de constituir una nueva Internacional que tenga como finalidad la *transformación de la guerra imperialista en guerra civil por la destrucción del poder capitalista*. Estas tesis no son más que la reafirmación del antimilitarismo de clase, del derrotismo revolucionario.

LA CONFERENCIA DE ZIMMERWALD

El opúsculo *El socialismo y la guerra* fue escrito por Lenin en el verano de 1915, para ser distribuido entre los delegados de la Conferencia de Zimmerwald. En el mismo se reafirman las tesis principales del marxismo acerca de los diversos tipos de guerra que la burguesía pudo conducir en el arco de su desarrollo histórico – de las guerras progresistas de su periodo revolucionario a las guerras reaccionarias de su periodo conservador e imperialista –, y las consecuencias tácticas que el partido revolucionario debe deducir de estas. La guerra actual, afirma Lenin, es una guerra totalmente imperialista: «*Los socialchovinistas rusos con Plejanov a la cabeza) se remiten a la táctica de Marx con respecto a la guerra de 1870; los alemanes al estilo de Lensch, David y Cía. invocan la declaración de Engels en 1891, sobre el deber de los socialistas alemanes de defender la patria en caso de guerra contra Rusia y Francia coaligadas; finalmente, los socialchovinistas del tipo de Kautsky, deseosos de transigir con el chovinismo internacional y de legitimarlo, se remiten al hecho de que Marx y Engels, aun condenando como condenaban la guerra, se pusieron constantemente, desde 1854-1855 hasta 1870-1871 y en 1876-1877, de parte de tal o cual Estado beligerante, una vez que la guerra, pese a todo, había estallado. Todas estas referencias constituyen una indignante desnaturalización de las ideas de Marx y Engels para complacer a la burguesía y a los oportunistas, de la misma manera que los escritos de*

los anarquistas Guillaume y Cía. tergiversan las ideas de Marx y Engels [...] Quienes invocan hoy la actitud de Marx ante las guerras de la época de la burguesía progresista y olvidan las palabras de Marx, de que ‘los obreros no tienen patria’ – palabras que se refieren precisamente a la época de la burguesía reaccionaria y caduca, a la época de la revolución socialista –, tergiversan desvergonzadamente a Marx y sustituyen el punto de vista socialista por un punto de vista burgués» (26). Por lo tanto, la conclusión lógica de este análisis no puede ser otra que: *no defensa de la patria sino sabotaje desde el interior al Estado en guerra, sin temor a favorecer al enemigo, por la revolución socialista*.

A pesar de la claridad de estas posiciones marxistas, la mayoría en la Conferencia de Zimmerwald no supo ir más allá de un documento concluyente que, aunque abiertamente antibélico, no daba indicaciones claras sobre la transformación de la guerra imperialista en guerra civil. «*El manifiesto adoptado – comenta Lenin – marca un paso adelante hacia la ruptura ideológica y práctica con el oportunismo y el socialchovinismo. Pero, como su análisis lo indicará, al mismo tiempo peca de incongruencia e insuficiencia»* (27). Y esto no debe sorprender si se piensa que la mayor parte de los delegados a la conferencia eran «honestos» pacifistas como Lederbour, Modigliani, Lazzari, Axelrod, etc., nada marxistas evidentemente. En torno a Lenin y Zinoviev se formó entonces un núcleo de internacionalistas coherentes – «*7 u 8 personas*», como informa Zinoviev (28) –, la Izquierda zimmerwaldiana, que en los años posteriores defenderá las posiciones revolucionarias más intransigentes. El proyecto de la Izquierda de Zimmerwald se concluía con estas palabras:

Solo la revolución social del proletariado abre el camino a la paz y a la libertad de las naciones. La guerra imperialista inaugura la era de la revolución social. Todas las condiciones objetivas de la época actual ponen a la orden del día la lucha revolucionaria de masa del proletariado. Los socialistas tienen el deber, sin renunciar a ningún método de lucha legal de la clase obrera, de subordinarlas todas a esta tarea urgente y esencial, de desarrollar la conciencia revolucionaria de los obreros, de unirlos en la lucha revolucionaria internacional, de buscar transformar la guerra imperialista entre los pueblos en guerra civil de las clases oprimidas contra sus opre-

(25) *Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea*, in *Obras Completas* (it.), vol. 21, pp. 9-12.

(26) *Obras Completas* (it.), vol. 21

(27) Lenin, *Un primer paso*, in *Obras Completas* (it.), vol. 21, p. 353.

(28) *La primera conferencia internacional*, in *Contra la corriente*, vol. II p. 16.

sores, en una guerra por la expropiación de la clase capitalista, por la conquista del poder político por el proletariado, por la realización del socialismo» (29).

Las bases de la futura Internacional fueron echadas.

CONTRA EL DESARME

La prolongación de la espantosa masacre empujaba a muchos socialistas a tomar posiciones cada vez más pacifistas. En 1916, la *Jugend-Internationale* – la organización internacional de la juventud –, la misma que, bajo la guía de Liebknecht había mantenido una postura sinceramente socialista, no solo antes, sino también durante la guerra, hablaba cada vez más a menudo del desarme como único medio para detener la guerra e impedir otras en el futuro. Ya Lenin, en su opúsculo *El socialismo y la guerra*, había demostrado que un socialista no podía estar contra la guerra en forma absoluta. Una cosa es luchar contra la rapiña imperialista, y otra muy distinta es apoyar siempre y no obstante al pacifismo parlanchín y pequeñoburgués. Sostener que el desarme puede abolir las guerras dentro del sistema de producción capitalista, significa olvidar la esencia misma del capitalismo, pero, ante todo, olvidar que precisamente será el proletariado guiado por su partido de clase quien deberá llevar la guerra contra la burguesía para derrumbar su dominio político y abrir el camino hacia el comunismo. «*Los socialistas no pueden oponerse a toda guerra en general sin dejar de ser socialistas. No hay que dejarse engañar por la actual guerra imperialista. En la época imperialista, estas guerras entre 'grandes' potencias son típicas, pero de ningún modo son imposibles las guerras democráticas y las rebeliones, por ejemplo, de los países oprimidos contra sus opresores para liberarse de la opresión. Las guerras civiles del proletariado contra la burguesía, por el socialismo, son inevitables. Son posibles las guerras entre un país en el que ha triunfado el socialismo, y otros países, burgueses o reaccionarios [...] El desarme es el ideal del socialismo. En la sociedad socialista no habrá guerras y, por consiguiente, se logrará el desarme. Pero quien quiera espere que se logre el socialismo sin una revolución social y sin la dictadura del proletariado, no es socialista. La dictadura es el poder del Estado directamente basado en la violencia. Y en el siglo XX, como en general en la época de la civilización, la violencia no significa el puño o un palo, sino el ejército. Incluir el 'desarme' en el programa equivale a hacer la declaración general: nos oponemos al empleo de las armas. Hay tan poco marxismo en esto como lo habría si dijéramos: ¡nos oponemos a la violencia!*» (30).

Lenin destaca también que dialécticamente la burguesía ha sido obligada a armar al proletariado – así como también está obligada a hacer del prole-

tariado su propia muleta –, siendo tarea del partido revolucionario la preparación militar del proletariado, recalcando así el concepto fundamental de la *insurrección como arte*. «*El propósito de la burguesía es promover trusts, empujar a niños y mujeres a las fábricas, someterlos a la corrupción y al sufrimiento, condenarlos a la miseria. Nosotros no 'reclamamos' semejante desarrollo, no lo 'apoyamos', luchamos contra él. Pero, ¿cómo luchamos? Sabemos que los trusts y el empleo de las mujeres en la industria implican un progreso. No queremos regresar al sistema de artesanía, al capitalismo pre-monopolista, al penoso trabajo doméstico de la mujer. ¡Adelante, a través de los trusts, etc., y más allá de ellos, hacia el socialismo! Este razonamiento tiene en cuenta el desarrollo objetivo y, con las modificaciones necesarias, se aplica también a la actual militarización del pueblo. Hoy la burguesía imperialista no sólo militariza a todo el pueblo, sino también a la juventud. Mañana, tal vez empiece a militarizar a las mujeres. Nuestra actitud debe ser: ¡tanto mejor! ¡Adelante, a todo vapor! Pues cuanto más de prisa avancemos, tanto más cerca estaremos de la insurrección armada contra el capitalismo* (31).

Pero no basta, Lenin va más allá: el proletariado, una vez que haya vencido en un país capitalista (y los revolucionarios jamás han defendido la simultaneidad de la revolución proletaria en todos los países), tiene el deber no de desarmar, sino de conducir la guerra contra los países burgueses que resten.

«*El socialismo triunfante en un país no excluye en modo alguno, de golpe, todas las guerras en general. Al contrario, las presupone. El desarrollo del capitalismo sigue un curso extraordinariamente desigual en los diversos países. De otro modo no puede ser bajo el régimen de producción de mercancías.*

«*De aquí la conclusión indiscutible de que el socialismo no puede triunfar simultáneamente en todos los países. Triunfará en uno o en varios países, mientras los demás seguirán siendo, durante algún tiempo, países burgueses o preburgueses. Esto no sólo habrá de provocar roces, sino incluso la tendencia directa de la burguesía de los demás países a aplastar al proletariado triunfante del Estado socialista. En tales casos, la guerra sería, de nuestra parte, una guerra legítima y justa. Sería una guerra por el socialismo, por liberar de la burguesía a los otros pueblos. [...] Sólo cuando hayamos derribado, cuando hayamos vencido y expropiado definitivamente a la burguesía en todo el mundo, y no sólo en un*

(29) Cfr. Projet de résolution de la gauche de Zimmerwald. *Obras Completas* (it.), vol. 21, 318.

(30) Lenin, *Sobre la consigna del 'desarme'*, in *Obras Completas* (it.), vol. 23, p. 93.

(31) Lenin, op. cit. p. 95.

país, serán imposibles las guerras» (32).

Tremenda bofetada, no solo a los renegados de entonces, sino también a los que sucesivamente han apoyado la «coexistencia pacífica» y la «emulación».

EL GRUPO «DIE INTERNATIONALE» Y LA POLÉMICA SOBRE EL «FOLLETO-JUNIUS»

A la par de Lenin, Zinoviev y los bolcheviques, la izquierda internacionalista alemana, con Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht a la cabeza, libra una lucha sin cuartel contra la guerra y el oportunismo; incluso a través de su consigna: *a contraccorriente, por la revolución comunista*. Esto no impide que la izquierda alemana, por un conjunto de condiciones *objetivas*, asumiera posiciones y cometido errores teóricos que, aunque no desmejoraban su lucha por el antimilitarismo revolucionario, sin embargo debilitaban su real alcance.

Es Lenin quien nos recuerda cuáles fueron estas condiciones objetivas; como la gangrena oportunista «no solo en su forma más abiertamente socialchovinista, sino también en aquella, más pestilencial, ‘centrista’ y de ‘izquierda’» rodeó por todos lados a los revolucionarios, que, por el mismo desarrollo del movimiento obrero alemán, adolecían de una solvente «*organización ilegal habituada a pensar totalmente las consignas revolucionarias y a educar sistemáticamente a las masas en el espíritu de estas consignas*» (33).

El *Folleto Junius* es desde luego el texto más completo de la izquierda alemana sobre la guerra. Escrito en abril de 1915 por Luxemburgo (durante su estancia en prisión en la cárcel de mujeres de Berlín), se logra publicar ilegalmente solo en enero de 1916. En la primera parte, se encuentra un magistral análisis de la guerra en curso y de su carácter totalmente imperialista, y donde se demuestra, en base a las relaciones interimperialistas anteriores a 1914, que la guerra fue preparada tanto a nivel diplomático como a nivel militar; preparación que no se debía a la voluntad más o menos criminal de los jefes de Estado, sino determinada por el mismo desarrollo del capitalismo que tiende inevitablemente a expandirse, creando así internamente irremediables contradicciones, y que al mismo tiempo se resuelven solo con la guerra; por lo tanto, esta se encuentra siempre presente dentro del modo de producción capitalista, incluso en los periodos de desarrollo «pacífico». Pero este hecho, afirma Luxemburgo, siempre fue puesto en evidencia por los partidos socialdemócratas de la II Internacional, que habían denunciado la política militarista e imperialista de las potencias europeas, como objetiva amenaza para la paz. «*Cuando los batallones alemanes entraron en Bélgica, cuando el Reichstag fue puesto delante del hecho consumado de la guerra y del Estado de sitio, no se trataba de un rayo caído en cielo sereno, de una situación inédita, de un hecho acontecido que en sus conexiones políti-*

cas pudiese constituir una sorpresa para el grupo parlamentario socialdemócrata. La guerra, que estalla oficialmente el 4 de agosto, fue la misma que durante décadas había elaborado sin descanso la política imperialista alemana e internacional, la misma que los parlamentos, la prensa, los folletos socialdemócratas habían tildado mil veces como un delito imperialista cometido a la ligera, que nada tenía que ver con la civilización o los intereses nacionales, siendo lo contrario de ambos (34).

Todas las justificaciones y argumentaciones «marxistas» de los mayoritarios son demolidas, unas tras otras; la condena de Luxemburgo frente a los socialchovinistas patrioterros, igual a la que hace Lenin, no tiene apelación. Así, en los puntos 11° y 12° sobre los principios guías acerca de las tareas de la socialdemocracia se recalca el programa del internacionalismo proletario: «*11. Con la guerra, la II Internacional ha saltado por los aires. Sus insuficiencias se han demostrado por su incapacidad de poner un freno eficaz contra el fraccionamiento nacional en la guerra y para llevar a la práctica una táctica y una acción comunes al proletariado en todos los países. 12. Considerando la traición de las representaciones oficiales de los partidos socialistas de los países-guías a las metas e intereses de la clase obrera, considerando su defeción del terreno de la Internacional proletaria al terreno de la política burgués-imperialista, es una necesidad vital para el socialismo construir una nueva Internacional obrera que asuma la dirección y la unificación de la lucha de clase revolucionaria contra el imperialismo en todos los países* (35).

Lenin saludó con entusiasmo la aparición de este folleto; pero también señaló sus errores e insuficiencias. Cierto que el tono que usa para criticarlo no es el mismo al que dirige a los socialchovinistas, a los oportunistas, a los contrarrevolucionarios en general; es el tono de un comunista que se dirige a otro comunista tratando de corregir sus «deslices». La primera crítica al «compañero alemán» concierne a la afirmación de que «*en esta era de imperialismo desatado, ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo sirven de pretexto para poner a las masas trabajadoras populares bajo la dominación de su enemigo mortal, el imperialismo*» (36). También aquí, como años antes en la *Acumulación del Capital*, Luxemburgo

(32) Lenin, *El programa militar de la revolución*, in *Obras Completas* (it.), vol. 23, p. 77. Para un análisis exhaustivo sobre la teoría estaliniana del «socialismo en un solo país», ver *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*, Ediciones il programma comunista, 1976.

(33) *Obras Completas* (it.), vol. 22, pp. 317-318.

(34) Cfr. *Escritos Políticos*, p. 491.

(35) *Op. cit.* pp. 549-550.

(36) *Op. cit.* pp. 548.

subestima los empujes antiimperialistas de los plebeyos del mundo colonial en sus esfuerzos por demoler las elucubraciones de los oportunistas sobre la posibilidad de un desarrollo pacífico de las potencias imperialistas. Lenin critica a fondo esta posición – que además no era sostenida solo por Junius, sino también por algunos bolcheviques como Bujarín y Plejanov, aparte de Radek y Pannekoek – recuerda que, en línea de principio, no se pueden descartar guerras nacionales ni siquiera en el corazón del capitalismo, esto es, Europa (este género de eventualidad tendría muy probablemente un efecto negativo para el movimiento proletario, por cuanto implicaría un retardo en el proceso histórico, aunque no se puede excluir de antemano un efecto positivo en el sentido de acelerar la disolución de las potencias imperialistas mismas) y subraya sobre todo el carácter inevitable de las guerras nacionales en los países coloniales y semicoloniales, resaltando el deber del partido revolucionario de apoyarlas en tanto que factores progresivos, y ligarlas directamente a la lucha revolucionaria del proletariado en las metrópolis en la óptica de la estrategia planetaria del partido único mundial tendiente a la destrucción del capitalismo. *«Hemos analizado con detalle la tesis desacertada de que ‘no puede haber ya ninguna guerra nacional’ no sólo porque es errónea a todas luces desde el punto de vista teórico. Sería muy triste, naturalmente, que los ‘izquierdistas’ comenzaran a dar muestras de despreocupación por la teoría marxista en un momento en que la fundación de la III Internacional sólo es posible sobre la base de un marxismo no vulgarizado. Mas esa equivocación es muy perjudicial también en el sentido político práctico: de ella se deduce la estúpida propaganda del ‘desarme’, como si no pudiera haber más guerras que las reaccionarias; de ella se deduce así mismo la indiferencia, más estúpida todavía y claramente reaccionaria, ante los movimientos nacionales. Esa indiferencia se convierte en chovinismo cuando los miembros de las ‘grandes’ naciones europeas, es decir, de las naciones que oprimen a una masa de pueblos pequeños y coloniales, declaran con aire de sabihondos: ‘¡no puede haber ya ninguna guerra nacional!’ Las guerras nacionales contra las potencias imperialistas no sólo son posibles y probables, sino también inevitables y progresistas, revolucionarias, aunque, claro está, para que tengan éxito es imprescindible aunar los esfuerzos de un inmenso número de habitantes de los países oprimidos (centenares de millones en el ejemplo de la India y de China, aportado por nosotros) o que se dé una conjugación especialmente favorable de los factores que caracterizan la situación internacional (por ejemplo, paralización de la intervención de las potencias imperialistas como consecuencia de su agotamiento, de su guerra, de su antagonismo, etc.), o la insurrección simultánea del proletariado de una de las grandes potencias contra la burguesía (este*

caso, el último en nuestra enumeración, es el primero desde el punto de vista de lo deseable y ventajoso para la victoria del proletariado)» (37).

Esta indiferencia sobre la cuestión colonial lleva inevitablemente a conclusiones paradójicas: a la guerra imperialista los revolucionarios alemanes deben contraponer, según Junius, un «verdadero programa nacional», que reivindique no solo el armamento de la población, sino también la organización democrática por la defensa de la patria. El programa nacional, negado a los países coloniales donde tiene un efectivo valor revolucionario, por el contrario, es reivindicado para la vieja Europa capitalista, donde no puede tener sino un significado contrarrevolucionario. *«Otro de los razonamientos equivocados de Junius se relaciona con el problema de la defensa de la patria. Es éste un problema político cardinal durante una guerra imperialista. Y Junius refuerza nuestra convicción de que nuestro partido indicó el único enfoque correcto del problema: el de la presente guerra, diferenciándola de una guerra nacional, por otra parte cometió un error muy extraño, al intentar arrancar de un programa nacional en esta guerra no nacional. (...) Desde el punto de vista del progreso, desde el punto de vista de la clase de vanguardia, a la guerra burguesa imperialista, a la guerra del capitalismo altamente desarrollado puede, objetivamente, contraponerse sólo una guerra contra la burguesía, es decir, ante todo la guerra civil por el poder entre el proletariado y la burguesía, pues sin tal guerra es imposible un serio progreso; y como segunda etapa – sólo en ciertas condiciones especiales – una eventual guerra para defender el Estado socialista contra los Estados burgueses»* (38).

El último error del opúsculo de Junius – que Lenin analiza de primero –, relacionado más estrictamente con la cuestión que aquí tratamos, tiene que ver con la acción política contra los traidores, socialchovinistas, pacifistas, oportunistas en general, en la reconstrucción de la Internacional. *«El principal defecto del folleto de Junius (...) es que silencia la vinculación entre el socialchovinismo (el autor no usa este término, ni la expresión socialpatriotismo, menos exacta) y el oportunismo (...) Esto es un error teórico, pues es imposible explicar la «traición» sin vincularla con el oportunismo como tendencia que tiene una larga historia, la historia de toda la II Internacional. Esto es un error en el sentido político práctico, pues es imposible comprender la «crisis de la socialdemocracia», ni superarla sin haber aclarado el sentido y el papel de estas dos tendencias: la abiertamente oportunista (Legien, David, etc.) y la tendencia oportunista enmascarada (Kautsky y so-*

(37) Lenin, *A propósito del folleto de Junius*, en *Obras Completas*, vol. 22, pp. 310-311.

(38) Lenin, *op. cit.* in *O.C.* vol 22, pp. 312-315.

cios) (...) *El mayor defecto en el marxismo revolucionario de Alemania es la falta de una organización ilegal consolidada, que aplique su línea en forma sistemática y eduque a las masas en el espíritu de las nuevas tareas: tal organización debería también tomar una postura definida ante el oportunismo y ante el kautskismo*» (39).

El error de Luxemburgo – no solo suyo, sino de «todo el marxismo revolucionario en Alemania», como afirma Lenin – tiene sus raíces en la concepción particular del partido que la gran revolucionaria polaca había defendido desde 1903. En su discurso ante el Congreso del POSDR (Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, *NdR*), a la par de apoyar a los bolcheviques contra los mencheviques en la reivindicación del proletariado en su rol dirigente, y por tanto del partido, en la revolución democrático-burguesa, sin embargo se alineó en contra de los bolcheviques en torno a la cuestión del partido. En efecto, mientras que los bolcheviques reivindicaban para el proletariado no solo la preparación *política* de la insurrección armada, sino también su preparación «*técnica*», Luxemburgo sostiene que el lado técnico no era tarea del partido, sino que esto debería ser afrontado y resuelto *por las mismas masas* en el momento de la revolución; toda preparación «técnica» de la insurrección por parte del partido habría significado la transformación de la organización de clase en un movimiento puramente blanquista. Así, en el artículo *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa*, se lee: «*la actividad socialdemócrata se realiza en condiciones totalmente distintas. Surge históricamente de la lucha de clases elemental. Se difunde y desarrolla bajo la siguiente contradicción dialéctica: el ejército proletario es reclutado y adquiere conciencia de sus objetivos en el curso de la lucha. La actividad de la organización partidaria y la conciencia creciente de los obreros sobre los objetivos de la lucha y sobre la lucha misma no son elementos diferentes, separados mecánicamente y cronológicamente. Son distintos aspectos del mismo proceso. Salvo los principios generales de la lucha, para la socialdemocracia no existe un conjunto detallado de tácticas que un Comité Central enseña al partido de la misma manera que las tropas reciben su instrucción en el campo de entrenamiento. Además, la influencia de la socialdemocracia fluctúa constantemente con los flujos y reflujos de la lucha en cuyo transcurso se crea y desarrolla el partido*» (40).

Por tanto, el partido no es visto como milicia *organizada y organizadora* de la lucha de clase, como factor *subjetivo* y alma de la insurrección – *primer acto*, y no *el acto final de la revolución comunista* –, sino solo como registrador teórico, y que por lo tanto, no debe ponerse a la cabeza de las «masas» – *empujadas a la acción no por la conciencia, sino por las determinaciones materiales* –, sino seguir las solamente.

Pero es precisamente en base a esta concepción

idealista que se comprende la actitud de la izquierda alemana durante la guerra: esperando que fueran las «masas» quienes rompieran con el oportunismo y que regeneraran al partido revolucionario, los espartaquistas no tomaron la iniciativa de romper ni siquiera organizativamente con los socialchovinistas, sino que esperaban a que estas los expulsaran del SPD; al mismo tiempo no se rehusaban confluír con el USPD, de entonación kautskista, que solo los acoje para tener entre las «masas» una «cobertura» de izquierda. Pero, cuando dieron vida al partido comunista, fue demasiado tarde; el retraso del factor subjetivo frente al movimiento instintivo – maravilloso pero caótico – del proletariado alemán, ya era irremediable (41).

Esta concepción del partido, *no como factor subjetivo* de la insurrección y revolución proletarias, *sino como proceso*, como partido que sigue a las masas, y que espera de la clase en su conjunto el impulso para cada una de sus iniciativas, *disminuye* inevitablemente, como ya hemos dicho, incluso el alcance real de la gigantesca y constante lucha por el antimilitarismo revolucionario, conducida por la izquierda internacionalista alemana, con Luxemburgo y Liebknecht en primera línea.

LA IZQUIERDA EN ITALIA ANTE LA GUERRA MUNDIAL

Cuando estalla la guerra, la actitud del PSI fue muy distinta a la tomada por los partidos socialistas francés, alemán, austriaco, etc. Pero no fue sino hasta mayo de 1915 que la burguesía italiana se involucra en el conflicto, es decir 9 meses después del inicio de las hostilidades, razón por la que los derechistas y centristas no se vieron obligados a llamar de urgencia al proletariado a participar en la *santa alianza*, aunque también vale recordar que la acción desarrollada sin descanso por la izquierda marxista años antes y durante la guerra, tuvo un notable efecto en todo el partido. Por otra parte, el proletariado italiano poseía una larga tradición de batalla contra el militarismo, surgida al final del siglo XIX, es decir, en la época de las aventuras etíopes. ¿Cómo no recordar, por ejemplo, que la formidable «semana roja» había comenzado precisamente a causa de una manifestación antimilitarista?

De este modo, si bien el partido en su conjunto jamás hizo suya la consigna del derrotismo revolucionario, de transformar la guerra imperialista en guerra civil, asume una posición titubeante e indecisa, por lo tanto completamente insuficiente desde el punto de vista de clase, supo no obstante salvarse de la ignominia de decidirse por la «defensa de la patria», es decir al lado de la burguesía contra el proletariado.

(39) Lenin, *op. cit.* in *O.C.* vol 22, pp. 305-306

(40) En *Escritos Políticos*, p. 22. La respuesta de Lenin a este artículo, en *O.C.* vol. 7, pp. 460-471.

(41) Cfr. Historia de la Izquierda Comunista, vol. II, pp. 454 y sig.

La izquierda marxista, por el contrario, se mantiene coherentemente sobre posiciones revolucionarias, a pesar de la huida al campo enemigo de aquel que había sido su representante más en vista, Mussolini, quien todavía el 26 de julio de 1914 lanzaba el grito de «Abajo la guerra... Movilizaos, recurramos a la fuerza» El 16 de agosto, pocos días después del estallido de la guerra mundial (todavía no en Italia), en las páginas del *Avanti!* aparece el artículo «A nuestros puestos», que fue la base de toda la acción posterior del ala extrema y revolucionaria, y que fue la demostración de que la izquierda italiana se encontró, de hecho, desde el comienzo de la matanza, defendiendo al marxismo, al igual que Lenin y los bolcheviques. La preocupación de los marxistas italianos fue de poner en lúcida evidencia que ambos campos – siendo la guerra en curso una guerra única y totalmente imperialista – eran igualmente capitalistas y antiproletarios, por lo cual los socialistas no podían «mostrar simpatía» por los imperios centrales (a los que la burguesía italiana todavía estaba formalmente ligada) o por el occidente democrático, ni mucho menos apoyar a uno de los dos. «*Muchos compañeros expresan o difunden en los mítines y en la prensa un sentimiento de viva simpatía por la triple entente, no solo justificando sino exaltando la actitud de los socialistas franceses hasta sostener que los socialistas italianos deberían acudir al combate por la defensa de Francia. De esta concepción a la de la neutralidad italiana que debe ser rota para favorecer a Austria y Alemania, pero podría serlo si se trata de defender a Francia, no había más que un paso. Semejante actitud no responde en el campo ideal al principio socialista, y en el campo práctico solo sirve al juego del gobierno y de la burguesía italiana que muerde el freno para no intervenir en el conflicto*» (42).

Cada teoría de guerra defensiva es desmantelada una a una, demostrando que la responsabilidad de la guerra no toca al primero que disparó, sino al capitalismo y al militarismo, que a partir de allí se volverán hegemónicos, independientemente de la forma política o gubernamental asumida en cada país. De hecho, no existe ningún militarismo democrático, progresivo que se pueda contraponer a un militarismo «feudal», reaccionario; en el capitalismo, el militarismo ejerce dos funciones, la de combatir al enemigo externo para garantizar nuevos mercados a su burguesía, y al enemigo interno, para impedir que el proletariado defienda sus intereses. «*Todas las patrias están en peligro a partir de que unas se descargan sobre otras. En realidad lo que pasa es lo siguiente: en cada país, la clase dominante consigue hacer creer al proletariado que está animada por sentimientos pacíficos y de haber sido arrastrada a la guerra para defender la patria y sus intereses supremos, mientras que en realidad la burguesía de cada país es igualmente responsable del estallido del conflicto, o mejor aún, que su responsable es el capitalismo, el cual por sus*

exigencias de expandirse económicamente ha engendrado el sistema de los grandes armamentos y de la paz armada, y que hoy se derrumba y termina en una crisis espantosa (...) Por otra parte, los Estados modernos tienden al militarismo, no solo para disputarse su hegemonía en los mercados, sino también por otras razones que reflejan la política interna y se encuentran en directa antítesis con los intereses de la clase obrera y sus aspiraciones al socialismo. Muy poco interesa al proletariado la supremacía de una u otra burguesía nacional, puesto que, según las exigencias del mercado de la mano de obra, a un ritmo cada vez más intenso, este traspasa y vuelve a traspasar las fronteras de cada país (43).

El camino que los marxistas italianos indicaban al proletariado no podía dejar de ser idéntico al indicado por Lenin, los bolcheviques y todos los socialistas que permanecieron en el terreno de clase, en el terreno del marxismo revolucionario: a contracorriente, contra los socialpatriotas y los centristas defensores del dominio burgués, contra todo defensismo de la Patria, es necesario reorganizar al proletariado sobre las bases del verdadero internacionalismo de clase, para luchar contra el Estado burgués, en cualquier campo de los contendientes imperialistas en que se encuentre. «*El socialismo es la condena de la paz burguesa, y es la teorización de la violencia con la cual los explotados deberán despedazar el orden presente. Sabemos que la 'paz' provoca tantas víctimas como la guerra y tiene sus tragedias como las batallas (...)* Nosotros, por el contrario, queremos luchar, obrar, galvanizar nuestra actividad en el terreno de partido y de clase, contra el Estado, contra la burguesía, atarle las manos que están por empuñar la espada. Trasladar nuestra acción a un terreno distinto significa el acta de defunción del socialismo, mientras que todavía hay tanto que luchar por este (44).

La refutación y lucha contra toda forma de antimilitarismo pacifista, tolstoiano, anarquista, se presentarán por tanto como una necesidad primordial y extremadamente urgente: el único antimilitarismo socialista es el que apoya el derrotismo revolucionario, que proclama que solo el derrumbe del sistema capitalista y la instauración de la sociedad socialista podrán poner fin a la guerra. De esta manera, la campaña de los socialistas a favor de la neutralidad italiana se convierte en una forma de lucha que persigue llevar a la ruina al Estado burgués, que enfrenta

(42) En cuanto a la neutralidad: ¡A nuestros puestos! cfr. *Historia de la Izquierda Comunista*, vol. I, Ediciones il programma comunista, Milano, 1972, p. 227. Naturalmente, en esta brevísima referencia presuponemos la lectura de la enorme documentación contenida en los voll. I y II de esta obra.

(43) Op. cit., pp. 229-230.

(44) *Hacia el futuro*, in «*Avanti!*» del 5.11.1914. In Op. cit., pp. 249-250.

la violencia del Estado con la violencia de clase. «*Llamarnos neutralistas, que no es más que una forma de hacernos entender claramente, no le permite a nadie deducir empíricamente que el partido socialista hoy pretende renunciar a cualquiera de sus funciones específicas y de sus actividades correspondientes. Decimos que por neutralidad debe entenderse la actitud del Estado monárquico y burgués bajo la presión de las masas proletarias y de las corrientes socialistas que no quieren la guerra (...) Que otras corrientes converjan con nosotros en la neutralidad, y que esta no disguste a la Iglesia, a los partidos conservadores, y a la misma monarquía, no cambia para nada el carácter socialista de nuestra actitud, puesto que aquellas tendencias se desarmarían ante la proclamación de cualquier guerra, mientras que, al contrario, la nuestra permanecería sola, ayer como hoy, inmutable en su significado de oposición a la política burguesa, de negación revolucionaria de las actuales instituciones y de sus bárbaras consecuencias*» (45).

La campaña por la neutralidad desarrollada por la izquierda marxista fue totalmente coherente «*con el alma revolucionaria del socialismo*» y jamás tuvo algo que ver con el pacifismo vacío, católico y democratoide. De este modo, cuando el gobierno italiano entró en la guerra junto a las potencias occidentales, de las que hasta hacía poco eran adversarias – confirmando que para el gran capital italiano lo importante era hacer la guerra, no importa al lado de quién –, la izquierda no debía cambiar sus posiciones políticas, ni mucho menos su táctica revolucionaria: a la concordia nacional y a la defensa de la patria, los revolucionarios seguirán oponiendo la lucha de clase contra la burguesía y su Estado, y su consigna revolucionaria no podía ser otra que «*Firmes en nuestra posición, jamás seremos cómplices de la burguesía*».

Así las cosas, durante todo el período bélico, mientras la mayoría del partido continuaba vacilando entre la indeterminación y el antibelicismo de tipo pacifista y democrático, la izquierda revolucionaria continuó, a través de la prensa del partido, su contundente acción de propaganda, no solo contra la burguesía guerrerista, sino contra todas las formas de pacifismo democratoide – y por ello también contra el centro del partido – en la perspectiva de poner fin a la guerra a través del derrocamiento de la burguesía y su aparato estatal. Y fue precisamente sobre estas bases que se creó, en agosto de 1917, la *Fracción Revolucionaria Intransigente* – embrión del futuro Partido Comunista de Italia – formada por secciones y federaciones enteras del partido, como las de Milán, Nápoles, Florencia, Turín.

El proletariado italiano fue arrojado a los campos de batalla con algunos meses de retardo con respecto a sus hermanos de clase franceses, alemanes, etc.; pero no por ello su odio contra la clase dirigente disminuyó. Al contrario, a medida que pasaba el tiempo, que los horrores y la miseria provocados por la

guerra aumentaban, su odio e intolerancia contra el dominio burgués crecían cada vez más. Las masas proletarias en el frente aplicaron espontáneamente el derrotismo. De mes en mes aumentaba el número de desertores, de todos aquellos que se negaban a combatir y que generaban verdaderos alzamientos, al extremo de lograr organizar aquella gran «*huelga militar*» que significó la derrota de Caporetto a finales de octubre de 1917. Al final de la guerra se habían registrado 1.100.000 procesos instruidos o por instruir por causa de desertión (46).

Entre tanto, los proletarios, y sobre todo las mujeres que se encontraban en las ciudades, bajo el empuje de las condiciones materiales cada vez más tremendas, dieron vida a toda una serie de manifestaciones, que culminaron en las revueltas de agosto de 1917 en Turín, verdadera acción de guerra de clase. A la rápida represión y a la acción contrarrevolucionaria de la burguesía, que se vio amenazada en su existencia, no corresponde una adecuada acción de propaganda y de organización por parte del partido socialista cuya mayoría, como ya hemos dicho ampliamente, se debatía entre el pantano del centrismo y el antibelicismo como fin en sí mismo.

Por esta razón el derrotismo en el frente se limitó a la desertión, y los soldados, en vez de retornar sus fusiles contra los oficiales, y tomarlos como acciones de clase, tal cual hicieron los soldados rusos, los arrojaron. «*Las masas comprendieron lo que pudieron comprender, puesto que el partido revolucionario no aportaba mayores luces*».

LA REVOLUCIÓN RUSA

El 23 de febrero de 1917, los soldados de Petrogrado se sublevaron contra sus oficiales y pasaron al lado de los revolucionarios; esta acción no fue el acto final de una insurrección consciente y estudiada, sino el fruto de un movimiento general de rebelión contra la guerra que estaba afectando a todo el ejército, a las masas campesinas y proletarias en general, de un extremo al otro de la inmensa Rusia. Bajo el impulso de las condiciones materiales, se habían puesto en tela de juicio no solo la guerra imperialista y sus finalidades, además del zarismo completamente corrompido y decadente – del que, por otra parte, la burguesía industrial, a la que la guerra

(45) *Para hacernos entender*, in «*El Socialista*» del 13.12.1914. In *Historia de la Izquierda Comunista*, vol. I bis, Milano, 1965, p. 47.

(46) Fenómenos de este género aparecerán en todos los frentes. Por ejemplo, en el frente franco-alemán el fenómeno de la fraternización entre las tropas contrapuestas, llega a tal amplitud que los altos mandos franceses y alemanes acordaron que las trincheras fuesen construidas a no menos de 200 metros de distancia, para poner fin al «*inadmisibles escándalo de la fraternización*». Del mismo modo, bajo el empuje de las condiciones materiales, la marina alemana conoció toda una serie de motines sucesivos, hasta llegar al de noviembre de 1918, siendo el bautismo de la revolución proletaria en Alemania.

había dado un mayor peso económico y social, también quería desembarazarse, porque representaba un freno a su desarrollo y a la misma conducción de la guerra –, sino también la función del ejército. De allí que la disgregación de la sociedad rusa agudizada por la guerra imperialista, llega a su máximo nivel en su columna vertebral: el ejército. Esta fragmentación se manifestó con el rechazo de los soldados a obedecer a sus superiores, sobre todo con el negarse a reconocer la guerra imperialista como una guerra suya.

La burguesía, instalada en el poder sobre la onda de los acontecimientos de febrero, con la ayuda de los socialistas revolucionarios [eseristas, ndr] y los mencheviques encargados de controlar al proletariado, se impone como primera tarea la de la reconstrucción del ejército para continuar la guerra, condición necesaria a su supervivencia, así como para eliminar la fracción extrema, es decir, a los bolcheviques, que predicaban la revolución proletaria. La revolución de febrero significó el derrumbe político del zarismo y la instauración de un gobierno burgués, de una dictadura contrarrevolucionaria; para el proletariado y las masas campesinas absolutamente nada había cambiado; la perspectiva continuaba siendo la misma que pocos meses antes: la guerra y el hambre persistían. De tal manera que cuando la burguesía preparó la gran ofensiva en el frente alemán, preparaba también la victoria del proletariado y su partido. «*El proceso de reconstrucción del ejército y la orientación política de las masas de soldados han terminado en una violenta catástrofe en el frente. La causa última de esta catástrofe reside en la contradicción entre la política imperialista, que el gobierno provisional utilizaba como instrumento, y el deseo de las masas de una paz inmediata y 'justa'*» (47). Le tocará al partido bolchevique transformar este deseo espontáneo de paz por parte de las masas en fuerza revolucionaria consciente, y en sujeto activo de la revolución de Octubre.

Los sucesos de febrero no solo habían sorprendido, sino desorientado a casi todos los bolcheviques. El partido, en ausencia de Lenin, había sido sobrepasado por la fuerza revolucionaria de las masas. Su desorientación llegó a tal punto de hacerlos aceptar, en los primeros días de marzo, durante la conferencia del soviét de la región de Moscú, la resolución de los socialpatriotas sobre la guerra, y con ello asumir una clara afirmación de la defensa de la nación. En Pravda (La Verdad, ndr) del 15 de marzo de 1917 se renegó abiertamente del concepto de derrotismo revolucionario: «*Todo 'derrotismo', o uno mucho más preciso que, bajo el control de la censura zarista, cierta prensa amarillista estigmatizaba con esta expresión, murió cuando apareció en las calles de Petrogrado el primer regimiento revolucionario*» (48)

Lenin se opone de la manera más resuelta, ya antes de su retorno a Rusia, a dar concesiones a los oportunistas, a cualquier tendencia conciliadora; fue él quien indicó al partido la vía revolucionaria, la úni-

ca que había que recorrer; fue él quien lo rearmó, impidiendo así que se convirtiera en un partido más de «izquierda», alcahuetes del poder burgués.

Así, en la estación de Finlandia, hablando con los soldados y marinos, no se dirige a los defensores de la patria, sino a la *vanguardia del ejército revolucionario mundial*. Luego, en las *Tesis de Abril* recordó cuál debía ser el programa del partido revolucionario: destruir el gobierno provisional, poner en marcha el derrotismo militar. El partido bolchevique, siguiendo coherentemente este programa, pudo conquistar a soldados y marinos que día tras día, con la progresiva traición de los oportunistas de toda laya, se convertían en «bolcheviques espontáneos», haciendo suyas las consignas del partido revolucionario, a pesar de no adherir ni identificarse con este. Fue – como luego veremos – después de la represión contrarrevolucionaria en julio, y luego de la tentativa putschista de Kornilov, que los soldados se radicalizaron todavía más, adhiriendo masivamente al bolchevismo.

Entre los meses de septiembre y octubre, la conquista bolchevique de los soviets de obreros y soldados es casi total. Y en los campos, donde la influencia de los eseristas era tan predominante que los campesinos permanecían hostiles a los bolcheviques, fueron precisamente los cientos de miles de soldados que regresaban del frente, además de los agitadores del partido, los que llevaron las palabras y las enseñanzas revolucionarias. «*Un trabajo muchísimo más importante fue el que desarrollaron los cientos de miles de soldados que desertaban del frente y de las guarniciones en las retaguardias, que siguieron conservando en la cabeza las consignas más importantes oídas en los discursos y mítines (...) Los hombres del frente traían la pesada decisión de aquellos que habían adquirido la costumbre de servirse de fusiles y bayonetas contra otros hombres (...) La dirección morigeradora de los maestros de escuela, empleados y funcionarios eseristas fue sustituida por la dirección de los soldados que nada los detenía*» (49). Y cuando el gobierno enviaba las tropas para restablecer el orden en el campo cada vez más turbulento, muchas veces los soldados pasaban del lado de los campesinos, y en conjunto confiscaban, expropiaban. «*Así, las revueltas en las zonas rurales eliminaban los últimos vestigios de disciplina. En una situación de guerra campesina, dirigida por los obreros, era imposible para el ejército hacerse movilizar contra la revolución en la ciudad*» (50).

El último intento de bloquear la «bolchevización» por parte del gobierno consistió en tratar de enviar al

(47) Trotsky, *El ejército y la revolución*, en «Proletarii» n. 7, 20.8.1917.

(48) En Trotsky, *La revolución rusa*, vol. I, p. 318.

(49) Trotsky, *op.cit.*, vol. II, pp. 916-918.

(50) Trotsky, *op.cit.*, vol. II, pp. 918-919.

frente las guarniciones estacionadas en las mayores ciudades y provincias. Para salvarse, la burguesía recurría una vez más al engaño patriótico. Los obreros, los bolcheviques, se opondrán y se organizarán contra la puesta en marcha de esa maniobra contrarrevolucionaria. Las esperanzas de los soldados se cifraban cada vez más en las esperanzas de la revolución. A partir de entonces hasta las tropas más indecisas, y que hasta no hace mucho desconfiaban de los bolcheviques, pasarán a su lado o, en el peor de los casos, asumirán una actitud de neutral expectativa. Pero cuando los mencheviques buscaron relanzar el patriotismo en las masas, y sobre todo en el ejército, con la constitución de un «Comité de defensa revolucionaria», agitando la amenaza de la derrota de Petrogrado, los bolcheviques hicieron suya esta consigna y transformaron ese organismo con entonación patriótica en el *organismo de la insurrección comunista*: el Comité militar revolucionario.

A diferencia de Julio, la situación era propicia para la conquista del poder; la consigna «todo el poder a los Soviets» – ya no en manos de los socialpatriotas y la burguesía, sino del partido revolucionario – recobraba todo su valor y eficacia revolucionarios. La insurrección se ponía a la orden del día de manera perentoria: *la lucha de clase estaba llegando a su apogeo extremo, es decir, la guerra civil*. El 13 de septiembre, Lenin escribe al Comité Central del partido: «Existen todas las premisas objetivas para una insurrección victoriosa. Contamos con las excepcionales ventajas de una situación en la que sólo nuestra victoria en la insurrección pondrá fin a las vacilaciones, que han extenuado al pueblo y son la cosa más penosa del mundo; en que sólo nuestra victoria en la insurrección dará inmediatamente la tierra a los campesinos; en que SOLO NUESTRA VICTORIA en la insurrección FRUSTRARÁ todas esas maniobras de paz por separado, enfiladas contra la revolución, y las frustrará mediante la propuesta franca de una paz más completa, más justa y más próxima, de una paz en beneficio de la revolución (...) Debemos redactar una breve declaración de los bolcheviques, en la que se subraye con la mayor energía la inoportunidad de los largos discursos y, en general, de los ‘discursos’; la necesidad de actuar sin demora para salvar la revolución; la necesidad absoluta de romper por completo con la burguesía, de destituir totalmente al gobierno actual, de romper por entero con los imperialistas anglo-franceses, que están preparando el reparto ‘separado’ de Rusia; la necesidad de transferir en el acto todo el poder a LA DEMOCRACIA REVOLUCIONARIA, CON EL PROLETARIADO REVOLUCIONARIO A LA CABEZA» [mayúsculas nuestras] (51). A pesar de la urgencia del momento, Lenin no dejó de referirse a las bases teóricas del marxismo: la insurrección no es complot de un puñado de temerarios, y ni siquiera del partido, sino que necesita de la actividad de las masas a cuya cabeza debe ponerse el partido. «La insurrección,

para poder triunfar, no debe apoyarse en una conjura, en un partido, sino en la clase de vanguardia. Esto, en primer lugar. En segundo lugar, debe apoyarse en el ENTUSIASMO REVOLUCIONARIO DEL PUEBLO. Y en tercer lugar debe apoyarse en el MOMENTO CRÍTICO de la historia de la creciente revolución en que sea mayor la actividad de la vanguardia del pueblo, en que sean mayores las vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los AMIGOS DÉBILES, INCONSECUTOS E INDECISOS DE LA REVOLUCIÓN. Estas tres condiciones al plantear el problema de la insurrección son precisamente las que diferencian el MARXISMO DEL BLANQUISMO. Pero, si se dan estas condiciones, negarse a considerar que la insurrección es UN ARTE significa traicionar al marxismo y traicionar a la revolución. » (52). La visión marxista de la insurrección como arte reside exactamente en esto: *en descubrir el momento en que la insurrección se pone a la orden del día, por el mismo desarrollo de la lucha de clase, y en la preparación de su conducción armada*.

Cuando pocas semanas después suena la hora suprema, a pesar de la momentánea desorientación de dos revolucionarios del calibre de Kamenev y Zinoviev, el partido rearmado por Lenin supo afrontar la situación del modo más perfecto. Bajo la guía de los comunistas, las masas proletarias y los soldados – confirmando todo lo que el marxismo revolucionario sostuvo con respecto al derrotismo y a la necesidad del pase del ejército burgués a la revolución – conquistaron el poder e instauraron la dictadura proletaria. Tomado el poder, otro capítulo de la revolución debía abrirse: la guerra civil.

LOS AÑOS DE LA GUERRA CIVIL

En los días que siguen inmediatamente después de la toma del poder, se realizan una serie de acciones con la doble tarea de consolidar el poder y poner fin a la guerra imperialista. Los eventos son más que conocidos: bajo el acoso de las tropas alemanas que se encontraban a las puertas de Petrogrado, el 3 de marzo de 1918, los bolcheviques firman el Tratado de Paz Brest-Litovsk; a la espera de la revolución europea, se debían hacer todas las concesiones nacionales exigidas por el imperialismo alemán, no importa si al final del conflicto se encontrase en el poder. Por tanto, Brest-Litovsk no debía ser sino una etapa en el camino de la *transformación de la guerra imperialista en guerra civil a escala internacional*, acto supremo de derrotismo revolucionario y de internacionalismo.

Pero muy pronto estuvo claro que el capitalismo mundial debía atacar a la dictadura del proletariado, y que para hacerlo no iba a utilizar solamente las

(51) Lenin, *Obras Completas* (it.), vol. 26, p. 16.

(52) Lenin, *op. cit.* vol. 26, pp. 12-13.

fuerzas contrarrevolucionarias ya en Rusia, sino enviar también a sus propios cuerpos expedicionarios. «En la actualidad, el enemigo exterior de la República Socialista Soviética de Rusia es el imperialismo anglo-francés, y el americano-nipón. Este enemigo ataca hoy a Rusia, saquea nuestra tierra, ha ocupado Arjánguelsk y (si se ha de creer a los periódicos franceses) ha avanzado desde Vladivostok hasta Nikolsk-Ussuriiski. Este enemigo ha sobornado a los generales y oficiales del cuerpo de ejército checoslovaco. Ataca a la pacífica Rusia con la misma ferocidad e idénticos objetivos de saqueo con que la atacaban los alemanes en el mes de febrero, con la diferencia, sin embargo, de que los anglo-japoneses no sólo necesitan ocupar y saquear el suelo ruso, sino también derribar el Poder soviético para 'restablecer el frente', es decir, para arrastrar de nuevo a Rusia a la guerra imperialista (más sencillamente: a la guerra de rapiña) de Inglaterra contra Alemania (...) Los capitalistas anglo-japoneses quieren restaurar el poder de los terratenientes y los capitalistas en Rusia para repararse el botín de guerra, para someter a los obreros y campesinos rusos al capital anglo-francés, para arrancarles intereses por empréstitos de muchos miles de millones, para extinguir el incendio de la revolución socialista, que se inició en nuestro país y amenaza cada vez más con extenderse al mundo entero» (53). El llamado de los revolucionarios fue casi todo dirigido no a aquel enemigo interno y externo, sino contra toda la burguesía mundial y contra sus socialchovinos alcahuetes. La lucha no podía ni debía ser solo por la defensa de Rusia, sino por el socialismo internacional. Los bolcheviques se dirigirán continuamente, y de las maneras más disparatadas, a las tropas de la Entente enviadas para instalar de nuevo en el poder a la burguesía; recordando constantemente a los proletarios ingleses, franceses, americanos, japoneses en armas, que sus intereses coincidían con los intereses de los proletarios rusos y no con los intereses de los capitalistas; que, siguiendo el derrotismo revolucionario, debían rehusarse a combatir contra sus hermanos y prepararse a la lucha contra la clase enemiga en sus respectivos países. Lo cierto es que no faltaron ejemplos de derrotismo revolucionario entre soldados y marinos occidentales; el más vasto fue sin duda el motín del ejército y la marina franceses estacionados en Odessa en marzo de 1919, lo que obliga al gobierno Clemenceau a reclamar el envío de cuerpos expedicionarios. Pero estos episodios de verdadero derrotismo e internacionalismo revolucionarios, aunque lograron retardar o incluso detener algunos planes de intervención burguesa y extranjera en la Rusia de los Soviets, no aportaron la ayuda suficiente a la dictadura del proletariado; muy diferente hubiera sido si los proletarios occidentales hubiesen podido y sabido luchar no solo para impedir las expediciones imperialista en Rusia, sino también y sobre todo para destruir a sus respectivas burguesías. «Todo

aquello que el proletariado y el partido rusos podían hacer por sí solos, a la fecha de la victoria civil de 1920-21, estaba hecho. Y todo cuanto se podía dar, se había dado. El advenimiento del socialismo exigía la entrada del proletariado internacional en el campo de batalla. A este no le fue dada la consigna que se supo dar al Ejército Rojo, ya desde la difícilísima y tormentosa fase de su formación: obrar de la misma manera contra todos los enemigos, e intentar sin discriminaciones rufianescas atravesarles el corazón» (54)

LA TERCERA INTERNACIONAL Y EL ANTIMILITARISMO REVOLUCIONARIO

Todavía los bolcheviques estaban empeñados contra los ejércitos blancos, sobre la onda de la lucha de clase que se desarrollaba en los países capitalistas avanzados – tanto en aquellos que habían sido derrotados en la masacre imperialista, como en los victoriosos – cuando nace la Tercera Internacional, el partido único mundial del proletariado, «la Internacional de la realización revolucionaria, la Internacional de la acción». Su problema no podía ser otro que el trazado por Marx y Engels, cincuenta años atrás: conquista revolucionaria y violenta del poder, derrocamiento del Estado burgués y su sustitución por el Estado proletario, centralizado y dictatorial, en la economía: pase gradual del modo de producción capitalista al socialista, hasta la instauración integral del comunismo, que conllevara la desaparición del Estado y de las clases, incluyendo al proletariado.

Los bolcheviques habían creado el arma de la revolución mundial; correspondía ahora a los comunistas de todos los países, en particular de los países occidentales empujarla para derrumbar el dominio capitalista definitivamente. «La crítica socialista ha fustigado suficientemente el orden burgués. La tarea del partido comunista internacional consiste en subvertir ese orden de cosas y construir en su lugar el régimen socialista. Pedimos a los obreros y obreras de todos los países que se unan bajo la bandera del comunismo que es ya la bandera de las primeras grandes victorias» (55).

Dicho esto, en las tesis de los primeros Congresos de la I.C., a la par de la reafirmación de los principios sobre la toma del poder, de la necesidad del partido revolucionario, de la lucha contra toda

(53) Cfr. Carta al CC, a los comités de Moscú y Petrogrado y a los bolcheviques miembros de los soviets de Moscú y Petrogrado, Lenin, *¡Compañeros obreros! ¡A la lucha final, decisiva!*, vol. 28, p. 52, Ed Progreso.

(54) *Estructura económica y social de la Rusia de hoy*. Ed. il programma comunista, Milano, 1973, p. 245.

(55) *Manifiesto de la I.C. al proletariado de todo el mundo*.

forma de centrismo y oportunismo, fueron recalca- das las posiciones marxistas sobre la guerra y el pacifismo – sufriendo la condena inevitable de la Sociedad de las Naciones, máscara del militarismo. La tarea de la Internacional no debía ser la de salvaguardar la paz, la reconquista de la «normalidad» pre-bélica, sino la preparación revolucionaria, y el partido único mundial se instala no solo como órgano político de una clase bien determinada, sino también como su Estado Mayor.

Por tanto, una gran importancia se le dio a la sistemática combinación del trabajo ilegal con el trabajo legal. «*Todos los partidos comunistas legales deben constituir inmediatamente las organizaciones clandestinas, a fin de desplegar una labor ilegal constante y de prepararse como es debido para el momento en que comiencen las persecuciones por la burguesía. La labor clandestina es necesaria, sobre todo en el ejército, la marina y la policía, porque después de la gran matanza imperialista, todos los gobiernos del mundo temen a los ejércitos nacionales, compuestos de campesinos y obreros, y recurren en secreto a toda clase de procedimientos para formar unidades militares especialmente seleccionadas entre elementos de la burguesía y dotadas ex profeso del armamento más moderno. Por otra parte, en todos los casos sin excepción es necesario no limitarse a la labor clandestina, sino desplegar asimismo el trabajo legal, remontando para ello todas las dificultades y creando órganos de prensa legales y organizaciones legales con los títulos más diversos, que, en caso de necesidad, deben cambiar con frecuencia (...) La absoluta necesidad de principio de conjugar la actividad ilegal y la legal está determinada no sólo por todo el conjunto de peculiaridades del período que vivimos, del período de vísperas de la dictadura del proletariado, sino también por la necesidad de demostrar a la burguesía que no hay ni puede haber esfera o sector del trabajo que no conquisten los comunistas*» (56).

En el siguiente III Congreso (1921) son definidas las tareas de disgregación del ejército burgués: «*Para la propaganda en el ejército y en la flota del Estado capitalista habrá que buscar en cada país los métodos más apropiados. La agitación antimilitarista en un sentido pacifista es muy perjudicial, pues sólo logra alentar a la burguesía en su deseo de desarmar al proletariado. El proletariado rechaza en principio y combate del modo más enérgico a todas las instituciones militaristas del Estado burgués y de la clase burguesa en general. Por otra parte, el proletariado aprovecha esas instituciones (ejército, sociedades de preparación militar, milicia por la defensa de los ciudadanos, etc.) para ejercitar militarmente a los obreros de cara a las luchas revolucionarias. La agitación intensiva no debe, por lo tanto, estar dirigida contra la formación militar de la juventud y de los obreros sino con-*

tra el orden militarista y contra la arbitrariedad de los oficiales. El proletariado debe utilizar del modo más enérgico toda posibilidad de apropiarse de armas (...) La antítesis de clases que se pone de manifiesto en los privilegios materiales de los oficiales y en los malos tratos infligidos a los soldados debe ser comprendida por estos últimos. Además, en las campañas de agitación destinadas a los soldados, es preciso destacar claramente hasta qué punto todo su futuro está estrechamente ligado a la suerte de la clase explotada. En la agitación contra tropas especiales que la burguesía organiza para la guerra de clases, y en particular contra sus grupos de voluntarios armados, es necesario concentrar constantemente el máximo de atención y energía. En los lugares donde la estructura social y el medio corrompido lo permitan, se debe introducir sistemáticamente y en el momento oportuno la descomposición social en sus filas. Cuando estos grupos o tropa posean un carácter de clase uniformemente burgués, como por ejemplo en las tropas compuestas exclusivamente de oficiales, es preciso desenmascararlas ante el conjunto de la población, hacerlas despreciables y odiosas de modo que se provoque su disolución interna a consecuencia del aislamiento que la acción de propaganda provocará.» (57).

Para terminar quedamos con que el partido debe en todo momento desarrollar acciones de denuncia, agitación y propaganda al interior del organismo principal de defensa del Estado burgués, y, cuando el poder se halla aún sólidamente en manos de la burguesía, el deber de los comunistas es de actuar para organizar en sentido clasista y antidemocrático las filas del proletariado en la perspectiva de desarrollar activamente el derrotismo para las fases más agu-

(56) Lenin, in *Tesis para el II Congreso de la I.C.* en *Obras completas* (it.), vol. 31, pp.188-189.

(57) *Tesis sobre la estructura de los partidos comunistas.*

Es necesario especificar y, en cierto sentido, "limitar" el campo de las doctrinas y tácticas socialistas para descartar y eliminar las concepciones y los métodos demasiado discordantes. Esto ha tenido una primera confirmación real del hecho de que los bolcheviques rusos, que adoptaron la intransigencia más rígida frente a los partidos borgehsi, no solo, sino a las mismas fracciones socialistas, hicieron su lema: "el que no está con nosotros está contra nosotros"., han llegado para obtener el pleno consentimiento de la gran mayoría de las masas rusas, con una velocidad y seguridad maravillosas. (¡Las enseñanzas de la nueva historia, Avanti!, 16 de febrero de 1918)

das de máxima tensión de la lucha de clase.

La aplicación de estas directivas por parte de cada sección nacional no fue ni homogénea, ni mucho menos eficaz. No todos los partidos que adhirieron a la IC lo hicieron sobre bases sólidamente marxistas; hasta en los casos en que de palabra aceptaban el programa y las tesis fijadas por el I y II Congreso, en su aplicación práctica y en la vida cotidiana, en los diversos partidos, salían a flote las carencias determinadas por el legado de tradiciones anarquistas, sindical-revolucionarias o, al contrario, reformistas, todavía sólidamente arraigadas en partidos que solo tenían de comunista el nombre y no borradas por escisiones hechas a mitad. Era imposible que esta situación no se reflejara en toda la actividad revolucionaria internacional, entre ellas la no menos importante acción antimilitarista que, como muchas veces subrayó Lenin, necesita de sólidas bases teóricas y organizativas, tanto legales como ilegales.

ADHESIÓN FORMAL DEL PCF

Valga el ejemplo del partido francés, nacido en Tours, en 1920, de la escisión entre el ala derecha y el centro unido al ala izquierda – desarrolladas principalmente en la tradición del sindicalismo revolucionario – del PS (o SFIO), no sobre la base de la aceptación de las 21 Condiciones aprobadas en el II Congreso, esto es, no sobre bases programáticas, sino sobre una adhesión puramente formal a la Internacional de Moscú. Por tanto, no sorprende que el partido se haya encontrado respaldando incluso hasta la política de defensa nacional, y reivindicando el pasado socialchovinista del partido socialista, mientras que la Internacional tenía como origen la lucha que la Izquierda internacional había llevado a cabo antes de 1914 contra toda concesión al oportunismo con respecto a la defensa nacional. En el Congreso de Tours, Frossard, primer secretario del PCF, llegó a declarar: «*En el pasado, el partido siempre afirmó ser un partido de defensa nacional. Algunas veces a esto se le ha contrapuesto la consigna de Marx: 'El proletariado no tiene patria'. Pero creo que esta consigna ha sido malinterpretada. Marx quiso decir que la burguesía capitalista ha robado la patria a los proletarios, y que estos últimos deben hacer que se la restituyan. No obstante subrayo que todos nosotros no queremos volver a este antagonismo primitivo, imbécil y mortal, propio del periodo prebélico*». Este género de posiciones eran claramente inconciliables con las posiciones marxistas de derrotismo revolucionario, sobre la guerra de clase del proletariado; las palabras de Frossard no eran en realidad las palabras de un comunista, sino las de un cualquier socialchovinista, cuyo puesto no debía estar en la Internacional de Moscú, sino en la de Berna, es decir, en la Internacional del oportunismo. Pero no es por azar que el PCF se haya declarado inmediatamente después – casi sin pestañear y sin oposiciones internas – del lado de la contrarrevolución estalinista (58).

ACTIVIDAD ANTIMILITARISTA DEL PCDEI Y DE SU FEDERACIÓN JUVENIL

Muy diferente fue la actividad antimilitarista desarrollada por el PCdeI afin que no caiga en el pantano del centrismo bajo los golpes de la reacción y la degeneración de la Internacional. Nacido sobre la base de una tradición proletaria y de una efectiva lucha marxista contra el oportunismo, en la más absoluta fidelidad a las 21 Condiciones, defendió e hizo propaganda constante del derrotismo revolucionario como parte integrante de la lucha contra la burguesía por el *derrumbe y no la conquista*, del Estado burgués, y por la instauración de la dictadura del proletariado.

En todas las tesis del PCdeI, viene ya recalcada la función del Estado, la policía, el ejército; se resalta la necesidad de trabajar por la disolución del ejército burgués y por la conquista de los proletarios que lo integran a la influencia directa del partido de clase. La Federación Juvenil – emanación e instrumento que jamás actuó fuera de esta sin las directivas centrales – está encargada de desarrollar la parte legal de esta rama de la actividad revolucionaria, así como también toda la agitación y propaganda entre las masas juveniles. En la *Relación moral y política del Comité Central de 1921* se puede leer:

«*Esta rama específica (Propaganda y Agitación antimilitaristas) de la actividad de la Federación Juvenil siempre ha creado para nuestro organismo toda una tradición noble y repetidamente consagrada al sacrificio generoso y entusiasta de numerosos compañeros y de toda una teoría infinita de procesos, persecuciones y represalias por parte de la policía y la justicia burguesas. Por tanto, el Comité Central ha considerado importante su tarea y es su primerísimo deber de reforzar el prestigio de esta tradición pluridecenal, dando a la propaganda y agitación antimilitaristas no solo formas nuevas y más correspondientes a las necesidades actuales, sino junto a un desarrollo mayor y a un carácter clasista y revolucionario cada vez más acentuados*» (59). Y el estatuto de la FGC afirma: «*Desarrollará una intensa acción antimilitarista con la intención de demoler a los organismos de defensa armada del Estado burgués, y de preparación del proletariado para la constitución de su milicia revolucionaria evitando toda propaganda de falsos y superados conceptos pacifistas*» (60).

El partido, embarcado en dos frentes, el de la lucha contra la traición socialdemócrata y el de la

(58) Con esto no se quiere negar en absoluto las importantes acciones antimilitaristas que el proletariado francés, espontáneamente o casi, emprendió a pesar de las resistencias y, a fin de cuentas, el boicoteo del PCF, como en los tiempos de la guerra de Rif.

(59) *L'Avanguardia*, 23.1.1921.

(60) *L'Ordine Nuovo*, 1.2.1921.

lucha contra la reacción armada conjunta de las bandas legales (policía, guardia real, ejército) e ilegales (fascistas) de la burguesía – demostrando que la violencia «conservadora» del Estado, solo posible una en función de la otra – prosiguió incansable en su obra de propaganda antimilitarista y de activa participación en las luchas que grupos de proletarios organizados desarrollaban para defender sus condiciones mínimas de vida, con el fin de encuadrar en sus filas a los proletarios más combativos y cristalizar en torno al partido las mejores energías de la juventud obrera. Y este trabajo fue conducido, siguiendo siempre el programa marxista y evaluando la situación existente y la correlación de fuerzas real. Así se evitaba el error de lanzar al proletariado consignas aparentemente revolucionarias, pero que ante la fuerza de los hechos se revelaban infantiles y antimarxistas, como aquellas que lanzaba el PCF de «desertad» o «rehusad a responder al servicio militar». Esto no significa que los comunistas excluyan por principio este tipo de acción, todo lo contrario: en una situación inmediatamente prerrevolucionaria, este género de acciones, en efecto, podrían ser lanzadas, pero entonces serán el fruto de toda una acción del partido que lo habrá llevado a gozar de una influencia efectiva en el proletariado mismo. Lanzar a los proletarios la invitación a romper abiertamente con la legalidad del Estado (que es cuando corresponden estas consignas) cuando no se tiene la fuerza para sostenerlas, no se tiene la capacidad para traducirlas en la práctica y el movimiento vive una fase de reflujo (o como hoy, en que se vive en una fase abiertamente contrarrevolucionaria), al contrario, significa colocarse en el terreno del anarquismo; significa pretender trastocar con acciones voluntaristas una situación desfavorable y retornar a actitudes barricadistas y de falsa izquierda, que la Izquierda marxista internacional había condenado definitivamente a comienzos de siglo.

He aquí lo que Bordiga respondía, en 1923, durante el proceso a los comunistas, ante la acusación de incitar a los soldados a no obedecer a sus superiores:

«Por ahora esta incitación no se ha verificado. Las consecuencias de la desobediencia militar son tan graves que puede que en ciertas circunstancias demos órdenes en ese sentido, pero solo cuando se haya determinado una situación en la cual el conflicto se torne general. No somos tan ingenuos como para dar hoy al pobre soldado la orden de rebelarse individualmente en contra de sus superiores.»

«Hace poco, decíamos a los soldados de permanecer en sus puestos y de comportarse como buenos militares con el fin de acumular la experiencia técnica que mañana podrá servir a la clase proletaria. De hecho, no es verdad que hemos incitado a la desobediencia; es posible que en cierto momento podremos llegar a hacerlo, cuando llegue la hora insurreccional general... No somos una secta que prepara un complot o se

ilusiona en que un buen día el régimen puede ser cambiado sin que los ciudadanos sean advertidos, decimos que nuestro partido debe llegar a una determinada eficiencia para poder lanzar públicamente la última ofensiva» (61).

Por lo tanto, en lugar de lanzar consignas rimbombantes y que no corresponden a la situación real de la lucha de clase, el PCdel tiende a organizar, en coherencia con las directivas de la Internacional, una red interna para el trabajo ilegal, estrictamente ligada a su total actividad legal, un efectivo Estado Mayor del proletariado capaz de extender la influencia del partido en estratos cada vez más amplios de la clase, con la perspectiva de guiarla hacia el asalto final.

A pesar de los cincuenta años transcurridos, las tareas del partido han permanecido inmutables. Dejemos a otros que digan tonterías sobre la «democratización del ejército», o sobre la «transformación en ejército popular» (¡bajo el más absoluto respeto de la sempiterna «democracia» y del sagrado «parlamentarismo», por supuesto!); proseguimos en la línea trazada por Marx, Engels, Lenin, la Izquierda, seguros de que el proletariado en armas, guiado por su partido, podrá definitivamente terminar con la putrefacta sociedad burguesa y con todos sus esbirros.

EL ESTALINISMO Y LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

En 1926, la victoria del estalinismo se daba por descontada; la burguesía salía victoriosa del colosal enfrentamiento de clase abierto con la revolución de Octubre y con el fin del primer conflicto imperialista. Bajo el empuje de fuerzas históricas objetivas, la III Internacional comenzaba a transformarse de organización mundial de la revolución comunista a organización de la derrota y el engaño perpetrados en perjuicio del proletariado, y este paso significó enormes derrotas del movimiento proletario, de las cuales la China de 1926-27 y la España de 1936-38 son las etapas más significativas. La teoría del «socialismo en un solo país» fue la hoja de parra del renaciente socialchovinismo y posteriormente de la política imperialista de Rusia. El antimilitarismo revolucionario se convirtió en una palabra vacía de todo contenido, progresivamente abandonada, en la medida en que el proletariado se le encerraba nuevamente en el estorbo de las alianzas con las clases medias y con la burguesía «democrático-progresista».

En el VI Congreso de la III Internacional (1928), la palabra antimilitarismo no había desaparecido todavía (aunque, de hecho, había perdido todo significado revolucionario) en honor a la táctica de la ofensiva y el «social-fascismo»; en el próximo Congreso (1935), sus trazos se perderán: la táctica del bloque antifascista y el frente popular no admitía ningún tér-

(61) Cfr. *El proceso a los comunistas italianos* ((it.), Librería editora del PCI, 1924, pp.76-77.

mino que recordara la esencia clasista y antidemocrática del comunismo. Los proletarios españoles fueron arrojados a una guerra que no era la suya, y, cuando cansados se retiraron de Madrid (1938), los mismos estalinistas los obligaron a combatir a la fuerza; el Estado ruso estaba todavía a favor del bloque antifascista. Pasará menos de un año, y la Internacional (o mejor dicho, lo que quedaba de ella) deberá dar un nuevo giro táctico de 180°, Molotov y Ribbentrop habían firmado el pacto de no agresión en nombre de sus respectivos gobiernos imperialistas, Moscú, por el instante, arrojaba el antifascismo como vieja chatarra.

Cuando estalla la guerra, la Internacional la denunció como guerra imperialista, presentó a Rusia como el único país verdaderamente amante y defensor de la paz, dirige a los proletarios (principalmente de Francia e Inglaterra, potencias más bien guerreristas y enemigas de la humanidad) una vaga invitación a luchar por la paz:

Por su carácter y esencia, la guerra actual es, para cada una de las partes beligerantes, una guerra imperialista, injusta, a pesar de las consignas fraudulentas utilizadas por las clases dominantes de los Estados capitalistas en guerra, tratando de esconder a las masas populares sus verdaderos objetivos (...) El choque de armas entre los Estados beligerantes se da por la hegemonía en Europa, por las propiedades coloniales en África y otras partes del mundo, por el petróleo, el carbón, el hierro, el caucho, pero no por la 'democracia', la 'libertad', las 'leyes internacionales', y por la garantía de independencia de los pequeños países y pueblos, como dicen la prensa burguesa y los estafadores de la clase obrera como son los socialdemócratas (...) Los siervos socialdemócratas, 'democráticos' y 'radicales' de la burguesía están desvirtuando descaradamente las consignas antifascistas del frente popular, y se están sirviendo de estas para engañar a las masas populares, enmascarando el carácter imperialista de la guerra» (62).

En este documento, muchos de los actuales oportunistas de «izquierda» han querido ver una tentativa de la Internacional para retornar a sus orígenes revolucionarios. Por contra, el mismo demuestra que la Internacional fue sometida a los intereses estatales de Rusia, y que el pretendido internacionalismo fue solo una pantalla detrás de la cual esconder las agresiones imperialistas que la «patria del socialismo» llevaba a cabo contra Letonia, Estonia, algunas regiones de Finlandia, de Bessarabia y Bucovina Rumania (la Rumania actual, *NdR*). Lanzar al proletariado mundial (ya desarmado amplia, teórica y materialmente por otros diez años de política capitulacionista y contrarrevolucionaria) la consigna de luchar por la paz durante una guerra imperialista, no es menos anti-marxista que la de alinearse con uno de los dos bloques antagonistas, que viene dada cuando Rusia se involucra directamente en el conflicto. Tarea de un Estado proletario – como ya hemos vis-

to – no es la de plantarse como paladín de la paz, de luchar por la paz universal, sino más bien de *preparar la más grande de las guerras*: la guerra del proletariado contra la burguesía.

Los partidos «comunistas» occidentales siguieron sin titubear estas evoluciones tácticas, todas igualmente contrarrevolucionarias. Así, Thorez, quien todavía, el 21 de noviembre de 1938, había afirmado en una reunión del Comité Central del PCF:

«Los dictadores de Roma y Berlín quieren aislar a nuestras patrias [es decir, Francia y la Unión soviética] para aniquilarlas. Aquellos que gritan 'Mejor la revolución que la guerra', o si no, 'Huelga general y no movilización general', están completamente fuera del marxismo. En las condiciones actuales de amenaza hitleriana, estas frases representan un crimen contra la clase obrera (...) Nosotros debemos denunciar como un apoyo directo al fascismo las calumnias contra la Unión Soviética y la afirmación mentirosa del trotskismo de que todos los imperialismos son equivalentes, poniendo así en el mismo plano la dictadura fascista y las democracias occidentales amantes de la patria».

Pocos meses después volvía a descubrirse bajo las directivas de Moscú y de lo que quedaba de la Internacional, que las democracias occidentales eran mucho más guerreristas e imperialistas que la misma Alemania nazi. En los primeros meses de la ocupación de Francia por parte de Alemania, el PCF no desdeñó en invitar a los militantes del partido a colaborar en forma no demasiado evidente con los nazis, obteniendo en contrapartida una cierta libertad de acción. Las evoluciones del Partido de Togliatti fueron idénticas.

A penas Rusia entra en el conflicto que se encuentra con que está alineada en el campo de las potencias occidentales, los peores bandidos imperialistas de la víspera (es decir, Francia, Inglaterra, USA) se transformarán inmediatamente en los defensores de la libertad y la democracia, que estaban librando la más justa de las guerras.

«La Unión Soviética y sus aliados, a diferencia de la Alemania hitleriana, llevan a cabo una guerra justa, con vistas a liberar a los pueblos oprimidos de Europa y la Unión soviética de la tiranía hitleriana. Por ello, todos los hombres honestos deben apoyar a los Ejércitos de la Unión Soviética, de Gran Bretaña y de otros países aliados, como ejércitos liberadores» (63).

Los frentes antifascistas, formados por todos los partidos populares y democráticos – entre los que resaltaban los más bellos nombres de la contrarrevolución internacional – fueron reorganizados para llamar al proletariado a la defensa de la democracia,

(62) Degras, *Historia de la I.C.* cit. vol. III, pp. 484, 489, 490.

(63) Stalin, *Sobre la gran guerra nacional de la URSS*, 6.11.1941.

esto es, de los intereses imperialistas de cada burguesía nacional. Un ejemplo para todos es el manifiesto lanzado por el PCI, PSI y Justicia y Libertad, en octubre de 1941:

«Nosotros, antifascistas, a veces hemos estado en desacuerdo con respecto a la evaluación de los problemas particulares (...) Hoy, fraternalmente unidos por la más sagrada de las causas, queremos concurrir al esfuerzo común para abatir las barreras que separan a los italianos entre sí por ideales, clases, partidos políticos, religiones diferentes puesto que todos tienen en común el amor por la libertad y la paz, el amor por su país (...) Nuestro pueblo debe ocupar su puesto de combate con aquellos que han desplegado el estandarte de la independencia y la libertad. La victoria de Inglaterra, de la Unión Soviética, de los Estados Unidos (...) será la victoria de la causa de la independencia y la democracia» (64).

El 15 de mayo de 1943, el presidio del CE de la IC emite el documento de disolución de la III Internacional. Para los escribas oficiales – de extracción democrático-burguesa o estalinista, pocas son las diferencias – esta fecha signa la muerte de la Internacional fundada por Lenin en el ya lejano 1919; para los comunistas, como habíamos visto más arriba, la muerte de la Internacional como partido mundial de la revolución comunista se produjo mucho antes. Decretando oficialmente su muerte, la burocracia estalinista no hizo más que cortar el último lazo formal (y solo formal) que la mantenía ligada a la tradición revolucionaria y proletaria de Octubre y de la Internacional de Lenin.

El 1º Congreso de la IC afirmaba que toda guerra entre Estados no podía ser sino de rapiña, que toda teoría sobre la guerra «defensiva» nada tenía que ver con el proletariado, que la «política de paz» del imperialismo, la Entente y todo otro organismo burgués supranacional solo preparaba guerras de rapiña cada vez más horribles, que una tarea del partido era la de preparar el abatimiento de cada Estado imperialista y, en caso de guerra, «transformar la guerra imperialista en guerra civil», consignas que Lenin y la Izquierda marxista que sobrevivió a la catástrofe de la Segunda Internacional, habían hecho suyas desde el 4 de agosto de 1914.

La Internacional de Stalin, al contrario, en la mejor tradición de los lacayos de la burguesía, hizo suyas y lanzó al proletariado consignas totalmente burguesas, tales como guerra de defensa, guerra nacional, guerra democrática; pero, para mejor colaborar con el imperialismo occidental, se autoeliminó:

«En los países del bloque hitleriano, la tarea fundamental de la clase obrera, los trabajadores y todas las personas honestas consiste en dar toda la ayuda posible para la derrota de este bloque, saboteando desde adentro la maquinaria militar hitleriana y contribuyendo a derrocar al gobierno culpable de la guerra. En los países de la coalición anti-hitleriana, el deber sagrado de la gran mayoría de las masas populares, y en primer lu-

gar de los trabajadores, que son los que se encuentran en primera línea, consiste en ayudar por cualquier medio al esfuerzo militar de los gobiernos de estos países, que tienen por finalidad derrotar lo más rápido posible al bloque hitleriano y de asegurar la amistad entre las naciones, fundadas en la igualdad.

«Al mismo tiempo no debemos perder de vista el hecho de que cada país que forma parte de la coalición anti-hitleriana tiene sus propios problemas. Por ejemplo, en los países ocupados por los hitlerianos que han perdido su independencia estatal, la tarea principal de los trabajadores y de las amplias masas consiste en promover la lucha armada, elevándola a guerra nacional de liberación contra la Alemania hitleriana. Al mismo tiempo, la guerra de liberación de los pueblos amantes de la libertad contra la tiranía hitleriana, que han puesto en marcha a las masas populares, uniéndolas sin diferencia de partido o de religión en las filas de una poderosa coalición anti-hitleriana, ha demostrado con una claridad inmensa que la insurgencia y la movilización nacional general del pueblo por la victoria lo más rápido posible sobre el enemigo puede ser obtenida de manera positiva y con mejores resultados por parte de la vanguardia del movimiento obrero de cada país, actuando dentro de su propio país (...) La Internacional Comunista, como centro directivo del movimiento internacional de la clase obrera, debe ser disuelta, liberando así a las secciones de la Internacional de las obligaciones que se derivan de los estatutos y resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista. El presidio del CE de la Internacional Comunista hace un llamado a todos sus adherentes afín de que dediquen todas sus energías a sostener vigorosamente y a participar activamente en la guerra de liberación de los pueblos y Estados de la coalición hitleriana, para vencer lo más pronto posible al mortal enemigo de la clase obrera y de los trabajadores: el fascismo alemán y los vasallos asociados» (65).

Por tanto, para los estalinistas la guerra entre el imperialismo angloamericano y el imperialismo alemán era una guerra de liberación, una guerra en que «el país del socialismo» combatía al lado de los «capitalismos progresistas» contra la reacción feudal alemana; y los proletarios, en lugar de ser llamados a transformar la guerra imperialista en guerra civil, fueron llamados a formar bloque con su burguesía, perpetuando su condición de esclavos asalariados.

De esta manera la parábola estalinista se completaba: después de haber abandonado todo principio de clase y todo programa revolucionario, después de sustituir la lucha de clase por la teoría de la

(64) In *Treinta años de vida y lucha del PCI, Roma, 1952*, pp. 194-195

(65) Degras, *op. cit.* pp. 519-520..

colaboración permanente entre las clases, después de postular la «coexistencia pacífica» entre Estados «socialistas» y Estados capitalistas, después de elevar a principio dominante la emulación entre Estados, desde entonces todo puente con la tradición revolucionaria comunista fue definitivamente roto.

Tocó a las escasas fuerzas revolucionarias, que quedaron en pie después de la tempestad contrarrevolucionaria, restaurar la doctrina y el programa marxistas, lacerados y pisoteados por los que se vendieron al enemigo, y al mismo tiempo arrojar las bases indispensables del partido compacto y potente que guiará mañana al proletariado en el asalto final.

CONCLUSIÓN

En este trabajo hemos buscado trazar las líneas fundamentales de la concepción marxista del antimilitarismo revolucionario. Hemos visto que para los comunistas la propaganda y acción antimilitaristas son tareas irrenunciables en la perspectiva de la insurrección armada, de la destrucción del Estado burgués, de la instauración de la dictadura del proletariado, que no es posible la victoria sin la dislocación del ejército – bajo el empuje de las contradicciones internas del modo de producción capitalista y de la correlativa acción consciente del partido – y de su conquista para la causa revolucionaria. Paralelamente hemos vuelto a recorrer las etapas fundamentales de la lucha llevada por el marxismo revolucionario contra las ondas sucesivas del oportunismo que invadieron al movimiento proletario.

Resumamos ahora los puntos fundamentales y tracemos las líneas generales de las tareas antimilitaristas que el partido revolucionario debe desarrollar.

1) Con 1871 se cierra, para el Occidente plenamente capitalista, el ciclo de las guerras burguesas progresivas y de organización nacional; desde entonces todo retorno a formas económicas y de dominio preburgueses está científicamente excluido. Para el movimiento de clase de esta área ya no se trata de alinearse al lado de uno u otro ejército estatal con el fin de desbrozar el terreno de todo obstáculo que limite el pleno desarrollo del modo de producción capitalista, sino, al contrario, de combatir todo Estado burgués y de sus ejércitos hasta la definitiva destrucción del capitalismo.

2) En el periodo que va de la caída de la Comuna de París a 1914, el militarismo se convierte en la columna vertebral de la vida económica y social del capitalismo: a su *función externa* de conquista de nuevos terrenos de caza y de mercados en las áreas extraeuropeas, se une una *función interna* de represión de todo movimiento de clase, y de acción terrorista contra el proletariado en la óptica del mantenimiento del orden constituido. El ejército profesional, ya insuficiente, es sustituido en todas partes por el ejército de conscritos, en la perspectiva de guerras cada vez más extensas e implicando a todo el planeta.

3) Con el ejército, que en los niveles inferiores de la escala está formado esencialmente por proletarios – brutalizados por el sistema de disciplina y obediencia que busca destruir en ellos todo sentimiento de clase y transformarlos en artefactos de guerra y en carne de cañón – la actividad antimilitarista se convierte en una actividad primaria e irrenunciable del partido revolucionario. Derrotismo revolucionario contra toda guerra entre Estados burgueses se transforma en consigna del proletariado de los países de capitalismo avanzado: las guerras desaparecerán solo con la destrucción del capitalismo a nivel planetario.

4) Es en este periodo que el marxismo revolucionario debe enfrentarse a la primera oleada del oportunismo en las filas del proletariado: el revisionismo jauresiano-bersteiniano, determinado por el desarrollo «pacífico» del capitalismo. Esta forma de revisionismo, apoyando el paso pacífico y gradual hacia el socialismo, de hecho destruye el concepto de derrotismo y antimilitarismo revolucionarios: estos dos ejes del marxismo revolucionario son sustituidos por un pacifismo charlatán, impotente, un fin en sí mismo, que en ninguna circunstancia puede contrarrestar el poder de la burguesía.

5) Al mismo tiempo, el marxismo revolucionario debe oponerse a aquellos movimientos que, opuestos no obstante al marxismo, gozan de una influencia entre las masas proletarias; el anarquismo y el anarco-sindicalismo. Su propaganda y acción antimilitaristas, aunque son mucho más combativas que las del revisionismo socialdemocrático, sin embargo son igualmente perniciosas para el movimiento proletario. La incompreensión del militarismo como fenómeno inseparable y propio del capitalismo, la negación de la necesidad del partido como órgano dirigente y Estado Mayor del proletariado, conlleva inevitablemente sobrevalorar y teorizar el rechazo y el gesto individuales, reduciendo la lucha contra el militarismo a lucha individual, que solo depende de la «consciencia» de cada proletario. En última instancia, esta propaganda, a pesar de su terminología extremista de barricadas, desarma y deja al proletariado inerte en manos de la burguesía y de la propaganda reformista.

6) La experiencia rusa de 1905 no solo fue la prueba general de la revolución proletaria de 1917, sino también la demostración práctica que para la victoria revolucionaria es indispensable el pase de una parte del ejército hacia las filas del proletariado, así como necesario es la creación de un ejército de la revolución, ya que solo con su propio ejército el proletariado puede batir las fuerzas unidas de la contrarrevolución.

7) Con el 4 de agosto de 1914, esto es, con la votación de los créditos de guerra por parte de los partidos socialistas, la segunda oleada oportunista se abate sobre el movimiento proletario. Los socialistas de ambos frentes predicán la solidaridad con el Estado nacional en guerra, desempolvando el concepto de patriotismo abolido definitivamente por el prole-

tariado en tiempos del *Manifiesto*. De la catástrofe socialchovinista solo pocos socialistas se salvaron. Solo Lenin y los bolcheviques, y con ellos el grupo alemán Die Internationale y la futura izquierda italiana, defenderán los puntos cardinales y las tradiciones del marxismo revolucionario, remachando el carácter imperialista de la guerra, la condena inapelable de cualquier forma de santa alianza y de unión nacional, y reivindicando la «lucha derrotista interna del partido contra todo Estado y ejército en guerra». Con la consigna de transformar la guerra imperialista en guerra civil no se tiene ninguna invención «táctica», sino la poderosa reafirmación de la doctrina y los principios inmutables del internacionalismo revolucionario.

8) No menos vehemente es la lucha contra aquellas corrientes que quieren combatir la guerra imperialista, predicando entre los proletarios la necesidad del desarme. Sostener consignas de este tipo significa pensar que se pudiera abolir la guerra dentro del mismo modo de producción capitalista, es decir, olvidando la esencia guerrerista del capitalismo. El partido revolucionario contrapone al desarme el derrotismo dentro de las filas de la misma burguesía y el armamento (teórico y material) del proletariado.

9) La III Internacional nace con la reafirmación global de la doctrina y los principios del internacionalismo proletario; su fin no es la conservación de la paz entre Estados, sino la preparación revolucionaria a nivel mundial. De esto se desprende la obligación por parte de los partidos comunistas de desarrollar no solo la acción de denuncia, agitación y propaganda dentro de los ejércitos burgueses, sino también de trabajar para organizar en sentido clasista y antidemocrático a los proletarios en uniforme, en la perspectiva de poner en marcha el derrotismo revolucionario en los momentos más agudos de la lucha de clase. Para esta tarea es fundamental la combinación sistemática del trabajo legal e ilegal.

10) La victoria del estalinismo sella la tercera oleada del oportunismo en las filas del movimiento proletario marxista. Esta reúne en sí los peores aspectos de las oleadas oportunistas precedentes; su aspecto nuevo consiste en el hecho de que «*la traición y desviación de la línea revolucionaria se presentaron también en forma de acciones de combate y de guerra civil*». Derrotismo y antimilitarismo se convierten en dos formas vacías de todo significado revolucionario real; la teoría del «socialismo en un solo país» no prevé la lucha del Estado socialista contra los Estados capitalistas, la exportación de la revolución, sino la emulación y coexistencia pacíficas. El alineamiento de Rusia y de los partidos comunistas estalinizados en la segunda guerra mundial con el bloque democrático no es más que la consecuencia inevitable de los giros tácticos (todos igualmente contrarrevolucionarios) del Estado ruso y de la Internacional, que se sucederán entre 1926 y 1940.

11) El dominio capitalista pudo evitar una reanudación revolucionaria a escala internacional al final

de la II guerra mundial imperialista, sobre todo en virtud de la acción del oportunismo estalinista, que substituyó el principio de la lucha de clase con el de la colaboración. El pacifismo, asumido como principio de base sirvió para desarmar al proletariado, y a dejarlo durante largas décadas en manos de la contrarrevolución burguesa. El antimilitarismo y el derrotismo revolucionarios fueron convertidos en materia de estudio para los historiadores, que todavía se empeñan en exorcizarlos, confinándolos a la época del «pensamiento» marxista.

12) Hoy, más de un siglo después, bajo el potente empuje de las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista – por una parte la crisis persistente, por la otra, la cambiante correlación de fuerzas entre las potencias – presenciamos una exacerbación sin precedentes de los conflictos interimperialistas. El periodo de las guerras localizadas está por concluirse para dar paso a los enfrentamientos armados a escala mundial. En un futuro cada vez más cercano, el proletariado será llamado, por sus respectivas burguesías y por el oportunismo, a alistarse en un bloque o en otro, pero siempre en defensa del modo de producción existente.

13) Por ello, para el partido revolucionario le resulta cada vez más urgente la necesidad de desarrollar una actividad orgánica antimilitarista y derrotista al interior del ejército. Junto a la constante y vigorosa actividad de propaganda derrotista – que la Izquierda nunca interrumpió, ni siquiera en años más oscuros que los actuales –, es necesaria la intervención, allí donde es posible, al lado de aquellos proletarios en uniforme que de alguna manera se contraponen al orden existente, que bajan al terreno de la lucha para defender sus condiciones mínimas de vida. Por tanto, no se trata de consignas llamativas, cada vez más «revolucionarias», hoy irrealizables; como tampoco se trata de encerrar la actividad antimilitarista del partido dentro de los límites de la actividad «sindical»; el antimilitarismo de los revolucionarios no está concebido para solo defender las condiciones de vida de los proletarios que prestan su servicio como reclutas – no es casual que buena parte del trabajo en este campo era pedido a la organización ilegal del partido por parte de la IC y del PCdE. Se trata por el contrario de cristalizar dentro del partido una vanguardia cada vez menos restringida, de liberar al proletariado de toda ilusión democrática – insembrada a manos llenas por el oportunismo viejo y nuevo –, de orientarlo nuevamente por el camino de la lucha de clase, y no solo para permitir que los militantes del partido se involucren en una actividad tan importante. Solo actuando de este modo es que el partido revolucionario puede rearmar al proletariado, volver a dar a términos como el antimilitarismo y derrotismo su verdadero valor revolucionario, arrojar las bases para ganar al proletariado en su guerra bajo el grito de *Transformar la guerra imperialista en guerra civil*. ●

Apéndice

En esta parte del opúsculo publicamos una serie de escritos que confirman la continuidad de la posición marxista sobre la cuestión de la guerra y del antimilitarismo, en particular de la corriente de izquierda tanto del Partido Socialdemócrata ruso – quien dará vida al partido bolchevique – como del Partido Socialista de Italia – que, en 1921, dará paso al Partido Comunista de Italia.

Obviamente no tenemos espacio para publicar todos los artículos, mociones, tomas de posición de las dos corrientes aquí nombradas, y por ello nos limitamos a los materiales que consideramos relevantes y que demuestran la perfecta coincidencia de posición entre la corriente marxista italiana y la corriente marxista rusa, aunque pasó mucho tiempo hasta tener contactos directos.

Nunca nos hemos caracterizado por defender una especie de «patriotismo» de corriente de la Izquierda Comunista «italiana», como otros «comunistas de izquierda» han hecho. La teoría marxista, también gracias a su notable complejidad, no es tan maleable como para adaptarse a formulaciones de conveniencia o, sobre todo, a concesiones influenciadas por las diversas situaciones que se crean en las relaciones de fuerza entre las clases; mucho menos puede ser reducida a una interpretación «nacional» o «nacionalista». Una es la teoría, una es su orgánica interpretación y aplicación; *una* no en el sentido numérico banal, sino en el sentido de *un todo* con mil facetas pero que no puede ser dividido en partes por derecho propio, como si fuesen autónomas unas de las otras.

Este aspecto de interpretar al marxismo tanto teórica como políticamente de una sola manera y, por consiguiente, tener prácticamente las mismas posiciones fundamentales aun sin tener contactos directos y aun teniendo orígenes históricos y experiencias en situaciones históricas diferentes, explica nuestra tesis de que el comunismo en Italia, con la corriente de izquierda, nació adulto. Como adulto nació en Rusia con los bolcheviques. En efecto, ya desde los artículos de Bordiga, a partir de 1912, emerge la perfecta y sustancial unidad teórica y programática con el bolchevismo de Lenin. Ello no impide que hubiesen divergencias sobre algunas cuestiones tácticas entre las posiciones del bolchevismo de Lenin y las de la Izquierda Comunista de Italia – como por ejemplo la del parlamentarismo –, aun apoyándose en las mismas bases teóricas y programáticas, por fuerza de las diferentes fases históricas en las que las dos corrientes se originaron.

Otra de las demostraciones de que el comunismo en Italia nació adulto, es dada por la posición sobre la constitución de la Internacional Comunista, alineada perfectamente con la de Lenin desde su primera aparición en 1919, y luego se distinguió, a diferencia del espartaquismo de Rosa Luxemburgo, por su vital contribución a la redacción de las 21 condiciones de adhesión a la IC. El comunismo marxis-

ta de la Izquierda comunista de Italia no solo no tuvo ninguna vacilación teórica, sino que, frente a los oportunistas, sostuvo de manera intransigente el principio del partido de clase y su organización centralizada, como instrumento para la conquista del poder y del ejercicio de la dictadura revolucionaria.

Es exactamente en esta única y definida perspectiva histórica que se inserta la actitud marxistamente intachable, tanto de los bolcheviques como de la corriente de izquierda en Italia, respecto a las guerras burguesas de la época imperialista.

Los documentos reportados siguen cronológicamente las fechas sin separarlos entre ambas corrientes, precisamente para evidenciar las idénticas posiciones respecto a la guerra tratadas por ambas mediante la teoría marxista.

Indiscutiblemente, encontramos en Lenin la expresión más completa de las lecciones que el marxismo saca y siempre debe extraer de la historia, en el plano teórico como en el táctico y práctico. Es a Lenin quien le debemos la gran consigna: *transformar la guerra imperialista en guerra civil*, con la que sintetizaba el gran objetivo histórico de la revolución proletaria y comunista. En su opúsculo «El socialismo y la guerra», de julio-agosto de 1915, se condensan todas las posiciones fundamentales, imprescindibles para los marxistas de todos los países, poniendo en primer plano la despiadada crítica al socialchovinismo, causa del hundimiento de la II Internacional, y la necesidad de reconstituir la Internacional proletaria sobre bases marxistas, a través de una lucha incesante contra el oportunismo, que en la época estuvo bien representado por el kautskismo. Incluso en este plano había un natural alineamiento entre la corriente de izquierda del socialismo en Italia y el bolchevismo, y ello permite entre ambas corrientes (a diferencia de lo que caracterizaba a las corrientes de izquierda incluyendo las más importantes, como en Alemania) tener una perfecta línea de posiciones compartidas, de actitudes, batallas políticas y teóricas, sobre cada gran cuestión histórica, teórica, programática y política, como la cuestión de la guerra y el antimilitarismo lo demuestra.

Los documentos recogidos aquí han sido tomados de la *Historia de la izquierda comunista*, vol. I y I bis, y de las Obras Completas de Lenin, vol. 21. Los párrafos de Engels, que abren esta parte del opúsculo, sacados del Anti-Dühring, sobre la *Teoría de la violencia*, tienen como finalidad recordar que toda posición programática y política que toman los comunistas revolucionarios en las diferentes situaciones, hunden – y deben hundir – sus raíces en las bases teóricas fundamentales del marxismo. Separarse de estas bases, atenuar su potencia dialéctica, interpretarla según la óptica de otras ideologías – que no pueden ser más que burguesas – significa ponerse en manos del enemigo de clase del proletariado. ●

A continuación publicamos algunos extractos del Anti-Dühring de Engels derivados de los capítulos dedicados a la Teoría de la violencia, en el cual no solo se reitera que la violencia, y por ende todas las organizaciones de violencia, el ejército por excelencia, descansa en el orden económico existente, y por lo tanto en su desarrollo, sino que el militarismo está vinculado como expresión política y social de las clases dominantes que se modifica, intensificándose y permeando a toda la sociedad, con modificaciones en el orden económico existente y con los intereses de la clase dominante.

Para el señor Dühring, afirma Engels, «la violencia es el mal absoluto, el primer acto de violencia es el pecado original, y toda su exposición es una jeremiada sobre la inoculación del pecado original que aquél acto supuso para toda la historia hasta el día de hoy, sobre el innoble falseamiento de todas las leyes naturales y sociales por aquel poder diabólico: la violencia. El señor Dühring no sabe una palabra de que la violencia desempeña también otro papel en la historia, un papel revolucionario; que, en palabras de Marx, es la comadrona de toda vieja sociedad preñada de otra nueva; que es el instrumento con el cual el movimiento social se impone y rompe formas políticas rígidas y muertas. De todo esto Dühring no dice una sola palabra».

Engels, Anti-Dühring: Teoría de la violencia

II. Teoría de la violencia

El estamento burgués, inicialmente tributario de la nobleza feudal, compuesto de vasallos y siervos de todas clases, conquistó una posición de poder tras otra a lo largo de una lucha constante contra la nobleza, y en los países más desarrollados acabó por tomar el poder en vez de ésta; en Francia lo hizo derrocando directamente a la nobleza; en Inglaterra, aburguesándola progresivamente y asimilándola como encaje ornamental de la burguesía misma. ¿Pero cómo ha podido lograrlo? Únicamente por un cambio en la «situación económica» de tal modo que esa transformación acarrearó, antes o después, espontáneamente o mediante la lucha, una modificación de la situación política. La lucha de la burguesía contra la nobleza feudal es la lucha de la ciudad contra el campo, de la industria contra la propiedad rural, de la economía basada en el intercambio y el dinero contra la economía natural, y las armas decisivas de los burgueses en esa lucha fue su poder *económico* en continuo aumento, por el desarrollo de la industria, que pasaba progresivamente del taller a la manufactura, y mediante la extensión del comercio. Durante toda esta lucha el poder político estuvo a favor de la nobleza, con la excepción de un período en el cual el poder real utilizó a la burguesía contra la nobleza para mantener en jaque a un estamento por medio del otro; pero, a partir del momento en que la burguesía, aún impotente políticamente, empezó a hacerse peligrosa a causa de su creciente poder económico, la monarquía volvió a aliarse con la nobleza y provocó así, primero en Inglaterra y luego en Francia, la revolución de la burguesía. La «situación política» era aún la misma de antes en Francia cuando la «situación económica» la rebasó. Desde el punto de vista político, el noble seguía siéndolo todo mientras que el burgués no era nada; desde el punto de vista social, el burgués constituía ahora la clase más importante del Estado, mientras que la nobleza había perdido todas sus funciones sociales y se limitaba a percibir, bajo forma de rentas, el pago de esas desaparecidas funciones. Pero esto no basta: la población de las ciudades se había quedado encerrada en las formas políticas feudales de la Edad Media, formas antiguas superadas por la producción

burguesa – no ya por la manufacturera, sino también por la artesanal –; la producción quedaba bloqueada en los miles de privilegios gremiales y en los obstáculos aduaneros locales y provinciales convertidos ya en meras molestias y ataduras para la producción.

La revolución de la burguesía terminó con todo esto, pero no adaptando la situación económica a la política, como querría el señor Dühring – pues esto precisamente es lo que durante años intentaron en vano la nobleza y la corona – sino a la inversa, destruyendo el viejo y podrido sistema político y creando condiciones políticas en las cuales la nueva «situación económica» podía existir y desarrollarse.

La revolución de la burguesía puso fin a todo esto. Pero no porque esta, según el principio de Dühring, adaptase la situación de la economía a las condiciones políticas, cosa que, en verdad, nobleza y monarquía lo habían intentado durante años, sino que en su lugar, tiró a un lado la basura política vieja y mohosa y creó las condiciones políticas en las cuales el nuevo «orden económico» podía existir y desarrollarse.

Y en efecto, tan brillantemente se ha desarrollado en esta atmósfera política y jurídica que formó, que la posición de la burguesía no se aparta mucho de la que ocupaba la nobleza en 1789. La burguesía, socialmente, día a día, no solo llega a ser superflua, sino que es un obstáculo para la evolución social; cada vez se aleja más de la actividad productiva y se convierte, como en su tiempo la nobleza, en una clase meramente dedicada a la percepción de rentas; y ha realizado esa revolución en su propia posición, y creó una clase nueva, el proletariado, sin el arte de birlibirloque de la violencia, sino por vías puramente económicas.

Pero hay más. La burguesía no ha querido en modo alguno ese resultado de su propia actividad, sino que, por el contrario, ese resultado se ha impuesto con irresistible poder contra su voluntad y contra sus intenciones; sus propias fuerzas productivas han rebasado el alcance de su dirección y empujan a toda la sociedad burguesa, como con necesidad natural, hacia la ruina o la revolución. Y cuando los burgueses apelan ahora a la violencia y al poder para evitar el hundimiento de la resquebrajada «situación económica», prueban exclusivamente que se encuentran en el mismo engaño que el señor Dühring, creyendo que «la situación política

es la causa decisiva de la situación económica», imaginándose, exactamente igual que el señor Dühring, que con el «elemento primitivo», con «el poder político inmediato», pueden transformar aquellos «hechos de segundo orden», la situación económica y su inevitable desarrollo, y que pueden desterrar sencillamente del mundo los efectos económicos de la máquina de vapor y de toda la moderna maquinaria movida por ella, los del comercio mundial y los del actual desarrollo bancario y crediticio, utilizando precisamente, para esa expulsión, cañones Krupp y fusiles Máuser.

III. Teoría de la violencia (continuación)

(...)

La violencia se llama hoy ejército y marina de guerra, y ambos cuestan, como sabemos para desgracia nuestra, “un montón de dinero”. Pero la violencia no puede producir dinero, sino, a lo sumo, apoderarse del dinero ya hecho, y esto no es de mucha utilidad, como sabemos, también para desgracia nuestra, gracias a los miles de millones de Francia (1). Así, pues, en última instancia el dinero tiene que ser suministrado por la producción económica; el poder aparece también en este caso determinado por la situación económica, que le procura los medios para armarse y mantener sus herramientas. Pero esto no es todo. Nada está en tan estrecha dependencia de las condiciones económicas previas como el ejército y la escuadra. Armamento, composición, organización, táctica y estrategia dependen ante todo de las comunicaciones y del nivel de producción alcanzado en cada momento. Lo que ha obrado radicalmente en este campo no han sido las «libres creaciones de la inteligencia» de geniales jefes militares, sino la invención de armas mejores y la transformación del material del soldado; la influencia de los jefes militares geniales se limita, en el mejor de los casos, a adaptar el modo de combatir a las nuevas armas y a los nuevos combatientes. (...)

La Revolución Francesa completó también en el terreno militar lo que había empezado la americana. A los entrenados ejércitos mercenarios de la coalición, la Revolución Francesa no pudo oponer más que masas poco entrenadas, pero numerosas, la fuerza de toda la nación. (...)

El revolucionario sistema representado por el pueblo en armas quedó pronto limitado a un reclutamiento obligatorio (con el sistema de excepción por dinero para los ricos), y en esta forma fue asimilado por la mayoría de los grandes Estados del continente. Sólo Prusia, con su sistema de ejército territorial, intentó recoger en masa la capacidad combativa del pueblo. Prusia fue además el primer Estado que dotó a toda su infantería – tras el breve papel desempeñado entre 1830 y 1860 por el fusil rayado cargado por la boca del cañón – con el arma más reciente: el fusil rayado y cargado por detrás. A esas dos innovaciones debe sus éxitos en 1866 [en la guerra franco-prusiana, *NdR*]. (...)

La guerra franco-prusiana significó un punto de inflexión de mucha más importancia que todos los anteriores. En primer lugar, las armas se han perfeccionado tanto que ya no es posible un nuevo progreso que tenga una influencia verdaderamente revolucionaria. Cuando se tienen cañones con los que se puede acertar a un

batallón en cuanto lo distingue la vista, y fusiles que hacen lo mismo con los individuos como objetivos, y cuya carga cuesta menos tiempo que el apuntar, todos los demás progresos son más o menos indiferentes para el combate en el campo de batalla. La era de la evolución está, pues, por este lado, concluida en lo esencial. Mas, por otra parte, esta guerra ha obligado a todos los grandes Estados continentales a introducir en sus países la versión radical del sistema prusiano del ejército territorial y, con él, una carga militar que les hará necesariamente hundirse en pocos años.

El ejército se ha convertido en finalidad principal del Estado, ha llegado a ser un fin en sí mismo; los pueblos no existen ya más que para suministrar y alimentar soldados. El militarismo domina y se traga a Europa. Pero este militarismo lleva en sí el germen de su destrucción.

La concurrencia de los diversos Estados entre sí los obliga, de una parte, a gastar cada año más dinero en el ejército, la escuadra, la artillería, etc., es decir, a acelerar cada vez más la catástrofe financiera; y, por otra parte, a llevar a cabo cada vez más en serio el servicio militar obligatorio, y, con ello, a familiarizar al pueblo entero con el uso de las armas, a capacitarlo para imponer en un momento determinado su voluntad contra la soberanía del mando militar. Y ese momento llega cuando la masa del pueblo – trabajadores y campesinos – tiene una voluntad. En ese momento el ejército de los príncipes se transforma en ejército del pueblo; la máquina se niega a seguir sirviendo y el militarismo sucumbe por la dialéctica de su propio desarrollo. Lo que no consiguió la democracia burguesa de 1848, precisamente porque era *burguesa* y no proletaria – la tarea de dar a las masas trabajadoras una voluntad cuyo contenido corresponde a su situación de clase – se realizará infaliblemente por el socialismo. Y ello significa la destrucción del militarismo y, con él, la de todos los ejércitos permanentes por una explosión *desde el interior*.

(...)

(1) Las condiciones del tratado de paz: después de la guerra de 1870-71, en los años 1871-73, Francia debía reembolsar a Alemania, como gastos de guerra, 5 millardos de francos.

(2) Este sistema disponía del llamado de los reclutas despedidos más ancianos. En la guerra franco-prusiana de 1870-71 la primera unidad de la Landwehr fue empleada en combate al lado del ejército permanente.

LEE EL PROLETARIO
Órgano del Partido
Comunista Internacional

**¡SOSTENED Y DIFUNDID
LA PRENSA DEL PARTIDO!**

Hacia la primera guerra mundial

Como *Premisa* a la publicación de los documentos contra la guerra burguesa de la Internacional Socialista antes del estallido de la primera guerra mundial, tomamos los párrafos del capitulillo dedicado a la *primera guerra mundial* del volumen I de nuestra «*Historia de la Izquierda comunista*» (pp. 85-88):

«Si, en Italia, la animada lucha contra la guerra libia de 1911 había constituido una óptima prueba para las fuerzas proletarias, que ya tenían una tradición de batalla contra las hazañas etíopes de finales del siglo XIX y las gestas coloniales en todo el mundo, en la primera década del siglo XX en todo el cuadro mundial se preparaba a varias manifestaciones que cierran el periodo idílico de los últimos decadas del precedente. Entre estas se encontraban las divergencias debidas a la expansión en el Mediterráneo occidental, arregladas momentaneamente con la conferencia de Algeciras, más no pocos periodos de tensiones entre Gran Bretaña y Rusia en divergencia en el Medio Oriente y en Asia, aparte la sangrienta guerra ruso-japonesa de 1905, lo que provocó la primera revolución rusa. El ataque de Italia a Turquía provocó la ruptura de aquel equilibrio balcánico tejido laboriosamente en el Congreso de Berlín después de la guerra turco-rusa de 1878, y allí estallan las dos guerras balcánicas de 1912: la coalición de Estados sometidos contra la Turquía feudal, que fue vencida, y luego la nueva guerra entre los vencedores para arrancarle a Bulgaria su parte del león.

«La emoción provocada por todos estos conflictos mantuvo en vilo la política exterior de las famosas ‘Grandes Potencias’, divididas entre dos alianzas: La *Doble* (alianza, ndr), franco-rusa, y la *Triple* entre Alemania, Austria e Italia.

«Eran muy complejos los contrastes de intereses entre las diversas potencias, incluso entre las aliadas, cuya base residía en la conquista de mercados y en la difícil repartición de las esferas de influencia colonial, a cuya vanguardia se encontraban Gran Bretaña y Francia. Inglaterra siempre se jactó de estar fuera de las alianzas entre los Estados del continente, en el famoso ‘espléndido aislamiento’, pero durante varios años, habiendo cerrado el eco de las disputas más antiguas, especialmente las africanas, se vinculó a Francia en la «Entente cordiale». A comienzos del siglo XX, Italia, si bien estaba ligada por el tratado de la Triple a los Imperios Centrales, había mostrado con la Entente una extraña simpatía, y esta espléndida política externa predilecta de los partidos populares y masónicos era presentada a los lectores ingenuos (¿acaso valen tal vez más los actuales?) de la gran prensa como ‘pasos de vals’, permitidos incluso a las damas que todavía no están tentadas en ponerle cuernos al marido.

«La pesadilla de una guerra, que no podía ser sino general, era obvia, y también lo era para los socialistas de los distintos países. El congreso de Basilea de 1912 (noviembre) lanzó el memorable manifiesto contra la guerra teniendo por motivo el estallido de la balcánica, que en especial tenían Austria y Rusia siempre en pie de guerra. Los principios establecidos en Stuttgart no necesitaban siquiera expresar ‘la prohibición que los socialistas apoyasen la guerra nacional’, pero que invitaban a la clase obrera y las secciones de la Internacional a realizar todo esfuerzo por impedir el estallido del conflicto y, en el caso de que estalle, a actuar para detenerla, ‘aprovechando la crisis económica y política creada por la guerra, agitando en los estratos populares más profundos y precipitar la caída de la dominación capitalista’. Aquí la noción de la toma del poder político es clarísima, aun cuando la formulación doctrinal podría ser mejor. No se puede derrumbar el sistema social capitalista sin destruir la dominación política de la burguesía; y esto es verdad en tiempos de paz. El tiempo de guerra no solo acepta, sino que además presenta las mejores condiciones para tratar de llegar a tal resultado revolucionario.

«Los mismos conceptos habían sido recalcados no solo en el ya recordado congreso de 1912, sino también en el de Copenhage de 1910. Lenin, en 1915, subrayó que el Manifiesto de Basilea había indicado dos ejemplos históricos explícitos: la Comuna de París de 1871 y la revolución rusa de 1905, en los cuales, aprovechando las ruinas de los Estados nacionales en la guerra, el proletariado había recurrido a la guerra civil tomando las armas, y en el primer caso conquistando el poder (noción histórica del *derrotismo* proletario). En las mociones de los congresos mundiales de la Segunda Internacional nunca pudo prevalecer la insidiosa fórmula de la derecha – condenada para siempre en los escritos de Lenin como revisionista y oportunista – a saber, que la acción de los partidos socialistas en los países en guerra debía ser limitada a la insulsa condición de simultaneidad de los dos lados del frente bélico.

«Si retornamos por un momento al Partido socialista italiano, debemos repetir la constatación negativa que, pese a la larga lucha de la corriente revolucionaria para prevalecer sobre la derecha, nunca se llegó a una formulación completa de la táctica del partido. En materia de antimilitarismo, tales cuestiones siempre habían sido agitadas, en los años precedentes, por anarquistas y sindicalistas sorelianos con orientación de falso extremismo, como el rechazo personal a la obediencia, la objeción de conciencia y similares, ni el trabajo del movimiento juvenil socialista había sido perfecto, aunque antes supo cómo mantenerlo alejado de los libertarios y combatir el reformismo cuando aún dominaba en el partido.

«El drama de Europa fue signado por unos cuantos tiros de revolver que disparó en Sarajevo, capital de Bosnia, provincia eslava bajo la dominación austro-húngara, el joven Prinzip, el 28 de junio de 1914, asesinando al archiduque Francisco Ferdinando, príncipe heredero del Imperio.

«El gobierno austríaco atribuyó el acto a una conspiración serbia favorecida por el gobierno de Belgrado y la dinastía Karageorgevic, y después de agitadas semanas de luto notificó, el 23 de julio, un *ultimátum* a Serbia que imponía durísimas condiciones. Algunas de ellas fueron rechazadas epistolarmente, y la situación, pese al arbitraje, se torna gravísima. Quien rompe la tardanza es el zar Nicolás de Rusia que, en apoyo a Serbia, amenazada de invasión, ordena la movilización general del 30 de julio; el 31 el Kaiser sigue su ejemplo, y el 1°

de agosto declara la guerra a Rusia; también el 1° de agosto se moviliza Austria-Hungría, y las vanguardias de sus ejércitos cruzan el Danubio. Dondequiera que las tropas obedecieran, los reservistas se presentaban, partían y combatían. Una sensación helada se cernía sobre Europa. El 3 de agosto, Alemania declaraba la guerra a Francia y conmina a Bélgica a dejar pasar por su territorio a sus tropas. Bélgica se movilizó para defenderse. El 4 de agosto es el día que quedará en la historia: Gran Bretaña declara la guerra porque el tratado que garantizaba la neutralidad de la «pequeña Bélgica» había sido violado. En sus pasos hipócritas por la paz que hace pocas horas, Londres declaraba en público y en el secreto diplomático que no se hubiese movido: si hubiera anunciado abiertamente su movilización, tal vez los otros hubieran tardado en dar los primeros pasos irrevocables. Para nosotros la lección de la historia es que, para que la guerra estalle, no hacen falta «provocadores». Pero si se deseara identificarlos habría que buscarlos entre los «pacifistas». Hoy las cosas no son más diferentes que antes, ni las cosas cambiaron en la tarde de verano del otro maldito año: 1939.

«Tanto en uno como en el otro verano, nosotros, observadores italianos no fuimos sorprendidos en las horas de los telegramas de movilización, sino que fuimos invitados a una ventana de la cual se observe el incendio. ¡Qué aventura! ¡Y qué lecciones hemos podido aprender!»

Siguen los diversos documentos, partiendo de la *Moción sobre el militarismo y los conflictos entre las naciones* en el congreso de Stuttgart (1907) y el *Manifiesto que declara la guerra a la guerra* del Congreso de Basilea, (1912). ●

Internacional Socialista, Congreso de Stuttgart, agosto de 1907

A propósito de la moción sobre el militarismo de la II Internacional a la conclusión del congreso de Stuttgart, Lenin escribe lo siguiente (1):

«El congreso recién concluido en Stuttgart ha sido el duodécimo de la Internacional proletaria. Los cinco primeros datan de la época de la Primera Internacional (1866-1872), que dirigió Marx, procurando, según la atinada expresión de Bebel, formar desde arriba la unidad internacional del proletariado en lucha. Este intento no podía llegar a feliz término mientras no se cohesionaran y robustecieran los partidos socialistas nacionales; pero la actividad de la Primera Internacional prestó grandes servicios al movimiento obrero de todos los países y ha dejado huellas indelebles.»

«La Segunda Internacional empezó en el Congreso Socialista Internacional de París en 1889. En los siguientes congresos, celebrados en Bruselas (1891), Zúrich (1893), Londres (1896), París (1900) y Amsterdam (1904), esta nueva Internacional apoyada en vigorosos partidos nacionales se afianzó definitivamente. Al de Stuttgart han asistido 884 delegados de 25 pueblos de Europa, Asia (el Japón y parte de la India), América, Australia y África (un delegado de Sudáfrica).»

«El gran alcance del Congreso Socialista Internacional de Stuttgart estriba precisamente en que ha implicado un fortalecimiento definitivo de la Segunda Internacional y la transformación de los congresos internacionales en asambleas prácticas que ejercen la mayor influencia en el carácter y orientación de la actividad socialista en todo el orbe. Formalmente, los acuerdos de los congresos internacionales no son obligatorios para cada país por separado; mas su importancia moral es tanta que, el no cumplirlos de hecho, es una excepción acaso más rara que el incumplimiento por algunos partidos de los acuerdos de sus propios congresos.»

En este congreso fueron afrontadas diversas cuestiones centrales para el movimiento socialista internacional contra la cuestión colonial (en la que la tendencia oportunista fue derrotada), la cuestión de las relaciones

entre partido y sindicato (en la cual la posición de los precedentes congresos a favor de la «neutralidad» de los sindicatos fue derrotada a favor de un acercamiento más estricto entre los sindicatos y el partido), la cuestión de la emigración y la inmigración (en la que la posición de limitar el derecho a desplazarse de los obreros atrasados de los países poco evolucionados fue derrotada y fue aprobado el reconocimiento de la lucha de clase solidaria de los obreros de todos los países), la cuestión del derecho al voto femenino (en la que la posición de aquellos que sostenían la limitación del voto solo a las mujeres de los propietarios, y la que justificaba solo por conveniencia inmediata el voto solo masculino, fueron batidas y fue aprobada la reivindicación del derecho de voto para las mujeres), y, la cuestión que interesaba mayormente a todos los participantes, la del militarismo. Y aquí citamos nuevamente a Lenin:

«El tristemente célebre Hervé ha defendido un punto de vista inconsistente en grado sumo al no haber sabido ligar las guerras con el sistema capitalista en general y la agitación antimilitarista con toda la labor del socialismo. El proyecto de Hervé de ‘responder’ a cualquier guerra con la huelga y la insurrección ha revelado una incompreensión completa de que el empleo de uno u otro medio de lucha había sido violado no depende de la decisión previa de los revolucionarios, sino de las condiciones objetivas de la crisis, tanto económica como política, que la guerra arrastrará consigo.» Habiendo rechazado el herveísmo, el congreso pasó a la resolución más importante y relevante sobre el antimilitarismo – que reproducimos más abajo – de la cual emerge, como subraya Lenin, la «clara consciencia del carácter ineluctable de la revolución social, la firme decisión de luchar hasta el fin, la preparación al empleo de los más revolucionarios medios de lucha: este es el significado de la resolución del Congreso internacional socialista de Stutt-

(1) Véase Lenin, *Congreso Internacional Socialista de Stuttgart*, septiembre de 1907, segundo artículo sobre el Congreso de Stuttgart, en *Trabajos*, vol. 13, Editori Riuniti, Roma 1965, pp. 75-83

*

Moción sobre el militarismo y los conflictos entre naciones

El Congreso confirma las resoluciones de los precedentes Congresos internacionales sobre la acción contra el militarismo, y recuerda que la acción contra el militarismo no puede separarse del conjunto de la acción contra el capitalismo.

Las guerras entre los Estados capitalistas son, en general, la consecuencia de su competencia en el mercado mundial, ya que cada Estado no solo tiende a asegurar sus inversiones, sino a adquirir nuevas, principalmente esclavizando a otros pueblos y confiscando sus tierras.

Estas guerras son el resultado de la competencia incesante provocada por los armamentos del militarismo, que es uno de los principales instrumentos de la dominación de la burguesía y de la esclavitud económica y política de la clase obrera.

Las guerras son favorecidas por los prejuicios nacionalistas que se cultivan sistemáticamente en interés de las clases dominantes para desviar a la masa proletaria de sus deberes de clase y sus deberes de solidaridad internacional.

Por lo tanto, son parte de la esencia misma del capitalismo y solo cesarán con la supresión del sistema capitalista, o cuando la magnitud de los sacrificios de los hombres y el dinero, como lo exige el desarrollo de la técnica militar y la revuelta provocada por los armamentos, haya llevado a la gente a renunciar a tal sistema.

La clase obrera, adonde los combatientes son preferiblemente reclutados y que deben soportar principalmente los sacrificios materiales, es adversaria natural de las guerras porque están en contradicción con el objetivo que persigue: la creación de un nuevo orden económico, basado en la concepción socialista destinado a traducir en realidad la solidaridad de los pueblos.

Por ello el Congreso considera que es un deber de todos los trabajadores y de sus representantes en los parlamentos combatir con todas sus fuerzas a los ejércitos de tierra y de mar, señalando el carácter de la clase de la sociedad burguesa y los móviles que imponen el mantenimiento de antagonismos nacionales; de rechazar todo apoyo pecuniario a la política de guerra, así como de esforzarse por que la juventud proletaria sea educada entre los pueblos, despertando sistemáticamente su conciencia de clase.

El congreso ve en la organización democrática de un sistema de milicias, destinado a reemplazar a los ejércitos permanentes, una garantía real que haga imposible las guerras agresivas y facilite la desaparición de los antagonismos nacionales.

La Internacional no puede encerrar la acción necesariamente variada en formulaciones rígidas, de acuerdo con los tiempos y ambientes de los diferentes partidos nacionales; pero tiene el deber de intensificar y coordinar lo más posible los esfuerzos de la clase obre-

ra contra el militarismo y la guerra.

De hecho, desde el Congreso Internacional de Bruselas en adelante, el proletariado, mientras continúa su incesante lucha contra el militarismo, al rechazar los gastos militares y navales, con el esfuerzo de democratizar el ejército, ha echado mano con un vigor y una eficacia crecientes de los más diversos medios para prevenir las guerras y ponerles fin, o hacer que los destrozos causados en todos los estratos sociales, sirvan para la emancipación de la clase obrera. Así, el entendimiento logrado por las tradeuniones británicas y los sindicatos obreros franceses, después de la crisis de Fascioda, asegurando la paz y restableciendo las buenas relaciones entre Francia e Inglaterra; la acción del Partido Socialista en el Parlamento francés y alemán sobre la crisis marroquí, las manifestaciones populares organizadas por los socialistas de Francia y Alemania; la acción concertada de los socialistas austriacos y los socialistas italianos reunidos en Trieste para evitar un conflicto entre los dos Estados; la vigorosa intervención de la clase obrera de Suecia para prevenir un ataque contra Noruega; finalmente, los heroicos sacrificios y los combates de masa de los socialistas, obreros y campesinos de Rusia y Polonia para impedir la guerra desatada por el zarismo y ponerle fin y hacer surgir de la crisis la libertad de los pueblos de Rusia y del proletariado. Todos estos esfuerzos son testigos del creciente poder de la clase obrera y su creciente preocupación por mantener la paz interviniendo energicamente.

La acción de la clase obrera será tanto más efectiva cuanto la continua propaganda habrá preparado los ánimos para un esfuerzo vigoroso, y la acción de los diferentes partidos nacionales será más fuertemente estimulada y coordinada por la Internacional.

Además, el Congreso está convencido de que, bajo la presión del proletariado, el arbitraje internacional practicado seriamente reemplazará todas las disputas, los lamentables intentos de los gobiernos burgueses y que de esta manera el beneficio del desarme general que permitirá a los pueblos estar seguros de aplicarlos al progreso de la civilización, la enorme riqueza de energía y dinero devorada por los armamentos y las guerras.

RESOLUCIÓN

El Congreso declara:

Si una guerra amenazara con estallar, es un deber de la clase obrera en los países afectados, y de sus representantes en los parlamentos, con la ayuda del Buró Internacional, fuerza de acción de coordinación, el de hacer todos sus esfuerzos por impedir la guerra, por todos los medios que les parezca mejores y más apropiados y que, naturalmente, varían según lo agudo de la lucha de clases y la situación política general.

No obstante, en el caso de que la guerra estallara,

tienen el deber de interponerse para que cese inmediatamente y de utilizar con todas sus fuerzas, la crisis económicas y políticas creadas por la guerra para agitar a las capas populares más amplias y precipitar la caída de la dominación capitalista.

La Internacional ha formulado en sus Congresos en Stuttgart y Copenhague las formas de actuar del prole-

tariado de todos los países para la lucha contra la guerra [Ver la resolución anterior]. ●

[Texto tomado de: «Documentos de la revolución», No. 10, «De la Segunda a la Tercera Internacional», Società Editrice Avanti, Milán 1920 (Reimpresión Feltrinelli, 1970, págs. 20-22)

*

Internacional Socialista, Congreso de Basilea, noviembre de 1912

En el Congreso Extraordinario de Basilea, la Internacional Socialista solo reitera lo que ya había establecido en el Congreso de Stuttgart sobre la actitud que los partidos socialistas nacionales debían tener frente a la amenaza de la guerra mundial y, por lo tanto, con respecto al militarismo. Lenin, en su folleto "Socialismo y guerra", escrito en julio-agosto de 1915, y antes de la conferencia de Zimmerwald, recuerda el manifiesto de Basilea:

«El manifiesto sobre la guerra, aprobado por unanimidad en Basilea en 1912, se refiere precisamente a la guerra entre Inglaterra y Alemania, con sus aliados actuales, que luego estalló en 1914. El manifiesto declara abiertamente que ningún interés popular puede justificar una guerra semejante, que se libra en aras de los 'beneficios de los capitalistas y por conveniencias dinásticas', sobre la base de la política imperialista, expoliadora, de las grandes potencias. El manifiesto declara en forma expresa que la guerra es peligrosa 'para los gobiernos' (para todos sin excepción), hace notar que sienten el temor a la 'revolución proletaria' y señala con toda precisión el ejemplo de la Comuna de 1871 y el de octubre-diciembre de 1905 (ruso, ndr), es decir, el ejemplo de la revolución y de la guerra civil. Así, pues, el manifiesto de Basilea establecía, justamente para la guerra actual, la táctica de la lucha revolucionaria de los trabajadores contra sus gobiernos a escala internacional, la táctica de la revolución proletaria. El manifiesto de Basilea repite las palabras de la resolución de Stuttgart de que en caso de estallar la guerra, los socialistas deben aprovechar la 'crisis económica y política' creada por ella para 'precipitar el hundimiento del capitalismo', es decir, aprovechar en beneficio de la revolución socialista las dificultades que la guerra causa a los gobiernos, así como la indignación de las masas.

«La política de los socialchovinistas, la justificación que hacen de la guerra con argumentos de 'libertad' burguesa, la admisión de la 'defensa de la patria', la votación de los créditos, la participación en los ministerios, etc., etc., es una abierta traición al socialismo que solo se explica, como veremos más adelante, con la victoria del oportunismo y de la política obrera nacional-liberal en el seno de la mayoría de los partidos europeos»(1).

Vale la pena recordar en esta ocasión la respuesta dada por Lenin a la pregunta: ¿qué es el socialchovinismo?

«El socialchovinismo consiste en apoyar la idea de 'defender la patria' en la guerra actual. Además, de esta idea se deriva la renuncia a la lucha de clases en tiempos de guerra, la aprobación de créditos de guerra, etc. En realidad, los socialchovinistas conducen políticas antiproletarias burguesas, porque en realidad no reclaman la 'defensa de la patria' en el sentido de una

lucha contra la opresión extranjera, sino el 'derecho' de ciertas 'grandes' potencias de saquear colonias y oprimir pueblos extranjeros. Los socialchovinistas renuevan el engaño burgués contra el pueblo, como si la guerra se hiciera por la defensa de la libertad y por la existencia de naciones, y así pasan al lado de la burguesía contra el proletariado. Se debe contar entre los socialchovinistas, tanto aquellos que justifican y favorecen a los gobiernos y la burguesía de uno de los grupos de poderes beligerantes, y aquellos que, como Kautsky, reconocen a los socialistas de todas las potencias beligerantes el mismo derecho a "defender la patria". El chovinismo social, que en realidad representa la defensa de los privilegios, el dominio, el saqueo, la violencia de la burguesía imperialista 'adecuada' (o en general), constituye la traición completa de todas las convicciones socialistas y las decisiones del Congreso Internacional Socialista de Basilea ".

No sorprende que el mismo Lenin, en el Prólogo a las ediciones francesa y alemana de su libro "Imperialismo, fase suprema del capitalismo", quiera subrayar la gran importancia del Manifiesto de Basilea contra la amenaza de guerra y la vergonzosa traición de la mayoría de los partidos de la II Internacional cuando efectivamente estalló la guerra:

«El Manifiesto de Basilea de la II Internacional, que formuló un juicio en 1912 sobre el carácter de la guerra que luego estalló en 1914, y no sobre la guerra en general (guerras de diferentes tipos e incluso revolucionarias), permanecerá como el monumento que revela todo el vergonzoso fracaso, todo el delito de los héroes de la II Internacional. Repito esto en el apéndice de esta edición y les recuerdo una vez más a los lectores que los héroes de la II Internacional ignoran cuidadosamente todos los pasajes del manifiesto donde se encuentran de manera clara, precisa, inequívoca, la conexión entre la guerra inminente y la revolución proletaria, con el mismo cuidado con que los ladrones evitan el lugar en el que han cometido el robo» (2). ●

(1) Cfr. Lenin, Socialismo y Guerra, en Obras, vol. 21, Ed. Riuniti, Roma 1966, pág. 281. La otra cita está en la p. 280.

Ver el Prefacio a las ediciones francesa y alemana de "Imperialismo, fase suprema del capitalismo", el 6 de julio de 1920, extrañamente no incluido en las Obras completas de United Editors; pero rastreable en los escritos de Lenin bajo el título *El fracaso de la II Internacional y la lucha por la III Internacional*, en *La guerra imperialista*, Roma, Ed. Rinascita, 1950.

Manifiesto sobre la guerra

Los 555 delegados de la Internacional Socialista reunidos en el Congreso Extraordinario en Basilea el 24 y 25 de noviembre de 1912, alemanes, ingleses, austríacos, belgas, búlgaros, españoles, franceses, holandeses, italianos, polacos, rusos, escandinavos, suizos y checos, unidos en un pensamiento común, votaron por unanimidad el siguiente manifiesto, declarando *la guerra a la guerra*:

Más que nunca, los acontecimientos requieren que el proletariado internacional dé a su acción concertada todo el vigor y toda la energía posibles: por un lado, la locura universal de los armamentos, que agrava el costo de la vida, ha exacerbado los antagonismos de clase y ha creado un malestar intolerable en la clase obrera. Esta quiere acabar con este régimen de pánico y derroche; por otro lado, las amenazas de guerra que vuelven periódicamente son cada vez más repugnantes; los grandes pueblos europeos están constantemente a punto de lanzarse unos contra otros, sin que se pueda encubrir estos ataques contra la humanidad y contra la razón con el más mínimo pretexto de interés nacional.

La crisis en los Balcanes, que ya ha causado tantos desastres, al generalizarse se convertiría en el peligro más aterrador para la civilización y para el proletariado.

Sería al mismo tiempo uno de los mayores escándalos de la historia, debido a la desproporción entre la inmensidad de la catástrofe y la frivolidad de los intereses que se invocan.

Con alegría el Congreso toma nota de la total unanimidad de los partidos socialistas y sindicatos de todos los países en la guerra contra la guerra.

En todas partes, simultáneamente los proletarios se han rebelado contra el imperialismo. Cada sección de la Internacional ha opuesto la resistencia del proletariado al gobierno de su país, y ha puesto en movimiento a la opinión pública de su nación contra las fantasías guerreras. Así, se ha afirmado una cooperación grandiosa de los trabajadores de todos los países, que ya ha contribuido enormemente a salvar la paz del mundo amenazada. El temor de las clases dirigentes, ante una revolución proletaria que seguiría luego de una guerra universal, ha sido una garantía esencial para la paz.

El Congreso pide a los partidos socialistas que continúen vigorosamente su acción por todos los medios apropiados. Para esta acción conjunta asigna a cada Partido Socialista su tarea especial.

Los socialistas balcánicos tendrán que oponerse a la renovación de antiguas enemistades. Los partidos socialistas de la península balcánica tienen una tarea muy seria. Las grandes potencias de Europa han contribuido a crear en Turquía, al retrasar sistemáticamente todas las reformas, un desorden económico y político y una sobreexcitación de las pasiones nacionales que necesariamente deben llevar a la revuelta y a la guerra contra la explotación de este estado de cosas por parte de las dinastías de las clases burguesas.

Los socialistas de los Balcanes han presentado con valentía heroica las reivindicaciones de una federación democrática. El Congreso les pide que per-

severen en su maravillosa actitud. Este toma en cuenta que la democracia socialista de los Balcanes pondrá todo en práctica después de la guerra, para evitar que los resultados logrados al precio de tan terribles sacrificios sean confiscados y desviados por las dinastías, por el militarismo, hacia una burguesía balcánica sedienta de expandirse.

El Congreso exige, especialmente a los socialistas de los Balcanes, que se opongan vigorosamente, no solo a la renovación de antiguas enemistades entre serbios, búlgaros, rumanos y griegos, sino a cualquier opresión de los pueblos balcánicos que se encuentran en este momento en otro campo: los turcos y los albaneses.

Los socialistas balcánicos tienen el deber de combatir toda violencia contra los derechos de esos pueblos y afirmar, por encima de todo chovinismo y pasiones nacionales desatadas, la fraternidad de todos los pueblos de los Balcanes, incluidos los albaneses, los turcos y los rumanos.

Los socialistas de Austria-Hungría, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina tienen el deber de continuar con toda su fuerza su oposición enérgica a cualquier ataque de la monarquía del Danubio contra Serbia.

Tienen el deber de resistir, como lo han hecho hasta ahora, a la política que tiende a despojar a Serbia, con la fuerza de sus armas, de los resultados de su esfuerzo por transformarse en una colonia austríaca y, para los intereses dinásticos, involucrar a los pueblos de Austria-Hungría, y con ellos todas las naciones de Europa, en los peligros más graves.

Los socialistas de Austria-Hungría también deben luchar en el futuro porque las fracciones de los pueblos eslavos del sur, ahora dominados por las castas de los Habsburgo, obtengan dentro de la misma monarquía austro-húngara, el derecho a gobernarse democráticamente.

Los socialistas austro-húngaros, como los socialistas italianos, prestarán especial atención a la cuestión albanesa. El Congreso reconoce el derecho del pueblo albanés a la autonomía, pero no pretende que, bajo el pretexto de la autonomía, Albania sea sacrificada a las ambiciones austro-húngaras e italianas.

El Congreso ve allí, no solo un peligro para Albania, sino también en un tiempo más lejano, una amenaza a la paz entre Austria e Italia. Solo como miembro autónomo de una federación democrática de los Balcanes, Albania puede verdaderamente llevar una vida independiente.

Por lo tanto, el Congreso pide a los socialistas de Austria-Hungría e Italia que luchen contra cualquier intento de sus gobiernos de envolver a Albania en su esfera de influencia. Les pidió que continuaran sus esfuerzos por asegurar resultados pacíficos entre Austria-Hungría e Italia.

Con gran alegría, el Congreso saluda las huelgas de protesta de los trabajadores rusos, al ver una prueba de que el proletariado de Rusia y Polonia comienza a recuperarse de los golpes que la contrarrevolución zarista les ha propinado.

El Congreso ve en esta acción de los trabajadores la

más fuerte garantía contra las intrigas criminales del zarismo que, después de haber aplastado en la sangre a los pueblos de los Balcanes que él mismo había entregado a sus enemigos, ahora vacila entre el temor de las consecuencias que una guerra podría tener para él, y el miedo a un movimiento nacionalista que él mismo creó.

Por lo tanto, ahora cuando el zarismo busca aparecer como un liberador de las naciones de los Balcanes, lo hace solo para recuperar su preponderancia en los Balcanes bajo un pretexto hipócrita y una herida sangrienta.

El Congreso toma en cuenta que la clase obrera urbana y rural de Rusia, Finlandia y Polonia, haciendo uso de su fuerza creciente, rasgará ese velo de mentiras, se opondrá a cualquier aventura bélica del zarismo, a cualquier negocio tanto en Albania como en Constantinopla, y concentrará todas sus fuerzas en una nueva lucha de liberación contra el despotismo zarista.

El zarismo es la esperanza de todas las potencias reaccionarias de Europa, el enemigo más terrible de la democracia europea, ya que es el enemigo más terrible del pueblo ruso. La Internacional considera que una de sus principales tareas es la de provocar su caída.

Pero la tarea más importante en la acción internacional recae sobre los trabajadores de Alemania, Francia e Inglaterra.

En este momento, los trabajadores de estos países deben exigir a sus gobiernos que rechacen toda ayuda a Austria-Hungría y Rusia, que se abstengan de meterse en los problemas de los Balcanes y que mantengan una neutralidad absoluta. Si entre los tres grandes países que lideran la civilización humana, estallara una guerra debido a una controversia serbo-austriaca sobre un puerto, sería una locura criminal. Los trabajadores alemanes y franceses no ven por ningún lado que los tratados secretos puedan obligarlos a entrar en el conflicto balcánico.

Si la derrota militar de Turquía destruyera después al poder otomano en Asia Menor, es deber de los socialistas de Inglaterra, Francia y Alemania oponerse enérgicamente a una política de conquista en Asia Menor, lo que llevaría directo hacia una guerra universal.

El Congreso considera que la hostilidad artificial entre Gran Bretaña y el Imperio alemán es el mayor peligro para la paz de Europa.

Acoge con satisfacción los esfuerzos de la clase obrera de los dos países para mitigar este antagonismo, y considera que la mejor manera de alcanzar este objetivo es concluir un acuerdo sobre la limitación de armamentos navales y abolir el derecho de incautación marítima.

El Congreso confía en la propaganda de los socialistas británicos y alemanes para lograr este acuerdo, la cancelación de los antagonismos entre Alemania, por un lado, y Francia e Inglaterra, por otro, evitarían el mayor peligro para la paz mundial.

Ello rompería el poder del zarismo que explota este antagonismo, haría imposible cualquier ataque austriaco contra Serbia y garantizaría la paz universal: todos los esfuerzos de la Internacional deben tender hacia este propósito.

El Congreso constata que toda la Internacional Socialista está unida en estas ideas esenciales de política exterior.

Pide a los trabajadores de todos los países que se opongan al imperialismo capitalista por medio de la fuerza de la solidaridad internacional del proletariado; y advierte a las clases dominantes de todos los países que no aumenten la miseria infligida a las masas por el modo capitalista de producción mediante la guerra. Esta petición exige paz.

Los gobiernos saben bien que, en el estado actual de Europa, y con la disposición de ánimo de la clase trabajadora, no podrían comenzar la guerra sin peligro para ellos mismos.

Recordemos que la guerra franco-alemana causó la explosión revolucionaria de la Comuna, que la guerra ruso-japonesa puso en movimiento las fuerzas revolucionarias de los pueblos de Rusia. Recordemos que el malestar causado por el aumento de los gastos militares y navales ha dado a los conflictos sociales en Inglaterra y en el continente una agudeza poco habitual y ha desencadenado huelgas formidables.

Sería una locura si no sintieran que la mera idea de una guerra monstruosa aumentaría la indignación y la ira del proletariado de todos los países.

Los trabajadores consideran que es un crimen tirarse mutuamente en beneficio de los capitalistas, por el orgullo de las dinastías o por los acuerdos de los tratados secretos.

Si los Gobiernos, al suprimir cualquier posibilidad de evolución regular, ponen al proletariado de toda Europa en condiciones de tomar decisiones desesperadas, tendrán que acarrear con toda la responsabilidad de la crisis que han causado.

La Internacional redoblará sus esfuerzos para prevenir la guerra con la propaganda más intensa, con su protesta cada vez más fuerte.

Por lo tanto, el Congreso le da al Buró Socialista Internacional la tarea de seguir los eventos con mucha más atención y concordar, suceda lo que suceda, las comunicaciones y contactos entre los partidos proletarios de todos los países.

El proletariado es consciente de que, en esta hora, todo el futuro de la humanidad descansa sobre él, y utilizará toda su energía para evitar la aniquilación de la flor de todos los pueblos amenazados por todos los horrores de enormes masacres, por el hambre y la peste.

El Congreso os llama a todos, proletarios socialistas de todos los países, porque en esta hora decisiva, hagan oír sus voces y afirmen su voluntad en todas las formas y en todas partes.

Con todas sus fuerzas, levanten su protesta unánime en los parlamentos, únense en manifestaciones y acciones de masa; hagan uso de todos los medios que la organización y la fuerza del proletariado ponen en sus manos, para que los gobiernos sientan continuamente ante ellos la voluntad alerta y activa de una clase trabajadora decidida por la paz.

Que las masas del mundo proletario de paz en la unión de los pueblos, se opongan de esta manera al mundo capitalista de la explotación y la masacre. ●

[De: "Documentos de la revolución", n. 10, "De la Segunda a la Tercera Internacional", Forward Publishing Company, Milán 1920 (Reimpresión Feltrinelli, 1970, pp. 23-26)].

A continuación publicamos un interesante artículo de «La Voce» del 8 de diciembre de 1912 (tomado del sitio n+1.org) que resume todo cuanto fue proclamado en el Congreso de Basilea, haciendo suyos los pasajes principales.

Sobre el II Congreso Internacional Socialista en Basilea

En más de medio siglo, los trabajadores de todo el mundo han establecido una asociación revolucionaria grandiosa: la Internacional Socialista.

Nacida como una declaración audaz de unos cuantos idealistas, ahora se ha convertido en una fuerza viva en la historia. Los gobiernos burgueses que dominan el mundo tienen ahora con quién arreglar cuentas.

Esta vasta federación de partidos socialistas de varios países, incluido nuestro Partido Socialista Italiano, se propone abiertamente, como objetivo final, poner fin al régimen capitalista actual, que explota con sangre a las masas que trabajan. A través de la lucha de clase se propone hacer un solo organismo de todos los proletarios del mundo para dar el asalto final a los capitalistas, a fin de expropiarles por la fuerza todo lo que poseen y han acumulado mediante la explotación de los trabajadores.

Se propone quitar a la burguesía la propiedad de los talleres, fábricas, terrenos, edificios para hacerlas propiedad común, y poder dar a todos los trabajadores el producto entero de su trabajo. Estos son los principios elementales que queremos repetir aquí sin un tono declamatorio para hacer comentarios dignos sobre el congreso celebrado por la Internacional en Basilea.

Los opositores siempre sonríen ante estas cosas que llaman fórmulas obsoletas de revolucionarios. Repiten hasta la saciedad que la Revolución Social, aunque suceda, no sabe cuán lejos está de nuestra época. Llamen utopía a la abolición de la propiedad privada que nosotros propugnamos.

Nuestros sedicentes amigos demócratas nos acusan de vagar por las nubes y de no cuidar los intereses reales y prácticos del proletariado y sus ventajas inmediatas. Se satisfacen diciendo que los trabajadores nos siguen, siempre que se trate de mejoras puramente egoístas, pero permanecen indiferentes ante nuestra propaganda revolucionaria.

Pues bien, nuestro Congreso de Basilea abofeteó en la cara la mala fe y la arrogancia de nuestros variopintos oponentes.

Se trataba de lo siguiente: la guerra de los Balcanes amenaza con extenderse a toda Europa. Austria y Rusia se pelean la hegemonía de los Balcanes y les gustaría caer, para compartir sus sobras, sobre el cuerpo de Turquía asesinado por los cuatro pequeños Estados. Austria está respaldada por Italia y Alemania, Rusia por In-

laterra y Francia.

Se anuncia una guerra europea. Los pueblos están a punto de ser arrojados unos contra otros para matarse, masacrarse, hacerse pedazos por tierra, mar y aire. Los gobiernos preparan espantosos medios de destrucción, la vida social está a punto de paralizarse y Europa corre hacia las tinieblas sangrientas de la barbarie.

Pero la Internacional Socialista ha prendido las alarmas. De todas partes de Europa, millones de proletarios organizados en sindicatos, millones de socialistas han respondido al llamado. Por boca de sus representantes, desde Basilea, los trabajadores lanzan a los gobiernos una advertencia que es un desafío: atrévase a proclamar la guerra y reaccionaremos por todos los medios. Si vamos a morir, no moriremos matando a nuestros hermanos, sino que nos sacrificaremos por la causa de la emancipación de los trabajadores, tratando de derrocar para siempre la dominación de la burguesía.

Cuando se anuncie la orden de movilización, proclamaremos la huelga general sin límite, responderemos a la proclamación de guerra con una insurrección armada. Será la revolución social...

Las fórmulas se hacen realidad. La revolución ya no es el sueño de mañana, sino la amenaza de hoy. Los escépticos de la burguesía se han puesto pálidos, los gobiernos han dado marcha atrás. Tal vez no se atrevan. Pero si se atreven, la consigna será lanzada. Los socialistas estamos preparados.

Los proletarios de Europa han afirmado desde Basilea que su lucha diaria no es solo para arrebatar gradualmente los medios indispensables de la vida de la codicia de los patronos, sino que también están dispuestos a dar la vida por su completa emancipación de la esclavitud del capital.

La burguesía haría bien en no confiar mucho en la quietud de los obreros. Las masas italianas también responderán. La huelga anti-Trípoli fracasó esa vez, ahora tendría éxito. La gente ha tenido demasiadas decepciones. Incluso nuestro proletariado desorganizado podrá sorprender a quienes lo pisotean hoy con impunidad. La historia de las insurrecciones es una historia de sorpresas. ¡Los burgueses lo recuerdan bien! Y por si es necesario, recordemos a nosotros, compañeros socialistas, de estar mañana ¡en nuestros puestos de vanguardia!

*

Lo que dio al Partido Socialista Italiano una sacudida violenta fue un hecho histórico, no solo de importancia local e italiana, pero que también tenía que ver con el curso del imperialismo mundial, y los efectos de esta crisis fueron favorables a la posición que el partido italiano pudo adoptar en 1914. Giolitti regresó al poder y, en septiembre de 1911, declaró la guerra a Turquía y la flota italiana ocupó Trípoli. Con maniobra audaz, hizo de todo por tener a Bissolati en el ministerio, pero no lo logró, y tal vez el obstáculo más serio se redujo, en la frívola Italia, ¡a una cuestión de chaqueta y no de frac en el Quirinal! No está fuera de lugar notar que el pretexto fue la victoria de los Jóvenes Turcos, acusados de «nacionalismo». No debe olvidarse que aquella revolución, popular y no proletaria, contra el régimen feudal turco fue altamente

apreciada por Lenin.

El movimiento proletario se había alzado fieramente contra la empresa nacionalista de Trípoli, según sus viejas tradiciones anticoloniales. La huelga general no tuvo un éxito completo, pero las manifestaciones contra la partida de las tropas fueron muy intensas. El grupo socialista votó por una agenda Turati contra la guerra, pero no estuvo de acuerdo con los derechistas Felice, Bissolati, Bonomi, Cabrini y Podrecca. Cabe señalar que no pocos «sindicalistas-revolucionarios» se declararon partidarios de la empresa libia, en primer lugar Arturo Labriola, Orano y Olivetti. (...) El congreso extraordinario de la ISP se reunió el 15 de octubre de 1911 en Módena bajo la influencia de esta situación general. Bussi, por Treves y por los reformistas de izquierda, desaprobó la guerra y apoyó la transición a la oposición resuelta a Giolitti, no por ello renunciando al antiguo posibilismo en el plano teórico. (...)

Francesco Ciccotti argumentó también que, para los revolucionarios, la oposición a la guerra de Libia no debe basarse en razones contingentes, como los gastos malversados destinados a las reformas, sino en principios internacionalistas. Turati también habló hábilmente contra la guerra en Trípoli. Lazzari dijo acertadamente que ni siquiera estaba satisfecho con la agenda (Lerda) de su fracción. Este, muy brevemente, dijo que se pueden lograr ciertas ventajas de la acción parlamentaria, pero mantienen entre los explotados la ilusión de que las instituciones sociales pueden renovarse a través del parlamento. Sin embargo, cerró con la habitual y débil mención del trabajo proletario de «educación y elevación moral» confiado al partido. (...) El 23 de febrero de 1912, todo el Grupo Socialista votó en contra de la anexión de Libia al Reino de Italia. (de nuestra «Historia de la Izquierda Comunista» - en it., vol. I, pp.51-53).

Ahora siguen algunos artículos de Bordiga de 1912-13 que demuestran las posiciones internacionalistas y anti-oportunistas que la corriente de la izquierda, que luego dio a luz al PC de Italia en 1921, mantiene desde entonces. ●

Contra la guerra mientras la guerra dure

Hay compañeros cuya opinión sobre la guerra puede resumirse en la siguiente frase: la guerra no se debe hacer, pero una vez que estamos comprometidos ¿cómo se hace para estar en contra?

Quienquiera que diga esto, obviamente considera conveniente, incluso en interés del proletariado, que la guerra termine bien y sea coronada con éxito y gloria para las armas italianas.

Creo que esta es una concesión verdadera a la idea nacionalista y deriva del falso concepto que muchos tienen del «interés del proletariado», y que ha llevado a muchos compañeros a las degeneraciones más aberrantes del socialismo.

Cuando el socialismo afirma la solidaridad de los explotados que trabajan, transformando el interés de cada uno de ellos en el interés colectivo de la clase, también viene a proponer el bien de algunos individuos al bien colectivo, determinando aquellos sentimientos de renuncia y sacrificio entre los proletarios más conscientes del futuro de la clase. De la misma manera, el interés actual de los trabajadores se transforma en el bien futuro de todo el proletariado, y las masas socialistas son capaces de renunciar colectivamente a las pequeñas conquistas de hoy, en vista de la gran conquista del futuro.

Por lo tanto, resulta que el socialismo lógicamente debe oponerse a todos aquellos movimientos que puedan retrasar la emancipación del proletariado apagando su conciencia en él, aun cuando de alguna forma representen una mejora de sus condiciones actuales.

Ahora, la guerra retrasa y se opone a la gran conquista revolucionaria de las clases trabajadoras y extingue en ellas la conciencia del socialismo, de dos maneras esenciales.

En primer lugar, la guerra glorifica el principio de violencia y prepotencia colectivas como las principales fuentes de progreso y civilización, idealizando la fuerza bruta, tratando de destruir nuestra visión de una sociedad basada en la armonía y la fraternidad humanas, contrastando la lógica evolución de las relaciones sociales en el senti-

do de la abolición del derecho del más fuerte (y aquí se recuerda que nosotros, a diferencia de los pacifistas burgueses y... tripolinianos, no negamos que en ciertas circunstancias históricas la violencia pueda ser un factor inevitable de la evolución).

En segundo lugar, la guerra tiene además otro efecto: haciendo creer a las masas que su bienestar surge del bienestar de la nación, de su fuerza o dignidad, y que para este fin deben renunciar a la disidencia social, creando en ellas el idealismo patriótico artificial, asegura a la burguesía su dominio de clase, ya que induce a los trabajadores a renunciar a la lucha contra la explotación que los desangra insatisfechos dentro de la patria, mandándolos a hacerse matar por extranjeros.

Reduzcamos, pues, el problema a sus términos esquemáticos: guerra y exaltación nacional, glorificación de la delincuencia colectiva, adormecimiento de la lucha de clase, alejamiento de la reivindicación de los derechos del proletariado y de la transformación social.

Se deduce lógicamente que: si la guerra es victoriosa y triunfante para la nación, el proletariado la sufrirá, no directamente, sino por el alejamiento indefinido de su liberación.

Es por eso que nosotros, opuestos a la guerra en teoría, en la práctica nos oponemos a ella, sin preocuparnos de debilitar al gobierno nacional, rompiendo la unidad nacional.

Todos los demás argumentos anti-tripolinos son secundarios. Cuando decimos que la guerra es dura y difícil, que la situación diplomática es oscura, que la colonización tripolina es un mito y que la consecuencia de todo esto será el daño y la ruina de la política y la economía italianas, no debemos hacer ni siquiera que el oyente suponga que si Turquía fuera un Edén, no estaríamos contra esta guerra.

¡Ay del futuro del proletariado en Italia, si esto se hubiera verificado!

Las objeciones que de hecho no hacemos con respecto a la guerra, tienen su importancia solo para de-

mostrar esto: en algunos casos, la burguesía tiene interés en causar un daño significativo a la nación, lanzándola en una guerra inútil, siempre que obtenga como compensación un resurgimiento del patriotismo y la consiguiente atenuación de la lucha de clase.

Esto demuestra la mala fe de los primeros partidarios de la guerra y nos da la otra cara de la crítica de la idea nacionalista que podemos resumir de la siguiente manera:

Los intereses de la nación no son los de la clase obrera. Ni siquiera son los de la clase burguesa quienes no dudan en dañar a la Patria, siempre que puedan agitar sus banderolas ante los ojos del proletariado. Por lo tanto, no existe un interés común entre dominantes y dominados,

el concepto de nación y todo idealismo patriótico son puros sofismas, y la realidad de la historia consiste en la lucha social de las clases.

El proletariado lucha en todo el mundo de manera justa, a la luz del sol, contra la explotación del capital. Pero la burguesía que trata de domesticarla en nombre de la patria, es como aquel que arroja la espada y se acerca sonriendo al adversario, para traicionarlo plantándole una daga en su corazón.

La religión es un arma de dominación social, como lo es el patriotismo, y nosotros somos los herederos de la religión patriótica.

¿Es posible mencionar hoy a Gustavo Hervé, cuando los derechistas llaman herveísta a Filippo Turati? ●

*

Entre paz y guerra

De «L'Avanguardia» del 17 de noviembre de 1912

Cuando estalló la guerra con Turquía, el Partido Socialista Italiano, después del primer momento de sorpresa, encontró cierta unidad de conciencia y se puso decididamente en contra de la empresa de Trípoli. La propaganda contra la guerra se llevó a cabo con suficiente conocimiento y se estableció en sus verdaderas bases de clase con el suficiente acuerdo para que lograra romper el círculo de hostilidad que había rodeado a los *turcos de Italia*.

Dejando a un lado las ociosas divagaciones retóricas sobre las «tradiciones nacionales» que deberían haber hecho que la burguesía italiana se opusiera al imperialismo por respeto a la independencia de los demás, más algunos otros ingenuos sofismas antimarxistas de este tipo, la campaña anti-Trípoli se llevó a cabo con seriedad y energía. El mismo hecho de la decisiva alianza de los partidos burgueses en favor de la «hermosa guerra» nos ayudó a demostrarle al proletariado que debía estar en contra. La desfachatez abrumadora de los nacionalistas en la mentira nos permitió enfatizar la verdad con más evidencia.

Los eventos en sí superaron nuestras predicciones pesimistas sobre el segundo intento colonial de la *gran Italia*. Pero la paz, confesemos, nos ha trastornado un poco. Porque en el proletariado italiano no basta la propaganda antinacionalista que es tan simple, tan clara, tan *poco teórica* que es un pecado real no haberla vulgarizado lo suficiente.

Una de las causas del examen es quizás esta: creímos que esa burguesía italiana que había hecho (?) que Italia olvidara el sentimiento patriótico en su degeneración venal y mezquina, y que no habría sido capaz – especialmente después de Lissa, Custoza y Adua – de dar vida a un movimiento nacionalista. Asociaciones nacionalistas como «Dante Alighieri», la Liga Naval, etc., entristecieron, los largos discursos patrióticos fueron relegados por los mismos burgueses a la retórica de baja estofa, la «patria» estaba pasada de moda en las comunidades intelectuales de la buena sociedad.

En cambio, era necesario recordar las enseñanzas de la historia. El *noble* sentimiento patriótico es el camino que utiliza la burguesía democrática para obtener la ayuda de los proletarios, los *sin-reservas*, los *sin-patria*, en el derrocamiento de las aristocracias feudales. Pero también es un arma que la burguesía usa para un propósito que históricamente sigue al primero, es decir, para evitar la verdade-

ra emancipación de clase de los trabajadores, cuando se dan cuenta de que se han sacrificado en el único interés de una forma de explotación que reemplaza la otra.

La burguesía es patriota por naturaleza en la fase heroica de su origen revolucionario. Y es patriota por cálculo en el utilitarismo vulgar de la lucha por su preservación, contra el proletariado.

En esta segunda fase, la burguesía explota hábilmente las *tradiciones* de la primera, para atraer al proletariado a una tregua en la lucha de clase. Realmente duele ver a los socialistas caer en la trampa. ¡Escuchar a los socialistas intelectuales ir a la caza del *concepto marxista de la nación*!

Ante la paz que los nacionalistas definieron como vergonzosa, muchos socialistas dudaron. Luego retomaron los estribos y reconocieron que no nos correspondía llorar por el fracaso de la hermosa gesta imperialista, y que una paz gloriosa después de una guerra afortunada habría asestado un duro golpe al movimiento obrero.

La nación, en realidad, está compuesta en su gran mayoría por proletarios. Y, sin embargo, su interés (no el interés de los *nacionalistas*, sino el interés real y verdadero de la nación) choca con las aspiraciones del proletariado, que no hay que confundirlas con alguna mezquina mejora categorial. Es una contradicción. Pero no es nuestra, sino la de un orden social en descomposición que presenta muchos otros: el capitalismo.

Ahora los socialistas están agitando el hecho de que la burguesía debe *pagar los costos* de la guerra. Este es otro camino peligroso. Supongamos también que podemos tener éxito en obtener algunas leyes que graven un poco más a las clases ricas de manera a sufragar los costos de la guerra. Será un resultado exiguo. Pero habremos hecho mucho daño, creando un malentendido en la mente de los trabajadores. En realidad, los gastos de guerra los pagó y los pagará el proletariado que no logró evitarla.

¿Qué cosa es la burguesía sino una minoría improductiva? ¿Y con qué «pagará los costos» si no con el producto de la explotación sobre la masa que produce? Explotación que, si la guerra hubiera tenido éxito de acuerdo con sus cálculos, el renacimiento nacionalista hubiera permitido intensificarla.

Ahora, una campaña que tienda a buscar que los costos de la guerra sean sufragados con las rentas de los

capitalistas, incluso admitiendo que en los resultados se logren trasladar una decena de millones al sacrificio proletario, tendrá como consecuencia comprender esos sanos conceptos de antagonismo de clase, en detrimento completo de las conquistas por venir

En su lugar, debemos llevar a cabo una enérgica acción

de propaganda, que evoque las dificultades económicas del proletariado como resultado de la guerra, y logre que «la próxima vez» pueda salirle al paso a la primera proclamación de guerra. Y derrotar el verdadero patriotismo es falso, comercial o romántico, ya sea que hable en nombre de los patíbulos de Trípoli o de los de Belfiore. ●

*

La guerra balcánica

De "L'Avanguardia" del 1° diciembre 1912

Ahora que la carnicería ha terminado, tal vez sea posible, si no evaluar sus consecuencias históricas, al menos examinarla más objetivamente, desde el punto de vista del socialismo.

Se ha dicho que los pueblos balcánicos luchan por la causa de la civilización, la libertad, la independencia de los pueblos; se admitió como un dogma indiscutible que la desaparición de Turquía del mapa de Europa será una buena condición para el desarrollo del Oriente en el sentido económico y social y, por lo tanto, debe ser aceptada con agrado por los socialistas. El hermoso gesto de los cuatro pequeños Estados cubrió ante la Europa asombrada la fisonomía histórica de una cruzada y una revolución al mismo tiempo. Hizo babear a cristianos y republicanos, nacionalistas y socialistas, que se peleaban por cantarle hosannas a la guerra.

Mas los ríos de sangre y fuego que surgen de aquellos países devastados por una de las guerras más mortíferas que se recuerden, si aún pueden excitar las almas de los nacionalistas y teóricos de la tragedia, deben elevar nuestra execración y deben servirnos de advertencia para el futuro. Es el problema histórico que surge ante nosotros con toda su gravedad: ¿Cuál debe ser la posición de los socialistas ante las llamadas «guerras de independencia» que tienden a liberar las nacionalidades oprimidas del yugo extranjero?

Algunos dicen: Dado que la historia enseña que la libertad nacional es una condición necesaria para el desarrollo de la burguesía capitalista y la consiguiente lucha de clases que lleva al socialismo, los socialistas deben estar a favor de las guerras de independencia. Discutiremos esta conclusión, que es casi un sofisma, con el modesto propósito de sacudir los cimientos de un prejuicio demasiado vulgarmente aceptado.

En primer lugar, la premisa de que la burguesía necesita la «libertad nacional» para desarrollarse no es exacta. La burguesía solo necesita sustraer al Estado de las oligarquías feudales y establecer un régimen político de democracia. Dado que la colaboración de las masas es necesaria, la burguesía trata de dar a esta lucha un contenido patriótico que la hace popular, allí donde las aristocracias pertenecen a una nación o raza distinta a la indígena.

Así, por ejemplo, en Italia y Alemania, donde la conquista del poder por parte de la burguesía fue una cuestión extra nacional, y se resolvió con las guerras del '59 y del '66. En Francia, en cambio, la lucha entre la aristocracia y la burguesía tenía un carácter revolucionario y la fisonomía *fundamental* de la guerra civil. Se entiende que estos ejemplos tienen un valor relativo, ya que los hechos históricos no se clasifican ni se catalogan tan a la ligera.

Entonces los conceptos de raza y nacionalidad son tan elásticos histórica y geográficamente, que siempre se adaptan bien a los intereses de los grupos oligárquicos capitalistas, de acuerdo con las necesidades de su desarrollo económico. Solo más tarde, la historia cortesana sabe cómo reconstruir fantásticos motivos sentimentales y crear la tradición patriótica y nacional, *que tanto sirve a la astuta burguesía como antídoto a la lucha de clase.*

Pero el partido que representa a la clase obrera debe mirar un poco más profundo. Para nosotros el irredentismo no es más que una astuta maniobra reaccionaria. Incluso desde el punto de vista —que examinaremos ahora— de que es necesario que la burguesía siga su desarrollo, etc., el irredentismo no está justificado. Niza y Trieste están más industrializadas que el resto de Italia.

No comparamos aquí las regiones balcánicas. De hecho, estamos de acuerdo con que Bulgaria, Serbia, etc. son más civilizados que Turquía. ¿Significa esto quizás un tipo de derecho a la conquista armada del territorio sometido por el Estado menos civilizado?

No cuestionamos si la guerra en este caso es *justa o injusta*. La historia no se justifica, solo se observa. Solo discutimos la posición que un partido revolucionario de clase debe asumir en estos conflictos. ¿Debería este partido aprobar la guerra, para acelerar el desarrollo de la burguesía en el país aún feudal? Respondemos que no, y aplaudimos la actitud heroica de los camaradas serbios y búlgaros que se opusieron a la guerra.

De hecho, la primera razón es esta: es posible que la guerra sea favorable al pueblo más avanzado, pero también es posible lo contrario, en cuyo caso las consecuencias serían opuestas, incluso según la teoría del guerrismo socialista (?) tipo Bissolati. Esta única incertidumbre sería suficiente para empujar a todos los verdaderos amigos del progreso a oponerse al conflicto armado. A menos que sigamos creyendo en el juicio de Dios. Pero la democracia, con el tiempo y con... [*siguen cinco palabras incomprensibles*].

Por otro lado, incluso si la solución al conflicto es tal como para dar mayor libertad a los pueblos del territorio conquistado, no hay evidencia de que se haya alcanzado una mejor condición para el desarrollo del socialismo, por las siguientes razones:

1° El aumento del prestigio de las oligarquías dinásticas, militares y en ocasiones sacerdotales (en aquellas naciones que hicieron la guerra).

2° La intensificación del nacionalismo y el patriotismo, lo que retrasa la organización del proletariado en partido de clase internacionalista.

3° En el país conquistado, la intensificación del odio racial y el deseo de venganza de la raza antes

dominante y ahora oprimida, a menos que no esté totalmente destruida.

4° El grave hecho de la degeneración de las razas después que los hombres válidos fueron diezmados en la guerra, la crisis demográfica causada por masacres, enfermedades, hambre, etc., y la inmensa destrucción de riqueza con la consiguiente crisis económica y la imposibilidad de desarrollar la industria y la agricultura por falta de capital y trabajo.

Que la guerra acelere el advenimiento de la revolución socialista es, por lo tanto, un prejuicio vulgar. El socialismo debe oponerse a todas las guerras, sin dejarse llevar por capciosas distinciones entre guerras de conquista y guerras de independencia. Nos queda por resolver una objeción sentimental: Pero entonces ustedes pretenden que el estado de cosas actual se prolongue, ¿y la opresión turca sobre los cristianos? ¡Pero esto es socialismo reaccionario!

En general, la historia no debe ser discutida en base a prejuicios sentimentales. Pero sin embargo pondremos en el tapete algunas consideraciones. Los males son remediados eliminando las causas. Ahora es una exageración decir que la causa del desorden de los Balcanes es la dominación turca. Hay muchas otras causas.

La ambición de los pequeños Estados ... [*palabra incomprensible*] que siempre ha soplado en las brasas del odio racial. La intervención de la *civilizada* Europa que ha vomitado allí a frailes, sacerdotes y hombres de negocios sin escrúpulos, ha provocado la reacción de los musulmanes. Pero la causa principal es el *odio racial* que no se elimina con las guerras. Al igual que los búlgaros y los griegos, silenciaron el feroz odio mutuo, para que pudieran intentar el acuerdo general de los Balcanes. ¿Se puede afirmar que la oligarquía turca se opuso a ello más que las

ambiciosas oligarquías de los cuatro pequeños Estados?

En cualquier caso, nuestra afirmación, basada en principios socialistas, es esta: los socialistas deben estar en contra de esta guerra. Si la Internacional hubiera sido suficientemente fuerte como para evitarlo, también hubiese tenido la fuerza para resolver sin masacres la cuestión de los Balcanes. Proclamándonos contra las guerras de independencia no pretendemos hacer la apología de la opresión racial. Marx dijo que estar en contra del régimen constitucional no era lo mismo que ser partidario del régimen absoluto.

Y podemos aceptar la fórmula, que parece ser el objetivo de todas las vastas reflexiones diplomáticas que hemos estado leyendo durante un mes, los *Balcanes a los pueblos balcánicos*. Pero preguntamos: ¿qué pueblos? ¡A los que surgirán de la tragedia recíproca, a los huérfanos, a las viudas, a los lisiados, a los enfermos de cólera! ¡Esta vez las cifras muestran los resultados de una guerra! ¡Las pérdidas son tales que no es una exageración afirmar que la raza se ha desangrado y esterilizado por un largo futuro!

Los campos de devastación quedarán para las cuatro tiranías satisfechas. Y si mañana el decimotercero zar se ciñe la corona ensangrentada del imperio bizantino en Santa Sofía, ¡esperamos que no haya socialistas entre los que vayan a escarbar en la basura retórica de una historia y de una literatura histriónica los versos del himno al vencedor!

¡Nosotros, en nombre de la más grande civilización, maldeciremos a aquellos que han masacrado tantas vidas jóvenes por sus ambiciosos sueños! ¡No hay crímenes atroces en los que los eunucos de la cultura burguesa no puedan encontrar la tradición y la glorificación del heroísmo!

*

Los delitos del nacionalismo

De «L'Avanguardia» n. 294 del 6 de julio de 1913

Las noticias que llegan en estos días desde la península balcánica deben hacer reflexionar mucho sobre todo a los supuestos antimilitaristas que aún defienden la insidiosa distinción entre guerras de conquista y guerras de *independencia*. Los representantes de ese fatigado subversivismo que se aloja entre la democracia empresarial y la democracia... social, con la cual muchos todavía afligen y obstaculizan nuestra acción revolucionaria, a través de las noticias de los conflictos entre los *aliados* de ayer, ven naufragar uno de sus dogmas más obstinadamente sostenidos: el de las autonomías nacionales.

Esta convicción errónea que consiste en ver que la burguesía todavía puede defender, mediante la guerra, una causa de la libertad del pueblo, y que el proletariado debe seguirla en tales casos, quitándole las armas de la lucha de clases para apresurarse a los campos de batalla en torno a las banderas nacionales, esta convicción, digamos, había llevado a no pocos socialistas a llamar a la guerra de los cuatro Estados balcánicos contra Turquía.

La *tesis* no carecía de argumentos y podía seducir a todos: católicos convencidos, patriotas furibundos, garibaldianos en retardo de medio siglo y... marxistas de mala muerte.

El cántico fue casi general, y el can-can de retórica que medio celebró la salida del Turco de Europa, fue hasta ensordecedora, e incluso cubrió los gritos y gemidos de las víctimas masacradas en una guerra salvaje, en la que la soldadesca de cristianos y civiles demostraron que la educación de los barracones europeos los había llevado a un grado mayor de ferocidad que la de los *bárbaros* y musulmanes.

Pero hoy, después de haber hecho la *paz* (¡este sustantivo, desde Lausana en adelante, debe haber cambiado de significado!) los vencedores, al dividirse el botín — disculpen, al estudiar el problema de las *autonomías* y las *razas*... se están tirando de las greñas seriamente, y parece que los problemas histórico-geográficos se seguirán resolviendo dándole la palabra al cañón — que además, en muchos otros casos similares, fue el único método autoritario de interpretación del democrático, pero nebuloso, el *derecho del pueblo*.

Apartando la ironía, notamos que el momento presente nos permite afirmar que los motivos de la guerra en los Balcanes fue el afán de dominación de las dinastías y las clases ricas que los circundan, y que nada tuvo que ver con la sed de libertad de los pueblos. Esta fue

engañada, explotada, ahogada en la sangre. Y vemos que en la era actual no podemos defender una causa de libertad con la guerra. El sentimiento nacional se basa en otra cosa, en el odio siniestro, triste y reaccionario de la raza, al que todos los que tienen un sentido de libertad deben oponerse. Quien lo revive y lo desata en el pueblo – aún ilusionado en de que podría beneficiarlo el cambio de patrón – es la burguesía que quiere empujarnos hacia la oscuridad del pasado y desviarnos del ataque a sus instituciones efectivas.

No se nos presenta una teoría mal digerida de la evolución fatal de la (palabra incomprensible) burguesa, de la necesidad de ayudarla a suprimir los restos del régimen económico y político feudal. Recuerdan a los promotores de las guerras de independencia que el mismo sofisma sirve para defender las guerras infames de conquista colonial y las teorías asesinas del nacionalismo imperialista. El principio militarista es uno, y no se puede dividir. Con-

cededles Domokos y os llevarán a las «purgas del oasis» en Trípoli. Debemos vencerlos en todo el frente y reprocharles sus crímenes.

Así que hoy incriminamos a los cuatro Estados balcánicos y a las cuatro coronas que representan a su asociación para delinquir, escondidas de mala fe bajo el nombre de libertad. Y esperamos que el proletariado balcánico encuentre, bajo la casaca militar serbia o búlgara el impulso de la revuelta contra la nueva masacre a la cual se le arrastra, que encuentre el impulso de la solidaridad y la fraternidad verdaderas, que no es lo que lo ha vinculado a la agresión de las cuatro dinastías, pero que haga que los pueblos se levanten contra ese enemigo común, la que no toma partido bajo las banderas de la media luna, sino la que se anida en las casas oscuras de los trabajadores, ya sean turcas y serbias, o búlgaras, o griegas, en las pobres casitas desoladas y visitadas por la miseria y la muerte: el militarismo sangriento, dinástico y burgués. ●

*

En el Congreso de los jóvenes socialistas celebrado en Bolonia en septiembre de 1912, se decidió dar a la actividad antimilitarista de la juventud socialista una indicación política precisa y una organización permanente a los jóvenes reclutas. En ese momento, el servicio militar duraba tres años, y el ejército se usaba regularmente no solo para las campañas bélicas de la burguesía italiana en las conquistas coloniales, en competencia con las potencias europeas más fuertes, como Francia, Alemania, Inglaterra, sino también y casi siempre en la represión de vigorosas luchas obreras y campesinas, como lo demuestran las masacres que se sucedieron durante quince años, desde el famoso mayo de 1898 en Milán, hasta los eventos de Candela en 1903, Cerignola, Buggerru y Castelluzzo en 1904 hasta la matanza de Roccagorga en 1913. Entre los jóvenes proletarios, el servicio militar se vivía como una obligación insoportable que los constreñían a alejarse de la familia, del trabajo, de los hábitos, para terminar en una institución odiada tanto por la represión de las manifestaciones y las huelgas proletarias, como por la vida cuartelaria con sus formalismos, su disciplina, los abusos permitidos contra los nuevos reclutas. El congreso del proletariado juvenil socialista de Bolonia le encomendó a Amadeo Bordiga la redacción del manifiesto-folleto que se llamaba, precisamente, "Dinero al soldado" con el que quería preparar, de manera semiclandestina, una organización de ayuda ideológica y financiera a los conscriptos mediante el envío de periódicos, folletos y misivas de propaganda antimilitarista a los cuarteles.

«Con la brutal educación de los cuarteles, la burguesía convierte a los trabajadores jóvenes e ingenuos en sus mejores y más devotos servidores; inculcando en sus mentes el veneno militarista y el odio contra los demás reos por el hecho de vivir en un país más allá de los Alpes y el mar», se lee en uno de los muchos pasajes de este folleto; y otra vez: «La educación en los cuarteles se esfuerza en crear una psicología muy especial, que tiende a convertir a los hombres en brutos y violentos. Muchas veces, los jóvenes compañeros en ese ambiente de odio se sienten aislados sin una voz amistosa que pueda, por un momento, elevar sus mentes a una visión más noble y más alta». La lucha contra el veneno militarista se convirtió – en los años en que el proletariado se opuso a la guerra italo-turca por la conquista de Libia, y las guerras de los Balcanes que, para la burguesía italiana, representaron una oportunidad de apoderarse de Albania o de territorios más vastos – para los jóvenes proletarios socialistas italianos, en una de sus características principales, junto a la lucha contra el culturalismo, contra la masonería y contra el reformismo en general.

[De M. Fatica, «Orígenes del fascismo y el comunismo en Nápoles (1911-1915)», La Nuova Italia, 1971]. ●

Dinero al soldado

**Opúsculo de la Federación Italiana de la Juventud Socialista
adherente al Partido Socialista Italiano, 1913**

EL DECÁLOGO DEL RECLUTA

1. No dispares a tus hermanos trabajadores
2. No te prestes de krumiro (esquirol, *NdR*)
3. No odies ni a tu país ni al de los demás. Ama a la patria de los trabajadores, que es el mundo entero...

EL «DINERO AL SOLDADO». SU CONSTITUCIÓN Y FINALIDAD.

Entre los jóvenes trabajadores, en el Partido Socialista, en las organizaciones del proletariado, nuestra Federación de jóvenes socialistas ha estado llevando a cabo una animada campaña por la formación de un nuevo cuer-

po de propaganda y acción que tendrá el nombre de «dinero al soldado».

Esta institución ya funciona en Francia, con excelentes resultados, a través de la Confederación General del Trabajo, desde 1900. Tiene el objetivo supremo de «afirmar los sentimientos de solidaridad obrera, para evitar el sufrimiento del aislamiento y la influencia desmoralizadora de los cuarteles a los jóvenes soldados», estableciendo así que «los jóvenes trabajadores, llamados al servicio militar, deben ser puestos en relación con los secretarios de las Bolsas de Trabajo de la ciudad donde están situadas sus guarniciones».

Veremos más adelante, y con más detalle, cuando hayamos explicado la razón y el propósito de la institución de la que hablamos, cuál es su constitución y su funcionamiento. Ahora recordemos que nuestra Federación, mientras que siempre ha invitado y exhortado calurosamente a las organizaciones económicas a que comiencen y promuevan la constitución del «dinero al soldado» para todos los jóvenes trabajadores organizados, también ha decidido, después de la amplia y entusiasta discusión celebrada en nuestro último Congreso Nacional de la Juventud de Bolonia, para abordar también la aplicación concreta de esta nueva forma de propaganda, promoviendo su institución para sus miembros, inscritos en los numerosos clubes juveniles socialistas y federaciones regionales; considerando oportuno después de la debida preparación, llegar a un primer experimento práctico de acción y dar el ejemplo a las otras organizaciones.

Podemos anunciar pues que, a pesar de la hostilidad extremadamente clara del gobierno burgués y las medidas cautelares de las autoridades militares, el «dinero al soldado» se convierte en un hecho; y hacemos un llamamiento a la buena voluntad de todos los compañeros jóvenes y adultos para que la nueva institución pueda desarrollarse rápidamente y volverse próspera y poderosa, para que pronto esté en manos del proletariado, un arma de lucha extremadamente eficaz contra la embriaguez patriótica y la locura militarista deseada por la burguesía y el gobierno.

Y en estas páginas de propaganda pretendemos recordar y reafirmar las piedras angulares de nuestro pensamiento antimilitarista, porque hay guías para trazar las líneas de la acción que se expresan en el «dinero al soldado». Que los compañeros difundan los nobles principios de la propaganda socialista contra el militarismo, y hablen en las asambleas, mítines, en las conversaciones, de la eficacia del «dinero al soldado». Nuestra Federación espera de todos, incluso de los más humildes, el cumplimiento de este deber.

SOCIALISMO Y MILITARISMO

La sociedad en la que vivimos, bajo el disfraz de libertad y justicia para todos, se basa en una opresión continua y sistemática ejercida por los más fuertes sobre los más débiles. Este atropello se ejerce a costa de aquellos que tienen que trabajar para vivir, y que no tienen más que sus brazos y su actividad para satisfacer las necesidades de la existencia. En detrimento de esta inmensa mayoría, una parte privilegiada de la humanidad, formada por los ricos, amos de la tierra, de las casas y los establecimientos industriales, ejerce una odiosa explotación, se acapara todas las alegrías de la vida, privando de ellas a la gran masa laboriosa.

Este estado de cosas que los amigos del régimen ac-

tual, aquellos que son los beneficiarios de él, llaman civilización y orden, no es más que el resultado de una violencia continua ejercida por la clase de los poderosos contra el derecho elemental que tienen todos los seres humanos a la vida y a una parte justa de la felicidad que esta puede dar; este estado de cosas – contra el cual el socialismo se subleva – lleva las huellas y tiene las características de la violencia que lo ha establecido en las primeras épocas históricas, y que a lo largo de los siglos no ha hecho sino suavizar sus formas externas, preservando, sin embargo, en el fondo, su esencia brutal. Y como cualquier opresión es sostenida por el uso continuo de la fuerza bruta, incluso el llamado «orden actual» se conserva y se basa en la fuerza: y la fuerza de la cual dispone la burguesía moderna, el arma decisiva que ahora está disponible para el capitalismo codicioso para sofocar las aspiraciones de los trabajadores a una sociedad más justa, o incluso a un tratamiento apenas menos inhumano que el actual, esta fuerza y esta arma son llamadas con la palabra maldita: «militarismo».

El socialismo, que representa precisamente la tendencia irresistible que existe en la clase obrera a sustraerse de la explotación de hoy y crear una nueva forma de vida social en la que ya no hay imposiciones o violencia recíprocas entre hombres o grupos de hombres, el socialismo, tan pronto como se enfrenta no solo a este inmenso problema, sino también a cualquiera de las luchas diarias para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores, enfrenta a su enemigo natural: el militarismo, el instrumento ciego y feroz de conservación y reacción.

El socialismo, que se desempeña en la lucha incesante de la clase obrera contra la clase patronal, una lucha que se vuelve cada vez más áspera pero que nos llevará a la victoria final del proletariado, encuentra un obstáculo formidable en este fenómeno: que la mejor, la más joven, la parte más fuerte de la clase obrera, requisada por la burguesía y encuadrada en los ejércitos, inevitablemente se convierte en el baluarte más sólido de la clase capitalista, que al poner a los trabajadores contra los trabajadores, hermanos contra hermanos, lo hace para defender y preservar su bárbaro derecho a la ociosidad, entre la selva de bayonetas que los jóvenes proletarios militarizados e inconscientes empuñan en su defensa.

Con la educación brutal de los cuarteles, la burguesía convierte a los trabajadores jóvenes e ingenuos en sus mejores y más devotos servidores; inculcando en sus corazones el veneno militarista, y el odio contra los otros culpables de vivir en un país más allá de los Alpes y el mar.

Bueno, debemos defendernos contrastando la educación militar forzada con la propaganda más ferviente contra el militarismo y lanzándola al interior de los sombríos muros del cuartel, donde la burguesía trabaja diariamente contra nuestra labor de redención y contra nuestros ideales de hermandad.

Con una infinidad de mentiras, la burguesía de cada país trata de justificar el principio militarista. Por ello, las ideas que defendemos pueden parecer excesivas o erróneas para algunos, nuestra propaganda debe, pues, poder romper y demoler esas mentiras y prejuicios, desafortunadamente diseminados incluso entre los trabajadores. Siempre repetiremos que el militarismo es hoy solo un instrumento de clase en manos de los gobiernos burgueses. La burguesía, que no quiere ni puede confesar esto, afirma que los ejércitos sirven para defender y hacer que la *patria* sea poderosa. Pero la propia burguesía no duda

en absoluto cuando, como en Roccagorga, le es cómodo emplear a sus soldados contra los trabajadores, que también son hijos de la misma «patria», ¡pero que cometen el grave error de esperar de sus señores un trato menos inhumano!

La «defensa de la patria» no es más que una frase destinada a engañar a los pueblos ingenuos y a ocultar las sombrías razones que inducen a los gobiernos de todas las naciones a competir en una loca carrera armamentista y a iniciar preparativos para la guerra. Y las verdaderas razones son las siguientes: la defensa violenta del capital contra las aspiraciones de los trabajadores; la necesidad de satisfacer la insaciable codicia de los empresarios, proveedores, industriales, que viven en torno al militarismo (y por eso sacan el dinero ya extraído a la masa hambrienta para otros fines más civilizados); sobre todo, la formación del sentimentalismo patriótico artificial en los trabajadores, que tiende a alejarlos de los efectos de la propaganda revolucionaria, y a hacerlos olvidar, al embriagarlos en contra de los llamados extranjeros, de la lucha contra el verdadero enemigo, cercano, terrible, despiadado, que se esconde dentro de las fronteras de la «patria» y que se llama «patrón».

El militarismo en su forma más odiosa: el reclutamiento obligatorio, nació con la burguesía, fue instaurado por esta. Antes de la Revolución Francesa, las guerras eran dirigidas por tropas mercenarias contratadas por príncipes que luchaban por el dominio. En el momento de las guerras por la independencia, los ejércitos estaban compuestos en su mayoría por voluntarios, mientras que las tropas regulares constituían más bien el medio por el cual las monarquías, para expandir sus dominios, explotaban las aspiraciones de autonomía de los pueblos. Pero esas aspiraciones de autonomía nacional están demasiado lejos de nosotros en la actualidad, han sido superadas por un sistema completamente diferente de tendencias e ideales que tienen su máxima expresión en el socialismo y forman el programa de los trabajadores de todos los países. Finalmente, estos comienzan a comprender que no tienen por qué matarse entre sí con el único propósito de cambiar de patrón y explotador. La careada necesidad de la «defensa del territorio nacional» es ahora solo una mentira puesta allí para arrebatar sangre y millones a los pueblos inconscientes. No hay distinción posible entre «ofensa» y «defensa» en la guerra moderna; todo depende de las sutilezas de los diplomáticos. Una guerra europea nunca sería la agresión de una nación contra otra, sino la consecuencia de la codicia territorial y financiera de un lado y del otro. El magnífico libro de Normann Angel: «La gran ilusión» ha demostrado que tal guerra sería un desastre incluso para las mismas clases dominantes de ambas naciones: la derrotada y la vencedora.

En cuanto a las guerras de conquista, los mismos partidarios del patriotismo deberían rechazar la usurpación de la *patria* de otro; los socialistas vemos en ellas el medio para satisfacer la codicia imperialista del capitalismo, a expensas del proletariado que da sangre y dinero a esas empresas, sin obtener más que una amarga decepción.

En cada una de sus manifestaciones, el militarismo es, por lo tanto, un arma en defensa de la burguesía; directa e indirectamente, lesiona siempre a las clases trabajadoras y las lleva a lacerarse locamente, envileciendo el desarrollo de la hermandad humana. Al militarismo le negamos cualquier reconocimiento, incluso abstracto y teórico: no queremos reformarlo sino derribarlo, porque *patria y nación*, burguesamente entendida, son para nosotros térmi-

nos superados desde que abrimos los ojos al engaño que esconde detrás de esos nombres las tendencias más siniestras de los auténticos adversarios del proletariado y su futuro socialista.

NUESTRA PROPAGANDA

Al reconocer esta profunda e insuperable antítesis entre nuestras aspiraciones y la continua y tenaz influencia del militarismo, nuestro deber es buscar defender por todos los medios la difusión de nuestras ideas y salirle al paso a nuestro enemigo natural.

Para tener un proletariado apto para la lucha de clase y consciente de sus destinos, es pues esencial sustraerlo de la perniciosa educación patriótica. Y la difusión de las ideas antimilitaristas es el primer deber del Partido Socialista, sus propagandistas y todos sus militantes. El interés inmediato, material y moral de todo trabajador es convencerse a sí mismo de esas ideas y desconfiar de las mentiras que la burguesía difunde hábilmente a fin de desviar la atención de los trabajadores de los verdaderos problemas que deben preocuparles en el campo económico y social.

Los trabajadores están convencidos de que incluso las organizaciones profesionales no pueden cumplir con sus deberes cuando, en huelgas y agitaciones, la fuerza armada milita al lado del patrón. Las mujeres trabajadoras piensan en el monstruo sangriento que mata y derriba a sus hijos, esposos, hermanos; pero toda la inmensa familia del trabajo se solidariza con nuestra guerra antimilitarista, que responde a las necesidades vivas e indelebles de todos aquellos que hoy viven trabajando y sufriendo.

Era necesario llevar la voz de la propaganda socialista a una clase especial de trabajadores: los jóvenes destinados a ser los instrumentos inconscientes de este enemigo, los candidatos a los cuarteles, aquellos que la burguesía prepara a bañarse con sangre fraterna.

Esta tarea se cumple enérgicamente en nuestra Federación de Jóvenes Socialistas, que ya puede estar orgullosa de su pasado luchador y de las feroces batallas que ha librado, incluida la campaña realizada contra la desafortunada guerra de Trípoli, que tantas vidas de jóvenes trabajadores ha segado, tanta sangre y tantas lágrimas han costado al infeliz pueblo de Italia. Hoy queremos dar un paso más: persuadidos de que no es conveniente abandonar al joven recluta, aunque esté resignado a la influencia desmoralizadora de los cuarteles, nos proponemos seguirlo hasta allí, acompañarlo y ayudarlo en su dolor y desesperación, para que mantenga viva en su corazón la llama de la idea, la única que podrá detener su mano cuando le indiquen el pecho de los hermanos en explotación y dolor, cuando se busque lanzarla contra las conquistas de la bandera proletaria roja, que primero lo recibió bajo su manto, quien lo elevó a la dignidad de hombre, sacándolo de la aversión reservada hoy para aquellos que han nacido pobres. ¡No olvidéis! – queremos decirle al joven soldado – que bajo este uniforme (que) no tienes más remedio que ponértelo, todavía eres y siempre serás un trabajador, un marginado de la sociedad y que mañana la falsa adulación de la clase que inconscientemente debes apoyar en su opresión, cambiará a un feroz desprecio y las armas que tienes hoy las encontrarás apuntando a tu pecho cuando, una vez vuelvas a vestir la áspera blusa del obrero, y vayas a reclamar algo de pan a cambio de tu trabajo...

Esto es lo que queremos hacer, lo haremos en

la medida en que las fuerzas sean suficientes con «Dinero al Soldado».

EL DINERO AL SOLDADO

La educación en los cuarteles se esfuerza por crear una psicología bien especial, que tiende a transformar a los hombres en brutos y violentos. Muchas veces, nuestros jóvenes compañeros en ese ambiente odioso se sienten aislados sin una voz amiga que pueda, por un momento, elevar su alma a una visión más noble y superior. A menudo sienten la necesidad de ser apoyados y aconsejados, de conocer en el lugar donde prestan servicio, en las horas libres, a compañeros con los que se pueda discutir de socialismo, estar al tanto de los eventos que afectan a la clase obrera y el partido. Pues bien, será fácil para nosotros satisfacer estos legítimos deseos, cultivar esas buenas tendencias. De ahora en adelante, a través de la nueva institución, los círculos juveniles no olvidarán a los miembros que son soldados, les enviarán cartas, periódicos e incluso dinero: los pondrán en relación con los compañeros del lugar donde hacen su servicio, que podrán ayudarlos, mantenerlos informados de todo, para aliviarles la dura vida de los cuarteles y así continuar su educación socialista. Al mismo tiempo, el Partido y la organización juvenil pueden ser informados de los abusos cometidos en los cuarteles y de la intimidación de la que son víctimas nuestros compañeros, y podrán emplear todos aquellos medios de acción que les puedan garantizar un tratamiento más justo.

Es, como puede verse, una intensa comunión de ideales, de relaciones continuas entre los que han quedado y los que han partido, relaciones que deberán estimular a los reclutas a hacer otra obra: la de la penetración entre los soldados no socialistas, entre los que han ingresado, vírgenes de toda idea política, que no saben qué es una organización, que ignoran la palabra socialismo; o peor aún, son esclavos de prejuicios religiosos y patrióticos.

La continua y férrea disciplina, el ser tratados como un número, despertará en ellos el espíritu latente de rebelión y las aspiraciones a la libertad; por lo tanto, será entonces el momento de iluminarlos y conquistarlos, alejándolos de la desmoralización militar.

Y las oportunidades para sembrar nuevas ideas nunca fallarán para el militante socialista: «*Las ceremonias palaciegas* – reasumimos lo que Sylva Viviani escribió hace tiempo –, *las conmemoraciones sanguinarias, los discursos acaramelados de los superiores hacia los soldados, agresivos contra el socialismo, tolerantes y melifluos hacia el sacerdote, entusiasmado con el odio hacia alguna nación extranjera, son todas ocasiones para que el socialista hable, clarifique, explique... en conversaciones discretas. Explique, cuando surja la oportunidad, qué son las huelgas obreras y agrícolas, sus causas más corrientes, los medios para llevarlas a la victoria, la organización en las ligas, la resistencia, la solidaridad, los intereses de los obreros y campesinos, opuestos a los de la burguesía y el patrón.*

Elogiar el trabajo, insistir en la organización que una sus fuerzas en la defensa de los intereses individuales y que al mismo tiempo confiere prestigio al trabajo. Luego ampliar la esfera de las ideas, explicar que el trabajo y la organización son el origen de la solidaridad fuera del municipio y la patria, demostrando que

los campesinos y obreros de Italia, Austria, Alemania, etc., no pueden ni deben hacer la guerra de unos contra otros; así, deben oponerse a la guerra.

Todo esto lo podemos lograr con el «Dinero al Soldado».

¡ADELANTE!

¿Qué socialista no querrá participar en esta propaganda nuestra, hoy en día que las bestias del militarismo reinan en toda Europa y que en Italia ha celebrado sus peores saturnales con la guerra de Libia y la represión policial? Cualquier otra acción pasa a un segundo plano ante la necesidad de resistirnos a la tormenta que nos invade, a enfrenar el torbellino de reacciones con que la burguesía belicista ha tratado de empujarnos de nuevo a la oscuridad del pasado, alzando la horca en Trípoli junto a la bandera italiana, como símbolo de su civilización, respondiendo con plomo y metralla a las personas hambrientas, tratando de sofocar nuestra idea de redención con la embriaguez patriótica de la triple algarabía tripolina, y con los actos serviles de sus policías y sus magistrados. Unámonos para mostrar a nuestros enemigos que el socialismo no abandona y no cede, sino que se levanta más fuerte y más seguro sobre todas las insidias, y probamos, incluso invadiendo los cuarteles con nuestra propaganda, que en esta vil y disoluta sociedad, donde quiera, incluso en el corazón de sus últimas defensas, insurgen los rebeldes que, llamados por el badajo de una nueva diana, son cada vez más numerosos y determinados. ●

La división habitual de las épocas históricas, citada con frecuencia en la literatura marxista, a menudo repetida por Kautsky y adoptada por Potresov en su artículo, es la siguiente: 1) 1789-1871; 2) 1871-1914; 3) 1914-? Se entiende que aquí los límites, como en general todos los límites, tanto en la naturaleza y en la sociedad son convencionales y variables, relativos, no absolutos. Y tomamos solo los hechos históricos más destacados, los que saltan a la vista, como hitos de los grandes movimientos históricos. La primera época, que se extiende desde la gran Revolución Francesa hasta la guerra franco-prusiana, es la época de la burguesía en ascenso, de su victoria total; es la era de los movimientos democráticos burgueses en general y de los movimientos nacionales burgueses en particular, la era de la rápida demolición de las caducas instituciones feudales y absolutistas. La segunda es la del dominio completo de la burguesía y de su decadencia, la época de la transición de la burguesía progresista al capital financiero reaccionario y ultra-reaccionario. Es la era en la que una nueva clase se prepara y reúne lentamente sus fuerzas, la época de la democracia moderna. La tercera época, que acaba de comenzar, coloca a la burguesía en la misma «situación» en que se hallaron los señores feudales durante la primera época. Es la era del imperialismo y de las conmociones imperialistas, o derivadas del imperialismo. La era de las guerras y revoluciones. (Lenin, *Bajo una bandera ajena*, febrero de 1915). ●

El siguiente artículo fue escrito diez días después del estallido de la conflagración general y expresa claramente el enfoque de las tesis de la Izquierda que no eran las de todo el Partido Socialista Italiano, solo la de su ala más clara y decidida. En este se niega la justificación de las guerras de defensa dando como ejemplo a Alemania, que, según las infelices declaraciones del diputado socialista Haase, estaba obligada a defenderse del peligro ruso. En realidad, todas las patrias están en estado de defensa, la agresión es un hecho, la ofensiva es otra. La violencia bélica (ver Francia-Alemania 1870) hace que un agresor se convierta rápidamente en un invadido que se defiende. Es desde aquellos días lejanos que se niega la teoría de la «responsabilidad» con las palabras: «en realidad, la burguesía de todos los países es igualmente responsable del estallido del conflicto, o más bien, el responsable es el sistema capitalista, que responde a sus necesidades de expansión económica, y que ha generado el sistema de grandes armamentos y de la paz armada». Luego el artículo desarrolla la teoría del militarismo burgués en oposición al feudal: la democracia electiva es el caldo de cultivo del militarismo burgués. De hecho, debe recordarse que Francia siempre había planeado hacer con Suiza lo que Alemania hizo con Bélgica, y a propósito de todo el bagaje retórico amorfo de la civilización contra la barbarie, la presencia de una Rusia zarista feroz y sangrienta entre los paladines de la libertad...

Por lo tanto, con la explicación de las causas de la guerra y la condena de todo «defensismo» se demuestra que la Izquierda adoptó inmediatamente una posición en Italia idéntica a la de Lenin. ●

A propósito de neutralidad: ¡A nuestros puestos!

De «Avanti!» del 16 de agosto de 1914

Con el estallido de la guerra europea, los socialistas italianos nos encontramos, en la condición más o menos transitoria de espectadores, desde entonces la evaluación de los eventos que podemos hacer hoy, incluso a través de las noticias trilladas y tendenciosas que tenemos, es sin duda una guía para la acción de hoy y mañana contra la guerra, incluso si la discusión sobre lo que ha tenido lugar en otros Estados en el momento actual tenga un sabor académico.

En nuestro movimiento han surgido algunas corrientes peligrosas que podrían comprometer la aspiración común al postulado de la neutralidad italiana. Muchos compañeros expresan y difunden en los mítines y en la prensa un sentimiento de viva simpatía por la Triple Entente, no solo *justificando*, sino *exaltando* la actitud de los socialistas franceses hasta el punto de sostener que los socialistas italianos deben acudir en defensa de Francia. De esta concepción a la de la neutralidad italiana que no debería romperse para favorecer a Austria y Alemania, pero que podría serlo para apoyar a Francia, solo hay un paso. Tal actitud no responde en el campo de las ideas al principio socialista, y en la práctica solo sirve para hacerle el juego al gobierno italiano y a la burguesía italiana que se frotan las manos por intervenir en el conflicto. Veamos las razones.

Se dice que ante el diluvio de eventos tan grandiosos como los que presenciamos y que invierten todos los valores políticos y sociales de manera inesperada, es necesario salir de los esquemas mentales y alejarse de las «fórmulas», inspirándose en un criterio de realidad al elegir una posición. De este modo, mandando a la trastienda de las afirmaciones platónicas los conceptos de antimilitarismo e internacionalismo socialistas – que los eventos habrían puesto si no en jubilación, por lo menos a la expectativa – es necesario darse cuenta de que en esta hora histórica esos logros sociales de libertad y democracia que se creía estaban asegurados para siempre se ponen en juego, y el peligro que corren depende del predominio del militarismo austro-alemán, que espera repetir la época histórica de las invasiones bár-

baras, y que ha agredido brutalmente a las naciones más liberales, civilizadas y pacíficas.

El socialismo volvería a pensar «después del cataclismo»; por el momento, es necesario defender la causa de la civilización, oponiéndose a la devastación teutónica de Francia y sus aliados.

Pensar así, nos dicen, significa salir audazmente de las «fórmulas». Pero esas fórmulas eran buenas en «*tiempos de paz*», como trama de los mítines, y condimento de las exhibiciones electorales; pero ninguno dijo a los tontos que en el momento crítico saldríamos de las «fórmulas». Entonces, los «esquemas mentales» eran convicciones inquebrantables, idealidades por las que se sacrificaría la vida, reconstrucciones fieles de la realidad social indicadas por una fe que nunca se negaría. En verdad, para la sinceridad, para la honestidad del socialismo, aquellos que lo consideraron un esquema vacío, un formulario inútil, no tenían por qué esperar para arrojarlo al fuego de la dura prueba de esta hora siniestra.

Sin cerrar nuestros ojos a lo que está sucediendo para cultivar ilusiones obstinadas en la soledad abstracta de la conciencia, los socialistas podemos y debemos argumentar que el socialismo no ha sido asesinado, y que, inspirado por las directivas seguidas hasta el momento, debemos actuar de manera directa y segura en la situación presente.

Aquellos que creen que están saliendo de *nuestras* viejas fórmulas no son conscientes del hecho de que no hacen nada más que recurrir a fórmulas que no son las nuestras, y aceptan esas directivas que siempre se han denunciado como falsas. Es un fenómeno que ocurre en las grandes situaciones históricas: los partidos retroceden y se apoyan en postulados menos avanzados. En la revolución italiana los revolucionarios republicanos aceptaron la monarquía. En 1871 los internacionalistas franceses salvaron a la nación. Es el índice de inmadurez de los partidos del futuro. ¿Acaso, tal vez, el socialismo es todavía inmaduro y sus fuerzas se replegarían para defender los principios, para nosotros idealmente obsoletos, de la democracia y las nacionalidades? Puede ser. En Italia, sin

embargo, hoy todavía podemos actuar como socialistas. Mañana, tal vez, todos irán a elegir otro lugar según su instinto. Pero ahora todavía tenemos una batalla que librar; no tenemos por qué comprometerla, ni mancharla. El Partido Socialista puede, tal vez, evitar que la masacre se extienda a los trabajadores italianos, ya que muchos cientos de miles de seres humanos abultan la cantidad de masacrados y masacradores por intereses que no son los suyos. Entonces estamos, por dios, sobre la base sólida del socialismo, que aún no cede bajo nuestros pies.

Por lo tanto, es un error acomodarse de inmediato al sentimentalismo francófilo, que no es la novísima exigencia del momento, sino que es el antiguo bagaje escolar de la democracia italiana. Conservemos nuestra plataforma. Si el nacionalismo renuncia al punto de hacer un guiño a Austria, si los demócratas se castran hasta el punto de mandar a la gente a guardar silencio y seguir ciegamente al gobierno, no es una razón por la cual nosotros, habiendo olvidado el socialismo, debemos apresurarnos a ocupar los espacios dejados por patriotas y demócratas profesionales.

Por lo tanto, debemos y podemos permanecer en nuestros puestos, contra todas las guerras, en defensa de las cuales el proletariado tiene todo que perder, nada que ganar, nada que preservar.

Desde que el hombre tiene el don de pensar antes de actuar, para escapar del mantenimiento de los compromisos, las consecuencias concretas de las afirmaciones abstractas, la defensa que anida en cada ser pensante siempre ha recurrido a las distinciones. Así que hoy la distinción entre guerra ofensiva y guerra de defensa, entre la invasión de la patria ajena y la protección del territorio nacional, nos tira entre la cabeza y el cuello. Pero los anti-patriotas de ayer escriben una carta que destruye diez volúmenes, mil artículos y marchan hacia la frontera. ¿Es la política socialista también el culto de gestos hermosos en lugar de sacrificios reales? Francia ha sido atacada, y se está defendiendo del peligro alemán. Pero, ¿habéis leído las declaraciones del diputado Haase en el Reichstag alemán? Alemania se defiende contra el peligro ruso. Todas las patrias están en peligro, ya que se lanzan unas sobre otras. En realidad, esto sucede en todos los países, la clase dominante logra hacer creer al proletariado que está animada por sentimientos pacíficos y que ha sido *arrastrada* a la guerra para defender su patria y sus *intereses supremos*, mientras que en realidad la burguesía de todos los países es igualmente responsable del estallido del conflicto, o mejor aún, el responsable es el sistema capitalista que, por sus necesidades de expansión económica, ha generado el sistema de grandes armamentos y de *paz armada*, que hoy se derrumba resolviéndose en la espantosa crisis.

Es por ello que la tesis según la cual la guerra fue preparada y deseada por el militarismo austro-alemán es *escolástica y artificial*. Como también es artificial asociar el carácter militarista de los dos imperios a las tradiciones de la era feudal, superadas por la historia moderna. Los grandes armamentos de Alemania corresponden al desarrollo de su industria y a las modernísimas exigencias de su comercio. Al estar a la vanguardia del mundo capitalista debido a su excelente y muy intensa producción, y al no tener, como Inglaterra y Francia, los vastos imperios coloniales, la moderna Alemania, formándose como nación *mucho después* que sus rivales, se lanzará por necesidad a una preparación militar que le aseguraría un buen puesto en el mundo. Aplastada hace cien años bajo la

prepotencia napoleónica, precisamente porque el militarismo moderno que surgió en la Francia democrática, era mucho más fuerte que todos los viejos ejércitos reunidos por los barones alemanes, la Alemania burguesa se ha recuperado liberándose de la supervivencia medieval del imperialismo austríaco y ha tomado las vías modernas del imperialismo capitalista y – diría yo – democrático. En 1866, el militarismo germánico no estaba representado con tintes tan sombríos como los del patriotismo italiano, y aquellos que ahorraron a Italia las consecuencias de los ataques contra Lissa y Custoza no fueron llamados seguidores de Atila.

Por otro lado, los Estados modernos tienden al militarismo, además de luchar por la hegemonía comercial, existen también otras razones que reflejan la política interna y están en directa antítesis con los intereses de la clase obrera y sus aspiraciones al socialismo. Incluso la supremacía de una u otra de las burguesías nacionales es de poco interés para el proletariado que, según las necesidades del mercado laboral, transita y vuelve a transitar, con un ritmo cada vez más intenso, las fronteras nacionales.

Que no se nos acuse de dogmatismo si, ante el gran drama que se representa en la escena de la política exterior convencional, volvemos a los conflictos internos y de clase y no creemos que la guerra sea producto del capricho de Francesco Giuseppe o del gusto de Guillermo II.

La Austria burguesa avanzaba a grandes pasos hacia la decadencia, no solo por la acción del proletariado, sino también y quizás más por el odio de las razas. Por necesidad de su conservación estatal, asaltó a Serbia. Es absurdo pensar que un Estado se deje disolver sin emplear las grandes fuerzas militares que maneja directamente. Superando las guerras intestinas con la exaltación nacional, con una guerra Austria podría esperar consolidar su equipo. Esto desencadenó el incendio en Europa. Dado el sistema de alianzas en vigor, Alemania debía entrar en conflicto con los tres gigantes que lo rodean; la conflagración se hizo inevitable. ¿Importa acaso discutir y establecer quién lanzó la primera piedra? Es cierto que el sistema de alianzas hace caer todas las responsabilidades sobre el Príncipe Bismarck; pero no creemos en la influencia de los hombres vivos sobre los eventos; creemos incluso menos que en la de los muertos.

Pero como prueba de la agresión alemana se dice que se ha violado la neutralidad de Luxemburgo y Bélgica, rompiendo así los cánones del derecho internacional. ¿Ingenuidad o ironía? En el desenfreno salvaje de la ferocidad humana en una guerra sin precedentes, ¿qué vale un derecho que ninguna autoridad puede garantizar?

Y, si eso correspondía con sus planes, ¿el Estado Mayor francés habría tenido escrúpulos en violar la neutralidad suiza?

¡Qué comedia, la de los gobiernos! Después de haber preparado la guerra en todas sus formas, con grandes armamentos, atizando las rivalidades nacionales, socavándose mutuamente con trampas diplomáticas, con espionaje, con corrupción, hoy se visten de candor y llaman al proletariado a tomar las armas ¡porque otros han violado el «derecho del pueblo» atacándoles por la espalda!

Se recurre también a otro tema famoso, cual es el de la democracia en peligro. Se afirma que la victoria alemana sería un «regreso a la barbarie» porque la civilización moderna *irradiaba* desde Francia. ¿Necesitamos tantas palabras para probar que esta tesis es vacía y específicamente antisocialista? La civilización en el sentido de una progresiva «irradiación» de ideas, conceptos, tendencias,

no la admitimos. Dejémosla a los anticlericales novatos. En el desarrollo histórico vemos la alternancia de clases, debido a la sucesión de formas sociales que no procede evolutivamente, sino por crisis sucesivas.

En la saturnal militaresca a la que Europa se ha entregado, ¿no es, tal vez, una de estas grandes crisis? Que la «civilización» o la «barbarie» provengan de ella no depende de la victoria de unos u otros, sino de las consecuencias que la crisis tendrá sobre las relaciones de las clases sociales y sobre la economía del mundo. Y luego, ¿qué tiene que envidiar la civilización germánica de la civilización francesa? ¿Realmente salimos de las fórmulas prestadas de la interpretación más burda de los hechos! La industria alemana, el comercio y la cultura no permiten comparaciones absurdas con hordas bárbaras. El militarismo alemán no es una supervivencia de otros tiempos, sino un fenómeno muy moderno, como intentamos demostrar. Si nos dirigimos hacia la barbarie militar, es porque toda la civilización burguesa y democrática ha preparado esta solución surgida de sus contradicciones internas, que hoy nos parece un retorno histórico... Y, de nuevo, ¿es que acaso Francia

no está aliada a la Rusia zarista?

Pero hay que cortar y concluir. Las conclusiones pueden mostrar que los principios teóricos del socialismo no nos llevan fuera de la realidad, como bien dice, en su magnífico artículo, Giovanni Zibordi. Un viento de guerra recorre Austria. La burguesía italiana lo desea, lo alienta, quiere tomar las armas, es decir, que el proletariado las tome, para tomar partido por la Triple Entente. Esta tendencia se incuba en las sombras. Estallará en las plazas si el gobierno quiere librar una guerra contra los alemanes, y quizás veamos las escenas de septiembre de 1911, especialmente si nos dejamos desorientar por los sentimientos francófilos.

¿No jugamos demasiado al juego de Salandra, gritando «viva Francia» para evitar una guerra en su contra?

El gobierno podía sentirse las manos libres, inventar una provocación alemana, agitar el trapo de la patria en peligro y arrastrarnos a la guerra en la frontera oriental.

Mañana, bajo el peso del asedio, veremos propagarse la otra mentira oficial por todo el mundo de que incluso en Italia ya no hay partidos en la unanimidad belicista.

¡Entonces a nuestros puestos, por el socialismo! ●

* —————

En el siguiente texto, Lenin resume las posiciones de los marxistas rusos sobre la cuestión de la guerra europea, definida como una guerra burguesa, imperialista, dinástica, cuyas causas económicas están claramente indicadas: la lucha por los mercados y la rapiña de los países extranjeros, pero subrayando al mismo tiempo, que el objetivo de todos los gobernantes es el de aplastar al movimiento revolucionario del proletariado, incitando a los esclavos asalariados de un país contra los de otros países. Se condena el comportamiento de los líderes de los partidos socialistas que se unieron a la guerra de sus burguesías respectivas, una verdadera traición al socialismo; igualmente se denuncia la bancarrota política e ideológica de la II Internacional. En cuanto a los marxistas rusos, estas son sus tareas: lucha despiadada contra el chovinismo gran-ruso y monárquico-zarista, declarando que el mal menor para la clase obrera y las masas trabajadoras rusas sería la derrota del ejército ruso con el cual el zarismo oprime al pueblo ruso; la propaganda difundida en el ejército a favor de la revolución socialista, para que apunte sus armas no contra los proletarios de otros países, sino contra los gobiernos y partidos burgueses de todos los países; la lucha despiadada, en todos los países, «sin excepción», en contra del chovinismo y patriotismo de la pequeña burguesía; la propaganda a favor de la revolución en Rusia y por la emancipación y autodeterminación de los pueblos oprimidos de Rusia. En la práctica, se sintetiza la actitud no solo táctica, sino programática de la revolución socialista en todos los países capitalistas, avanzados o no. ●

Las tareas de la Socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea

La Socialdemocracia rusa y la guerra europea.

Se nos informa de fuentes dignas del mayor crédito que hace poco se ha celebrado una reunión de cuadros dirigentes del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia para tratar de la guerra europea. Esta reunión no ha tenido un carácter plenamente oficial, pues el Comité Central del POSDR no ha podido reunirse aún como consecuencia de las detenciones en masa y de las inauditas persecuciones por parte del Gobierno zarista. Pero sabemos con toda exactitud que la reunión mencionada ha expresado realmente las opiniones de medios influyentes del POSDR. La misma ha aprobado la siguiente resolución, cuyo texto íntegro publicamos como documento:

Resolución de un grupo de socialdemócratas

1) La guerra europea y mundial tiene un carácter claramente definido de guerra dinástica, imperialista, burguesa. La lucha por los mercados y el saqueo de países ajenos, la aspiración a reprimir el movimiento revolucionario del proletariado y de la democracia dentro de los países y el afán de embaucar, desunir y aplastar a los proletarios de todos los países, azuzando a los esclavos asalariados de una nación contra los de otra en provecho de la burguesía, constituyen el único contenido y significación reales de la guerra.

2) La conducta de los jefes del Partido Socialdemócrata Alemán, el más fuerte e influyente de la II Internacional

(1889-1914), que ha votado el presupuesto de guerra y repite las frases chovinistas burguesas de los junkers y la burguesía prusianos, es una franca traición al socialismo. La conducta de los jefes del Partido Socialdemócrata Alemán no puede ser justificada en modo alguno, ni aun en el supuesto de que dicho partido fuera absolutamente débil y se viese en la necesidad de someterse de manera temporal a la voluntad de la mayoría burguesa de la nación. En la práctica, dicho partido ha aplicado actualmente una política nacional-liberal.

3) Es digna de la misma condenación la conducta de los jefes de los partidos socialdemócratas belga y francés, que han traicionado al socialismo al entrar en ministerios burgueses.

4) La traición al socialismo cometida por la mayoría de los jefes de la II Internacional (1889-1914) significa la bancarrota política e ideológica de esta Internacional. La causa principal de dicha bancarrota está en el predominio efectivo en ella del oportunismo pequeñoburgués, cuyo carácter burgués y cuyo peligro los vienen señalando desde hace largo tiempo los mejores representantes del proletariado revolucionario de todos los países. Los oportunistas venían preparando hace ya tiempo la bancarrota de la II Internacional, al negar la revolución socialista y sustituirla por el reformismo burgués; al negar la lucha de clase y su indispensable transformación, en determinados momentos, en guerra civil, y al propugnar la colaboración entre las clases; al preconizar el chovinismo burgués con los nombres de patriotismo y defensa de la patria; al omitir o negar la verdad fundamental del socialismo expuesta ya en el *Manifiesto Comunista*, de que los obreros no tienen patria; limitarse en la lucha contra el militarismo al punto de vista sentimental pequeñoburgués, en lugar de reconocer la necesidad de la guerra revolucionaria de los proletarios de todos los países contra la burguesía de todos los países; al convertir la utilización ineludible del parlamentarismo burgués y de la legalidad burguesa en un fetichismo de esta legalidad y en el olvido de que, en épocas de crisis, son obligadas las formas clandestinas de organización y de agitación. Uno de los órganos internacionales del oportunismo, los *Cuadernos Mensuales Socialistas* [Sozialistische Monatshefte] alemanes, que ocupa desde hace mucho tiempo una posición nacional-liberal, celebra ahora con pleno derecho su victoria sobre el socialismo europeo. De hecho, el llamado «centro» del Partido Socialdemócrata Alemán y de otros partidos socialdemócratas ha capitulado cobardemente ante los oportunistas. Debe ser tarea de la futura Internacional desembarazar de manera terminante y decidida al socialismo de esta corriente burguesa.

5) Entre los sofismas burgueses y chovinistas con que más engañan a las masas los partidos y gobiernos burgueses de las dos principales naciones rivales del continente — la alemana y la francesa — y que repiten los oportunistas socialistas descarados y encubiertos, que se arrastran servilmente tras la burguesía, hay que destacar y condenar de manera especial los siguientes:

Los burgueses alemanes mienten cuando invocan la defensa de la patria, la lucha contra el zarismo, la salvaguardia de la libertad de desarrollo nacional y cultural, pues los junkers prusianos, con Guillermo al frente, y la gran burguesía de Alemania han aplicado siempre una política de defensa de la monarquía zarista y no dejarán de orientar sus esfuerzos a apoyarla, cualquiera que sea el desenlace de la guerra; mienten, porque, de hecho, la burguesía austríaca ha emprendido una campaña expolia-

dora contra Serbia, y la burguesía alemana oprime a los daneses, a los polacos y a los franceses en Alsacia-Lorena, sosteniendo una guerra ofensiva contra Bélgica y Francia con el fin de saquear los países más ricos y más libres, organizando la ofensiva en el momento que consideraba más propicio para emplear sus últimos perfeccionamientos en el material de guerra y en vísperas de la aplicación del llamado gran programa militar por Rusia. Mienten también los burgueses franceses cuando invocan exactamente igual la defensa de la patria, etc., pues, de hecho, defienden a países más atrasados en el terreno de la técnica capitalista y que se desarrollan con mayor lentitud, contratando con sus miles de millones a las bandas ultrarreaccionarias del zarismo ruso para una guerra ofensiva, es decir, para expoliar las tierras austríacas y alemanas.

Ambos grupos de naciones beligerantes no ceden en nada el uno al otro en crueldad y barbarie de la guerra.

6) La socialdemocracia de Rusia tiene en particular, y en primer término, la tarea de luchar implacable e ineludiblemente contra el chovinismo ruso y monárquico-zarista y contra su defensa sofisticada por los liberales, los demócratas constitucionalistas, parte de los populistas y otros partidos burgueses de Rusia. Desde el punto de vista de la clase obrera y de las masas trabajadoras de todos los pueblos de Rusia, el mal menor sería la derrota de la monarquía zarista y de sus tropas, que oprimen a Polonia, a Ucrania y a toda una serie de pueblos de Rusia y atizan la enemistad nacional para reforzar el yugo de los rusos sobre otras nacionalidades y fortalecer el Gobierno reaccionario y bárbaro de la monarquía zarista.

7) En la actualidad deben ser consignas de la socialdemocracia:

Primero. Hacer amplia propaganda, extendiéndola tanto a las tropas como al teatro de operaciones militares, de la revolución socialista y de la necesidad de dirigir las armas no contra nuestros hermanos, los esclavos asalariados de otros países, sino contra los gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses de todos los países. Organizar obligatoriamente células y grupos clandestinos entre las tropas de todas las naciones para realizar esa propaganda en todas las lenguas. Combatir implacablemente el chovinismo y el «patriotismo» de los pequeños burgueses y burgueses de todos los países sin excepción. Contra los cabecillas de la Internacional actual, que han traicionado el socialismo, apelar obligatoriamente a la conciencia revolucionaria de las masas obreras las cuales soportan sobre sus espaldas todo el peso de la guerra y, en la mayoría de los casos, son enemigas del oportunismo y del chovinismo.

Segundo. Hacer propaganda, como una de las consignas inmediatas, de la república alemana, polaca, rusa, etc., a la par con la transformación de todos los Estados de Europa en los Estados Unidos republicanos de Europa.

Tercero. Luchar especialmente contra la monarquía zarista y contra el chovinismo ruso, paneslavo, y propugnar la revolución en Rusia, así como la liberación y la autodeterminación de los pueblos oprimidos por Rusia, con las consignas inmediatas de república democrática, confiscación de las tierras de los terratenientes y jornada de ocho horas.

Un grupo de socialdemócratas, miembros del POSDR [redactado alrededor del 24 de agosto (6 de septiembre) de 1914]

(De Lenin, Obras, Ed Riuniti, Roma 1966, vol. 21, pp. 9-12)

Lenin, entre agosto y septiembre de 1914, vuelve a la cuestión de la guerra europea, sobre todo para atacar más profundamente la traición de los líderes de la II Internacional; tiene para todos, para los socialistas alemanes, los más influyentes en la II Internacional, y para los socialistas franceses y belgas, así como para los populistas rusos; ¡mientras los proletarios van a la masacre, los líderes de los partidos socialistas simpatizan con su propia nación y entran en los ministerios burgueses!

En este texto, Lenin también se refiere a las posiciones adelantadas por los socialistas italianos que citan el ¡Avanti! y, en particular, un artículo de Zibordi que (en ese momento aún no se había revelado completamente como reformista de derecha, como Mussolini que todavía no se había revelado como intervencionista) utilizó argumentos justos para criticar el chovinismo de la burguesía alemana y austriaca, pero también el chovinismo de la burguesía francesa, apoyándose en las actitudes antimilitaristas y anti-belicistas que el Partido Socialista Italiano expresaba en esos años a raíz de las presiones y luchas de las masas proletarias que ya habían demostrado la tradición antiburguesa durante las guerras de Libia y los Balcanes. ●

La guerra europea y el socialismo internacional

Lo más penoso para un socialista no son los horrores de la guerra – noi siamo per la «santa guerra per tutti gli oppressi per la conquista delle loro patrie! [en italiano en el texto] –, sino los horrores de la traición de los jefes del socialismo de nuestro tiempo, los horrores de la bancarrota de la Internacional actual.

¿Acaso no es traición, en la socialdemocracia, cuando vemos el sorprendente cambio de frente (después de la declaración de guerra por Alemania) de los socialistas alemanes? ¿No son una traición sus frases falsas sobre la guerra de liberación contra el zarismo? ¿Su olvido del imperialismo alemán? ¿Su olvido del saqueo de Serbia? ¿Sobre los intereses burgueses de la guerra contra Inglaterra, etc., etc.? ¡¡Patriotas, chovinistas, todos votan por el presupuesto de guerra!!

¿No cometen acaso idéntica traición los socialistas franceses y belgas? ¡Ellos desenmascaran muy bien al imperialismo alemán, pero, por desgracia, su ceguera es asombrosa cuando se trata del imperialismo inglés, francés o, sobre todo, del particularmente bárbaro imperialismo ruso! ¿No advierten el hecho vergonzoso de que, durante decenas y decenas de años, la burguesía francesa ha estado contratando con sus miles de millones a las bandas ultrarreaccionarias del zarismo ruso, que este zarismo aplasta a la mayoría alógena de Rusia, saquea a Polonia, oprime a los obreros y campesinos de la Gran Rusia, etc.?

En tiempos como éstos, un socialista se siente reconfortado cuando lee que «¡Avanti!», con valentía y franqueza, ha dicho la amarga verdad a Südekum (1), a los socialistas alemanes de que son *imperialistas*, o sea, chovinistas. Más reconfortados aún nos sentimos con el artículo de Zibordi (¡Avanti! del 2 de septiembre) (2), que denuncia, además del chovinismo alemán y austriaco (lo cual es, después de todo, ventajoso para la burguesía italiana), pero también para el chovinismo de la burguesía francesa y que ¡¡considera esta guerra como la guerra de la burguesía de todos los países!!

La posición de «¡Avanti!» y el artículo de Zibordi – lo mismo que la resolución del grupo de socialdemócratas revolucionarios (en una reciente conferencia celebrada en uno de los países escandinavos) (3) – nos muestran lo que hay de correcto y de no correcto en la frase habitual sobre la bancarrota de la II Internacional. Esta frase la repiten con maligna alegría los burgueses y los oportunistas («riformisti di destra», en el texto original) y, con amargura, los socialistas (Volksrecht de Zurich y Bremer Bürger-Zeitung). ¡¡En esa afirmación hay gran parte de

verdad!! La bancarrota de los *dirigentes* y de la mayoría de los partidos de la *actual* Internacional es un *hecho*. [Compárese. *Vorwärts* (6) *Arbeiter-Zeitung* (7) de Viena, el *Hamburger Echo* (8) con *L'Humanité*, y los llamamientos de los socialistas belgas y franceses versus la «resolución» de Vorstand alemán]. ¡¡Las masas no se han pronunciado *todavía*!!!

Pero Zibordi tiene mil veces razón cuando dice: no es que la «dottrina e sbagliata» (italiano en el original, ndt), ni tampoco el «rimedio» del socialismo lo que es «errato», sino «semplicemente non erano in dose bastante», «gli altri socialisti non sono 'abbastanza socialisti'» (No es que la «doctrina sea falsa», ni el «remedio» del socialismo «erróneo», sino que «simplemente sus dosis no eran suficientes», y «ciertos socialistas no son 'suficientemente socialistas'»)

No es el socialismo el que ha sufrido la bancarrota de la *Internacional europea actual*, sino la falta de socialismo, es decir, el *oportunismo* y el *reformismo*. Es ésta la «tendencia», que existe en todas partes, en todos los países y que tan acusadamente expresan en Italia Bissolati y Cía., la que ha sufrido una bancarrota, es ella la que ha enseñado durante años a olvidar la lucha de clases, etc., etc. – ver la resolución (10).

Zibordi tiene razón cuando ve la culpa principal de los socialistas europeos en el hecho de que ellos «cercano nobilitare con posturni motivi la loro incapacita a prevenir, la loro necessità di partecipare al macello», de que ellos «preferisce fingere di fare per amore ciò che (el socialismo europeo) costretto a fare per forza», de que los socialistas «*solidarizzano* ciascuno con la propria nazione, col Governo borghese della propria nazione in una misura da formare una delusione per noi» (y para todos los socialistas *no oportunistas*) «e un compiacimento per tutti i non socialisti d'Italia» * (y no sólo de Italia, sino de todos los países: véase, por ejemplo, el liberalismo ruso).

Sí, aun admitiendo la total incapacidad, la impotencia de los socialistas europeos, la conducta de sus líderes es una traición y una infamia: los obreros han ido a la matanza, pero, ¿y sus líderes? ¡¡Votan *a favor* y entran en el *Gobierno*!! Aun admitiendo una total impotencia, habrían debido votar *contra*, *no entrar* en el ministerio, no decir infamias chovinistas, no solidarizarse con su «nación», no defender a «su» burguesía, sino denunciar sus vilezas.

Puesto que burguesía e imperialistas hay en *todas partes*, en *todas partes* se realizan infames preparativos para la matanza. Si el zarismo ruso (el más reaccionario de

todos) es particularmente infame y bárbaro, el imperialismo alemán también es monárquico: objetivos dinásticos feudales, burguesía grosera, menos libre que en Francia. Los socialdemócratas rusos tenían razón al decir que, *para ellos*, la derrota del zarismo es el mal menor, que su enemigo directo es, ante todo, el chovinismo gran-ruso, pero los socialistas (no oportunistas) de cada país debían considerar *su* enemigo principal a «su propio» («patrio») chovinismo.

¿Pero, es cierto que la «incapacitá» es total? ¿Será así? ¿Fucilare Hheldentod? (11) y ¿¿muerte infame?? ¿¿in vantaggio di un'altra patria?? ¡¡No siempre!! Era posible tomar la *iniciativa*; era obligatorio. La propaganda ilegal y la guerra civil serían *más honestas*, serían obligaciones para los socialistas (esto preconizan los socialistas rusos).

Por ejemplo, se consuelan con la ilusión de que la guerra cesará, las cosas se arreglarán... ¡¡No!! Para que la bancarrota de la Internacional actual (1889-1914) no sea la bancarrota del socialismo, para que las *masas* no le den la espalda, para evitar el dominio del anarquismo y del sindicalismo (tan vergonzosamente como en Francia), hay que mirar a la verdad cara a cara. Cualquiera sea el vencedor, Europa se halla amenazada por un *recrudescimiento* del chovinismo, por la «revanche», etc. El militarismo alemán o el ruso alientan un contrachovinismo, etc., etc. Nuestro deber es sacar la conclusión de que ese oportunismo, ese reformismo tan solemnemente proclamado en Italia (y tan firmemente cortado por los camaradas italianos) está en completa bancarrota, y... (12)

NB intercalar: la actitud desdeñosa, despectiva de Neue Zeit hacia los socialistas italianos y «¡Avanti!»: ¡¡¡pequeñas concesiones al oportunismo!!! «El justo medio».

[El llamado «centro», lacayo de los oportunistas] ●

(1) Südekum, Albert (1871-1944): líder oportunista de la socialdemocracia alemana, revisionista. De 1900 a 1918 fue diputado al Reichstag. Furibundo socialchovinista durante la guerra imperialista mundial. Propugnó las concepciones imperialistas en el problema colonial y luchó contra el movimiento revolucionario de la clase obrera

(2) Zibordi, Giovanni (1870-1943): socialista y escritor italiano. Radical reformista gradualista, contrario tanto a las tendencias de derecha como de izquierda. Combatió el oscurantismo de la Iglesia católica. De 1914 a 1921 fue miembro de la Cámara de Diputados de Italia. En los años de la guerra imperialista mundial desenmascaró el socialchovinismo en los partidos socialistas de la II Internacional, pero consideraba que era imposible organizar una lucha revolucionaria contra la guerra.

(3) Véase: *Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea*.

(4) Volksrecht (Das), diario del Partido Socialdemócrata Suizo. Publicado en Zurich desde 1898.

(5) Bremer Burger-Zeitung, un diario socialdemócrata; salió en Bremen de 1890 a 1919; hasta 1916 fue influenciado por la izquierda socialdemócrata de Bremen, y luego pasó a manos de los socialchovinistas.

(6) Vorwärts, órgano oficial del Partido Socialdemócrata Alemán; semanario fundado en Leipzig en 1876 por W. Liebknecht y W. Hasenclever. Debido a las leyes antisocialistas de 1878 es clausurado, de 1879 a 1881 sale publicado en el extranjero con el título «El socialdemócrata» y su director es E. Bernstein; luego de diversas vicisitudes, desde 1891 reanuda su publicación con el nombre original

y sale como cotidiano. Frente a la Primera Guerra Mundial y durante esta guerra es socialchovinista. El 5 de agosto de 1914, publicó la declaración del grupo parlamentario que votó por los créditos de guerra y que dice, entre otras cosas: «Ahora nos enfrentamos con el hecho de la guerra. Estamos amenazados por las invasiones de nuestros enemigos. No es nuestra tarea votar a favor o en contra de la guerra, pero debemos decidir los medios financieros necesarios para la defensa del país... Pedimos que la guerra termine tan pronto como se garantice la seguridad de nuestra cultura y la independencia de nuestro país, tan pronto como los adversarios se inclinen por una solución pacífica, a través de una paz que haga posible la amistad con los pueblos vecinos... Esperamos que la experiencia cruel de los sufrimientos de la guerra haga que el horror de la guerra surja en millones de hombres en el futuro que estén del lado de los ideales del socialismo y la paz entre los pueblos».

(7) Weiner Arbeiter-Zeitung, diario, cuerpo central de la socialdemocracia austriaca. Fundada por V. Adler en 1899 en Viena. En los años de la Primera Guerra Mundial asumió una posición socialchovinista.

(8) Hamburger Echo, cotidiano, órgano de la organización de Hamburgo del Partido Socialdemócrata Alemán, fundado en 1875. Durante la primera guerra mundial asumió una posición socialchovinista.

(9) Lenin hace referencia al llamamiento al pueblo alemán, redactado por las delegaciones francesa y belga del Buró Socialista Internacional y publicado el 6 de septiembre en *L'Humanité*. El gobierno alemán fue acusado de sus planes de invasión y los soldados alemanes por las crueldades perpetradas en los territorios ya ocupados. La presidencia del Partido Socialdemócrata Alemán protestó contra esta apelación el 10 de septiembre en Vorwärts, n° 247.

El episodio provocó una controversia en la prensa entre los socialchovinistas franceses y alemanes, durante los cuales los partidos intentaron justificar la participación del gobierno de su país en la guerra instigando a echar la culpa a los gobiernos de otros países.

(10) Esta es la resolución de un grupo de bolcheviques adoptada en la Conferencia de Berna (ver en este volumen págs. 303-306).

(11) En alemán «muerte heroica».

(12) El manuscrito termina aquí. Las dos frases siguientes son notas al margen. Desde la fundación del Partido Socialista Italiano (1892), ha tenido lugar una lucha ideológica aguda entre las tendencias oportunistas y revolucionarias, que divergieron en las cuestiones políticas y tácticas del partido. En 1912, en el congreso de Reggio Emilia, bajo la presión de la izquierda, los reformistas más declarados, los defensores de la guerra y la colaboración con el gobierno y la burguesía (Bonomi, Bissolati) fueron expulsados del partido. En el período desde el comienzo del conflicto hasta la entrada de Italia en guerra, el Partido Socialista Italiano tomó posiciones en contra de las posiciones en contra de la guerra, lanzó el eslogan: «¡Contra la guerra, por la neutralidad!» En diciembre de 1914, un grupo de renegados (Mussolini y otros) fue expulsado del partido que, defendiendo la política burguesa imperialista, se puso del lado de los intervencionistas. Los socialistas italianos celebraron una conferencia con los socialistas suizos en Lugano (1914), participaron activamente en las conferencias socialistas internacionales de Zimmerwald (1915) y Kienthal (1916). En esencia, sin embargo, el Partido Socialista Italiano tomó una posición centrista. En mayo de 1915, después de la entrada en guerra junto a la Entente, el Partido Socialista Italiano renunció a la lucha contra la guerra imperialista y se apoyó en la fórmula de compromiso: «Ni adherir ni sabotear», que en la práctica significaba apoyar la guerra.

El texto de Lenin que aquí se publica, sale por primera vez en el Sotsial-Demokrat, órgano central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, del 1 de noviembre de 1914 a nombre del Comité Central del partido.

Lenin se dirige a todos los socialistas que no habían caído en el chovinismo y el oportunismo de la Segunda Internacional, recordando los puntos fundamentales del marxismo y volviendo a trazar lo que debe ser y será el programa revolucionario de los marxistas no solo en Rusia, sino en el mundo; un programa que solo podía prever la transformación de la guerra imperialista en guerra civil, preparando al proletariado para su revolución y dictadura de clase, además de la organización de la III Internacional como guía mundial de la revolución proletaria, depurada no solo de los «tránsfugas», sino también de todos los oportunistas. ●

La guerra y la socialdemocracia rusa

La guerra europea, preparada durante décadas por los gobiernos y los partidos burgueses de todos los países, ha estallado. El aumento de los armamentos, la exacerbación extrema de la lucha por los mercados en el desarrollo de la nueva fase imperialista del capitalismo en los países más avanzados, los intereses dinásticos de las monarquías más atrasadas de Europa del Este, inevitablemente debían conducir y han llevado a esta guerra.

Conquistar territorios y esclavizar naciones extranjeras, arruinar las naciones rivales y saquear sus riquezas, desviar la atención de las masas trabajadoras de la crisis política interna en Rusia, Alemania, Inglaterra y otros países, dividir a las masas trabajadoras, engatusarlas con el engaño nacionalista y destruir su vanguardia para debilitar el movimiento revolucionario del proletariado, este es el único contenido efectivo, el significado y el alcance de la guerra actual.

Frente a esto, a la socialdemocracia le incumbe revelar el verdadero significado de la guerra y desenmascarar sin piedad las mentiras, los sofismas y las frases «patrióticas» propagadas por las clases dominantes, los terratenientes y la burguesía, en defensa de la guerra.

A la cabeza de un grupo de naciones beligerantes está la burguesía alemana, que engaña a la clase obrera y a las masas trabajadoras afirmando que emprende la guerra por la defensa de la patria, de la libertad y la civilización, por la liberación de los pueblos oprimidos por el zarismo, y por el derrocamiento de este zarismo reaccionario. En cambio, la realidad es que esta burguesía, servil ante los junkers prusianos encabezados por Guillermo II, siempre ha sido el aliado más fiel del zarismo y el enemigo del movimiento revolucionario de los trabajadores y campesinos rusos. En realidad, esta burguesía, independientemente del resultado de la guerra, hará todos los esfuerzos junto con los junkers para apoyar a la monarquía zarista contra la revolución en Rusia.

La realidad es que la burguesía alemana se ha embarcado en una campaña vandálica contra Serbia, para subyugarla y sofocar la revolución nacional de los eslavos del sur, y al mismo tiempo dirigir la parte principal de sus fuerzas militares contra los países más libres, Bélgica y Francia, con el fin de saquear a estos competidores más ricos. La burguesía alemana, mientras difundía la leyenda de una guerra defensiva, eligió el momento más favorable para la guerra, utilizando los últimos adelantos de su técnica militar y previendo los nuevos armamentos ya diseñados y establecidos por Rusia y Francia.

A la cabeza del otro grupo de naciones beligerantes se encuentran la burguesía inglesa y francesa, que engañan a la clase obrera y a las masas trabajadoras afirmando que hacen la guerra por la patria, la libertad y la civiliza-

ción, contra el militarismo y el despotismo de Alemania. Pero en realidad, durante mucho tiempo esta burguesía financió con sus miles de millones al ejército del zarismo ruso, la monarquía más reaccionaria y bárbara de Europa, preparándolo para la agresión contra Alemania.

En realidad, el objetivo de la lucha de las burguesías inglesas y francesas es la conquista de las colonias alemanas y la ruina de la nación enemiga que se destaca por su mayor desempeño económico. Y para este noble fin, las naciones democráticas más «avanzadas» ayudan al zarismo salvaje a oprimir más a Polonia, Ucrania, etc., y a sofocar la revolución rusa con mayor violencia. Ninguno de los dos grupos beligerantes llega de segundo en términos de robo, ferocidad y la infinita crueldad de la guerra. Pero para engañar al proletariado y desviar su atención de la única guerra efectivamente emancipadora – vale decir, la guerra civil contra la burguesía de «su» país y países «extranjeros» –, para este alto propósito, la burguesía de cada país intenta exaltar con frases mentirosas acerca del patriotismo, el significado de la "propia" guerra nacional y quiere hacernos creer que se esfuerza en vencer al enemigo no para despojarlo y ocupar su territorio, sino para «liberar» a todos los demás pueblos, con la excepción del propio.

Pero, cuanto más celo el gobierno y la burguesía de todos los países ponen en dividir a los proletarios al lanzarlos unos contra otros, tanto más ferozmente el régimen de asedio y la censura militar (que incluso hoy en día, en tiempo de guerra, se dirige aún más contra el enemigo «interno» que contra el enemigo externo), cuanto más urgente se convierte el deber del proletariado consciente de defender su unidad de clase, su internacionalismo, sus concepciones socialistas contra la bacanal del chovinismo de la camarilla burguesa «patriótica» de todos los países. Evitar esta tarea significaría, para los trabajadores conscientes, renunciar a todas sus aspiraciones de libertad y democracia, por no hablar de la renuncia a sus aspiraciones socialistas.

Es necesario constatar con profundo pesar que los partidos socialistas de los principales países europeos no han cumplido con esta tarea y que la conducta de los líderes de estos partidos – en particular del partido alemán – raya en la traición abierta a la causa del socialismo. En un momento de tan grande importancia histórica en el mundo, la mayoría de los líderes de la actual Segunda Internacional Socialista (1889-1914) tratan de reemplazar el nacionalismo con el socialismo. El comportamiento de estos líderes ha hecho que los partidos de los trabajadores de estos países no se opusieran a la conducta criminal de los gobiernos, por el contrario, invitaban a la clase trabajadora a identificar su posición con la de los gobier-

nos imperialistas. Los líderes de la Internacional han traicionado al socialismo votando los créditos de guerra, repitiendo las consignas chovinistas («patrióticas») de la burguesía de «sus» países, justificando y defendiendo la guerra, participando en los ministerios burgueses de los países beligerantes, etc. Los líderes socialistas más influyentes y los órganos más influyentes de la prensa socialista de la Europa actual se identifican con el punto de vista chovinista burgués y liberal, sin nada que ver con el socialismo. La responsabilidad de este ultraje al socialismo le atañe al partido de los socialdemócratas alemanes, el partido más influyente de la Segunda Internacional. Tampoco se puede justificar a los socialistas franceses que aceptaron cargos ministeriales en el gobierno de la misma burguesía que traicionó a su patria y acordaron con Bismarck aplastar a la Comuna.

Los socialdemócratas alemanes y austríacos intentan justificar su apoyo a la guerra afirmando que de esta manera están luchando contra el zarismo ruso. Nosotros, los socialdemócratas rusos, consideramos esta justificación como un sofisma puro. En nuestro país, en los últimos años, el movimiento revolucionario contra el zarismo se ha extendido enormemente y la clase obrera de Rusia siempre ha estado a la cabeza de este movimiento. Millones de trabajadores han participado en las huelgas políticas que se han producido, teniendo como consigna el derrocamiento del zarismo y la reivindicación de una república democrática. Precisamente, en vísperas de la guerra, durante su visita a Nicolás II, el presidente de la República Francesa, Poincaré, pudo ver las barricadas erigidas por los trabajadores rusos en las calles de Petersburgo. El proletariado en Rusia no se detuvo ante ningún sacrificio con tal de liberar a la humanidad de la ignominia de la monarquía zarista. Pero debemos decir que si algo puede, bajo ciertas condiciones, posponer el fin del zarismo, si algo puede ayudarlo en la lucha contra la democracia de toda Rusia, es precisamente la guerra actual, la cual ha puesto el oro de la burguesía inglesa, francesa y rusa, al servicio de los fines reaccionarios del zarismo. Y si algo puede hacer que la lucha revolucionaria de la clase obrera de Rusia contra el zarismo sea más difícil, es precisamente la conducta de los líderes de la socialdemocracia alemana y austríaca que la prensa chovinista rusa no deja de presentarnos como ejemplo.

Aun si se admite que la falta de fuerzas de la socialdemocracia alemana haya hecho posible su renuncia a toda acción revolucionaria, ni siquiera en este caso tenía por qué unirse al campo chovinista, ni debía tomar esos pasos, a propósito de los cuales los socialistas italianos declararon con razón que los líderes socialdemócratas alemanes ensuciaban la bandera de la Internacional proletaria.

Nuestro partido, el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, ya ha sufrido y sufrirá pérdidas inmensas debido a la guerra. Toda nuestra prensa legal ha sido destruida, la mayoría de los sindicatos han sido disueltos, un gran número de compañeros están en prisión o han sido deportados. Pero nuestra representación parlamentaria – el grupo de trabajadores socialdemócratas rusos de la Duma – considera como un deber socialista imperioso no solo no votar los créditos militares, sino de abandonar la sala de reuniones de la Duma para expresar aún más enérgicamente su protesta y tachar la política de los gobiernos europeos como una política imperialista. Y aunque la opresión del gobierno zarista se ha multiplicado por diez, nuestros compañeros de trabajo ya están

publicando los primeros llamamientos ilegales contra la guerra en Rusia, cumpliendo así su deber hacia la democracia y la Internacional.

Si los representantes de la socialdemocracia revolucionaria, como la minoría de la socialdemocracia alemana y los mejores socialdemócratas de los países neutrales, sienten vergüenza por este fracaso de la II Internacional, si surgen en Inglaterra y en Francia voces de socialistas contra el chovinismo de la mayoría de los partidos socialdemócratas; si, por ejemplo, los oportunistas, representados por la revista alemana *Sozialistische Monatshefte*, quienes durante mucho tiempo tuvieron una posición nacional-liberal, celebran legítimamente su victoria sobre el socialismo europeo, no obstante el peor servicio al proletariado son aquellos individuos que oscilan entre el oportunismo y la socialdemocracia revolucionaria (como el llamado «centro» en el Partido Socialdemócrata Alemán), que intentan pasar por alto o tapar el fracaso de la II Internacional con frases diplomáticas. Por el contrario, es necesario reconocer abiertamente este fracaso y comprender sus causas, para que sea posible organizar una nueva y más sólida unión socialista de trabajadores de todos los países.

Los oportunistas han saboteado las resoluciones de los Congresos de Stuttgart, Copenhague y Basilea (1), que comprometieron a los socialistas de todos los países a luchar contra el chovinismo en cualquier condición, a responder con una propaganda más intensa por la guerra civil y la revolución social a cada guerra iniciada por la burguesía y los gobiernos. La bancarrota de la II Internacional es la bancarrota del oportunismo, que se desarrolló en base a las particularidades del período histórico pasado (el llamado período «pacífico») que, en estos últimos años, ha dominado la Internacional. Durante mucho tiempo, los oportunistas prepararon esta bancarrota al negar la revolución socialista, sustituyéndola por el reformismo burgués; negando la lucha de clase y la necesidad de transformarla – en determinados momentos – en guerra civil y predicar la colaboración de clases; predicando el chovinismo burgués bajo el nombre de patriotismo y de la defensa de la patria, ignorando y negando una verdad fundamental del socialismo ya establecida en el *Manifiesto comunista*, a saber, que los obreros no tienen patria; manteniendo un punto de vista sentimental pequeñoburgués en la lucha contra el militarismo, en lugar de reconocer las necesidades de la guerra revolucionaria de los proletarios de todos los países contra la burguesía de todos los países; al transformar el uso necesario del parlamentarismo burgués y la legalidad burguesa en el fetichismo de esta legalidad y al olvidar el carácter obligatorio de las formas ilegales de agitación y organización en tiempos de crisis. El «complemento» natural del oportunismo – un complemento que también es burgués y hostil al punto de vista proletario, es decir, marxista – es la corriente anarco-sindicalista, que se ha creado una reputación no menos deshonrosa al repetir con altivez las consignas chovinistas durante la crisis actual.

Hoy no se pueden realizar las tareas del socialismo, no se puede constituir una efectiva unión internacional de los trabajadores, sin romper decisivamente con el oportunismo y sin aclarar bien a las masas la inevitabilidad de su fracaso.

La tarea de la socialdemocracia de cada país debe ser sobre todo la lucha contra el chovinismo en el propio país. En Rusia, todo el liberalismo burgués (los «cade-

tes» y una parte de los populistas), incluidos los socialistas revolucionarios y los socialdemócratas de «derecha», han caído en el chovinismo. (En particular, se debe denunciar la actividad chovinista de hombres como E. Smirnov, P. Maslov y G. Plejanov, una actividad en la que la prensa «patriótica»-burguesa se lanzó, explotándola ampliamente).

En la situación actual, desde el punto de vista del proletariado internacional, la derrota de cuál de los dos grupos de naciones beligerantes sería menos perjudicial para el socialismo no se puede establecer. Pero para nosotros, los socialdemócratas rusos no puede haber ninguna duda de que, desde el punto de vista de la clase obrera y de las masas laboriosas de todos los pueblos de Rusia, el mal menor sería la derrota de la monarquía zarista, el más bárbaro y reaccionario de los gobiernos, el que oprime al mayor número de naciones y a la gran mayoría de la población en Europa y Asia.

La consigna política inmediata de los socialdemócratas europeos debe ser la formación de la República de Europa de los Estados Unidos; pero, a diferencia de la burguesía, que siempre está dispuesta a «prometer» todo lo que permita arrastrar al proletariado a la corriente general del chovinismo, los socialdemócratas explicarán cuán absurda y falsa es esta consigna sin la demolición revolucionaria de las monarquías alemana, austríaca y rusa.

En Rusia, dado su gran atraso, país que aún no ha completado su revolución burguesa, las tareas de los socialdemócratas deben consistir, como antes, en las tres condiciones fundamentales para una consecuente transformación democrática: la república democrática (con plena igualdad de derechos y autodeterminación para todas las naciones), la confiscación de las tierras de los grandes propietarios y la jornada laboral de ocho horas. Pero en todos los países más avanzados, la guerra pone a la orden del día la consigna de la revolución socialista, que se hace más urgente cuanto más peso ejerce la guerra sobre los hombros del proletariado y cuanto más activa sea la función del proletariado en la reconstrucción de Europa después de los horrores de la barbarie «patriótica» moderna, en el cuadro de los gigantescos avances técnicos del gran capital. La burguesía ha recurrido a las leyes de un Estado en guerra para cerrar completamente la boca al proletariado, colocando a este último frente a la tarea absolutamente indispensable de crear formas ilegales de agitación y organización. Los oportunistas, al precio de la traición de sus principios, también «protegen» a sus organizaciones legales. Los socialdemócratas revolucionarios aprovecharán la experiencia organizativa y los lazos que unen a la clase obrera para crear formas ilegales de lucha por el socialismo, adaptadas al período de crisis, y para unir a las masas laboriosas, no con la burguesía chovinista de su propio país, sino con los obreros de todos los países. La Internacional proletaria no está muerta y no morirá. Las masas trabajadoras, superando todos los obstáculos, crearán una nueva Internacional. El triunfo actual del oportunismo no durará mucho. Mientras más numerosas sean las víctimas de la guerra, más obvia será para las masas trabajadoras la traición consumada por los oportunistas contra ellas, y más evidente será la necesidad de tornar las armas contra el gobierno y la burguesía de cada país.

La transformación de la actual guerra imperialista en

guerra civil es la única consigna proletaria correcta, indicada por la experiencia de la Comuna, formulada por la resolución de Basilea (1912) y que surge producto de las condiciones de la guerra imperialista entre países burgueses altamente desarrollados. Por muy grandes que sean las dificultades de esta transformación en este o aquel momento, los socialistas, desde el momento en que la guerra se ha convertido en un hecho, nunca desistirán del trabajo sistemático, perseverante y continuo para prepararla.

Sólo de esta manera podrá el proletariado librarse de su sumisión a la burguesía chovinista y, de una forma u otra, más o menos rápidamente, dar pasos decisivos hacia la liberación efectiva de los pueblos y hacia el socialismo.

¡Viva la fraternidad internacional de los obreros contra el chovinismo y el patriotismo de la burguesía de todos los países!

¡Viva la Internacional proletaria, liberada del oportunismo!

El Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. ●

1) El Congreso Internacional de Stuttgart se celebró del 18 al 24 de agosto de 1907. El POSDR estuvo presente con 37 delegados, incluidos los bolcheviques Lenin, Lunacharski, Litvinov y otros. Lenin participó en la redacción de la resolución sobre *El militarismo y los conflictos internacionales*. Con Rosa Luxemburg aportó el proyecto de resolución de Bebel a la enmienda sobre el deber de los socialistas de usar la crisis abierta por la guerra para levantar a las masas y derrocar el capitalismo, una enmienda aprobada por el Congreso. Ver p. 39 de este folleto.

El Congreso de Copenhague de la Segunda Internacional se celebró del 28 de agosto al 3 de septiembre de 1910. El POSDR estuvo presente con Lenin, Plejanov, Lunacharski, Kollontai y I. Pokrovski. La resolución sobre la *Lucha contra el militarismo y la guerra*, aprobada por el Congreso, confirmó la de Stuttgart sobre el *Militarismo y los conflictos internacionales* y formuló las reivindicaciones que los diputados socialistas tenían que defender en los parlamentos burgueses de los respectivos países: 1) arbitraje internacional obligatorio para todos los conflictos entre Estados; 2) desarme general; 3) abolición de la diplomacia secreta; 4) la autonomía de todos los pueblos y la protección de los pueblos contra la agresión militar y las persecuciones.

El Congreso de Basilea de la II Internacional, del 24 al 25 de noviembre de 1912, fue un congreso extraordinario, convocado con ocasión de la guerra de los Balcanes y ante el peligro inminente de una guerra europea. Aprobó un manifiesto en el que se subrayó el carácter imperialista de la guerra mundial, un manifiesto que puso en la base de todas las tácticas de los partidos socialistas del mundo el hecho de que se había abierto una era de guerras de revoluciones – que fue respaldada por Kautsky en 1909 demostrando que la era del capitalismo «pacífico» había terminado. Ver página 40 de este folleto.

Se trata de un artículo en tres partes, publicado inmediatamente después del atronador giro de Benito Mussolini en el periódico juvenil, que, como hemos expuesto, fue amenazado con la desertión de su director, quien fue expulsado de inmediato. La extensión del texto nos hizo dudar un poco, pero lo publicamos en su integralidad porque expone ordenadamente los términos de la grave cuestión, y es una prueba de la contribución de los jóvenes al partido en cada momento difícil.

La primera parte es notable porque responde a la tesis obstinada de que un capitalismo establecido por la democracia puede poner fin a las guerras. No solo era una utopía que la guerra se hubiese hecho imposible («La Gran Ilusión»), sino que, para el marxismo, era INEVITABLE (cuestión que todavía tiene plena vigencia). Y más democracia no significa menos guerra, sino más militarismo: tesis planteada por nosotros durante un siglo.

La segunda parte responde a los sofismas por los cuales el socialismo de 1914 debería haber admitido la guerra; en este caso las guerras de defensa, las de nacionalidad e independencia, las democráticas, y para cada uno de los casos, la valoración histórica del marxismo le sale al paso sin vacilación. Se demuestra que las graves traiciones de agosto no habían matado al socialismo internacional.

La tercera parte enfrenta con decisión la propuesta de seguir el camino de los traidores también en Italia, abogando por la intervención estatal contra Austria; la incompreensión de la interpretación de la guerra en el sentido abusivo anti-alemán se cuestiona en la realidad viva de la época; finalmente, se alza contra los defensores de la guerra que le piden no a los movimientos del pueblo, sino a los siniestros movimientos del Estado burgués y a la monarquía italiana, con una violenta invectiva contra esta oferta de renegados hecha con la mejor sangre del joven proletariado.

Esta invectiva es saludable desde el punto teórico, porque no se trata del horror de la violencia o la sangre, ni del miedo al sacrificio de la vida, sino que afirma el sentido revolucionario en que la juventud la ofrecería sin dudarlo. Así, el movimiento juvenil rojo cumple su tarea de contrarrestar el militarismo y apoyar al partido contra cualquier peligro de corrupción oportunista y social-patriota. ●

El socialismo de ayer frente a la guerra de hoy

De «L'Avanguardia», n. 359 del 25-10, 1-11 y 16-11-1914

I.

Es en el momento en que el militarismo se abate sobre la *mejor* parte del mundo, que los valores de la propaganda antimilitarista sufren violentos intentos de demolición, por parte de aquellos que eran sus partidarios más decididos. ¿Surge, por tanto, una condena tan evidente de la concepción y las tácticas socialistas aceptadas hasta ahora, a través de los eventos que están teniendo lugar? ¿Tanto se rompen los «marcos» teóricos de nuestra manera de pensar sobre el desarrollo social y el proceso de la historia, de modo que nuestra acción práctica debe tomar otras direcciones? No pocos camaradas dan muestras de aceptarlo y arrojan como bagaje doctrinal inútil lo que ayer era el contenido de su pensamiento y la guía de su acción. Por supuesto, ellos creen que no son menos socialistas que antes y solo han dado «¡con tan maravilloso cuidado!» a sus convicciones la corrección impuesta por la elocuente lección de los hechos. Así, en nombre del socialismo revolucionario, del sindicalismo, del anarquismo, vemos elogiar la guerra como una fase y un episodio del proceso histórico del cual emergerá la nueva sociedad, y que, de acuerdo con la victoria de estos o aquellos, acelerarán el ritmo o les infligirán una rémora de duración impredecible. Sin embargo, falta ponerse de acuerdo en la evaluación de la dirección de esta colosal crisis histórica, que algunos afirman ser la salud de la democracia, la Internacional, y yo no sé qué más, en la victoria de la triple entente, más la de los alemanes, los unos y los otros, de cada región de Europa incendiada o próxima al incendio, se burlan de la fosilización de los pocos que se atreven a permanecer en la vieja plataforma del socialismo antimili-

tarista, y piensan y actúan en consecuencia. Sudekum y Hervé son suficientes como ejemplos.

Bueno, a riesgo de ser acusados de reaccionarios, pedimos la palabra en defensa del antimilitarismo al «viejo estilo». Se entiende que no exponemos casos personales de conciencia, ni discutimos los de otros. Solo analizamos los eventos de manera necesariamente sumaria; y mostramos por qué no han sorprendido o trastornado nuestro pensamiento socialista. ¡Obstinación ciega! Pero obstinación que modestamente ha dado argumentos.

¿ERA «IMPOSIBLE» LA GUERRA?

Aparentemente, todos hicimos mucha propaganda antimilitarista precisamente porque... estábamos seguros de que no habría más guerras entre las grandes potencias de Europa. Al estallar la guerra, la base de este peculiar antimilitarismo habría saltado por los aires lógicamente, y todos los socialistas deberían haber dicho con justicia: la guerra está ahí, no queda nada por hacer sino elegir el mal menor y ponerse de acuerdo en apoyar a unos o a otros. Razonamiento que recorría de los socialistas de los Estados comprometidos desde el principio hasta los socialistas de los Estados neutrales. Pero ¿cuándo y cómo el socialismo había profetizado que las guerras nunca volverían a suceder? Y en ese caso, ¿qué razón teníamos aún para hacer propaganda antimilitarista en la prensa, en los mítines, con el «Dinero al soldado» y con la organización de los jóvenes socialistas?

En verdad, la tesis de la imposibilidad de la guerra tuvo su principal formulación en el famoso libro de Norman Angell, «un burgués» en la monstruosa concesión burguesa de la paz armada, y en el concepto específica-

mente antisocialista de que la civilización procedía de una manera evolutiva y educativa que abriría los ojos, tanto a gobernantes como a gobernados sobre el enorme error y la obvia locura si se desata una conflagración europea, dados los «medios modernos de destrucción».

Dado que la burguesía de los diversos Estados no podía dejar de ser consciente del enorme daño que habría ocasionado la guerra, incluyendo los ganadores, se pensaba que las clases dominantes y los gobiernos, que son la expresión de ellas, habrían evitado a toda costa el espantoso encuentro. Se había previsto también, en el gran mecanismo de la economía moderna, la complicación de la vasta interrelación de los intercambios y las relaciones internacionales, al haber alcanzado un desarrollo nunca registrado en la historia, estando formada por hilos muy delicados que la guerra habría roto, causando la ruina económica de todas las clases sociales. Se confiaba pues en que las diferentes burguesías no habrían corrido a suicidarse. Pero la clave del concepto socialista, en cambio, reside en que la clase dominante en el régimen capitalista no puede gobernar y mantener encerradas a las fuerzas liberadas por las relaciones actuales de las formas de producción y, a su vez, quedar siendo víctima de ciertas contradicciones inevitables del régimen económico, el cual no responde a las necesidades de la gran mayoría de los hombres. El gran cuadro marxista de la producción capitalista pone a la luz estos contrastes y la impotencia de la burguesía para dominarlos. Dado que los instrumentos de producción e intercambio aún no están socializados, su uso racional no es posible, no existe una relación correcta entre necesidades y producción, la cual está basada solo en el interés del capitalista; pero de todo esto provienen las más colosales y dañinas crisis económicas que perturban los mercados, la absurda superproducción cuya abundancia genera el desempleo de los asalariados y la pobreza; y como última consecuencia, la ruina de los mismos capitalistas, en cuyo interés se monta la máquina monstruosa de la economía actual. De esto se deduce, seguimos recapitulando, que la vida moderna no es una evolución continua hacia una mayor civilización, sino que es el camino de la parábola fatal que, a través de una exacerbación de las luchas de clases y un aumento del malestar en los trabajadores, nos llevará al colapso final del régimen burgués.

Bueno, paralelamente a este proceso, por el cual la clase dominante se prepara sin poder evitar su suicidio histórico, estamos presenciando otro absurdo. El desarrollo de los medios de producción en el campo económico, la difusión de la cultura en el campo intelectual, la democratización de los Estados en la esfera política, en lugar de preparar el cese de las guerras y el desarme de los ejércitos fratricidas, llevan a una intensificación de los preparativos militares. ¿Es esto una supervivencia de otros tiempos «por ejemplo de la era feudal», es un retorno a los siglos de la barbarie, o no es más bien una característica esencial del régimen social moderno, burgués y democrático? Mientras tanto, notamos que las burguesías estatales que no pueden en tiempos de paz gestionar las filas de la producción y evitar los desastres financieros, y que por lo tanto, aunque quisieran, son impotentes para evitar el estallido de las guerras, que se presentan como solución, única y fatal a situaciones económico-políticas en las que los Estados se encuentran entrampados.

¿Es tan inmenso el daño que la burguesía sufre por la guerra? Esta es ciertamente una destrucción del capital, pero a la burguesía entendida como una clase, más que la

posesión material del capital, lo que le interesa es la preservación de las relaciones jurídicas que le permiten vivir del trabajo de la gran mayoría. Estas relaciones, internas a las naciones, consisten en el derecho a monopolizar las herramientas de trabajo, que a su vez son el resultado del trabajo de la clase proletaria. Siempre que, para ser más claros, el derecho de propiedad privada en tierras, casas y minas permanezca intacto, después de la devastación de la guerra, el proletariado reconstruirá máquinas, instalaciones, etc. y las devolverá a sus explotadores, sintiendo todas las consecuencias del defecto de los bienes de consumo, pero reconstituyendo el capital necesario a la vida de todos para volver a ser el monopolio de unos cuantos. Por supuesto, no pocos burgueses, como individuos, se verán abrumados, pero otros los reemplazarán. Se observa que en la guerra el complejo organismo de relaciones financieras y bancarias, de la circulación del dinero, sigue colapsando; pero para esto los gobiernos burgueses compensan en parte las suspensiones especiales de la vida económica ordinaria, para remediar en parte cuentan con la indemnización debida al vencedor. En conclusión, la guerra, desastrosa en todos los aspectos para el proletariado, es hoy desafortunadamente posible; y la burguesía ve su riqueza material socavada, pero las relaciones potenciales para reconstruirla se conservan y tal vez se fortalecen, ya que la lucha de clases está dormitando y extinguiéndose en la exaltación nacional. Hay complicaciones impredecibles debido a una ola de revueltas a causa de tanto sufrimiento; revuelta que, conducida por un pueblo agotado, desangrado y oscurecido por el odio sangriento hacia los proletarios de la frontera, tendría pocas posibilidades de éxito.

GUERRA Y DEMOCRACIA

Dado el progreso de la técnica, los cañones, los explosivos, los barcos que se construyen hoy en día son incomparablemente más poderosos que los antiguos medios de ataque. El desarrollo de la economía burguesa y la enorme importancia asumida por los organismos estatales, que centralizan tantas funciones vitales, les permiten invertir recursos financieros en la preparación bélica, cuya existencia ignoraban los antiguos monarcas y líderes de todas las épocas. Además, los vínculos con que los Estados modernos unen a los individuos, bajo el disfraz de civilización democrática, se están volviendo tan estrechos que el Estado puede disponer de enormes masas de hombres armados, arrancando del pueblo hasta el último gallardo. El Estado militar dispone de un gran número de soldados entrenados en armas y veteranos gracias al reclutamiento obligatorio, introducido sistemáticamente después de la revolución francesa (fue deliberado por la Convención en Francia). La inmensa red de ferrocarriles, que está al alcance de los Estados modernos, permite desplazar y movilizar a grandes masas de hombres en pocas horas, quienes son reclutados, armados y llevados a la frontera con una velocidad impresionante, por millones y millones. ¡Deteneos en este espectáculo de movilizaciones modernas! ¿Qué mayor insulto a la libertad individual que esto, hecho debido a los recursos más recientes de la llamada civilización, y de la constitución de los Estados en el régimen burgués y en las directivas democráticas?

Las viejas guerras no presentaban nada como esto. Los ejércitos eran mucho menos numerosos, estaban formados en gran medida por la necesidad técnica de veteranos, todos voluntarios o mercenarios, y los reclutamientos

tos forzados eran limitados, episódicos y mucho más difíciles que en la actualidad. La mayoría de los trabajadores eran dejados en los campos y en sus oficios; ser un soldado era una profesión o una decisión libre «eran desconocidas las enormes masas de hoy y la carnicería de las batallas libradas con las armas modernas. Las mismas invasiones bárbaras eran migraciones de pueblos que, junto con sus familias, llevaban rebaños y herramientas de trabajo, para explotar tierras fértiles y risueñas para el mayor bienestar de todos» aunque estén asegurados por la fuerza bruta, «mientras que el soldado moderno, si bien sobrevive a la guerra victoriosa, no obstante regresa a la vida habitual de explotación y miseria, probablemente agravada, después de haber dejado en casa a la familia que el Estado sostiene... con unos pocos centavos.

Las guerras de la época feudal también fueron diferentes. Los barones llevaban personalmente el hierro y arriesgaban sus vidas, seguidos por unos pocos miles de hombres armados, para quienes la guerra era un comercio con los riesgos inherentes a cada profesión. La guerra que estamos presenciando no es, por lo tanto, un retorno a la era bárbara o feudal, sino que es un fenómeno histórico que pertenece a nuestro tiempo, que ocurre *no a pesar* de la civilización actual, sino *debido precisamente* al régimen capitalista que, bajo el aspecto de civilización, oculta una profunda barbarie. La posibilidad y la inevitabilidad de las guerras son inherentes a la naturaleza de los Estados modernos que, bajo un régimen de democracia política, mantienen la esclavitud económica y aumentan su potencia, basada en apariencia en el consentimiento general, hasta el extremo de que un puñado de ministros, representantes de la clase dominante, pueden en 24 horas llevar a la línea de fuego y muerte a millones de hombres que ignoran dónde, por qué y contra quién van a ser enviados: hecho impresionante que constituye el grado máximo del *arbitrario tiránico* que en el curso de los siglos ha oprimido multitudes de seres humanos.

II.

EL «FRACASO DEL SOCIALISMO»

La única fuerza que se oponía seriamente al militarismo de todos los grandes Estados europeos era la tendencia socialista del proletariado. Por lo tanto, el estallido de la guerra, constituiría, según algunos, la bancarrota teórica y práctica del socialismo.

Ahora, este nunca ha asumido la tarea de mejorar radicalmente el mundo actual, permaneciendo dentro de la esfera de las instituciones burguesas, sino la de transformarla desde sus bases, considerando que esta transformación única pondrá fin a los sufrimientos de la clase explotada (entiéndase que tratamos toda la cuestión desde el punto de vista del socialismo revolucionario). Solo en el régimen socialista, con el comunismo de los medios de producción e intercambio, la humanidad podrá dominar las fuerzas de producción, eliminando la opresión social y la miseria (Marx) y solo en la sociedad sin clases será imposible la guerra. Repudiamos el antimilitarismo reformista con el que sueña la nación armada y no se da cuenta que la evolución de los Estados burgueses, especialmente los más democráticos, se desarrolla precisamente en dirección opuesta.

La revolución social acabará con la guerra. Sin aceptar plenamente el conocido dilema de Mussolini sobre la

huelga general en caso de movilización, observamos que un intento revolucionario tendría siempre mayores posibilidades de éxito en tiempos de paz que en vísperas de la guerra.

El proletariado ya ha hecho algunos intentos revolucionarios comunistas, y ha fracasado; otros, por supuesto, seguirán fracasando, sin la condena del socialismo que se derive de él. Lo que se ha derrumbado en los acontecimientos actuales es el sueño de una Europa burguesa, democrática y pacifista. Sin embargo, un fracaso incuestionable del socialismo tuvo lugar en el sentido de que, además de la falta de cualquier intento serio de oposición, hubo casi universalmente la adhesión de los partidos socialistas nacionales a la guerra. Esto es ciertamente muy grave. Pero nosotros, los socialistas italianos en la posición «cómoda si se quiere» del espectador, podemos discutir sus causas, quizás incluso buscar sus remedios, y tal vez tratar de aplicar esos remedios a nuestra situación actual, haciendo que la teoría desemboque en la práctica. La convicción socialista, la cobertura ideal de los intereses proletarios, es el resultado de las condiciones económicas del ambiente en las grandes masas de trabajadores; y en el caso de los intelectuales, es el efecto de un proceso psicológico y mental especial, en el que la investigación es más difícil. ¿Cómo, bajo la presión de las corrientes militaristas y patrióticas, los lineamientos de los diversos partidos socialistas han flaqueado?

No es difícil explicarlo.

El militarismo es el adversario más terrible de nuestra propaganda precisamente porque no hace uso de la persuasión, sino que se basa en la constitución de un entorno forzado y artificial, en el que las relaciones de vida son completamente diferentes a las del entorno ordinario.

El trabajador, una vez hecho soldado, alejado de sus amigos, parientes, conocidos, arrancado de la vida del taller, ve quitado su derecho a discutir, ahogada su individualidad, anulada su libertad y transformado fatalmente en un autómatas, en un juguete en manos de la disciplina.

La persona reclamada que viste la casaca regresa automáticamente bajo la influencia del entorno militar. El más mínimo gesto de rebelión se paga con la muerte. La desertión es prácticamente imposible. La revuelta colectiva requeriría un concierto y una comprensión inalcanzables.

Por otra parte, en pocas horas el soldado es transportado a otro lugar, a países que no conoce, con compañeros soldados a quienes ve por primera vez en la mayoría de los casos, que carece de noticias que no provengan de sus líderes: solo le queda una alternativa de salvación: obedecer ciegamente y luchar contra el enemigo esperando vencer... En cualquier caso, su mentalidad es tan violentamente forzada y alterada, que no es de extrañar que termine traicionando sus convicciones socialistas, que casi siempre se reduce a haber votado por un candidato socialista. Para los jefes, los líderes del partido, la cosa es diferente. Pero ellos también son víctimas de una sugestión de ambiente. Su cultura principal los hace muy a menudo socialistas imperfectos. Tienen demasiados vínculos intelectuales con ideologías burguesas. Pocos de ellos han repudiado algún sentimentalismo patriótico y casi todos se sienten más *representantes de la nación* que exponentes de la clase proletaria.

Su programa de demolición deja demasiado espacio a las responsabilidades de quien participa en la tutela de un Estado. Por ello, mientras que los gobiernos burgueses, sea cual sea su obra de antes de la guerra, aseguran ser arrastrados a pesar de sí mismos, en defensa de los intere-

ses nacionales supremos, y exigen la confianza unánime del país, el primer coeficiente de éxito... entonces el diputado socialista vacila y se deja llevar por el entusiasmo. En este momento crítico de la historia, los parlamentos, orgullo de la democracia, no han hecho más que ratificar sin discutir la política bestial y asesina de los gobiernos. Cuando cierta categoría de guerras es admitida en nombre del socialismo, siempre será muy fácil para la clase dominante, que solo tiene elementos de la situación, prever que su guerra caiga en esa categoría y lograr la adhesión socialista, tal vez llamando a sus líderes a participar en el Ministerio de Defensa Nacional. Así fueron engañados los socialistas franceses, austríacos y alemanes, etc. ¿Es necesario demostrarlo?

El Socialismo debe extraer enseñanzas vitales de estas graves derrotas: volver a poner la acción antimilitarista en un terreno más firme, revisar su acción parlamentaria en un sentido más revolucionario, tan rica en amargas decepciones hasta el momento. En lugar de – volveremos a ello más adelante – adaptarnos al socialismo nacional, el proletariado tendrá que mostrarse más abiertamente antimilitarista y definir su actitud frente al patriotismo, una vieja trampa de sus peores enemigos. Nosotros, los socialistas italianos, al sacar una primera conclusión, también tendremos que negar nuestra solidaridad con la defensa nacional al Estado, sin lo cual seríamos víctimas de otro engaño colosal igual al de la aventura tripolina.

LA GUERRA QUE EL SOCIALISMO «DEBERÍA ADMITIR»

Contra los prejuicios antibelicistas, no pocos socialistas asumen:

1) que los socialistas deben participar en cada guerra de defensa nacional contra la agresión extranjera; 2) que los socialistas no pueden desinteresarse de las guerras de nacionalidad, ya que el alojamiento de todas las nacionalidades dentro de fronteras naturales sería un requisito previo necesario para el advenimiento del socialismo; 3) que los socialistas deberían, en una guerra de naciones rectas con un orden más democrático contra las menos evolucionadas socialmente, estar del lado de las primeras contra las últimas. La tesis bélica, en los dos últimos casos, iría desde la simple simpatía a la intervención personal y hasta la presión sobre el propio Estado para que intervenga militarmente en el conflicto en la dirección deseada.

Pues bien, estas tres ventanas abiertas en el antimilitarismo se basan en degeneraciones sentimentales que son la negación absoluta del socialismo. En primer lugar, se contradicen entre sí de modo evidente. Si Francia hubiera atacado a Alemania, para recuperar Alsacia-Lorena (estamos en el campo de los ejemplos), ¿tendrían los socialistas alemanes que defender la patria o... marchar en contra de ella en nombre del principio de nacionalidad y democracia? Y en las guerras coloniales de agresión y opresión, pero de... extensión de la civilización democrática, ¿qué deben hacer los socialistas? Estos sofismas se derivan de un error fundamental, cual es el querer corregir el error mediante la razón en competiciones que no se resuelven con elementos de justicia, sino con la violencia bruta. Además, se trata de distinciones que solo aquellos que tenían una fuerza definitiva y resolutive de conflictos podían hacer, no aquellos que con su intervención solo podían cambiar las probabilidades de los resultados de la guerra, mientras que seguramente aumentaban su alcan-

ce y las consecuencias del odio y la *revancha*.

LA GUERRA DE DEFENSA

No nos referiremos extensamente a los conceptos según los cuales los proletarios no tienen ningún interés que defender con la patria y las fronteras nacionales. Solo diremos que en todas las guerras la ofensiva y la defensa son recíprocas y, a menudo, simultáneas. Agresión es una palabra elástica. ¿Significa la violación de las fronteras? Sí pero «militarmente» podría ser imprudente esperar que esto suceda; es necesario prevenirlo rompiendo los intentos enemigos mediante una contra-invasión. ¿Se entiende por agresión la ruptura de relaciones diplomáticas? Pero, según los libros de diversos colores, a ningún gobierno le faltan argumentos para responsabilizar al otro. ¿Se entiende por agresión preparar la guerra? Entonces, todos los Estados modernos son agresores, porque construyen barcos y cañones sin cesar y aumentan continuamente el número de ejércitos. Sin ir más lejos, resulta que la adhesión a cualquier defensa nacional es un proyecto de ley firmado en blanco por los socialistas en manos de los gobiernos burgueses, que podrán hacer el uso más conveniente. Para justificar la expedición a Libia, se dijo que los turcos habían deshonrado a una niña italiana. Es el viejísimo caso del lobo y el cordero.

LAS GUERRAS DE NACIONALIDAD E INDEPENDENCIA

Llegamos al problema de las nacionalidades.

¿Es cierto que, antes de hablar de una acción socialista internacional, es necesario resolver todos los irredentismos y dar a todos los pueblos un ordenamiento político según la nacionalidad?

La cosa hay que mirarla un poco más profundamente. Cuando el régimen feudal dio paso a la burguesía moderna, esta en su programa idealista de clase revolucionaria, estampó en grandes caracteres el postulado de los reivindicaciones nacionales. La revolución burguesa parecía hacerse en interés del pueblo, en lugar del de una nueva oligarquía, precisamente porque destacaba su carácter político más que económico. Los filósofos burgueses creían que toda esclavitud desaparecería con la eliminación de la dominación de un pueblo sobre el otro y con la igualdad política de los ciudadanos ante la ley. El socialismo después ha demostrado que existe otra razón más sustancial y profunda para el malestar de las masas, y es la opresión de clase, incluso dentro de los grupos nacionales. Pero sin quitarle al problema de las nacionalidades su gran importancia histórica, notamos que ya se ha tenido una solución parcial, pero bastante extensa, que se produjo mediante guerras-revoluciones, en la época heroica de la burguesía; cuando el militarismo no se había desarrollado tanto como hoy y con unos pocos miles de hombres reunidos, se derribaban las bastillas como se liberaban las naciones. Esa era histórica se resolvió en la formación y establecimiento de los grandes Estados modernos, dentro de los cuales la burguesía, menos idealista entonces, explota en gran medida al proletariado y labora por su conservación.

Hoy las guerras son hechas por Estados y no por «naciones». Se resuelven con el predominio de una u otra potencia que, con poca preocupación por los prejuicios románticos, expande su influencia económica y política en los pueblos de todas las razas y colores. Sin ir más

lejos, el ordenamiento de las nacionalidades se ha vuelto imposible. Los motivos de las guerras son bien diferentes. Sus resultados dependen de los coeficientes económico-militares, y dado que la riqueza y la fuerza armada están en manos de los Estados más sólidamente constituidos, las soluciones a los problemas de guerra son estatales y no nacionales. El famoso principio de la nacionalidad es pues algo inasible. Excepto algunos casos clásicos, las cuestiones de independencia nacional son controversiales. Las razones históricas, geográficas, etnográficas, permiten las soluciones más contradictorias. Aunque admite la concordia y la buena voluntad de todos los Estados europeos, ni siquiera con el famoso ordenamiento se nos permitiría trabajar para derribar a la burguesía. ¡Y un problema tan difícil de resolver pacíficamente que quisiéramos confiarlo al azar de la guerra, al ambiguo destino de las armas! Pero cada guerra creará o resucitará al menos tantos problemas de irredentismo como habrá destruido. Y las rivalidades, las alianzas se entrelazarán en formas cada vez más absurdas y complicadas. ¿Debería el proletariado socialista adherirse a este juego sangriento, en lugar de consagrarse ahora y sin prejuicios en preparar el esfuerzo revolucionario?

Después de la clásica guerra nacional balcánica contra Turquía, las nacionalidades redimidas se masacraron mutuamente. Japón es ahora el aliado de Rusia. Los boers se baten bajo la bandera inglesa. Todas las guerras de los últimos años están mal enmarcadas en el antiguo *cliché* de las nacionalidades. Y es más lógico el nacionalista que también plantea el problema de la redención, el triunfo y la hegemonía de una nacionalidad, que el socialistoide que quiere redimirlas y reconciliarlas a todas, pero a través de una serie de guerras sangrientas que para que conduzcan a ese propósito deberán ser amaestradas singularmente.

LAS GUERRAS DEMOCRÁTICAS

Queda la otra supuesta razón para la participación socialista en la guerra: la necesidad de favorecer el triunfo de las naciones más civilizadas, las más avanzadas, las más democráticas, sobre las atrasadas en el proceso histórico y social. Por ello se invoca la necesidad habitual de acelerar la conclusión de la evolución burguesa, que es el principal argumento para todo tipo de complacencias; esto ciertamente llevaría a autorizar guerras coloniales como guerras de civilización, contra la opinión unánime de todos los socialistas y contra el otro principio de las guerras de agresión, que nos reúne a todos en la misma opinión. En la guerra entre Italia y Turquía, los socialistas italianos no deberíamos haber sido opositores, porque Italia era más o menos democrática frente a la menos que feudal Turquía.

Pero el concepto fundamentalmente erróneo es que las tendencias político-sociales de los diversos Estados prevalezcan unas sobre otras en las guerras y se difundan por todo el universo según el destino de las armas. Esas tendencias dependen de las condiciones económicas y sociales de un orden interno y de las relaciones de las clases sociales dentro de cada Estado, cambian de acuerdo con el desarrollo de las luchas de clase y de partido y sus momentos decisivos son revoluciones, guerras civiles.

En las guerras externas, los Estados no pueden darse el lujo de combatir para hacer que sobre el mundo prevalezca un principio más o menos académico o filosófico de democracia o absolutismo... En sus relaciones internacio-

nales, los Estados viven en un ambiente totalmente amoral y se inspiran profundamente del egoísmo. Los Estados que requieren que sus súbditos se ajusten a ciertas normas para hacer posible la convivencia social, no reconocen ninguna ley en las relaciones internacionales, e incluso en tiempo de paz usan las armas del engaño, la astucia y la corrupción, el espionaje contra otros Estados, para recurrir en tiempos de guerra a la *ultima ratio* de la violencia que no conoce leyes. El llamado derecho internacional se aplica siempre que no sea conveniente para una nación violarlo; aplicada a los grandes Estados modernos es una utopía, ya que no existe un derecho donde no hay autoridad dotada de fuerzas suficientes para imponer su cumplimiento. Todo gobierno no ve y no puede ver los intereses cínicos de su propio Estado (es una buena razón para que siempre digamos Estado y no «nación») y tiende a preservarlos y defenderlos contra los enemigos internos y externos. Sin importar cuál es el partido o la escuela filosófica a la que pertenece, el hombre gobernante siempre actúa como un feroz conservador. La libertad que otorga a sus súbditos está relacionada con la necesidad de preservar el equilibrio interno entre las fuerzas económicas y políticas de las clases y partidos.

Existen diferentes escuelas de gobierno, que no son sino métodos diferentes para garantizar el máximo poder al Estado y, en última instancia, a la oligarquía económica que lo encarna. Por lo tanto, los gobiernos no tienden a hacer triunfar un principio dentro de una nación – y mucho menos a difundirlo en el extranjero con las armas – sino a consolidar el Estado y cuidar sus intereses de la manera más apropiada. Se comprende que esta tendencia está oculta bajo las hermosas frases de civilización, democracia, progreso o incluso orden, religión, lealtad monárquica, etc. Sin embargo, el propósito es uno. Las cruzadas, las guerras napoleónicas, las de la restauración, todas las Santas Alianzas, fueron inspiradas por motivos muy diferentes a las místicas y filosóficas razones de propaganda universal...

Las naciones modernas, gobernadas por la democracia, en las colonias oprimen y tiranizan gracias a la menor fuerza de sus súbditos. Inglaterra, Alemania, Francia, Italia tienen una vergonzosa historia colonial. Y, por esta razón, no puede esperarse la propagación de ciertos principios modernos del triunfo militar de los países en los que ya están generalizados, especialmente en la era actual, que ya no es una era heroica como aquella en la que se formaba la burguesía y que aún podía tener cierta generosidad.

Por otro lado, ¿es el triunfo de un régimen democrático siempre un paso hacia el socialismo? Si nos negamos a ayudar a la democracia burguesa tanto en sus conflictos internos con las clases feudales y los partidos clericales como en el campo lógico de su desarrollo ulterior «basado en las razones de nuestra intransigencia», ¿por qué entonces deberíamos favorecer sus éxitos militares, que son un modo muy discutible de hacer propaganda de principio, y muy poco susceptible que proporcione coeficientes de progreso?

En primer lugar, la «democracia» no se propaga por el mundo con las bayonetas, en segundo lugar, desde hace mucho tiempo esta no ha merecido ni nuestras simpatías ni nuestro apoyo.

El fenómeno «tan citado en estos días como verdad indiscutible» tal vez ocurra precisamente en la dirección opuesta. Las victorias militares son un coeficiente de rentabilidad política. Después de la era napoleónica, Francia

sufre la restauración. Después de Sedán, tenemos en cambio la república y una tentativa socialista: la Comuna. Toda guerra, que determina la famosa unanimidad nacional de los partidos y las clases, elevando el prestigio de las instituciones y el ejército, cualquiera sea su causa y su resultado, ¿no es un paso atrás en nuestras aspiraciones revolucionarias, cuyo medio natural es la lucha de clase?

III.

Las consideraciones anteriores son de una naturaleza muy general, se dirá, y los eventos las habrían menoscabado. Veamos cómo y por qué. Los socialistas que están por la intervención de Italia a favor de la Triple Entente dicen que esta representa la democracia contra el absolutismo y el militarismo (?), que su victoria garantizará la resolución de los famosos problemas nacionales, y que ante un momento tan decisivo en la historia, el Partido Socialista Italiano debe abandonar las disertaciones abstractas y abogar por la intervención armada del Estado italiano.

El caso de la guerra de defensa, por lo tanto, no existe, ya que se propone intervenir, es decir, agredir. Quedan las otras dos razones: guerra de la nacionalidad y guerra de la democracia.

Según esta corriente evaluación, Alemania, todavía un Estado semifeudal, dominado por camarillas militaristas y un emperador que sueña con la hegemonía mundial, habría asaltado a Francia y Rusia bajo un plan preparado mucho tiempo atrás, arrastrando consigo a Austria, basándose en el pretexto del ataque de Sarajevo para provocar el conflicto eslavo-alemán. Inglaterra habría intervenido conmovida por la violación de la neutralidad belga, y el objetivo actual de los poderes de la Triple Entente sería debilitar la arrogancia germánica para resolver los problemas nacionales, asegurar el triunfo de la democracia contra el militarismo, y «según un cierto comité subversivo romano», para dar a los pueblos un anticipo del socialismo en forma de un sistema de trabajo y justicia social (!). Ahora, esta exposición del momento presente, que debería hacernos defensores de la guerra, y querría ser la máxima expresión de la objetividad más iluminada, es muy parcial; es la derivación de una infinidad de prejuicios y sentimentalismos, mete la realidad dentro de un marco convencional, mientras pretende burlarse de la posición de aquellos socialistas que no se amilanan ante el desbordamiento de la marea retórica, acusándolos de querer encerrar el inmenso ritmo de la historia en unas pocas fórmulas preconcebidas...

Al menos, antes de expresar un juicio, uno debe escuchar la otra campana. Según los alemanes, y según la opinión común de los neutrales que simpatizan con ellos, el asunto ha quedado totalmente patas arriba. La moderna Alemania industrial, rica en fuerzas de expansión comercial, que no tiene parangón en el campo de la ciencia y la cultura, reacciona ante el peligro del absolutismo ruso que quiere asfixiarla bajo la presión de la masa eslava, incitada bajo la mesa por Inglaterra, que ve agigantarse en los mares un nuevo rival. Alemania se defiende y forma un dique contra la inundación zarista... ¿Herejías? Sí, herejías tanto las unas como las otras, ya que a ningún Estado le importa que la democracia se difunda y el socialismo se acelere... Mas, para evitar problemas internos, todo Estado tiene el interés y la necesidad de engañar a la gente presentando la guerra como única manera de salvar la

patria del peligro, aceptando que es algo descabellado.

No discutiremos las causas de la guerra por mucho tiempo. Todo el mundo la había estado preparando durante décadas. El afán del emperador William, se enfrentó a la monstruosa alianza franco-rusa, a los brindis guerreristas del Sr. Poincaré, y a la lucha de la burguesía francesa por tener un servicio militar trianual.

La política *filantrópica* de Inglaterra fue acusada de hipocresía por Keir Hardie en medio de la Cámara de los Comunes, después del estallido de la guerra. Los socialistas rusos abandonaron la Duma en signo de protesta contra las declaraciones beligerantes del zar. Los alemanes, austríacos y franceses fueron unánimes en la guerra. Todos están convencidos de que están luchando por una causa justa. Todos son víctimas del daltonismo nacional.

Decir que la Alemania de hoy es feudal es una gran exageración. Si algunas formas políticas no han evolucionado, esto no autoriza a ignorar el asombroso desarrollo económico y social de Alemania en la última generación.

Alrededor del emperador hay una aristocracia agraria. Hay formas cortesanas, restos del pasado. El prestigio del ejército es alto. Pero entonces, por gracia, ¿qué pasa con la aristocracia agraria inglesa que rodea a su rey al hacer que la Edad Media sobreviva en el torbellino de la vida moderna inglesa? ¿Qué pasa con el fanatismo francés por *l'armée*?

¿Y cómo borrar del cuadro en tonos rosados la gran mancha negra del despotismo ruso?

En Prusia existe un sufragio restringido, pero el voto múltiple en Bélgica no significa que hoy pueda ser clasificada como el apogeo de la democracia solo porque ha sido invadida. Pero, por tonta convención, si hablamos de Alemania, aludimos a la Alemania del Kaiser; si hablamos de Francia, nos referimos a la «Francia de 1789 y de la Comuna»; si de Rusia, «la Rusia revolucionaria de 1905». Etcétera, ¡es un poco demasiado! ¿No si por ventura recordamos a la Alemania de la reforma y el marxismo, la Rusia autocrática y liberticida, las Inglaterra y Francia plutocráticas, cuyas arcas están llenas de sangre humana...?

Pero aparte de este laberinto de observaciones y reminiscencias accesibles a todos los escolares de secundaria, desde el punto de vista socialista, está el hecho innegable de que no existe una antítesis entre el militarismo y la democracia, y que la preparación militar de Alemania es inherente a su desarrollo industrial moderno y no a tradiciones del pasado. El militarismo es internacional.

Por otro lado, solo los ingenuos pueden creer que los Estados de la Triple Entente están luchando por... los «Estados Unidos de Europa» y por restaurar las nacionalidades dentro de sus fronteras. Ya las clases altas de Francia e Inglaterra sueñan con la repartición de Alemania «¡No estamos hablando de Austria!» y, así como el Kaiser anhelaba la marcha hacia París, el zar está ansioso por verter su inmenso ejército en Berlín. No hay lugar sino para la violencia y no existe otro deseo que el de la aniquilación del enemigo. Los pueblos son su instrumento como la pólvora o el plomo de las balas. Los gabinetes y los principales Estados Mayores estudian la ofensiva sin escatimar material humano. Lo que sí se preserva son las unidades de las flotas que cuestan millones y no serían reconstruidas sino después de años y años... Al margen de la monstruosa tragedia, los Sudekums y Hervés combinan el egoísmo bestial de monarcas y repúblicas con los más altos principios de la democracia y la Internacional. No son sino prisioneros de situaciones más fuertes que ellos. La palabra está en el cañón y la autoridad está en la espa-

da; el derecho de las gentes aparece en las páginas de *Guerras Sociales* o del *Arbeiterzeitung*, cómplices más o menos en la mala fe del engaño proletario, pero en los campos de batalla rige el derecho sin cánones, la ley del más fuerte; se lucha sin excluir ningún golpe.

¿Es, como algunos dicen, la antigua rivalidad de las razas que sobrevive y regresa para obligarnos a rectificar los planes y vías de la Internacional? ¿Demuele la historia al viejo *Manifiesto* marxiano? No. Esas páginas dictadas en 1848, cuando las reivindicaciones étnicas y nacionales estaban en pleno desarrollo, son aún más ciertas hoy en día. ¿Dónde están las razas y nacionalidades? En muchos ejércitos estas siempre luchan bajo la misma unidad final del militarismo estatal. Pocos socialistas se han negado a combatir. Es verdad, pero, ¿cuántos hombres pertenecientes a razas y nacionalidades oprimidas rechazaron el fusil que debía defender al opresor? ¿Qué tierra sin redimir ha surgido?

Cada conciencia y cada sentido de libertad y orgullo humanos tenían que agacharse bajo el yugo de esta modernísima tiranía. No hay más que soldados. Los soldados no saben por qué combaten, pero deben combatir. Entonces conocerán la infame inutilidad del sacrificio. Hoy poco cambian las condiciones del enorme conflicto. Pero ninguna ventaja compensaría el enorme despilfarro de vidas y riquezas humanas. Nosotros mismos, revolucionarios convencidos, no sabríamos desear una redención proletaria que costaría la vida de la mitad de los oprimidos en armas. La vida es el bien supremo. ¡Sin embargo, muchos revolucionarios que ahora están por la guerra se arman de pacifismo!

Y muchos están hoy por la guerra, los reformistas y los demócratas, quienes negaron a la santa causa del socialismo las vidas de los pocos proletarios que cayeron en el campo de la lucha de clases y hoy sacrificarían a miles de ellos en una acción que, aunque nos llevara a una mayor libertad, siempre sería la forma más extraña e indirecta de alcanzarla.

De la guerra, sin embargo, solo esperamos la exaltación del militarismo. Después de este ejemplo, demócratas, republicanos, reformistas cruzarán el Rubicón y serán los aliados de la preparación bélica de las naciones. Las grandes unidades militares del Estado serán muy difíciles de despedazar y tendremos que reactivar la lucha de clase más difícil – y quizás la más áspera y decisiva.

¿INTERVENCIÓN?

Ahora vayamos a los socialistas promotores de la intervención italiana. Su tesis acerca de la necesidad de asegurar la victoria de la Triple Entente no tiene nada que ver con el socialismo. El posible *mal menor* que surgiría de tal solución al conflicto no se corresponde con la ventaja socialista de hacer frente a la marea belicista, al menos en un gran Estado, aun si se aprovechan de circunstancias especiales. Dada esta incurable francofilia, y admitida su extraña concepción de la guerra (preguntando solo a estos socialistas a qué guerra se opondrían, si están a favor de una intervención italiana sin necesidad y sin provocaciones), echemos un vistazo de cuál es el alcance de su propaganda de guerra. Que los voluntarios acudan, lo entendemos. Hay gente todavía convencida de que los destinos del mundo se deciden masacrando a los trabajadores bajo el uniforme del lancero.

Pero, después de todo, apuestan su piel en el juego. Y son respetados a pesar de la evidente y probada inutili-

dad de su gesto. Pero observamos lo difícil que es obtener mediante la *acción directa* socialista un sacrificio incluso mucho menor que el de la propia vida, y nos preguntamos si, en lugar de estar delante de casos de heroísmo consciente, no vemos el hipnotismo embriagador de la sangre. Mas no tenemos palabras contra los criminales que abogan por la intervención estatal. Desear que aquellos que, quiérase o no, sean arrastrados a la frontera y expuestos a la ametralladora, que los jóvenes austrófobos o austrófilos, y quizás indiferentes, porque están demasiado ocupados en el tormento diario de la miseria de su patria, vayan al matadero sin discutir, eso es lo loco, anti-socialista e inhumano. Desatar los obtusos valores del militarismo estatal, renunciar a la autonomía del partido o la clase para confiar todas las directivas a esa autoridad militar que siempre hemos soñado con debilitar y destruir, de libres pioneros de la Revolución, convertirse en pretorianos de Su Majestad, ah que no, aunque justa y santa fuera la causa por la cual Italia iría a la guerra, lo cual no es.

¿Pacifismo? No. Somos partidarios de la violencia. Somos admiradores de la violencia consciente de quienes se levantan contra la opresión de los más fuertes, o de la violencia anónima de la masa que se rebela por la libertad. Queremos el esfuerzo que rompe las cadenas. Pero la violencia legal, oficial, arbitraria de una autoridad, el asesinato colectivo irrazonable que cometen automáticamente las filas de soldados al clarín de un breve comando, cuando del otro lado no menos automáticamente las otras masas de víctimas y asesinos se enfrentan vestidos con otra casaca, esta violencia que los lobos y las hienas no poseen, nos enferma y nos disgusta. La aplicación de esta violencia militar a las masas de millones de hombres arrancados de los rincones más remotos de los Estados, en las tremendas alternativas de esta guerra, no puede tener más efecto que nivelar y sofocar ese espíritu de sacrificio y heroísmo con que podemos llamar mañana a los campeones de la insurrección proletaria, cosa muy diferente a la tendencia bestial a destruir, a matar hasta más no poder, con los ojos velados por el humo y la sangre.

¿Pacifistas, nosotros? Sabemos que en tiempos de paz las víctimas del injusto régimen actual no dejan de caer. Sabemos que los niños de los trabajadores son abatidos por la muerte por falta de pan y luz, que el trabajo tiene su porcentaje de muertes violentas como la batalla, y que la miseria, como la guerra, también perpetra sus masacres.

Pero ante esto, no es la supina resignación cristiana lo que proponemos, sino la respuesta con violencia abierta a la violencia hipócrita y oculta que es la base de la sociedad actual. Pero la violencia sagrada de la rebelión para no ser culpable de sacrificio debe golpear y hacerlo sin preaviso. Fueron bien muertos los miles de comuneros que cayeron bajo el plomo de los versalleses. Pero el envío de un millón de hombres a la masacre en nombre de la revolución, entregándolos a los gobernantes de hoy para que se involucren en una campaña de éxito incierto, que encuentra sus razones en una retórica cuestionable e inconsistente y contradictoria, no se justifica diciéndose inmune a la ternura pacifista, no, por dios, pero es una obra demencial de locos carniceros.

Y en su contra, permanecemos en nuestros puestos, por el socialismo, antimilitaristas mañana como ayer y como hoy, porque deseamos sacrificar nuestras vidas, cuando sea necesario, pero en una DIRECCIÓN muy diferente. ●

Este artículo fue escrito por Amadeo Bordiga, tan pronto fue conocido el famoso artículo de Mussolini con fecha del 10/18/14 en el Avanti! (De la neutralidad absoluta a la neutralidad activa y operacional), un prelude a la tesis de la guerra. El número que reseñamos lleva como título en toda la página como NO «pacifismo»: antimilitarismo de clase, mientras que nuestro artículo se titula Por el antimilitarismo activo y operacional. Para el Partido Socialista, el momento era extremadamente difícil, ya que solo pocos días después, el audaz personaje habría arrojado la última pieza de su máscara, hablando ya no de neutralidad de uno u otro tipo, sino de intervención abierta, y haciendo inevitable su expulsión del partido ahora traicionado por completo. En ese momento, más que preocuparse por el futuro currículum del Sr. Benito Mussolini, el Partido debía temer el efecto dañino de las ideas presentadas inteligentemente con la gradualidad engañosa, desde la neutralidad absoluta hasta la neutralidad activa y operacional. Por lo tanto, lo que sigue será una controversia sobre el malentendido fundamental en el planteamiento del problema del neutralismo, y muestra desde el principio que la verdadera izquierda marxista en la lucha irreductible contra la guerra e incluso contra sus supuestas justificaciones izquierdistas, advirtió y evitó el peligro de confundir la lucha contra la guerra revolucionaria con cada recaída en el pacifismo humanitario y pequeñoburgués, completamente antitético a la doctrina marxista. Todo esto después de haber declarado claramente que el socialismo puede prescindir de cualquiera e incluso de Mussolini, como lo fue en ese momento por los méritos de toda la acción anterior. La breve controversia no concierne a la salvación o no del alma de Benito, sino a la lucha contra el peligro de una brecha que se abra en las sólidas líneas clasistas del partido. Hay que decir que ni una sola sección del partido vaciló. Un buen ejemplo, y especialmente para la fracción de la izquierda, de ningún apego personal a un líder brillante. La sección de Milán expulsó a Mussolini por indignidad, que en aquel entonces se llamaba política y moral. Moral por el dinero de la Entente traído por Cachin, gracias al cual el periódico intervencionista "Il Popolo d'Italia" salía unos días después.

Por el antimilitarismo activo y operacional

De «Il Socialista», n. 22 del 22 de octubre de 1914

El tema actual para todos nuestros opositores es la actitud adoptada por Benito Mussolini. Se quiere a toda costa abrir una brecha en la actitud antibelicista del Partido Socialista, y esperamos tener éxito simplemente a través de lo que parecía uno de los baluartes inexpugnables: el pensamiento y la acción de *Avanti!* Pero tampoco esta vez el Partido Socialista se dará por vencido. Se ha demostrado que tiene una conciencia colectiva, tan obstinada – si se quiere – en no desprenderse del programa trazado, y tan iconoclasta, cuanto en pasar triunfalmente, más vivo y vital que nunca, a través de las incesantes marchas fúnebres que le tocan todos los organillos desafinados del politicanismo italiano. Aparte de las vulgares exageraciones sobre el alcance del pensamiento de Mussolini – del que ya hemos expresado nuestro abierto desacuerdo – ahora es cierto que el socialismo puede, donde sea necesario, prescindir de él también, cualquiera que sea la contribución imponente de las energías que él ha dado y da por la batalla común. Esto se ve ante todo por la terrible revisión propuesta por el ingenio herético e inquieto de Mussolini y ha vuelto a confirmar la línea de acción de los socialistas italianos contra cualquier participación del Estado italiano en la guerra.

* * *

Examinemos a vuelo de pájaro – aquí presente – la opinión del Director de *Avanti!*, elegantemente presentada en el número del 18. Es mejor hacerle un análisis psicológico fugaz que un largo examen teórico. La preocupación por colocarse en el campo de la realidad equivale a aceptar la malintencionada polémica – y práctica – de nuestros adversarios, que pretenden colocar los principios del socialismo sobre una base distinta a la de la realidad que nos rodea, demoliendo así su potencialidad subversiva. La preocupación por «jugar el juego» de los

austro-alemanes es otro escollo que creímos haber superado durante la crisis que nos llevó a la actual intransigencia. *On fait toujours le jeu de quelqu'un* [somos siempre el juguete de alguien, *NdR*]. El temor de que el presente sea superado por el pasado, mientras nos engañamos creyendo trabajar por el futuro, es exquisitamente reformista. El presente, cuando estamos a punto de vencerlo, siempre gritará el peligro contra las resurrecciones del pasado. El revolucionarismo marxista debería sacarnos bien de esta trampa. Parece indiscutible que Mussolini ha tambaleado. Ha caído en el engaño de que las vicisitudes de la realidad histórica endurecen a todos aquellos que quieren superarlas.

Mussolini solo ha llegado a una fórmula que, a la desventaja habitual de ser abstracta, se agrega que es contradictoria. *¿Neutralidad activa y operacional?* Eso parece que no quiere decir nada.

El concepto de neutralidad tiene por sujeto no a los socialistas, sino al Estado. Queremos que el Estado permanezca neutral en la guerra, absolutamente, hasta el final, pase lo que pase. Para lograrlo, actuamos sobre él, contra él, en el campo y con los medios de la lucha de clases. En esto somos intratables. Nuestra guerra es permanente, a veces estalla como en junio en una revuelta abierta, pero no otorga armisticios. Hoy somos víctimas de *un mauvais mot* [una mala palabra, *NdT*]. *¿Neutralistas nosotros?* El pacifismo es inmediatamente acusado. Nosotros, por otro lado, argumentando que el Estado debe permanecer neutral, seguimos siendo sus enemigos abiertos, *activos y operacionales*. Tenemos muchas cuentas que arreglar con el gobierno de Salandra. Actuemos por las víctimas políticas. Continuemos la propaganda y el trabajo anti-burgués, antimilitarista.

No otorgamos suspensiones ni treguas, cerramos el camino al espejismo de la unanimidad nacional que tanto ha deslumbrado a los compañeros franceses y alemanes.

Esto no es una bellaquería pacifista.

Y es aún menos «egoísmo nacional», en cuanto podría colocar mañana a la nación en condiciones de inferioridad militar ante el eventual enemigo. Sobre lo cual no deberíamos tener escrúpulos. Todo esto en el campo de la evaluación genérica – aparte del análisis de la reali-

dad que observamos, a la cual no debemos renunciar, pero que hemos desarrollado y desarrollaremos en todas las formas de propaganda, considerando que hasta el momento hay conclusiones que no destruyen en efecto al socialismo revolucionario y antimilitarista. ●

* —————

Este artículo de Amadeo Bordiga aborda la justificación generalizada de un apoyo socialista a la guerra, a saber, el de la defensa contra el agresor. Es obvio que no era el tema principal de los intervencionistas italianos, quienes se lanzaron a atacar a Austria. Pero el argumento es fundamental con respecto a la tremenda crisis que había sacudido a los socialistas franceses y alemanes, mas la importancia de este artículo radica en la total analogía con la posición que Lenin adoptó en esos mismos meses para estigmatizar a todo "defensismo de la Patria". El artículo analiza todas las motivaciones del defensismo actual y las refuta una por una, demostrando que aceptar esta trampa pondría al partido proletario en una situación de desarme total de su acción.

Se muestra que la extrema agresión y la invasión territorial no coinciden en absoluto con las banalidades de la culpa y la responsabilidad de las guerras.

Si se admitiera el sofisma de la guerra defensiva, caería cualquier posibilidad de acción antibélica por parte del proletariado y caería el famoso engaño de la simultaneidad obligatoria de la acción socialista en los diversos países. En su tiempo, este artículo generó vivísimas discusiones, y movilizó a toda la izquierda de los socialistas italianos en torno a sus posiciones. El lector puede seguir fácilmente su deducción y análisis. ●

Socialismo y «defensa nacional»

Del «Avanti!», del 21 de diciembre de 1914

Entre esas fórmulas dogmáticas tan bellas y confeccionadas... con las que les gustaría, bajo la orientación de las autoridades, cerrarnos el cuello aquellos que desde hace mucho o poco tiempo, afortunadamente para ellos y la sociedad, viven fuera de nuestro *convento*, prevalece la fórmula de la «defensa nacional».

El yugo es aceptado sin cuestionamientos por no pocos de los nuestros: está decidido y consagrado lo bien que hacen los socialistas, quienes, como hombres y como partido, simpatizan completamente con la burguesía nacional en la defensa del suelo patrio, cuando este se vea amenazado por un invasor.

Aquí tenemos, para consuelo de muchos, una excepción sólidamente encajada en nuestra... horrorosa neutralidad a toda costa. Pues bien, permitámonos discutir el tema un poco más profundamente, yendo más allá del aspecto esquemático y externo, probándolo con el análisis de la duda y la crítica, que de vez en cuando usaremos, contra la Verdad que ya ha tenido la aprobación oficial... del sanedrín antisocialista.

Nada diferente a los religiosos que escuchan blasfemar, la burguesía, los nacionalistas, los demócratas belicistas, sienten que sus cabellos se erizan sobre sus cabezas cuando ven que se pone en duda la *santidad* de una «guerra de defensa». Dado que la opinión común ha sido acreditada, a la buena vieja manera de los sacerdotes, con la cita de un dicho en latín, o con un ejemplo simplemente descabellado – *vim vi repellare licet* (1) – si soy atacado por un criminal, recorro a la violencia para defenderme.

Esta forma de cortar la cabeza al toro – poco digna de aquellos pensadores que han descubierto y diagnosticado nuestra deficiencia y necesidad colectivas – descuida la evaluación de todos los coeficientes que deben tenerse en cuenta si realmente queremos evitar las costumbres mentales del dogmatismo más burdo.

En verdad, el ex director de «Avanti!» [Mussolini,

NdR], hace unos meses, después de haber hecho de la cuestión que estamos tratando, la piedra de toque para distinguir a los socialistas de los anarquistas (?!), la presentaba desde el punto de vista proletario más o menos de la siguiente manera: en cuanto a los trabajadores, aquellos que, al no tener posesiones, no tendrían nada que perder, a pesar de que en realidad son las mayores víctimas de una invasión extranjera, no pueden huir ante el ejército enemigo, como pueden hacerlo aquellos con recursos financieros. Por lo tanto, los trabajadores quedan mucho más expuestos a las represalias, atrocidades, represión enemiga, cosas que no puede ignorar el partido socialista, que en estos casos tiene el deber de participar enérgicamente en la guerra contra el invasor, renunciando a su prejuiciosa oposición política contra el Estado burgués.

Desde un punto de vista más general, se podría decir que el proletariado tiene interés en que se preserve la integridad territorial de la nación, para evitar que una opresión extranjera se superponga a su sujeción de clase. Ante un peligro que amenaza la fase de libertad política y el bienestar económico ya alcanzado, los trabajadores deberían hacer causa común con la burguesía, abriendo un paréntesis en la lucha de clases hasta que se garantice la seguridad de las fronteras...

Es cierto que la amenaza de una invasión genera una coincidencia de intereses entre todas las clases sociales de un Estado, y que el triunfo del enemigo en este caso constituye un daño material y político para el proletariado; pero tal amenaza, debido al militarismo difundido en todos los países y de su continuo y universal aumento, pesa permanentemente en tiempo de paz para todos los proletarios, y se realiza inmediatamente después de la ruptura de las relaciones diplomáticas entre dos o más gobiernos burgueses en detrimento de las clases trabajadoras de todos los países que entran en guerra.

En este momento tan crítico y febril, el Partido Socialista debe investigar si se cumplen o no los extremos de la defensa nacional, y decidir si su actitud debe estar en completo acuerdo, o en aversión explícita con los otros partidos y con el gobierno – aversión que se puede expresar de una manera muy diferente: desde un voto platónico hasta la proclamación de la insurrección de los trabajadores. Tal investigación se hace imposible sobre todo por el hecho de que en los Estados modernos la política exterior es de estricto monopolio de las esferas dirigentes y toda acción diplomática se mantiene en secreto, incluso se la sustrae del control parlamentario. ¿Cómo probar, entonces, la responsabilidad de la guerra a la burguesía beligerante, cuando todos los gobiernos declaran haber sido arrastrados por la fuerza mientras laboraban para asegurar la paz; y en el momento en que es urgente decidir sobre su acción?

Pero este no es el punto principal de la cuestión. Aun cuando se haya establecido límpidamente cuál fue el Estado que provocó la guerra, con ello no se habrá establecido una diferencia sustancial entre las condiciones de los diferentes países desde el punto de vista de los riesgos y del peligro de invasión a que son expuestas las regiones de frontera. Mientras las movilizaciones de los ejércitos rivales se desarrollan con unas pocas horas de diferencia, mientras que se ignora qué Estados harán causa común con el agresor o con el atacado, todas las naciones interesadas se encuentran expuestas al peligro de una invasión, corren el riesgo de una futura opresión política, todas las patrias están en peligro y para todas en último análisis se reúnen todas las condiciones para la defensa nacional. Cuando en 1859 Francia y el Piemonte declararon la guerra a Austria, la provincia de Novara fue inmediatamente invadida por el ejército austríaco. En 1870, el Estado francés, que proponía aplastar Prusia, muy pronto se encontró en la condición de la defensiva más desastrosa. Es evidente que en todas las guerras entre Estados *vecinos*, el peligro menor o mayor que corren los distintos países no se debe al origen de la guerra, sino a la mayor o menor eficiencia militar o la fortuna de las armas; y esto especialmente porque todos los ejércitos tienen listos en todo momento los proyectos de movilización y los planes estratégicos defensivos y ofensivos que deben seguirse contra los eventuales enemigos.

Es solo en las guerras coloniales que aquellos que quieren traer ciertas distinciones jurídicas en el campo del uso de la violencia, pueden establecer con certeza, de hecho y de derecho, la existencia y la procedencia de una opresión. Pero, extraño caso, son precisamente las guerras coloniales las que encuentran la adhesión de los defensores democráticos del derecho de las nacionalidades; porque luego sacan otro pretexto de otra caja de sus cerebros altamente evolucionados: ¡la expansión de la civilización democrática!

Volviendo a nuestro argumento, notamos que, al comienzo de la guerra, habiendo establecido que es responsabilidad de uno de los Estados, ante la «Historia» o el «Derecho» – lo que siempre nos queda a los marxistas como una abstracción vacía e inútil –, aplicando esta diversidad de culpas burguesas a un deber diferente de los proletarios socialistas según si pertenecen al Estado agredido o al agresor, no se ha hecho más que hacer caer las consecuencias de la política nefasta de sus clases dirigentes sobre el proletariado y sobre el partido socialista del Estado que ha buscado la guerra, obligándolos a tomar medidas contra la guerra mientras los trabajadores

del otro Estado son *autorizados* a marchar en las filas del ejército estatal, bajo las órdenes de un ministro de guerra socialista, para defender la patria, superando si es necesario, en el generoso impulso, las fronteras amenazadas...

Estas son las consecuencias a las que nos condujo lógicamente el absurdo concepto de la legitimidad socialista de la guerra de defensa. Pasando de la teoría a la práctica, esta restricción de la actividad antimilitarista del proletariado condujo al fracaso de la Internacional proletaria frente a la guerra europea. Digamos entre paréntesis que cuando hablamos de la acción del Partido Socialista contra la guerra, nos contentamos con referirnos al deseo mínimo de mantener la oposición política de clase contra el Estado incluso en tiempos de guerra, dependiendo la acción ulterior de las posibilidades contingentes del momento.

El método ideal es el de la simultaneidad de la acción antimilitarista; pero es precisamente esta simultaneidad la que ha sido destrozada por la perniciosa y engañosa excepción de la «defensa nacional» invocada, con o sin razón, siempre jugando y cayendo en el equívoco, por los partidos socialistas que ahora están a favor de la guerra. Por otro lado, es absurdo suponer que la oposición política o revolucionaria que desarrollan los diversos partidos socialistas según sus fuerzas o su preparación no termine en un cambio en las posibilidades de éxito de los militares beligerantes. Y puesto que las posibilidades de victoria de un Estado, ya sea agredido o agresor, dependerán de su poder militar y del mayor o menor desarrollo de las tendencias socialistas en el seno del proletariado, es cierto que el Partido Socialista, ejerciendo una acción enérgica contra la burguesía de su propia nación, independientemente de las responsabilidades político-diplomáticas de esta, aumenta las posibilidades de derrota militar, invasión del enemigo, de futura opresión política.

El Partido Socialista se encuentra pues en todos los casos en una encrucijada: o bien sacrificar su propia fisonomía y en gran parte su futuro en el altar de la patria; o, producto de su acción específica, debilitar sin escrúpulos la nación a la cual pertenece.

Frente a esta responsabilidad, cuya gravedad no depende en absoluto del famoso concepto de defensa u ofensa, para no renegar de sí mismo, el socialismo nunca debería dudar.

Pero, de acuerdo con la teoría de Mussolini antes citada, que actualmente no es sospechosa, y según otras justísimas consideraciones, esta traición del Partido Socialista ante el enemigo da como resultado un sangriento sacrificio proletario. Esta es la manera equívoca de plantear la cuestión que engaña a tantos socialistas.

Ante todo, no sabemos cómo la situación de guerra creada por la burguesía pueda no terminar en un sangriento sacrificio proletario, y no creemos que las lágrimas sean menos amargas para las madres de soldados asesinados pensando que han caído invadiendo la tierra de otros. Toda acción socialista termina en sufrimiento proletario. Nuestro programa de negación que no tiende a hacer que las instituciones actuales sean justas y útiles, sino a romper sus continuas y desgarradoras contradicciones bajo el impacto de la corriente revolucionaria. El proletariado redimirá la sangre de sus hijos al precio de su propia sangre; y el socialismo no puede encontrar otra manera de superar la iniquidad y las infamias del mundo capitalista. ¿No les parecerá absurdo a los hombres del futuro toda la historia contemporánea de las reivindicaciones sindicales, que se desarrollan con el método de la

huelga en la que los trabajadores se condenan al hambre y la miseria para arrebatar un aumento relativo de bienestar? Estas contradicciones se remontan a las piedras angulares del régimen que combatimos, y necesariamente se reflejan en toda nuestra batalla, que quedará en la historia como un heroico pero triste martirio, en el que los conflictos contra los intereses de la clase dominante siempre se resuelven con la masacre de oprimidos, huelguistas, esbirros, proletarios convertidos en soldados bajo una u otra bandera burguesa.

El dilema y la encrucijada que enfrenta el Partido Socialista es análogo al de Shakespeare: «ser o no ser».

En ningún caso, sin renegar de sí mismo, el socialismo puede resignarse a la concordia nacional. Esto es compartido y exaltado por todas los demás partidos, siempre y cuando el país esté en peligro aunque sea por culpa del gobierno estatal. Pero tal concordia no puede ni debe ser común a nosotros, aunque la causa del horrible fenómeno de la guerra estuviese en la voluntad de los gobiernos enemigos, probablemente con la ilusa complicidad de sus pueblos.

Es muy diferente el sacrificio hecho por las otros partidos al que requieren de nosotros. Los otros tienen en la armonía y la paz social el propósito de sus propias ideolo-

gías hipócritas, que enmascaran las tendencias inconfesables de las minorías dominantes a conservar el privilegio de la opresión. En cambio, nosotros somos el partido de la discordia civil abierta, de la proclamada lucha entre las clases, y sacar el Socialismo de este campo, bajo pretextos prestados del mundo opuesto, significa matarlo.

Consideramos que aquellos que corren tras el punto de encuentro entre el socialismo y los problemas nacionales se verán reducidos a constatar que la única forma de entender la misión histórica de las nacionalidades constituidas en los organismos estatales es el *nacionalismo*, para el cual es una nación y siempre la misma la que siempre tiene la razón; y tiene tanto más razón cuanto más sea su fuerza armada, y menos exista la discordia interna entre las clases.

En cualquier caso, se puede concluir de manera segura que la solución menos feliz, menos marxista, menos socialista del problema de la relación entre socialismo y nacionalidad es la que vulgarmente se expresa en la frase hecha de la «defensa nacional». ●

(1) Es lícito rechazar la violencia con la violencia.

*

Este artículo (escrito por Amadeo Bordiga) nace de la discusión planteada por el precedente y por una acotación de «Avanti!» a un artículo del reformista Zibordi, quien también se oponía a la intervención pero estaba preocupado por la posición antidefensista que correspondía a lo que Lenin eficazmente llamó «derrotismo». La apostilla de «Avanti!», aun negando el defensismo, parecía querer concluirse con la justa observación empírica de que el caso italiano habría sido un caso no de defensa sino de agresión. El siguiente artículo desarrolla la tesis de que cualquier concesión a la defensa de la Patria es equivalente a la destrucción del internacionalismo socialista. Con muchas referencias a la situación histórica real de la guerra y de aquella época en Europa y en Italia, el artículo demuestra los graves peligros a los que la indecisión defensiva expondría al partido proletario. El análisis dado en él anticipa la situación práctica y futura de Caporetto en 1917. ●

Socialismo, patria y guerras de defensa (por qué la discusión es oportuna)

Del «Avanti!», del 6 de Enero de 1915

Me complace que la redacción de la apostilla al segundo artículo de Zibordi sobre la «Defensa Nacional» corresponda en principio a las ideas que sostuve en el artículo anterior publicado en el «Avanti!» del 21 de diciembre, pido nuevamente un espacio para exponer algunas objeciones a la última parte de esa apostilla. El debate sobre la defensa nacional ahora es exclusivamente académico, dado que la guerra en curso es una guerra de «agresión», es decir, del Estado desde el cual somos gobernados, y que hoy solo es necesario cerrar filas entre todos los socialistas, ya que tal guerra es y será resueltamente adversa, tal es la opinión expresada por «Avanti!».

Bueno, creo que la discusión a este respecto está muy lejos de ser académica, y escribí ese modesto artículo precisamente en vista de la acción contra la guerra que todos tendremos que ejercer mañana, hoy amenazados hasta en nuestras filas por las perniciosas infiltraciones de mil ideologías burguesas equívocas.

Permítanme aclarar el alcance del debate de hoy sobre

la «defensa nacional», que debió ser realizado, es cierto, antes de la guerra, pero que se puede hacer mejor hoy, teniendo en cuenta ciertos aspectos del inicio y desarrollo del conflicto europeo.

¿Es acaso cierto que hoy la guerra de mañana será una guerra de «agresión»? Aquí está el punto. Argumenté, en el citado artículo, que la clara distinción entre los dos tipos de guerra es gratuita e *irreal* y no puede servir de plataforma al antimilitarismo proletario. Traté de demostrar que los gobiernos burgueses siempre pueden afirmar que no desean la guerra, teniendo el monopolio sobre todos aquellos elementos de juicio político-diplomático que normalmente se sustraen al control popular. Argumenté sobre todo que incluso en el Estado que inicia la guerra voluntariamente, se pueden realizar para el proletariado las condiciones de «defensa nacional» constituidas por la amenaza de una invasión extranjera y la pérdida de la independencia nacional. El camarada Zibordi ve esto como una aplicación de lógica

«desdoblada» de la realidad.

Pues me explicaré más prácticamente. Cuando mañana el Estado italiano haya decidido la guerra, el Gobierno nos presentará ante todo los mil peligros que amenazan a Italia. No será difícil forzar los caracteres de la guerra a las masas, hasta el punto de convertirla en una guerra de defensa, como se ha hecho en todas partes. Bastará un telegrama... (tal vez falso como en 1870) del Kaiser al rey de Italia. Habrá otras mil pruebas sobre la necesidad de la guerra.

¿Y creen que todos los argumentos intervencionistas en el fondo no conducen a este plano ideológico y sentimental de la defensa nacional? El «peligro» de la victoria alemana es la piedra angular de la mitología bélica. Así como el «peligro» de la asfixia económica y política ha conquistado para la causa nacional a los socialistas alemanes. Y precisamente nosotros, internacionalistas, ¿debemos distinguir entre la defensa de Italia y la de Bélgica y Francia que indirectamente llevaría a cabo el ejército italiano? Todo esto será la moneda suelta de la propaganda de guerra que hará de la guerra italiana una guerra justa y necesaria. ¿Ya no recuerdan el inicio de la aventura en Trípoli?

Pero dejando a un lado todo esto – y aquí está el punto importante – una vez que haya sido declarada la guerra, que también se puede llamar de agresión contra Austria y Alemania, los ejércitos austríacos también estarán preparados para la acción. Las flotas anglo-francesas del Mediterráneo probablemente evacuarán el Adriático para dar rienda suelta a la venganza del honor italiano – y para ver con alegría las dos flotas rivales desembarazarse mutuamente de muchas grandes unidades; el cuerpo del ejército auto-bavario presionará en la frontera noreste y, en breve, la costa del Adriático y el Véneto estarán bajo grave amenaza enemiga.

Y entonces no se excluirá, oh camarada Zibordi, la posibilidad de una invasión a la tela de araña proletaria de la zona de Reggio, aunque esté asegurada por la línea del Po. Al menos tal caso tuviera alguna probabilidad, si todo el socialismo italiano fuera, como en su provincia, numéricamente poderoso, y que usted, indignado contra la guerra de *agresión*, tratará de sabotearla. *He aquí el alcance de la responsabilidad que le espera a nuestro partido.* ¿Será muy diferente si la declaración proviene de la frontera?

Apoyando nuestra propaganda sobre una distinción sin contenido socialista, nada ganará nuestra acción mañana, todo tendrá que temerse.

Aquellos – incluso entre nuestros compañeros – que hoy están entusiasmados con nosotros, pero que tienen

reservas sobre la «guerra de defensa», ¿todos se enfrentarán a la prueba de la realidad de la guerra? ¿Cuándo se intentará – con una campaña que desde un mínimo de oposición política tienda a formas de acción más decisivas – de eliminar sin duda los coeficientes de éxito del Estado en guerra, mientras que el enemigo con mayor o menor éxito militar presionará en las fronteras?

Está muy generalizada pero es poco socialista el rechazo a la guerra de agresión, con la adhesión a la de defensa. Ahora, si queremos permanecer en las líneas del socialismo revolucionario, debemos fundar nuestra acción y nuestra batalla, aun cuando se presente la oportunidad de ampliar sus bases a un mayor número de pro-selitos, sobre orientaciones pura y exclusivamente *socialistas*. Parece que escucho las objeciones a esta declaración «abstracta», «teórica» y quizás... «algebraica». Pero hay un argumento reciente, doloroso y decisivo para ello.

Ya hemos sido víctimas de un error de perspectiva, y lo estamos pagando amargamente. Cuando parecía que la guerra, la única «guerra posible», era aquella al lado de Alemania y Austria, el Partido Socialista, seguro de tener un amplio consenso incluso en otros partidos y en clases no proletarias, en su propaganda se valió mucho de argumentos que podrían ser compartidos por demócratas y no pocos conservadores, y prometió el levantamiento popular, contando con milicias que *no eran todas nuestras*.

Cuando surgió la posibilidad de la otra guerra, sufrimos – ¿para qué ocultarlo? – un duro golpe. La democracia y la mediana burguesía se convirtieron en belicistas. El Partido Socialista permaneció políticamente solo. ¡Qué ventaja, si idealmente lo hubiese estado (¡oh calumniada teoría!) desde el primer momento! Habríamos cerrado la puerta por la que entraron innumerables aliados en ese primer momento, pero que luego salieron llevando consigo a no pocos de los nuestros, más que aquellos que se volvieron implacables contra nosotros.

Por eso, por obvias analogías, hoy es necesario aclarar los motivos de nuestra aversión a la guerra. Nuestra propaganda debe ser tal que nos permita estar a salvo de los peligros de la corrupción y la mentira burguesas, y no acomodarse a lo que hoy parecen oportunidades favorables de la situación, sino que pueden convertirse en escollos. *Contra todas las guerras*, no para expresar, como dicen los facilitones de la filosofía de pacotilla, un dogmatismo Absoluto, sino para prepararnos para combatir por todas partes los asaltos de los antisocialistas, a fin de que el proletariado sea inmune a *todas* las tergiversaciones y falsificaciones de la guerra burguesa a la cual se nos quiere enviar domesticados. ●

*

En la continuidad de la acción específicamente antimilitarista que Karl Liebknecht desarrolló desde que era miembro del movimiento de la juventud socialista, y luego en el partido «adulto», el SPD, junto con Rosa Luxemburgo, Otto Rühle, Franz Mehring, en mayo de 1915, inmediatamente después que Italia entró en guerra, Liebknecht escribió esta hoja volante. Su contenido resalta un eslogan revolucionario: el enemigo principal está en casa, una frase que va mucho más allá de las motivaciones antimilitaristas y pacifistas que también podrían compartir muchos elementos radicales pero no comunistas revolucionarios. Esto no impide que, en la terminología utilizada, Liebknecht muestre en parte que todavía está condicionado por su actividad parlamentaria (habla sobre todo de la gente y se dirige sobre todo al pueblo alemán), y que se centra todavía en la «lucha por la paz»; de hecho, no hay referencia a la lucha proletaria por la conquista violenta del poder, por la revolución comunista y por la dictadura del proletariado. En un momento en que la traición de la Segunda Internacional, con casi todos los partidos miembros, que se apuraron en renegar de los principios básicos de la causa revolucionaria del proletariado y la adhesión a la guerra de su burguesía nacional, sin embargo, esta consigna lanzada por Karl Liebknecht enviaba toda la tradición internacionalista y revolucionaria del movi-

miento obrero alemán a su más alto nivel con respecto a la situación, e introducía en la lucha interna de la minoritaria corriente de izquierda en el SPD la posibilidad de devolver al proletariado alemán la perspectiva de la lucha revolucionaria en contra de su propio imperialismo, como condición política para combatir junto con los proletarios de otros países, al imperialismo de cualquier otro país, sea o no guerrerista. ●

El enemigo principal está en casa

Karl Liebknecht, mayo de 1915

Lo que se esperaba día tras día durante diez meses, desde la agresión de Austria a Serbia, ha sucedido: *comenzó la guerra contra Italia*.

Las masas populares de los países beligerantes han comenzado a liberarse de la telaraña oficial de mentiras. El pueblo alemán también ha adquirido una percepción de las causas y objetivos de la guerra mundial, sobre quién es directamente responsable de su estallido. Los locos desvaríos sobre las «armas sagradas» de la guerra han perdido cada vez más su ímpetu, el entusiasmo por la guerra se ha debilitado, el deseo de una pronta paz ha crecido poderosamente en todas partes, ¡incluso en el ejército!

Esto fue un problema engorroso para los imperialistas alemanes y austríacos, que buscaban en vano una salvación. Ahora parece que la han encontrado. La intervención de Italia en la guerra debería ofrecerles una oportunidad muy bienvenida para agitar nuevos frenesíes de odio nacionalista, para malograr el deseo por la paz, y para borrar las huellas de su propia culpa. Están apostando a la frágil memoria del pueblo alemán, desafiando su conciencia, que tantas veces ha sido puesta a prueba.

Si este plan tiene éxito, el balance de diez meses de sangrienta experiencia será en vano, y el proletariado internacional será una vez más desarmado y descartado completamente como factor político independiente.

Este plan debe ser destruido, y lo será siempre que la porción del proletariado alemán que ha permanecido fiel al socialismo internacional siga siendo consciente y merecedora de su misión histórica en estos tiempos monstruosos.

Los enemigos del pueblo están contando con el olvido de las masas... nosotros combatimos esto con el siguiente recurso:

¡Averigüen todo, no se olviden de nada!

¡No perdonen nada!

Hemos visto que, cuando la guerra estalló, las masas fueron sometidas a los objetivos capitalistas de la guerra, con las cautivadoras melodías de las clases dominantes. Hemos visto que las brillantes burbujas de la demagogia han explotado; que los tontos sueños de agosto se desvanecieron; que en vez de la felicidad, cayeron sobre el pueblo el sufrimiento y la miseria; que las lágrimas de las viudas y los huérfanos de la guerra se hincharon hasta formar grandes torrentes, que el mantenimiento desgraciado de las tres clases; la canonización inmisericorde de la regla de las cuatro verdades – semiabsolutismo, gobierno de los junkers, militarismo, y despotismo policial – se convirtieron en amarga verdad.

A través de esta experiencia hemos sido advertidos: ¡sepámoslo todo, no nos olvidemos de nada!

Repugnantes son los discursos con los cuales el imperialismo italiano se regodea hablando de sus pillajes, ofensivas son esas escenas de tragicomedia romántica en las cuales se presenta la máscara ya conocida de los amigos del pueblo (la «tregua civil»). Pero más ofensivo

todavía es que en todo esto podemos reconocer, como reflejados en un espejo, los métodos alemanes y austríacos de julio y agosto de 1914.

Los instigadores italianos de la guerra se merecen todas las condenas. Pero ellos no son sino copias de los instigadores alemanes y austríacos, que son los principales responsables por el estallido de la guerra. ¡Pájaros del mismo plumaje (vuelan juntos...)! (Este es un dicho inglés que correspondería al castellano «Dios los cría y ellos se juntan», *NdT*).

¿A quiénes deben agradecerle los alemanes por estas nuevas tribulaciones?

¿A quiénes deben exigirles una explicación por las nuevas pilas de cadáveres que se van a amontonar?

Quedan los hechos: el ultimátum austríaco a Serbia el 23 de julio de 1914 fue la antorcha que prendió fuego al mundo, aunque este fuego se haya propagado más tarde hacia Italia.

Quedan los hechos: este ultimátum fue la señal para la nueva repartición del mundo y necesariamente convocó a todos los Estados capitalistas depredadores a participar en el plan de saqueo.

Quedan los hechos: este ultimátum contenía en sí la cuestión del dominio sobre los Balcanes, Asia Menor y todo el Mediterráneo, y con esta todos los antagonismos entre Austria-Alemania e Italia.

Los imperialistas alemanes y austríacos, que ahora intentan esconderse detrás de la política de pillaje de los italianos, y el latiguillo de la deslealtad italiana, auto-adjudicándose la toga de la indignación moral y de la inocencia mancillada – mientras que en Roma no han encontrado sino sus iguales, entonces merecen el látigo de los sarcasmos más crueles.

La norma: «¡No olvidar, no perdonar nada!» se aplica a cómo *el pueblo alemán fue simplemente manipulado en la cuestión italiana* por los muy honorables patriotas alemanes.

El Tratado de la Triple Alianza con Italia siempre fue una farsa: ¡todos ustedes ha sido engañados con él!

Los expertos siempre han sabido que, en caso de guerra, Italia sería un oponente seguro de Alemania y de Austria ¡y Uds., fueron llevados a creer que sería un aliado seguro!

Una buena parte del destino de Alemania en la política mundial se decidió en el Tratado de la Triple Alianza, que fue firmado y renovado sin consultarlos a Uds. ¡hasta el sol de hoy, ni una sola letra de ese tratado ha sido compartida con Uds!

El ultimátum austríaco a Serbia, con el cual una pequeña camarilla tomó a toda la humanidad por sorpresa, rompió el tratado entre Austria e Italia ¡Nadie les dijo a Uds nada!

Este ultimátum fue emitido contra la oposición expresa de Italia: de esto nadie dijo nada.

Ya el 4 de mayo de este año, Italia había disuelto su

alianza con Austria: hasta el 18 de mayo, este hecho decisivo se ocultó al pueblo alemán y austriaco, aunque fue negado *oficialmente* por los funcionarios, a pesar de la verdad: una repetición de la burla premeditada al pueblo alemán y al Reichstag (Parlamento Federal, *NdT*) sobre el ultimátum alemán a Bélgica el 2 de agosto de 1914.

Este ultimátum fue lanzado con la expresa condena de Italia... Esto se mantuvo en secreto para que Uds no lo supieran.

Nadie les dio a Uds la más mínima posibilidad de influir sobre las negociaciones entre Alemania y Austria con Italia, de las cuales dependía la intervención de Italia. Uds fueron tratados como ovejas en esta cuestión vital, mientras que el partido de la guerra, la diplomacia secreta, un puñado de gente en Berlín y Viena tiraban los dados sobre el destino de Alemania.

El torpedeo del (buque) Lusitania no solo consolidó el poder de los partidos de la guerra en Inglaterra, Francia, y Rusia: invitó a un grave conflicto con los EE.UU., y puso a todos los países neutrales en contra de Alemania con apasionada indignación; también *facilitó el trabajo desastroso del partido de la guerra de Italia en el momento crítico...* el pueblo alemán debía callar también sobre esto: el puño de hierro del Estado de sitio se cerró sobre sus gargantas.

Ya en marzo de este año pudieran haberse iniciado las tratativas de paz – la oferta fue hecha por Inglaterra –, pero la ambición de ganancias de los imperialistas alemanes llevaron a que se rechazara. Las prometedoras negociaciones de paz fueron arruinadas por los partidos alemanes interesados en conquistas coloniales a gran escala y en la anexión de Bélgica y la Lorena francesa, por los capitalistas de las grandes compañías navieras, y por los partidarios de la industria pesada alemana.

Esto también permaneció en secreto, lejos de los oídos del pueblo alemán, una vez más Uds no fueron consultados sobre esto.

Preguntamos: ¿a quién puede el pueblo alemán agradecer por la continuación de la horrenda guerra y por la intervención de Italia? ¿A quién más que a la gente irresponsable de aquí, que es la responsable?

¡Averigüenlo todo, no se olviden de nada!

Para la gente que piensa, la imitación italiana de las acciones de Alemania del verano del año pasado no puede ser un aliciente para nuevas locuras guerreras, sólo un golpe para ahuyentar temerosamente las esperanzas fantasmales en una nueva aurora de justicia política y social, sólo una nueva luz que ilumine las responsabilidades políticas y el desmascaramiento del peligro público que significan los partidarios austriacos y alemanes de la guerra, sólo una nueva acusación contra ellos.

Pero la regla «Averigüen y no olviden» se aplica más que nada a la *heroica lucha contra la guerra que libran y aún libran los camaradas italianos*. Luchas en la prensa, en reuniones, en manifestaciones callejeras, luchas con energía y audacia revolucionarias, desafiando con alma y corazón el choque rabioso de las oleadas nacionalistas con las cuales fueron fustigados y abatidos por las autoridades. Nuestras más entusiastas felicitaciones por su lucha. ¡Que su espíritu sea nuestro ejemplo! ¡Ojalá ese fuera el ejemplo de la Internacional!

Si lo hubiera sido desde esos días de agosto, el mundo estaría en mejores condiciones. El proletariado internacional estaría mejor.

¡Pero la *voluntad resuelta de luchar no puede llegar demasiado tarde!*

La absurda consigna «aguantemos» ha tocado fondo. Sólo nos lleva más y más hondo dentro del vórtice del genocidio. *Lucha de clase del proletariado internacional contra la matanza imperialista internacional es el imperativo socialista de la hora.*

¡El enemigo principal de cada uno de los pueblos está en su propio país!

El enemigo principal del pueblo alemán está en Alemania. El imperialismo alemán, el partido alemán de la guerra, la diplomacia secreta alemana. Este enemigo que está en casa debe ser combatido por el pueblo alemán en una lucha política, en cooperación con el proletariado de los demás países cuya lucha es contra sus propios imperialistas.

Nos sentimos unidos al pueblo alemán – no tenemos nada en común con los Tirpitzes y Falkenhayns (líderes militaristas, *NdT*) alemanes, con el gobierno alemán de opresión política y esclavitud social. Nada con ellos, todo con el pueblo alemán. *Todo para el proletariado internacional, para beneficio del proletariado alemán y la humanidad escarnecida.*

Los enemigos de la clase obrera están contando con el olvido de las masas – ojalá y el suyo sea un cálculo totalmente equivocado. Están apostando a la tolerancia de las masas – pero nosotros elevamos este grito vehemente:

¿Por cuánto tiempo los tahures imperialistas abusarán de la paciencia de los pueblos? ¡Basta de carnicería, es más que suficiente! ¡Abajo los instigadores de la guerra, de aquí y del extranjero!

¡Que termine la masacre!

Proletarios de todos los países, ¡sigan el ejemplo heroico de vuestros hermanos italianos! ¡únanse a la lucha de clases internacional contra la conspiración de la diplomacia secreta, contra el imperialismo, contra la guerra, *por la paz, en el espíritu del socialismo!*

¡El enemigo principal está en casa!

*

Proletariado y guerra La Izquierda de Zimmerwald

De «*il comunista*», n. 142, febrero de 2016

En la Conferencia de Zimmerwald, del 5 al 8 de septiembre de 1915 (1), por iniciativa de los partidos socialistas italianos y suizos, un pequeño grupo de delegados socialistas que se oponían a la guerra, reunidos en torno

a Lenin (6 de 38), presentaron dos proyectos, el primero era una *resolución* y el segundo un *manifiesto*, planteando el problema de la lucha internacional contra la guerra en el terreno intransigente y clasista de la lucha por el

derrocamiento del régimen capitalista, contra todas las posiciones, no solo de apoyo abierto a la guerra, sino también las del centrismo pacifista y neutralista. Los dos proyectos no fueron aceptados por la mayoría como base para la discusión, y se optó por un manifiesto, preparado por Trotsky, firmado también por Lenin, de contenido y entonación más general. Pero la izquierda de Zimmerwald continuó su lucha, en medio de la guerra mundial, sobre las posiciones que la habían distinguido en esa primera convención.

En ese momento, los partidos comunistas, que nacieron después del fracaso de la Segunda Internacional y la degeneración de los partidos socialistas en partidos socialimperialistas y socialpatriotes, todavía no existían. Las referencias a los socialistas y socialdemócratas revolucionarios que se pueden leer en estos proyectos eran, por lo tanto, completamente legítimas, como era bastante normal, gracias a la actividad parlamentaria de estos mismos partidos, reivindicar que el foro parlamentario no servía para votar los créditos de guerra, sino para denunciar el carácter capitalista y antisocialista de la guerra mundial que estalló un año antes. En estos textos, emerge con fuerza el llamado a luchar contra la guerra, contra el capitalismo y por el derrocamiento del poder burgués en cada país como la única manera de terminar la guerra y lograr la fraternidad entre los pueblos. Al mismo tiempo, la denuncia de la traición de casi todos los partidos socialistas (excepto los rusos, serbios e italianos y excepto Liebknecht en Alemania) que adhirieron a la Segunda Internacional fue fuertemente subrayada, cuando solo un año antes del estallido de la guerra habían suscrito el llamado a la lucha proletaria contra la burguesía que, en cada país, se preparaba para la guerra.

En la Conferencia de Zimmerwald, Liebknecht no pudo estar físicamente presente, pero lo estuvo con una carta: *«Encarcelado y encadenado como estoy por el militarismo, no puedo estar con ustedes. Igualmente mi corazón, mi mente, como mi espíritu completo está con ustedes»*. En su mensaje, Liebknecht también pedía: *«Un inexorable ajuste de cuentas con los desertores y traidores de la Internacional en Alemania, Gran Bretaña, Francia, y de otros países. [...] Entendimiento mutuo, aliento y estímulo para aquellos que son fieles a su bandera y han decidido no ceder una pulgada al imperialismo internacional, incluso hasta la muerte. Y ordenar las filas de aquellos que están decididos a aferrarse, mantenerse firme, y luchar, con los pies firmemente plantados en las bases del socialismo internacional. ¡No a la paz civil, sí a la guerra civil! [...] Solidaridad internacional del proletariado por sobre y contra toda pseudopatriótica y pseudo-nacional armonía entre las clases. Lucha de clase por sobre y contra la guerra entre Estados. Lucha de clase internacional por la paz, por la revolución socialista»*.

Volvamos a esos dos proyectos como documentos de la historia viviente del movimiento revolucionario proletario, en tiempos en que las burguesías de cada país continúan hablando sobre la paz, mientras que la guerra se ha librado en todos los rincones del mundo, desde la Guerra de Corea de 1950 en adelante. Los tiempos, los de hoy, en los que los imperialistas más sedientos de sangre proletaria hablan de negociaciones para llevar la paz a Siria y Libia, luego de haber provocado trastornos económicos y sociales en esos países – últimos, solo en orden cronológico –, tiempos en que los gobiernos de

las metrópolis más importantes del mundo patrocinan la democracia y la civilización, mientras millones de hombres, mujeres y niños son masacrados en guerras burguesas por el acaparamiento de recursos naturales, vías de comunicación, de masas proletarias a ser explotadas y mientras se agudizan los antagonismos no solo entre las principales potencias imperialistas, sino también entre los diferentes países burgueses y fracciones participan en los juegos de influencia y de rapiña de esas mismas potencias imperialistas. Antagonismos – mala e hipócritamente ocultos por las diplomacias de todos los países – que empujan inexorablemente hacia un tercer conflicto mundial para el cual se están preparando las «viejas» y «nuevas» alianzas.

En la perspectiva de una tercera guerra mundial, que necesariamente será mucho más devastadora y destructiva que la Segunda Guerra Mundial, toda burguesía dominante hace y hará todo lo posible por atraer a los proletarios de su propio país, a través de la política de «solidaridad nacional», en defensa de la «patria», de los «valores de la civilización moderna» y «de la democracia», y en contraste con el sacrificio de sus vidas, «la agresión sufrida» por el enemigo del momento.

Los proletarios, para no ser transformados por enésima vez en carne de cañón, para no ser masacrados en beneficio exclusivo de los capitalistas y los explotadores burgueses, tenían y tienen un camino que tomar: romper con la conciliación entre las clases y con la paz social impuestas por los capitalistas y oportunistas de todo pelaje, romper pues con las causas de su larga parálisis social y volver a conectarse con su verdadera y viva historia de clase de ayer, abrazando nuevamente la causa de su clase contra todo enemigo, desde el más abiertamente declarado al más insidioso y mimetizado, como sin duda lo es el oportunismo. La lucha de clase, a la que los comunistas revolucionarios de todos los tiempos se refieren como un movimiento indispensable para emanciparse de toda explotación y opresión, no es una fórmula mágica que, por encanto, resuelve todos los problemas: es el camino históricamente dado, arduo e inevitable en que la clase del proletariado usa materialmente su enorme fuerza social en beneficio de sí misma y, en perspectiva, en beneficio de toda la humanidad, y no en beneficio del capitalismo, régimen político y económico que se mantiene y refuerza su poder en la medida en que el proletariado continúa siendo explotado y aplastado sin levantarse en su contra. ●

(1) En su autobiografía, Trotsky escribe: *«Los días de la conferencia, del 5 al 8 de septiembre, fueron tormentosos. Costó gran trabajo hacer que se aviniesen a un manifiesto colectivo, esbozado por mí, el ala revolucionaria representada por Lenin, y el ala pacifista a la que pertenecían la mayoría de los delegados. El manifiesto no decía, ni mucho menos, todo lo que había que decir; pero era, a pesar de todo, un gran paso de avance. Lenin manteníase en la extrema izquierda: frente a una serie de puntos, estaba solo. Yo no me contaba formalmente entre la izquierda, aunque estaba identificado con ella en lo fundamental. Lenin templó en Zimmerwald el acero para las empresas internacionales que había de acometer, y puede decirse que en aquel pueblecillo de la montaña suiza fue donde se*

puso la primera piedra para la internacional revolucionaria. Se había prohibido rigurosamente escribir nada acerca de la conferencia desde Zimmerwald, para que no trascendiesen a la prensa antes de tiempo ciertas noticias que podían causar trastornos a los delegados en su viaje de regreso y cerrarles las fronteras. A los pocos días, el nombre de Zimmerwald, hasta entonces perfectamente ignorado, resonaba en el mundo en-

tero. Esto causó una sensación estremecedora al dueño del hotel en que nos alojamos. Aquel honorable suizo díjole a Grimm que tenía firmes esperanzas de que aumentase el precio de su finca y que, en agradecimiento, estaba dispuesto a contribuir con una cantidad a los fondos de la Tercera Internacional. Creo, sin embargo, que lo habrá pensado mejor». (León Trotsky, Mi vida).

*

Proyecto de Resolución

La guerra mundial que ha asolado Europa hace ya un año es una guerra imperialista. Se libra por la explotación política y económica del mundo, para conseguir mercados, fuentes de materias primas, salidas para la inversión de capital, y similares. La guerra es consecuencia del desarrollo capitalista que teje simultáneamente una red que engloba a todo el mundo en una sola economía y genera grupos independientes de capitalistas, formados alrededor de los Estados nacionales, con intereses contrapuestos.

La burguesía y los gobiernos tratan de ocultar la verdadera naturaleza de la guerra mundial, afirmando que es una lucha que les ha sido impuesta para mantener la independencia nacional. Pero esto es un engaño al proletariado. En realidad, la guerra se hace precisamente para oprimir a otros pueblos y países.

Las leyendas sobre la defensa de la democracia en esta guerra son igualmente mentira. El imperialismo solo persigue la tiranía más cruel a cargo del gran capital y la reacción política.

El imperialismo sólo puede ser superado mediante la eliminación de las contradicciones de las que surgió a través de la organización socialista de los países capitalistas. Las condiciones objetivas ya están maduras para esta tarea.

Cuando la guerra mundial estalló, la mayoría de los dirigentes de los trabajadores no propusieron esta consigna, la única posible contra el imperialismo. Atrapados por el nacionalismo y consumidos por el oportunismo, entregaron el proletariado al imperialismo, abandonaron los principios del socialismo y, por tanto, la lucha por los auténticos intereses del proletariado.

El socialismo patriota y el socialismo imperialista representan un enemigo más peligroso para el proletariado que los apóstoles burgueses del imperialismo. Al manchar la bandera del socialismo, pueden extravíar a las capas menos conscientes de la clase obrera. En Alemania, no sólo la mayoría abiertamente patriótica de los ex dirigentes socialdemócratas, sino también el actual centro del partido, que se hace pasar por una oposición, comparten este punto de vista. Lo mismo sucede con la mayoría de los líderes de Francia y Austria, además de una parte de los líderes de Gran Bretaña y Rusia (Hyndman, los fabianos, los ideólogos tradeunionistas, Plejánov, Rubanóvich, el grupo Nashe Delo).

«El primer requisito para la movilización revolucionaria del proletariado y la reconstrucción de la Internacional

es una lucha irreconciliable contra el socialimperialismo».

Por lo tanto, es tarea de los partidos socialistas y de las oposiciones socialistas dentro de los partidos que se han pasado al socialimperialismo movilizar y dirigir a las masas de trabajadores a la lucha revolucionaria contra los gobiernos capitalistas y conquistar el poder político para la organización socialista de la sociedad.

Los socialistas no renuncian a la lucha por cada paso adelante contra el capitalismo, por cada reforma que fortalezca al proletariado; no renuncian a ninguno de los medios para organizar y movilizar a las masas. Por el contrario, los socialdemócratas revolucionarios utilizan todas las luchas, todas las reivindicaciones de nuestro programa mínimo, con el objetivo de profundizar la crisis bélica, al igual que cualquier otra crisis social y política del capitalismo, para convertirla en un ataque a los cimientos del capitalismo. Al llevar a cabo esta lucha bajo la bandera del socialismo, las masas trabajadoras se inoculan contra consignas que solo buscan oprimir a otros pueblos, mantener la dominación de una nación sobre otra, y buscar nuevas anexiones. Se harán sordos al grito de solidaridad nacional que han llevado a los proletarios a los campos de la masacre.

El preludeo de esta lucha es la lucha contra la guerra mundial y por un rápido fin a la masacre humana. Esta lucha exige el rechazo de los créditos de guerra, salir inmediatamente de los ministerios del gobierno y denunciar el carácter capitalista y antisocialista de la guerra: en el ámbito parlamentario, en la prensa legal y, cuando sea necesario, en las publicaciones ilegales, junto con una lucha sin tregua contra el socialpatriotismo. Cada movimiento popular que surja de las consecuencias de la guerra (empobrecimiento, pérdida de vidas humanas, etc.) debe ser utilizado para organizar manifestaciones callejeras contra los gobiernos, para hacer propaganda a favor de la solidaridad internacional en las trincheras, para exigir reivindicaciones económicas mediante huelgas, y para transformar esas huelgas, donde las condiciones sean favorables, en huelgas políticas.

La consigna es «guerra civil Sí, paz civil No». Los socialdemócratas revolucionarios rechazan toda ilusión de que las bases de una paz duradera pueden ser creadas y los primeros pasos hacia el desarme dados a través de algún tipo de acuerdo diplomático y gubernamental. Por el contrario, los socialdemócratas revolucionarios deben repetir una y otra vez que solo la revolución social puede lograr una paz duradera y la liberación de la humanidad. ●

Proyecto de manifiesto

¡Proletarios de Europa!

La guerra ya lleva más de un año. Los campos de batalla sembrados de millones de muertos, millones de mutilados están condenados a ser un peso para otros toda la vida y para sí mismos. La guerra ha causado espantosos daños y provocará un enorme aumento de los impuestos.

Los capitalistas de todos los países, que al precio de la sangre de los proletarios hacen enormes ganancias, exigen a las masas populares que cumplan con el esfuerzo supremo de resistir hasta lo último. Ellos aseguran que la guerra es necesaria para la defensa de la patria y que es llevada a cabo en el interés de la democracia. ¡Tamaño mentira! En ningún país la guerra ha sido desencadenada por los capitalistas porque estuviese en peligro la independencia de la nación o porque hayan decidido liberar a otros pueblos.

Por tanto, no es ni por su liberación, ni por la liberación de otros pueblos sino sobre todos los puntos de la enorme carnicería que es hoy Europa con la sangre de las masas populares. Esta guerra llevara al proletariado y a los pueblos de Asia y África solo a nuevas cadenas y a nuevas cargas. Por lo tanto es inútil llevar esta guerra hasta el fin, hasta la última gota de sangre; al contrario, es necesario poner todo el empeño en liquidarla.

Y ya ha sonado la hora, es tiempo de darles respuesta. Pero ante todo es necesario ir a exigir a los diputados socialistas, de haberlos enviado al parlamento para dirigir la lucha contra el capitalismo, contra el militarismo contra la explotación del pueblo, que cumplan con el deber, el deber que todos, excepto los diputados rusos, serbios e italianos y por los diputados alemanes Liebknecht y Ruehle, han respaldado. Los unos han apoyado a la burguesía en la guerra de piratería, los otros se han sustraído a toda responsabilidad. Vosotros debéis exigir o pedir que renuncien o bien que aprovechen la tribuna parlamentaria para explicar al pueblo el verdadero carácter de esta guerra, y que, fuera del parlamento, ayuden a la clase obrera a comenzar la lucha. Debéis exigir sobre todo a que rechacen cada voto de créditos militares y abandonen los ministerios en Francia, Bélgica, Inglaterra. Pero esto no para aquí. Los diputados no pueden protegeros de la furia de la guerra que beben vuestra sangre. Debéis actuar por vosotros mismos; sacar fuerzas de todas vuestras organizaciones, de todos vuestros órganos de prensa para sublevar contra la guerra la revuelta de las masas que lloran bajo su peso. Hay que bajar a la calle y gritar en la cara a las clases dirigentes: «¡Basta de masacre!» No importa que estas clases dirigentes permanezcan sordas a vuestros llamados: las masas descontentas del pueblo os escucharán y se unirán

a la lucha.

Es indispensable protestar enérgicamente contra la guerra, es necesario protestar fuertemente contra la explotación de unos pueblos por parte de otros, contra la división de los pueblos entre diferentes Estados. Todo esto pasará en caso de victoria de no importa qué gobierno capitalista sobre esta victoria ofrece la posibilidad de dictar las condiciones de paz. Si permitimos que los capitalistas concluyan la paz como han comenzado la guerra contra la opinión de los pueblos, las nuevas conquistas no solo reforzarán en los países victoriosos la reacción y la arbitrariedad policial, sino que fermentarán nuevas guerras todavía más espantosas.

El fin que la clase obrera de todos los países beligerantes debe perseguir es el de la destrucción de los gobiernos capitalistas. Es solo cuando todo el poder de disponer de la vida de los pueblos sea arrancado a la burguesía que el proletariado podrá poner fin a toda guerra, a toda explotación de los pueblos por parte de otros pueblos. Y es solo cuando sean liberados de todo poder del capital, toda miseria, toda calamidad, que los pueblos podrán organizar sus relaciones no por medio de la guerra sino por medio de convenios amistosos. El fin que buscamos es grandioso, y su realización exigirá de nosotros la máxima tensión de nuestras fuerzas y extremos sacrificios. La vía hacia el triunfo de nuestra causa será probablemente larga. Los medios pacíficos serán insuficientes para doblegar al adversario. Pero solo cuando estéis preparados a hacer por vuestra causa misma y por vuestra liberación en la lucha contra el capital aunque sea una sola parte de los sacrificios que ahora hacéis en el campo de batalla por los intereses de los capitalistas, seréis en capacidad de poner fin a esta guerra y a arrojar las sólidas bases de una paz duradera. Pero si la burguesía y los partidos socialistas que la sostienen, corren el riesgo de impedir entrar en lucha, si os contentáis con suspiros y aspiraciones estériles, si no decidís ir al ataque y dar el alma y la vida por esta gran causa, el capital podrá seguir malgastando vuestra sangre y bienes.

En todos los países el número de hombres que piensan como nosotros crece cada día; son ellos quienes se han encargado de reunirnos, y que como representantes de diversos países, para llamaros a la lucha. Esta lucha la conduciremos apoyándonos mutuamente, puesto que nuestros intereses son similares y nada nos separa. Es necesario que los proletarios revolucionarios se hagan un honor de servir de modelo de energía, de actividad y de espíritu de sacrificio hacia los otros. No es esperando cobardemente los resultados de la lucha de los otros, sino corriendo a formar las primeras filas de la lucha, que podremos constituir una poderosa Internacional, que pondrá fin a la guerra y al capitalismo. ●

*

Con respecto a la Conferencia de Milán del 8 de mayo, hubo muchas reacciones en el Partido dado lo poco serio de las deliberaciones salidas al final de este encuentro entre la Dirección del Partido, la Confederación del Trabajo y el Grupo Parlamentario. Entre las diversas reacciones, se eligió el texto de esta Moción porque era preciso y sistemático; y puede considerarse como un resumen justo de la posición de la Izquierda revolucionaria durante la guerra, en completa coherencia con la línea seguida antes y posteriormente. Dicho argumento también se relaciona bien con el del artículo que apareció en Avanti! con fecha 23/5/1917, titulado Nada que rectificar, del cual a continuación publicamos un extracto. ●

La actitud del partido frente a la guerra y la paz

Moción de la Sección Socialista de Nápoles del 18 de mayo de 1917

La Sección Socialista de Nápoles, reunida en asamblea para examinar la situación política y las deliberaciones de la Conferencia celebrada en Milán el 8 de mayo entre la Dirección del partido, el Grupo parlamentario y la Confederación del Trabajo, concreta sus puntos de vista en los párrafos siguientes:

1. El desarrollo de la conflagración mundial en eventos sucesivos confirma cada vez más la concepción socialista, que considera la guerra como una consecuencia directa del régimen capitalista en todos los países, y demuestra la justeza de la táctica internacionalista que no permite la suspensión de la lucha de clases del proletariado contra las instituciones burguesas en cualquier Estado beligerante. *Este punto de vista no tiene motivos para ser modificado y, de hecho, se vuelve a confirmar después de la intervención de los Estados Unidos y la revolución rusa.*

2. Como ninguna otra forma de resolver el conflicto actual se encuentra en el horizonte político, es decir que ninguna confianza en la duración de la paz puede ofrecer sus modalidades diplomáticas y la aplicación utópica de los sistemas humanitario-democráticos dentro de las instituciones burguesas. *La posibilidad de guerras futuras solo puede ser evitada por la acción proletaria internacional destinada a cambiar los cimientos del orden social actual.*

3. Los socialistas de todos los países deben consagrar sus esfuerzos porque la guerra cese, incitando al proletariado a tomar conciencia de su fuerza y a provocar con su acción de clase intransigente el cese inmediato de las hostilidades, *tratando de convertir la crisis en conquista revolucionaria del socialismo.*

4. En el período posterior a una eventual paz de los gobiernos burgueses, el Partido Socialista deberá continuar sus esfuerzos con una incesante propaganda entre las masas trabajadoras *para prepararlas a llevar a cabo su programa máximo, abandonando definitivamente toda ilusión sobre los beneficios de las reformas que se puedan conseguir en el régimen burgués a través de colaboraciones más o menos ocultas con las clases que detentan el poder.*

5. En toda Italia, las masas están dando signos claros de su descontento por las consecuencias de

la guerra y su intenso deseo de paz, mirando al Partido Socialista, el único opositor a la guerra, como el líder natural y coordinador de estas aspiraciones. Al mismo tiempo, otros partidos políticos y corrientes políticas se preparan para tratar de explotar este estado de ánimo popular con propósitos particulares; estos movimientos espontáneos, si se dejan solos, degenerarían en una acción desordenada y caótica, perjudicial a los diversos intereses del proletariado. Por otro lado, sería un grave error para el Partido Socialista frente a estos movimientos adoptar una táctica de quedarse dormido, en contra de su esencia y sus objetivos políticos.

[La sección] *expresa* su abierto desacuerdo con las deliberaciones tomadas en la Convención de Milán, considerándolas insuficientes, inciertas e inadecuadas para las necesidades de la situación, mientras que los eventos que asedian requieren la mayor energía y firmeza de propósitos.

Desaprueba el hecho de que la Dirección del partido, depositaria de las resoluciones de los congresos anteriores, que se desvía de las directivas intransigentes, subordina sus actitudes programáticas y la dirección del partido al consenso del Grupo parlamentario y de la Confederación del Trabajo, mientras que al grupo le corresponde la tarea de seguir con disciplina las deliberaciones del partido del cual es un órgano de acción especial, y con las organizaciones económicas es necesario mantener un entendimiento táctico, sin que por ello influya en las directivas políticas del partido.

Hace votos porque el partido en todas las circunstancias, en lugar de perderse en la ambigüedad y la incertidumbre, pueda cumplir su deber asumiendo con sus órganos, y con sus hombres, la tarea de disciplinar y dirigir la agitación y el movimiento de las masas, colocándose a sí mismo a la vanguardia del proletariado, en el campo de la lucha de clases, contra el capitalismo y el militarismo burgués. ●

De la Actas del proceso Barberis, 1918, por los hechos de Turín (III, 2), ahora al Archivo Estatal de Turín [Intitulado nuestro] – en *Historia de la Izquierda Comunista*, ed. il programma comunista, Milán 1964, tomo I, pp. 302-304.

Este artículo apareció en el semanario socialista de Módena, Il Domani, y forma parte de un artículo más completo titulado "Nada que rectificar", publicado en el Avanti! del 23 de mayo de 1917 (que se puede localizar en su totalidad en el volumen I de nuestra Historia de la izquierda comunista, pp. 304-309). El artículo demuestra la abierta contradicción entre la teoría marxista y leninista del imperialismo como causa de la guerra en todos los frentes y la insensata admisión de que los dos nuevos hechos, comprendidos al revés de la realidad, es decir, la banal intervención estadounidense y la Revolución antibélica de Rusia, permitiría fabricar nuevas perspectivas y nuevas alternativas entre los grupos de Estados en conflicto, además de dar crédito a las vulgares posiciones pacifistas del mensaje de Wilson. Nada que cambiar cien años después.

Militarismo y capitalismo

Nuestra tesis

De «Il Domani», 2 de junio de 1917

La tesis internacionalista – la nuestra – considera la guerra europea como una consecuencia de las rivalidades burguesas imperialistas; en cambio, la tesis socialpatriota ve en ella el choque entre democracia burguesa y militarismo autocrático.

Para nosotros, el *militarismo* – tal cual se manifiesta en esta guerra – es el producto *más que moderno* del régimen burgués capitalista, que se concilia tanto con las democracias más avanzadas como con la columna vertebral económica industrial más desarrollada, al mismo tiempo que contrasta con las instituciones económicas, sociales y políticas anteriores al periodo capitalista. De hecho, el militarismo de otras épocas históricas, como las invasiones bárbaras, las guerras de la época feudal y de las monarquías autocráticas, tienen características muy diferentes.

Para indagar sobre las «condiciones» del militarismo tal como se manifiesta en esta guerra, debemos entrar en el proceso histórico burgués.

En el campo técnico, es indispensable un inmenso desarrollo de medios de producción industriales, así como un completo dominio de los procesos y ciclos de transformación de las materias primas; en el campo económico, un gran poder financiero del Estado y una vasta red de ingresos fiscales son condiciones que exige la guerra moderna; en el campo administrativo, una organización burocrática indispensable para reclutar y movilizar al ejército, controlar los suministros y el consumo y llevar el aparato de Estado a un máximo de actividad; por último, en el campo político, un régimen de democracia – en el significado histórico de la expresión –, es decir, *la ilusoria libertad de las masas* – para que acepten el enorme peso de la guerra y crean que se sacrifican por los intereses colectivos de la *nación*.

Esta última consideración se apoya en el hecho de que la circunscripción militar y los ejércitos permanentes se introdujeron regularmente luego de las revueltas *democráticas* – en Francia por la Convención en 1793 –, mientras que la proliferación de armamentos en todos los países de Europa permitió reformas democráticas capaces de hacer que las masas soportaran nuevas cargas.

Por otro lado, si comparamos el ascenso de las cifras de los presupuestos militares con los índices del desarrollo industrial y comercial del capitalismo, encontramos analogías por todas partes.

El militarismo no es, pues, el progreso de otros tiempos, sino el producto de los nuevos tiempos, es el hijo del capitalismo y su forma política característica, la democracia.

Por estas razones, rechazamos y vamos más allá de la tesis del duelo entre *democracia* y *militarismo* sin tener preferencia por uno u otro de los grupos estatales en conflicto.

Los Estados en guerra no luchan por la bandera de las ideologías sociales o filosóficas que prevalecen en uno u otro; y esto bien lo intuyeron los socialistas italianos en la guerra de Libia.

Los Estados en guerra son para nosotros *unidades de la misma especie*. Si algo se puede decir con certeza, es que los Estados más modernos, industriales, burgueses y democráticos hacen mejor la guerra.

Así que la eficiencia militar de Alemania no la vinculamos con la supervivencia de las instituciones medievales y feudales, sino con lo que tiene de más moderno, capitalista y «democrático». ¿Este argumento ha sido desmentido por los acontecimientos? Muy por el contrario.

El país que demostró ser el menos adecuado para la guerra, el primero en ser despedazado fue Rusia, que le faltaban y carecía de todas las condiciones que mencionábamos: técnica industrial, economía capitalista, burocracia moderna, democracia política.

Y el Estado que más fríamente calculó sus conveniencias, las de su clase capitalista – primero en la neutralidad, y luego en la guerra – fue precisamente la democrática y avanzada república de las estrellas [se refiere a los Estados Unidos de América y su bandera con barras y estrellas, *NdT*].

(...)

Por lo tanto, afirmamos sin dudar que los últimos acontecimientos no nos llevan a modificar nuestras concepciones en relación con la guerra y nuestra intransigencia frente a sus objetivos, que en uno u otro campo son adversos a los ideales socialistas y a los intereses de las clases trabajadoras.

Si algo es urgente a esta hora es una mayor firmeza de propósitos y acciones. Pésimo síntoma son, pues, las habladurías de la prensa adversa en torno a nuestros arrepentimientos.

Auguremos que el futuro comportamiento de nuestro movimiento sea tal que desmienta y desilusione estas maniobras equívocas. Pero antes de indignarnos con la comprensible tendencia adversa a explotar ciertas manifestaciones para su beneficio, pensemos en exigir una directiva más segura y más socialista de nuestros líderes.

Ya es tiempo. ●

EL PROGRAMA DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

El Partido Comunista Internacional está constituido sobre la base de los principios siguientes establecidos en Liorna con la fundación del Partido Comunista de Italia (Sección de la Internacional Comunista):

1/ En el actual régimen social capitalista se desarrolla una contradicción siempre creciente entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción dando lugar a la antítesis de intereses y a la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía.

2/ Las actuales relaciones de producción están protegidas por el poder del Estado burgués que, cualquiera que sea la forma del sistema representativo y el uso de la democracia electiva, constituye el órgano para la defensa de los intereses de la clase capitalista.

3/ El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción del que deriva su explotación sin la destrucción violenta del poder burgués.

4/ El partido de clase es el órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la fracción más avanzada y decidida del proletariado unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras encauzándolas de las luchas por intereses parciales y por resultados contingentes a la lucha general por la emancipación revolucionaria del proletariado. El Partido tiene la tarea de difundir en las masas la teoría revolucionaria, de organizar los medios materiales de acción, de dirigir la clase trabajadora en el desarrollo de la lucha de clases, asegurando la continuidad histórica y la unidad internacional del movimiento.

5/ Después del derrocamiento del poder capitalista, el proletariado no podrá organizarse en clase dominante más que con la destrucción del viejo aparato estatal y la instauración de su propia dictadura privando de todo derecho y de toda función política a la clase burguesa y a sus individuos mientras sobrevivan socialmente, y basando los órganos del nuevo régimen únicamente sobre la clase productora. El Partido Comunista, cuya característica programática consiste en esta realización fundamental, representa, organiza y dirige unitariamente la dictadura proletaria. La necesaria defensa del Estado proletario contra todas las tentativas contrarrevolucionarias sólo podrá ser asegurada privando a la burguesía y a los partidos hostiles a la dictadura proletaria de todo medio de agitación y de propaganda política, y con la organización armada del proletariado para rechazar los ataques internos y externos.

6/ Sólo la fuerza del Estado proletario podrá ejecutar sistemáticamente las sucesivas medidas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la substitución del sistema capitalista por la gestión colectiva de la producción y de la distribución.

7/ Como resultado, de esta transformación económica y de las consiguientes transformaciones de todas las actividades de la vida social, irá eliminándose la necesidad del Estado político, cuyo engranaje se reducirá progresivamente al de la administración racional de las actividades humanas.

* * *

La posición del partido frente a la situación del mundo capitalista y del movimiento obrero después de la segunda guerra mundial se basa sobre los puntos siguientes:

8/ En el curso de la primera mitad del siglo XX, el sistema social capitalista ha ido desarrollándose en el terreno económico con la introducción de los sindicatos patronales con fines

monopolísticos y las tentativas de controlar y dirigir la producción y los intercambios según planes centrales, hasta la gestión estatal de sectores enteros de la producción; en el terreno político con el aumento del potencial policial y militar del Estado y con el totalitarismo gubernamental. Todos estos no son nuevos tipos de organización con carácter de transición entre capitalismo y socialismo ni menos aún un retorno a regímenes políticos preburgueses; al contrario, son formas precisas de gestión aún más directa y exclusiva del poder y del Estado por parte de las fuerzas más desarrolladas del capital.

Este proceso excluye las interpretaciones pacifistas, evolucionistas y progresivas del devenir del régimen burgués y confirma la previsión de la concentración y de la disposición antagónica de las fuerzas de clase. Para que las energías revolucionarias del proletariado puedan reforzarse y concentrarse con potencial correspondiente a las fuerzas acrecentadas del enemigo de clase, el proletariado no debe reconocer como reivindicación suya ni como medio de agitación el retorno ilusorio al liberalismo democrático y la exigencia de garantías legales, y debe liquidar históricamente el método de las alianzas con fines transitorios del partido revolucionario de clase tanto con partidos burgueses y de clase media como con partidos pseudo-obreros y reformistas.

9/ Las guerras imperialistas mundiales demuestran que la crisis de disgregación del capitalismo es inevitable debido a que ha entrado en el período decisivo en que su expansión no exalta más el incremento de las fuerzas productivas, sino que condiciona su acumulación a una destrucción repetida y creciente. Estas guerras han acarreado crisis profundas y repetidas en la organización mundial de los trabajadores, habiendo las clases dominantes podido imponerles la solidaridad nacional y militar con uno u otro de los bandos beligerantes. La única alternativa histórica que se debe oponer a esta situación es volver a encender la lucha de clases al interior hasta llegar a la guerra civil en que las masas trabajadoras derroquen el poder de todos los Estados burgueses y de todas las coaliciones mundiales, con la reconstitución del partido comunista internacional como fuerza autónoma frente a los poderes políticos y militares organizados.

10/ El Estado proletario, en cuanto su aparato es un medio y un arma de lucha en un período histórico de transición, no extrae su fuerza organizativa de cánones constitucionales y de esquemas representativos. El máximo ejemplo histórico de su organización ha sido hasta hoy el de los Consejos de trabajadores que aparecieron en la Revolución Rusa de Octubre de 1917, en el período de la organización armada de la clase obrera bajo la única guía del Partido Bolchevique, de la conquista totalitaria del poder, de la disolución de la Asamblea Constituyente, de la lucha para rechazar los ataques exteriores de los gobiernos burgueses y para aplastar en el interior la rebelión de las clases derrocadas, de las clases medias y pequeño-burguesas, y de los partidos oportunistas, aliados infalibles de la contrarrevolución en sus fases decisivas.

11/ La defensa del régimen proletario contra los peligros de degeneración presentes en los posibles fracasos y repliegues de la obra de transformación económica y social, cuya realización integral no es concebible dentro de los límites de un solo país, no puede ser asegurada más que por la dictadura proletaria con la lucha unitaria internacional del proletariado de cada país contra la propia burguesía y su aparato estatal y militar, lucha sin tregua en cualquier situación de paz o de guerra, y mediante el control político y programático del Partido comunista mundial sobre los aparatos de los Estados en que la clase obrera ha conquistado el poder.

